

Hilda Rojas Correa

Y de pronto,
el amor



ROMANCE & LETRAS

Contenido

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Epílogo](#)

«Tengo para ti en mí muchas cosas subterráneas que tú no ves aún. Lo subterráneo es lo que no digo. Pero te lo doy cuando te miro y te toco sin mirarte.»

Gabriela Mistral

Capítulo I

Londres, 12 de mayo de 1841.

En el 4 de Whitehall, Horatio Montgomery, inspector de la Policía Metropolitana —más conocida como la Policía de Peel o Scotland Yard—, se sentaba frente a su diminuto escritorio en su más diminuta y espartana oficina. Estaba cansado. Sacó su reloj de bolsillo y miró la hora. Su turno llevaba seis horas y faltaban seis más.

Se refregó la cara y desordenó sus cabellos ígneos y ondulados. Estaba harto.

«¿Cuántas veces debo insistir en que nadie toque nada en la escena del crimen?», bramó en su interior. Había tardado demasiado tiempo en hallar una pista que fuera provechosa, y ya se encontraba en un nuevo callejón sin salida para resolver esa ola de robos en Petticoat Lane.

Muchos de sus subalternos eran unos ineptos. Estaba seguro de que perdían evidencias preciosas por su negligencia; entraban en tropel, movían objetos, pisaban sin cuidado, no contenían a los curiosos...

Entendía que todos procedían de manera diferente, pero al no haber directrices claras, todo se volvía un estropicio en el lugar de los hechos. Por eso, agradecía cuando se encontraba con los antiguos agentes de Bow Street, quienes tenían más experiencia investigativa, mas no eran numerosos.

«Paciencia, Horatio, paciencia».

Se reclinó en su incómoda silla, que era muy estrecha para su tamaño. A la mayoría de sus compañeros les sacaba dos cabezas de altura. Lo malo de medir más de seis pies era que, apenas iniciaba la persecución de un delincuente, delataba su presencia en la calle. Su uniforme azul tampoco le facilitaba la tarea, era un real incordio. La policía era mal vista en todas partes y pocas veces la gente colaboraba. Y con razón, ellos eran meros vigilantes, solo actuaban cuando el delito era flagrante. La investigación no era una prioridad, por lo que la impunidad estaba a la orden del día en aquellos casos donde no se contaba con los medios para contratar detectives privados. Lo que siempre perjudicaba a los menos favorecidos.

Miró de soslayo la pila de papeles correspondiente a informes que debía leer de sus subalternos. También debía redactar los propios. La parte aburrida de su ascenso. Resopló y se enderezó.

—A trabajar como esclavo —masculló tomando el primer documento.

No era una mera exageración; jornadas de doce horas, siete días a la semana, sin días de descanso, sin vacaciones. Y si quería tener unas semanas libres, debían ser sin goce de sueldo.

Golpearon la puerta de la oficina y esta se abrió. Horatio alzó la vista, era el sargento Lewis.

—Inspector Montgomery, una señora... perdón, mujer... dama...

—Decídase, Lewis. No tengo todo el día —espetó severo.

—Supongo que es una dama... creo —titubeó Lewis, nervioso. Llevaba poco tiempo como sargento de policía y no lidiaba bien con el trabajo administrativo, prefería estar en la calle. Además, el inspector le parecía intimidante; siempre se le veía serio y solemne, y no aceptaba errores estúpidos ni que desperdiciaran el tiempo. Esperaba habituarse a la imponente presencia de su superior, quería estar a la altura de su cargo y seguir siendo un aporte.

—Asumo que le preguntó el nombre a la visitante, Lewis.

—Sí, dijo ser la señorita Witney y solicitó una entrevista solo con usted.

—Hágala pasar, Lewis —ordenó Horatio, marcial y sin evidenciar su curiosidad. Conocía a tres señoritas Witney.

Eran sus primas y, efectivamente, eran damas. Se trataba de las honorables hijas del vizconde Rothbury, su tío político.

—Como ordene, inspector —dijo Lewis y salió raudo, cerrando la puerta tras de sí.

Horatio era un hombre ligado a la aristocracia, mas no pertenecía del todo a ella. Su padre, August, un abogado residente en Craggside, había enviudado cuando su esposa Agatha falleció dando a luz a gemelos; Justin y Horatio.

Cuatro años después, en 1818, el destino unió a August con su amor de infancia, Minerva, quien en ese entonces era la marquesa de Somerton. Ella tenía dos hijos; Frank y Ernest, y había sido abandonada por su esposo, el cual la dejó en la más vergonzosa miseria.

En ese entonces a August y Minerva no les importó el qué dirán, y comenzaron a vivir juntos en pecado. No obstante, macabros y escandalosos sucesos dejaron viuda a Minerva. Sin respetar el luto, se casó con August unos cuantos meses después de la muerte de su esposo y renunció a usar su título de cortesía.

Ambas familias se unieron formando un estrecho vínculo, en el cual la sangre no importaba; padre, madre e hijos. Y, con los años, tres integrantes nacieron de esa unión: Emily, Sophie y Eleanor.

A su vez, Minerva tenía dos hermanos menores; Margaret, duquesa de Hastings y Andrew, el vizconde Rothbury, quienes formaron familias numerosas.

Y ese era el motivo por el cual, durante toda su vida, Horatio se había codeado con marqueses, duques, condes y vizcondes.

Pero aquellas conexiones eran un arma de doble filo, así como le reportaban beneficios, también habían sido un estigma.

A sus espaldas sus colegas le llamaban peyorativamente «lord policía». Situación que empeoró tras su ascenso, en que el apodo cambió a «lord inspector». Para muchos ese era el siguiente paso lógico; los amigos y familiares aristócratas influyeron más en esa promoción que los méritos propios.

Tres golpes resonaron en su puerta. Horatio dio su venia, al tiempo que se ponía en pie para recibir a la misteriosa señorita Witney.

La puerta se abrió. Horatio sonrió.

Era Marian, la mayor de las tres señoritas Witney, pero que curiosamente era, de hecho, prima del vizconde Rothbury. Dada la gran diferencia de edad entre ellos —más de veinte años— y la fatalidad, fue criada y amada como hija desde los cinco años.

Con razón Lewis titubeaba tanto al intentar catalogarla; la apariencia de Marian era joven, pero ya era toda una mujer. Sus ademanes correspondían a los de una dama, pero su recatado vestido gris carecía de adornos, y no llamaba la atención. Ella no parecía ser aristócrata.

Horatio la conocía de toda la vida. No obstante, desde hacía un par de años, tenía la titánica tarea de fingir que ella no lo ponía nervioso. El motivo lo tenía muy claro, pero amordazaba a su mente y a su corazón para no ponerle palabras a esos sentimientos que ella provocaba.

—Así que se trataba de ti —apostilló Horatio a modo de saludo. Su arraigada educación de caballero le instó a dar una leve reverencia y, acto seguido, extendió sus manos para tomar las de Marian.

—Debiste haberlo adivinado —replicó con una sonrisa, sin soltar las manos de Horatio—. Soy la única que podría venir a este lugar.

—Pudo haber sido Florence —repuso, aludiendo a una de las hermanas menores de Marian.

—Sí, pero ella no habría podido venir sola. Mi condición de solterona me da una maravillosa libertad —argumentó Marian con ligereza, mientras le daba una mirada apreciativa a Horatio. La sonrisa de ella se amplió más—. No te había visto con uniforme. Te queda bien el azul oscuro, combina con tus ojos.

—¿En serio? —Horatio frunció el ceño, extrañado, mas compuso su expresión con una sonrisa socarrona—. Es fácil, los ojos azules combinan con todos los colores —bromeó.

—¡Vaaaaya, cuánta humildad, inspector Montgomery!

—Lo difícil es combinar el uniforme con mi cabello.

Horatio le guiñó un ojo, soltó las manos de Marian y la invitó a tomar asiento frente a su escritorio, mientras él hacía lo mismo. Discreto, se secó el sudor de las palmas de sus manos en su pantalón. Agradeció al cielo que, por llevar guantes, Marian no lo notara.

—Y bien, ¿a qué le debo el gran honor de tu visita? —preguntó, poniendo los codos sobre la mesa y entrelazó sus dedos.

De inmediato, el níveo rostro de Marian se tornó sombrío. Con parsimonia, se quitó el oscuro bonete que la protegía de los elementos. Horatio notó cómo ella tomaba una honda respiración antes de decir:

—Necesito tu ayuda profesional.

Horatio asintió, mas no le sorprendió. Era obvio, no había otro motivo para la presencia de Marian en su lugar de trabajo. Sin embargo, un atisbo de decepción se instaló en su pecho.

—¿En qué puedo servirte? —indagó Horatio con voz monocorde.

—Han desaparecido tres internas de la academia —contestó Marian, sin recurrir a ninguna clase de preámbulo. Horatio la miraba fijo, conminándola a que continuara—. Estoy segura de que no se trata de deserciones; eso rara vez sucede. Quizás unas tres veces al año, pero no una vez al mes como ha ocurrido ahora.

De uno de sus cajones, Horatio sacó una libreta y un lápiz grafito, y comenzó a anotar.

—Cuéntame, ¿cuándo fue la última desaparición? Y detállame las anteriores —solicitó sin levantar la vista.

—La primera sucedió en marzo. Megan Coltman no regresó de su día libre. Todas las internas mayores de edad gozan de ese beneficio, las menores pueden salir con una de las patrocinadoras o algún familiar. Megan tiene veintidós años, no tenemos antecedentes de familiares cercanos. Salió y no regresó —relató Marian, al tiempo que su atención se extraviaba en las enormes manos de Horatio; la izquierda sujetaba la libreta sobre la mesa, la derecha escribía con rápida destreza. De pronto, todo sonido desapareció, parecía solo escuchar el lápiz sobre el papel.

Marian parpadeó para volver al momento.

—¿No se llevó nada consigo? —preguntó Horatio.

—No. Por eso sé que no se trató de una simple deserción. Ninguna de ellas está obligada a permanecer en la academia, la que quiere marcharse solo se va. Lo único que se les pide es que entreguen una carta expresando su voluntad de partir.

Horatio dejó de escribir y miró a Marian a los ojos. Por un segundo se perdió en el tono zafiro que ella ostentaba. Se reprendió mentalmente por su distracción y procedió a preguntar:

—¿Eso lo saben las internas?

—Por supuesto, al ingresar a la academia se les entrega el reglamento institucional.

—¿Y qué pasa con las que no saben leer?

—Las normas se les dan y se les recuerdan constantemente de forma oral. Con el tiempo aprenden a leer. Megan sabía leer y escribir, y conocía el reglamento. Además, dejó todas sus

pertenencias en la academia. Las jóvenes que se van se llevan todo.

—Bien. —Horatio anotó la información. Mientras lo hacía continuó con su interrogatorio—: ¿Por qué no denunciaron esta primera desaparición?

Marian suspiró. Horatio percibió en el aire cierto indicio de culpa y volvió a mirarla, la expresión de ella confirmaba su conjetura. Volvió a escribir.

—Lo tomé como una desertión impulsiva —respondió—. Eso también ha sucedido; la interna solo se va sin explicaciones, y al tiempo nos enteramos de que se casó o que volvió a su antiguo oficio.

Horatio sabía cuál era ese oficio.

La academia no era un simple internado. Era un lugar donde las mujeres que ejercieron la prostitución, que estuvieron en la cárcel, que enviudaron y quedaron en la pobreza o que eran madres solteras, podían estudiar y aprender un oficio. A quienes finalizaban sus estudios se les buscaba un trabajo digno con buenas perspectivas económicas.

Era difícil romper círculos viciosos, costumbres, o que ellas mismas creyeran en sus capacidades, por lo que algunas renunciaban a la oportunidad que les entregaba la academia.

—Supongo que pensaste lo mismo con la segunda desaparición —apuntó Horatio.

—Pasó algo similar. Esa vez fue Daisy Michaels, pero una interna aseguró que se fugó con un marino.

—Por lo que rápidamente fue catalogada como una nueva desertión —conjeturó Horatio.

—Así es, y no hemos sabido nada más de ella... Después, hace unos días, Regina Robertson hizo su salida dominical. Esperé a que volviera el lunes; a veces a las internas se les hace tarde y se les aconseja que es preferible que se queden en un lugar seguro antes de arriesgarse a salir de noche. Cuando sucede eso, la gran mayoría regresa a la mañana siguiente.

Un breve silencio se cernió en el ambiente. Horatio terminó de hacer sus anotaciones y su atención volvió a Marian. Ella se arreglaba un rebelde mechón de cabello rubio que había salido de su confinamiento; un sobrio recogido. A su memoria volvió un recuerdo lejano, él acariciaba esos mismos cabellos, consolándola, sintiéndose de lo peor por ser el portador de nefastas noticias. Parecía que ella no lo recordaba, pero no era la primera vez que lo veía con uniforme.

«Lamento mucho informar que hallamos sin vida el cuerpo de lord Stanbridge».

Siete años habían pasado y Horatio todavía podía escuchar el desgarrador llanto de Marian. Solo faltaba un mes para la boda.

Ella no volvió a ser la misma.

—¿Las grandes damas saben de esto? —interrogó, aludiendo a quienes fundaron la academia; Olivia, la madre adoptiva de Marian; Minerva, la madrastra de Horatio; Margaret, la tía de ambos; y otras damas influyentes.

—Siempre las mantengo al tanto, pero no de este último caso. —Dudó por un momento antes de añadir—: No quiero informarles nada de esta situación sin decir que no agoté todos mis recursos. No deseo que mi desempeño como directora, o el funcionamiento de la academia sea puesto en tela de juicio.

—Entiendo. —Y vaya que lo entendía, él también estaba sometido a esa presión—. ¿Crees que los tres casos estén conectados?

—Quisiera creer que no, pero todos coinciden con la salida dominical.

—Eso no establece un patrón. —Se levantó. No le importaron los informes, los revisaría después—. Sin embargo, quisiera investigar más a fondo y recabar toda la información que tengas de quienes desaparecieron y, si es necesario, interrogar a las internas.

—¿Ahora?

—Supongo que has venido porque necesitas que me ponga a trabajar en ello de inmediato.

Marian abrió la boca, sorprendida. Pensó... pensó que Horatio no le daría tanta importancia, que quizás le diría que sus inquietudes eran simples exageraciones femeninas. Había ido porque recurrir a la policía era su última alternativa.

Se levantó de la silla y se puso su bonete... Había olvidado que ese hombre era un Heredero del Diablo, uno que actuaba y pensaba muy diferente a los demás.

Ascaroth fue su alias durante sus años de estudio en Eton, el demonio que protegía a los espías y delatores. Coincidió muy bien con su actual ocupación. Horatio fue una especie de oveja negra en su familia; en vez de dedicarse a las leyes o a los negocios, optó por una carrera en la Policía Metropolitana, institución que todavía estaba en desarrollo. Nadie se opuso a su decisión, pues asumieron que no duraría mucho. Pese a ello, Horatio, a sus veintisiete años, ya llevaba ocho como policía, y se acercaba al primer aniversario de su ascenso como inspector.

Marian siempre pensó que él era demasiado inteligente para ser solo un policía. Pero en ese momento, recién entendía que eso era precisamente lo que necesitaba aquella institución. Un hombre decidido y sagaz, que llegaba hasta el final.

—¿Marian? —insistió Horatio. Ella dio un leve respingo.

—Sí, es importante que me ayudes en esto —respondió.

Horatio abrió la puerta de su oficina e instó a Marian a que saliera primero.

—En primer lugar, iremos a la academia —anunció él cerrando la puerta tras de sí—. Mi mentor siempre me decía: las primeras horas de un caso son vitales para resolver un misterio.

—Espero que esto no tome demasiado tiempo —repuso Marian—. Solo deseo saber que están bien, quiero que sepan que, al menos, una persona se preocupa por ellas.

—Nadie dirá que no lo intentamos.

Intempestivamente, Marian se detuvo y dio media vuelta. Su nariz quedó a medio palmo del pecho de Horatio, el cual desprendía un aroma familiar, que ella no supo identificar si era jabón o perfume, mas le hizo evocar la vitalidad de los veranos en los que sus familias se reunían. Jadeó y retrocedió un paso.

—¿Pasa algo, señorita Witney? —preguntó Horatio. Marian lo miró extrañada, pero pronto cayó en la cuenta de que, al estar fuera de la privacidad de la oficina, debía guardar distancias.

—Inspector Montgomery... Sí, perdón... —Hizo un gesto y Horatio se inclinó. Marian bajó el tono de su voz y preguntó discreta—: ¿Existe la posibilidad de que prescindas de tu uniforme?

—¿Por qué? —cuestionó, imitando el tono.

—No quisiera ofender, pero las internas no tienen buena opinión de los policías y eso puede dificultar su labor.

Horatio se irguió. Sin decir media palabra, entró a su oficina. Diez segundos después, salía portando un maletín.

—Señorita Witney, ¿ha venido en carruaje?

—Por supuesto... Sígame, por favor.

Capítulo II

Cuando la puerta del elegante carruaje se cerró tras Horatio, él se sentó frente a Marian. Ella miraba con curiosidad el maletín que él llevaba, el cual era de un tamaño considerable.

Una leve sacudida y el sonido de los cascos fue el indicativo de que ya estaban rumbo a la academia.

Tras un par de minutos de silente trayecto, Horatio solicitó:

—Marian, ¿me haces el favor de mirar hacia la calle? Me voy a cambiar de ropa.

—¿¡Cómo!? —interpeló abriendo sus ojos y su boca, en una expresión que era una mezcla de sorpresa y escándalo.

—¿Querías que atravesara medio Londres hasta llegar a mi casa, me cambiara de ropa y, desde ahí, partir a la academia? —preguntó sereno e impertérrito ante la reacción de Marian—. En honor al pragmatismo, tengo ropa de civil en este maletín. No seas exagerada, no es la primera vez que me ves en paños menores —bromeó.

—¡La última vez fue cuando tenías diez años, Horatio! ¡No seas ridículo, es evidente que no es lo mismo!

—Por eso mismo, mira hacia la calle. Tu bonete protegerá mi virtud de tu curiosidad.

—Idiota —masculló y centró su atención hacia el exterior.

Horatio lanzó una risita masculina, pensando en que sí, los nervios lo ponían idiota. Era un extraño mecanismo de defensa, que lo protegía de mirarla embobado. Por lo general, él actuaba con severidad y solemnidad, pero cuando se trataba de Marian, no podía evitar fastidiarla.

Sí, era un verdadero idiota.

Tenía que serlo. Si la trataba con cariño, su corazón empezaba a latir con fuerza y sentía esas horribles ganas de abrazarla, besarla y prometerle el cielo, el mar y la tierra.

Pero un policía no podía hacer nada de eso. Con suerte podía ofrecer una vida austera, lejos de los lujos a los que ella, la hija de un vizconde, estaba habituada.

«Deja de pensar», se reprendió otra vez Horatio, al tiempo que se quitaba la chaqueta.

Marian veía las calles pasar, atravesaban el puente Westminster e iban en dirección al barrio de Newington, que se ubicaba en la ribera sur del río Támesis. Escuchaba atenta el sonido del maletín al abrirse, el frufrú de la ropa, la voz de Horatio tarareando una tonada desconocida.

De pronto, le llegó una ínfima brisa que traía consigo el aroma que sintió minutos atrás, y que se volvió más intenso. Marian cerró los ojos, era tan agradable, cotidiano y seguro. Era imposible olvidarlo. Ella siempre pensó que la presencia de Horatio tenía algo especial. Marian era una de las pocas personas que podía diferenciarlo de su gemelo, Justin. De niños, por más que intentaban hacerle jugarretas, no podían engañarla.

Ese aroma lo delataba, no importaba cuánto tiempo pasara.

Debía admitir que los años y las distintas ocupaciones habían distanciado a sus familiares y amigos —mas no el genuino cariño—, pero ella era la que se había alejado más, al punto de solo asistir a las celebraciones. No quería preocupar a sus seres queridos durante esos años de duelo y dolor, y prefirió involucrarse a tiempo completo en la academia, hasta llegar a dirigirla.

El dolor se fue, pero había pasado demasiado tiempo.

—¡Maldición! —masculló Horatio.

Marian, por mero impulso, miró en dirección a su primo político.

Claramente no tenía diez años.

—Mira la calle, Marian —ordenó Horatio con suavidad al notar que la joven se había ruborizado.

Ella obedeció al instante. Él esbozó una sonrisa socarrona, Marian no había visto gran cosa, solo estaba con la camisa suelta y el pantalón desabotonado, en una posición ridícula; encorvado y con las rodillas flexionadas.

—Pensé que te había pasado algo malo. Por eso miré —explicó—... y no maldigas frente a una dama.

—Cuesta ponerse los pantalones en un espacio tan estrecho —respondió, adecentando su camisa en el pantalón ya abotonado—. Disculpa mi exabrupto verbal, a veces olvido que eres una dama.

Marian suspiró llena de arrepentimiento. ¡Era Horatio, por todos los santos! Desde pequeños tenían un pacto tácito de expresarse con libertad, aunque hubiera algunas imprecaciones, las cuales tenían un efecto liberador al lanzarlas en medio de la rabia y la frustración.

Y sí, en ese momento tenía unas ganas locas de lanzar algunos improperios por toda la situación que estaba atravesando. Estaba nerviosa y la ansiedad se la estaba comiendo viva.

Pero no podía, había momentos en que se sentía amordazada.

—No, perdóname por sermonearte. Es difícil salir del papel de directora —se justificó, masajeándose la sien.

—Sabes que conmigo puedes dejar de serlo. Hemos dicho y hecho cosas peores que lanzar una maldición... ¿Recuerdas cuando le dimos esa lección a ese matón de Craggside?

Marian rio, vaya que sí lo recordaba.

Había un niño llamado Donald, él era un chiquillo malcriado que siempre humillaba a los más pobres. Sus abusos llegaron a un punto en que fue demasiado lejos con una niña, y Marian no lo soportó más. Ella, junto con sus primos; Frank, Ernest, Justin y Horatio lo emboscaron, lo amarraron a un árbol, lo amenazaron con las penas del infierno y lo abandonaron para que pasara toda la noche en el bosque.

Donald nunca más se atrevió a acercarse a la niña que molestaba. Ni a nadie más, sea dicho.

—Listo —avisó Horatio—. Puedes actuar con toda libertad.

Marian dejó de mirar por la ventanilla. Ahí estaba Horatio, vistiendo como todo un caballero. Podían presentarlo como un par del reino y nadie dudaría de su nobleza. Él le sonrió.

—¿Emily está impartiendo clases hoy? —consultó Horatio. La aludida era una de sus hermanas menores.

—Normalmente estaría, pero hoy en particular no se encuentra. La única que está trabajando ahora es Florence, quien está impartiendo sus clases de francés.

—¿Ella sabe que fuiste a Scotland Yard?

—Sí. Las que trabajan de maestras en la academia están al tanto; Florence, Emily, Laura y Grace —enumeró Marian; la primera era su hermana; la segunda su prima y hermana de Horatio; la tercera, prima de ambos; y la cuarta, amiga, pero los lazos eran tan estrechos como los de sangre.

La norma era que las hijas solteras mayores de veinte años, pertenecientes a las familias benefactoras, trabajaran en la academia, impartiendo alguna clase. Las menores debían aprender algún oficio en ese mismo lugar.

Según los preceptos de las familias fundadoras, como aristócratas o burguesas, las mujeres no solo debían saber lo esencial para ser una dama refinada, también debían obtener un oficio y

saber relacionarse con otras clases y realidades sociales.

Todas debían estar preparadas para ganarse la vida; nadie tenía la garantía de contar con la protección de la familia, o la de un hombre.

—Asumo que, puesto que voy de civil —dijo Horatio—, les dirás a las internas que soy una visita. Así podría husmear sin problemas, si se da el caso.

—Así es —respondió Marian—. Creo que podrás averiguar más cosas si aparentas ser un benefactor comprometido con la academia. Quizás la atractiva presencia masculina les afloje la lengua a las internas —propuso desenfadada.

—¡Vaya, qué inmoralidad! —exclamó fingiendo estar escandalizado—. No te basta con que investigue, además tendré que ir de encubierto.

Marian rio. Horatio sintió que desde hacía mucho tiempo no escuchaba la risa de ella y se permitió disfrutarla, hasta que cesó de a poco.

Al cabo de un minuto de silencio, la risueña expresión de Horatio se tornó seria y admitió:

—Ojalá todos colaboraran de esa forma en la investigación. Y ojalá, como agentes, nos permitieran hacer más.

—No importa cuánto tiempo pase, la gente sigue desconfiando de la policía —convino Marian.

—No los culpo. —Horatio dirigió su atención hacia la calle y quedó absorto, con la vista perdida. Tras una larga pausa, miró a Marian y agregó con acritud—: Las personas comunes, en su gran mayoría, están convencidas de que los más beneficiados son la clase alta, y ellas solo cumplen el papel de delincuentes, o quizás creen que son demasiado pobres para ser merecedoras de justicia. En mi opinión tienen razón; la justicia es un privilegio.

Marian frunció el ceño. ¿Desde cuándo Horatio estaba tan desencantado con su trabajo?

—¿Estás bien, Horatio? —preguntó Marian, sin meditarlo demasiado.

—Solo estoy cansado —respondió y forzó una sonrisa para tranquilizar a Marian, mas se atrevió a confesar—: No sé si en esta carrera vale la pena llegar hasta el final.

—Yo creo que sí. Has hecho un magnífico trabajo ayudando a Frank y a Thomas en asuntos que no hubieran podido resolver solos.

—Lo irónico es que lo que hice no es algo que se acostumbre en mis labores como inspector. Es frustrante, solo estamos para vigilar que los del East End no vayan a delinquir o pedir limosna a Mayfair o Saint James. Si no fuera por los antiguos agentes de Bow Street, quienes tienen más experiencia, no habría nadie que investigara más a fondo algún delito grave.

—Entonces, hace falta una rama de detectives —conjeturó Marian.

—No sé qué más tiene que suceder para que mis superiores se quiten la venda de los ojos. Es evidente que hay que hacer más, una reforma a la institución.

—No bajes los brazos, Horatio. Es admirable tu trabajo.

Ambos se quedaron en silencio, sosteniéndose las miradas. A la postre, Horatio rompió el contacto, reconoció el barrio y anunció:

—Creo que estamos a punto de llegar.

Marian parpadeó, miró hacia el exterior. Había perdido la noción del dónde estaban.

—Tienes razón.

Momentos después estaban frente a una gran fachada de ladrillo, situada en la esquina de Great Surrey Street y Friar Street. Numerosas ventanas daban cuenta de las habitaciones del edificio de tres plantas que se extendía por ambas calles y formaban una punta de diamante. En apariencia era solo un complejo de apartamentos, sin embargo, la academia tenía una pequeña placa de bronce que indicaba la naturaleza del lugar.

«Academia Femenina Hope, fundada en 1819».

Horatio se apeó del carruaje y le ofreció la mano. Ella la recibió con naturalidad y descendió. Acto seguido, Marian le ordenó al cochero que regresara a Peony House, lugar donde vivía la familia Witney.

—Es extraño venir aquí —comentó Horatio, admirando la construcción—. Siempre hablamos de la academia, pero pocas veces la he visitado.

Marian sonrió.

—Claro, ¿qué motivo va a traer a los varones de la familia aquí? Este es nuestro territorio —replicó con suficiencia. Marian avanzó hasta la puerta y tocó la aldaba.

Al poco rato, abrió la puerta la gobernanta de la academia. Su nombre era April Waters, fue una de las primeras alumnas que concluyó su formación y, tras varios años sirviendo en casas de distinguidas familias, volvió al lugar que le brindó un renacer. Su historia de vida se repetía demasiadas veces en las mujeres; pobreza, abandono, ignorancia y prostitución.

—Bienvenida, señora Witney —saludó April.

—Gracias, señora Waters —replicó Marian, internándose en el pequeño vestíbulo—. Le presento al señor Horatio Montgomery, mi primo. Horatio, te presento a la señora April Waters.

April reconoció de inmediato el nombre. Si bien veía con frecuencia a los padres de Horatio, rara vez se presentaban los hijos. Pero ella sabía a la perfección quién era quién y a qué se dedicaban cada uno de los miembros de las familias fundadoras.

—Señor Montgomery, bienvenido sea.

—Un placer, señora Waters.

—Señora Waters, si alguna de las alumnas le pregunta sobre el señor Montgomery, solo responda que no tiene idea de nada —previno Marian en tono de secretismo.

—Como usted diga, señora.

—Gracias. ¿Ha habido alguna novedad en mi ausencia? —preguntó con la esperanza de que Regina Robertson hubiera vuelto.

April suspiró y negó con la cabeza. Marian reprimió toda expresión de pesar.

—Bien, estaré con el señor Montgomery en mi oficina. ¿Sería tan amable de llevarnos té y galletas?

—Por supuesto, señora Witney.

—Gracias.

Horatio siguió a Marian, quien avanzaba por el vestíbulo, hasta llegar a un espacio abierto donde se encontraban diversas puertas, pasillos y las escaleras que daban acceso a las plantas superiores. En ese momento, Horatio notó en el ambiente el murmullo de la actividad diaria del lugar.

—¿Desde cuándo eres señora? —preguntó Horatio, arqueando una ceja inquisitiva—. Hasta donde sé, pese a que tienes veintiocho, todavía eres una señorita.

—No solo el matrimonio nos da el estatus de señora —explicó al tiempo que se detuvo frente a una puerta que tenía el membrete de «Dirección» y giró el pomo—. Dirigir y administrar esta institución también me otorga ese trato. Adelante, por favor —invitó Marian abriendo la puerta.

—Gracias.

—Las internas no me verían como una autoridad si me llaman señorita —agregó Marian—. Soy mayor que ellas por apenas unos cuantos años.

—Viéndolo de esa forma, no le veo fallas a tu argumento... Señora Witney.

Al internarse en la estancia, Horatio se encontró con un lugar muy femenino. Casi podría pensar que estaba dentro de una salita privada de alguna aristócrata. No obstante, lo que delataba

el verdadero fin de esa habitación eran el gran escritorio, los archivadores y los estantes.

—Inesperadamente acogedor —comentó Horatio, estudiando todo con interés.

—Toma asiento, por favor —invitó Marian, señalándole la silla que estaba frente a su escritorio. Ella comenzó a desatar el lazo de su bonete.

Horatio se sentó, dejó su maletín en el suelo, al tiempo que observaba cómo ella dejaba al descubierto sus cabellos que parecían hilos de oro.

Silencio.

Ajena a ese escrutinio, Marian se quitó los guantes y los dejó sobre el escritorio. Escuchó que Horatio se aclaraba la garganta y lo miró con disimulo. Él la estudiaba ávido, con una expresión que jamás había visto en ese semblante masculino.

Le hizo sentir como si ella fuera lo máspreciado del mundo.

¡Tonterías! ¡Era Horatio, por todos los santos!

Negó con la cabeza en un gesto casi imperceptible y se atrevió a mirarlo directo. Ya no estaba esa expresión. Él solo alzaba sus cejas con sorpresa.

¿Habría sido su imaginación?

Sí, sin duda fue eso.

Qué decepción.

¡Pamplinas!

«Estoy tan cansada», pensó Marian con pesar. De pronto, percibió sobre los hombros el peso de los años y la soledad autoimpuesta.

—¿Pasa algo? —preguntó Horatio con inocencia.

—Nada —replicó, sucinta. Y fue su turno de forzar una sonrisa, a la vez que tomaba asiento frente a él—. Bien, ¿qué necesitas para iniciar tu investigación?

—Toda la información que tengas disponible de las tres chicas que desaparecieron. Las circunstancias ya las conocemos.

—Cada una de las internas tiene un archivo confidencial. Procuramos ser meticulosas en la medida de lo posible.

—Excelente. Además de eso me gustaría estudiar las pertenencias que dejaron aquí, y también que me expliques el funcionamiento interno de la academia y que me muestres las instalaciones en general.

—Como digas.

En ese instante, la señora Waters golpeó la puerta y Marian dio su venia. La mujer traía una bandeja con té y galletas, sirvió con eficiencia y rapidez, y abandonó la estancia.

Marian y Horatio, sin pronunciar una palabra, disfrutaron sus infusiones. Él comió unas galletas, no se resistía a las golosinas y las masas dulces. Sin embargo, las que estaba consumiendo en particular, eran gloriosas, las mejores que había probado en años. Seguro que las preparaban las internas de la academia.

Marian, al ver el deleite en el semblante de Horatio al comer y beber, se relajó por unos momentos.

Confiaba en la capacidad de Horatio.

Elevó una plegaria al cielo y rogó por el éxito de la misión.

Pero tampoco deseaba quedarse sentada y esperar a que un día llegara Horatio a darle buenas noticias. Marian sintió que era su deber tener una participación activa en la investigación.

—Si necesitas cualquier clase de ayuda de mi parte, la que sea, solo pídelas —sentenció Marian, con un tono que se acercaba a lo imperativo.

Horatio, al escucharla, dejó su taza con parsimonia sobre el platillo. La conocía lo suficiente

para saber que era mejor no ignorar aquel ofrecimiento.

Y Dios lo amparara, tampoco podía subestimarla.

Marian había dado un inmenso paso al pedir ayuda, pero eso no significaba que su intervención fuera a ser pasiva.

Debía admitir que él no podía investigar todo por su cuenta, tampoco confiaba en el proceder de sus subalternos y, además, era un favor personal. Necesitaba ayuda, sin duda alguna, y Marian iba a ser su mano derecha, porque todo lo iba a hacer a espaldas de sus superiores.

Por primera vez, él se iba a saltar todas las reglas.

Al menos en su trabajo.

Capítulo III

—Supongo que no podré evitar que te involucres —apostilló Horatio, mirando fijo a los ojos de Marian.

—Estoy más que involucrada. Esas muchachas son mi responsabilidad, necesito saber qué fue de ellas —respondió Marian con vehemencia, sin evadir la intensidad de esa mirada azul.

—Debes decirle a tía Olivia, merece saberlo —intentó convencer Horatio, rompiendo el contacto. Eligió una galleta y se la zampó.

—No, no deseo que se preocupe —desestimó, tajante—. Mamá ya tiene suficiente trabajo con la temporada de Florence y organizar las jornadas de beneficencia de la academia.

—Florence lleva dos temporadas, ya tiene experiencia suficiente, no creo que sea una carga para tía Olivia —insistió Horatio.

—Con una solterona basta y sobra en la familia.

—¿Acaso no dijiste hace un momento que la soltería te daba libertad? —replicó mordaz—. Así como lo veo, solo son ventajas.

—Que yo esté bien tal como estoy, no significa que Florence se sienta feliz viendo el tiempo pasar. Este año cumple veintiuno, estoy segura de que encontrará a algún hombre honorable que la ame. No quiero que esto salga a la luz de algún modo y perjudique a mi hermana, a las donaciones o a la reputación de la academia. Recuerda que no solamente mi padre, el tuyo y nuestros tíos son benefactores —argumentó—. ¿Podríamos concentrarnos en lo nuestro, Horatio?

Él resopló y claudicó. Era tan obstinada.

—Bien... Entonces empecemos por los archivos que tienes de las internas.

Marian se levantó de su asiento y se dirigió a uno de los archivadores. Con eficiencia buscó las carpetas con la información de las mujeres desaparecidas.

Mientras tanto, Horatio terminó de beber su té y se comió un par más de esas deliciosas galletas de mantequilla. Al menos, ya se sentía menos nervioso. De a poco se acostumbraba a la insoslayable presencia de Marian.

Pero ya veía que era complicado llevar a cabo esa tarea de obviar todo lo que provenía de ella.

De hecho, ese lugar era Marian en sí; la decoración sencilla, muebles femeninos, mas no recargados; el aroma en el ambiente, en el cual se podía identificar el del papel, pero predominaba el limón y la lavanda. Todo lo anterior se mezclaba con la fragancia de las rosas frescas del sobrio florero; incluso el juego de té de porcelana delataba a su dueña, tetera y tazas blancas, sin más adorno que un ribete dorado en los bordes y asas.

Así era Marian, femenina pero austera.

¿Cómo llegó a saber tanto de ella? Ni siquiera a sus propias hermanas las conocía a ese nivel de detalle.

«Debe ser porque Marian y yo tenemos casi la misma edad. En cambio, la diferencia con las duendes es mayor», se convenció Horatio con el argumento más simple y lógico.

Aun así, surgió una duda en su mente. Se preguntó cuántas veces había estado a solas con Marian por más de cinco minutos.

Horatio se dio cuenta de que siempre estaban rodeados de familiares y amigos. A través de los años, ellos habían compartido innumerables juegos, fiestas, bailes, reuniones, cenas, vacaciones.

Pero estar solo con Marian, tan cerca... Solo una vez.

Podía recordar muy bien cuando todo comenzó, fue esa absurda noche en la que él asistió a la presentación en sociedad de Florence. Él y Marian compartieron un vals. Ella, preciosa y elegante, le sonreía; y él, por su trabajo, estaba serio y cansado.

Ese día el champán tenía algo extraño; un hechizo, sin duda. Contra todo protocolo, etiqueta y normas morales, Marian se llevó de la mano a Horatio a jugar a las cartas en la biblioteca. Durante esas interminables manos de *Vingt-Un*, transcurrió la noche y vaciaron un par de botellas de oporto. Horatio le habló de sus problemas en el trabajo, las incertidumbres y lo difícil que era abrirse paso en la institución. De la soledad que a veces sentía, pese a estar rodeado de gente, y Marian solo se limitó a escuchar con atención.

Después fue el turno de ella y le abrió su corazón. Irónicamente, tenían casi los mismos pesares y problemas. También hablaron del difunto prometido de Marian, de los años que habían pasado, de cómo se sentía, descifrar si lo amaba aún...

Al otro día se llevaron una tremenda reprimenda cuando Andrew, el padre de Marian, los encontró durmiendo a pierna suelta, abrazados en un sofá.

Marian apenas podía articular dos palabras con coherencia y tenía una horrenda resaca. En cambio, Horatio estaba sin secuelas éticas. Relató los hechos tal como ocurrieron —guardando las proporciones de los secretos confesados—, y Andrew no puso en duda el honor de nadie.

Tan solo fue una chiquillada...

Pero a Horatio esa noche lo marcó, nunca había experimentado esa íntima unión de espíritu con otro ser humano; de sentirse tranquilo, comprendido, querido y protegido por alguien que no fuera de su familia y, a su vez, de querer dar eso mismo a otra persona.

A Marian, para ser más preciso.

Se dio cuenta de que ese afecto que sentía por ella siempre fue diferente.

Después, él la evitó a toda costa. Horatio pensaba que si ella lo miraba a los ojos lo descubriría todo. Y él estaba muy seguro de que esos sentimientos no eran recíprocos.

Ella solo lo había animado. El cariño de crecer juntos como familia la había impulsado a consolarlo.

Aunque, en el estricto rigor, ningún vínculo sanguíneo los unía.

Y ahí estaba como idiota esperando que esa sensación amainara, pero cuando la miraba... Quizás trabajar codo a codo junto a Marian fuera una buena instancia para quitarse de encima esa sensación ridícula que lo invadía cada vez que la evocaba.

Unas carpetas entraron en su campo visual.

—Aquí tienes. —Marian esperaba con su brazo extendido a que Horatio recibiera lo ofrecido.

Horatio parpadeó e inspiró, al tiempo que tomaba las carpetas.

—Gracias —susurró con gravedad.

Horatio carraspeó, bebió un sorbo de té, tomó otra galleta y procedió a leer los antecedentes en orden de desaparición.

Marian se sentó frente a él, a la espera. Se sirvió más té y se dio cuenta de que Horatio había arrasado con la mitad de las galletas. Sabía que la debilidad de él eran los dulces, y si se había comido tantas en tan poco rato, era porque estaban muy deliciosas.

Tomó una, se la comió y la disfrutó con embeleso. Sí, cada vez le quedaban mejores. Todas las semanas, ella preparaba las galletas que consumiría a la hora del té, y para atender a quien fuera a visitar su oficina.

Sonrió, satisfecha.

A lo largo de los años, Marian aprendió cada uno de los oficios que se impartían en la academia. Debía dar el ejemplo a las internas y comprobar con hechos, y no con palabras, que no

era solo una señoritinga que estaba al mando de la academia por el simple hecho de ser la hija de la fundadora.

Si la ruina y la desgracia caían sobre ella, y la dejaban sin más apoyo que su propia alma, pues se las apañaría muy bien sola; podía trabajar casi en lo que quisiera. Aunque, siendo sincera, esperaba no llegar a esa instancia. Podía estar resignada a su estado de soltería, pero no concebía su vida sin su familia, sus seres queridos y sus amistades. Le gustaba trabajar en la academia, pese a las dificultades que enfrentaba día a día.

Observó a Horatio, estaba concentrado leyendo los archivos. Desde su lugar podía observar su imponente estatura, complexión y facciones que apenas eran suavizadas por el abanico que formaban sus pestañas oscuras y rojizas; los labios ligeramente carnosos, que en ese momento eran una línea recta; la mandíbula firme y masculina, sombreada por la incipiente barba; la forma en que su ancho pecho subía y bajaba a un ritmo pausado y regular. Si ella no conociera a Horatio, pensaría que era un hombre duro, inaccesible e inflexible. La apariencia de él no era del todo amistosa y cualquier persona con poco carácter le temería.

Era una fortuna saber que él era todo lo contrario.

Horatio era un hombre muy singular, y ella sabía que podía contar con él para lo que fuera. De hecho, si Horatio no hubiera sido policía, de todas formas, habría recurrido a él para resolver su problema.

Era posible que, para él, el cariño entre ellos fuera de lo más normal. No obstante, para ella todo cambió esa noche que recordaba tan bien, pese a todo el alcohol que bebieron. Ninguno de los dos estaba pasando por un buen momento, pero él le brindó el consuelo que necesitaba en ese instante. Quizás Horatio no lo recordaba, y no había sido nada más que una buena conversación entre primos y camaradas.

Pero si él supiera que la liberó del sentimiento de culpa por la muerte de su prometido, que la sepultaba día a día...

Siempre iba a estar agradecida de él.

Pero no solo sentía gratitud.

Esa lejana mañana, cuando amaneció entre los cálidos brazos de Horatio, sintió que pertenecía a ese lugar y que no había mejor forma de iniciar el día.

¡Vaya tontería!

Sí, una placentera tontería. Una que jamás volvería a experimentar.

Hubiera sido un total desastre si su padre no hubiera sido un hombre razonable y comprensivo. Cualquier otro los habría obligado a casarse y ella jamás deseó un enlace sin amor... sin sentirse amada.

Horatio tampoco merecía que lo obligaran a contraer un enlace por honor, si ninguno de los dos había hecho algo malo. Merecía amar a una mujer que lo apoyara en su difícil y extenuante trabajo. No tenía por qué conformarse con el deber de respetar y darle un tibio afecto a su esposa.

En ese matrimonio ella se habría enamorado, no había duda de ello, pero no podía esperar lo mismo por parte de Horatio.

Nunca más el tema fue tocado.

Pasó un año. Cuando él volvió con el verano, se encontraron en Cragside. Esa ocasión fue especial; después de mucho tiempo, todas las familias pudieron coincidir en Rosebud Manor, la residencia de campo del vizcondado, para pasar unas semanas de la temporada veraniega. En el momento en que ella lo vio, su corazón latió más de la cuenta. Mas Horatio no le dio ningún indicio de sentir algo más que el familiar afecto. Era el mismo de siempre.

Y siguieron coincidiendo en las siguientes —e inesperadas— fiestas que se sucedieron. En

cuestión de semanas, sus primos mayores; Frank y Ernest se casaron.

Luego Thomas, otro primo en común, contrajo nupcias en Lancaster, pero no hubo celebración familiar. No obstante, las nuevas integrantes de la familia —quienes ya estaban encinta—, como aristócratas, debían presentarse en sociedad. Por ello, se organizó una gran fiesta, en la cual Marian y Horatio se encontraron una vez más. Ella no podía dejar de mirarlo furtivamente, temblaba con cada roce, se emocionaba con cada sonrisa que le él dedicaba. Marian intentaba mitigar lo que él provocaba en ella, observando a sus primos recién casados. El matrimonio les había sentado tan bien que llegaba a dar envidia, se les notaba en sus semblantes radiantes, llenos de satisfacción.

Ella estaba tan feliz por ellos.

Ah, la ironía de la sociedad reinante; ellos, siendo mayores, no eran catalogados de solterones, en cambio ella era casi crucificada.

Siempre estaba agradecida de pertenecer a una familia que nunca la presionó a contraer matrimonio, pese a cumplir con las normas establecidas de presentarse en sociedad y entrar al mercado matrimonial. Para sus padres, los bailes y los eventos de la aristocracia solo eran una opción más, las cosas sucederían en el momento preciso, ni antes ni después.

Y si no llegaban... pues ahí estarían de todos modos, amándola sin reproches.

Sin embargo, en su interior, Marian admitía que la entristecía no haber formado su familia, y eso que no se trataba de su único sueño. Ella siempre había hecho su voluntad, y se sentía conforme con su trabajo, pues sacaba a relucir sus capacidades intelectuales y de liderazgo. Pero cuando se encontraba en su habitación, en medio de la oscuridad de la noche, sentía que la fría soledad la devoraba.

Su mente comenzaba a imaginar los posibles escenarios en el futuro; sola, débil y vieja, con los huesos frágiles y apenas respirando en su lecho de muerte.

Quizás rodeada de parientes y amigos, eso aliviaba en parte su miedo.

Aun así, si lo imaginaba, sentía la frustración, el vacío de no experimentar las alegrías y dificultades de tener esposo e hijos. Tal vez, si tenía suerte, nietos. Sentir que no lo había hecho todo, que nunca más volvió a despertar una mañana en el calor de un abrazo.

Convertirse en una fría lápida, olvidada demasiado rápido...

¡Pamplinas!

Era mejor no pensar.

—Interesante. Las tres provienen del mismo burdel —musitó Horatio sin levantar la vista.

Aquellas palabras interrumpieron el deprimente hilo de los pensamientos de Marian. Ella lo observó, sintiéndose mal por haber pasado por alto ese fundamental detalle, pues siempre obviaba la procedencia de la mayoría de las internas.

Prefería enfocarse en el presente, y no caer en el prejuicio.

—¿En serio? —preguntó Marian.

—Se llama «El Palacio de *Madame Écarlate*». Muy elegante —añadió.

Horatio alzó la mirada y Marian le arqueaba una ceja.

—Disculpa si te he ofendido. Olvidé que eres una dama y ustedes no deben...

—Horatio, por favor, sé qué pasa en esos lugares —amonestó—. No te preocupes por mi sensibilidad moral. Creo que, para escándalo de muchos, casi no poseo ceguera social. Sé cuál es la consecuencia de la pobreza en las mujeres.

—Entonces, ¿por qué me alzas las cejas?

—¿Lo he hecho? —interpeló, sorprendida.

—Todavía lo haces.

Marian parpadeó y se masajeó la frente, como si quisiera emborronar la expresión de su rostro.

—Lo siento —se excusó mortificada.

—Ya sé qué estás pensando —aseguró Horatio, y añadió con un tono falsete, imitando a una matrona de alta sociedad—: ¿El inspector habrá visitado aquella casa de la perdición? ¡Qué terrible e inmoral!

Marian apretó los labios, evidenciando su culpabilidad.

Horatio le dedicó una media sonrisa ladina.

—Es muy famosa entre los varones de la alta sociedad, pero no he tenido el placer de visitarla —admitió—. La gran mentira de mi género es que somos animales que no se pueden controlar. Es una excusa barata de algunos especímenes que no les gusta hacerse responsables de sus actos, ni quieren domar sus impulsos más primitivos.

—¿Y tú te haces responsable de tus actos? —se atrevió a preguntar.

Horatio se aclaró la garganta. No vio venir esa atrevida interrogante.

—Por supuesto. Me conoces, ¿o no?

—Por supuesto. Siempre he sabido diferenciarte de Justin. Eres, por lejos, el más apuesto —bromeó sin pensar.

Fue el turno de Horatio de alzar una ceja. Marian se dio cuenta de las palabras lanzadas al viento.

Su rostro se encendió en un salvaje color carmín.

—Por eso eres mi favorita —replicó, osado.

Ambos pensaron que algo extraño tenía el té, les desconectaba el cerebro de la lengua.

Horatio se levantó, impelido por el mero instinto de supervivencia. Al otro día volvería a la academia para recabar más información. Si pasaba más tiempo junto a Marian, terminaría confesándose en media hora, convirtiendo la investigación en un suplicio incómodo para ella.

—Creo que es un buen momento para volver a Scotland Yard —determinó—. Ya tengo suficientes antecedentes para iniciar la investigación. Averiguaré si alguna de las señoritas en cuestión volvió a su antigua profesión —resolvió con claridad.

—¿Irás ahora?

Horatio sonrió y sacó su reloj de bolsillo.

—A esta hora en El Palacio de *Madame Écarlate* todos deben estar en el quinto sueño. Iré a la noche...

—¿Puedo ir? —pidió Marian, levantándose de su asiento.

—¿¡Qué!? ¡No! —negó rotundo. A Horatio casi se le salieron los ojos de sus cuencas ante la insólita petición.

—¿Y cómo las vas a reconocer? No sabes cómo son —cuestionó—. Las mujeres que trabajan ahí jamás usan su nombre verdadero... Muchas, incluso estando aquí, tampoco lo usan.

Horatio entornó sus ojos, ella tenía razón. ¿Cómo diantres metería a Marian en ese lugar?! Si su tío Andrew se enteraba, de seguro le sacaría los ojos con una cuchara.

«Piensa, piensa, piensa... Marian no puede ir así como así», se apremió con desesperación.

«¡Piensa, idiota, piensa!».

¡Sí! Ya sabía cómo resolver ese entuerto. En parte...

—¿Sigues siendo una sobresaliente dibujante? —preguntó Horatio, desconcertando a Marian.

—El talento es algo que no se pierde —replicó, altanera.

—Entonces dedica tu tiempo en hacerme un bosquejo de las muchachas. En los registros solo se habla de estatura, color de cabello, ojos y complexión. Como tú dices, no sé cómo es su

apariencia. Necesitaré uno con su rostro al natural y otro con maquillaje recargado y peinados elaborados. ¿Puedes? —desafió.

—Sí, por supuesto que puedo.

—Pasaré a tu casa esta noche a buscarlos. —Marian abrió la boca para replicar. Horatio alzó su índice en un gesto imperativo—. No hay pero que valga. No me acompañarás a un burdel.

—¡Santo cielo! —exclamó una voz femenina tras la puerta.

Marian no pudo cerrar su boca. Solo se limitó a ser testigo de cómo Horatio daba un par de zancadas y abría la puerta de par en par para sorprender a la espía cotilla.

Gracias a Dios era un rostro familiar.

Más bien dos.

Florence, la hermana de Marian, y Emily, la hermana de Horatio.

Capítulo IV

La expresión de Horatio era severa. Florence y Emily se envararon al ser descubiertas y le sonrieron; el gesto intentaba ser natural, pero era todo lo contrario. Al no obtener un resultado positivo, Emily le dedicó una mirada de reproche a Florence por haberlas delatado con su escandalizada exclamación.

Emily volvió a forzar una sonrisa.

—Hermanito mío... ¿Cómo estás?

—¿Es costumbre vuestra escuchar tras la puerta de su directora? —increpó serio, ignorando la pobre estrategia de evasión de su hermana. Se hizo a un lado para exhibirlas ante Marian—. Entren... —ordenó. Las jóvenes no se movían—. ¡Ahora!

Emily y Florence obedecieron con diferentes actitudes; la primera con la barbilla alzada; la segunda, cabizbaja.

Cuando ambas traspasaron el umbral de la puerta, Horatio se asomó y miró en todas direcciones para cerciorarse de que no hubiera más espías.

Al volverse, vio que Marian estaba seria tras su escritorio, aún de pie y con las manos en las caderas, mirando con dureza a su hermana y su prima, quienes ya estaban frente a ella como si estuvieran en el banquillo de los acusados.

—Espero que tengan una muy buena justificación para estar escuchando tras mi puerta —amonestó Marian con un tono autoritario que a Horatio le sorprendió, mas no lo manifestó en su expresión. Ella era temible.

Fue el turno de Florence de alzar su barbilla, miró a su hermana y contraatacó:

—Espero que tú también tengas una muy buena justificación para visitar uno de esos... de esas... casas.

Marian resopló llena de frustración. Reprendió a su hermana con la mirada, acto seguido, alzó su índice y sentenció:

—Uno. Lo que haga con mi vida es asunto mío y solo mío. —Alzó un segundo dedo—. Dos. Nadie tiene derecho a dirigir mis actos como si fuera una niña —subrayó firme, y levantó un tercer dedo—. Y tres, ustedes están al tanto del motivo por el cual estoy recurriendo a Horatio... —Entrecerró sus ojos ante el prolongado silencio de las muchachas, e interrogó—: ¿Cuánto alcanzaron a escuchar?

Las miradas de Florence y Emily se cruzaron, como si estuvieran decidiendo si decían la verdad o no. A la postre, la atención de ambas volvió a Marian.

—Empezamos a escuchar justo cuando ustedes flirteaban —declaró Emily. Marian alzó las cejas.

Florence agregó:

—Sí, cuando tú dijiste que Horatio era más guapo que Justin y después él dijo que eras su favorita. Si eso no es flirteo yo soy Shakespeare.

—¿Flirteo? —intervino Horatio con un tono grave y amenazador. Se situó detrás, entre su hermana y su prima—. Ustedes tienen un muy mal concepto del flirteo. Es inútil que intenten incomodarnos, sobre todo tú, duendecillo rebelde... A todo esto, tengo entendido que ya deberías estar en casa.

—Estaba esperando a Florence, íbamos a tomar el té en casa de Grace —excusó Emily.

Detestaba cuando Horatio usaba ese tono de voz, tan, tan... enervante.

Horatio curvó sus labios y se metió las manos en los bolsillos. Evadió a las muchachas y avanzó hasta situarse entre ellas y Marian.

—Bien, en virtud de que escucharon lo que conversamos desde nuestro supuesto flirteo, también deben estar enteradas de que tengo una delicada e importante misión y, asimismo, Marian debe cumplir con su parte, que es fundamental para obtener resultados... Y si ella logra convencerme de acompañarme esta noche a donde ustedes ya saben, será bajo mi responsabilidad y protección —claudicó a medias, solo para no quitarle a Marian su autoridad frente a Florence y Emily—. ¿Entienden la magnitud de la situación?

—Sí —respondieron ambas al unísono.

Marian cruzó su mirada con la de Horatio y, con tan solo un gesto, agradeció que él la apoyara, aun cuando él se negó con tanta vehemencia. Su atención volvió a su hermana y a su prima.

—Deben comprender que no es por diversión, es por un bien superior —añadió Marian—. Lo que menos necesito son problemas y sermones. Y si llego a poner en riesgo la reputación de esta institución con mis actos, tengan por seguro que seré la primera en ofrecer mi cargo a disposición de las grandes damas.

Un tenso silencio se extendió entre todos.

—Si necesitas ayuda, solo pídelo —dijo Florence al cabo de unos segundos—. Sabes que te apoyaré. Discúlpame, no debí ser tan intransigente.

—Lo haré cuando haya agotado todos mis recursos —aseguró Marian.

—Sí, discúlpalos —añadió Emily, sin sentirse realmente culpable. Debía admitir que solo estaba ahí por curiosidad y pretendía guardar el secreto. Pero no contaba con la exagerada reacción de Florence—. Horatio sabe que puede contar conmigo.

—Mientras no me cobres demasiado dinero por tus asesorías, por supuesto que aprovecharé tus talentos —repuso Horatio. Y era cierto, Emily ya le había ayudado en una ocasión con sus cálculos matemáticos y fue determinante para la resolución de un crimen.

—Ridículo —replicó Emily, y esbozó una orgullosa sonrisa.

En ese instante alguien golpeó la puerta, hecho que provocó que todos dieran un leve jadeo. Habían navegado por un océano de intensas emociones en un muy breve lapso.

—Entre —autorizó Marian.

La puerta se entreabrió y se asomó la señora Waters.

—Ah, aquí están. Señoritas, las estaba buscando —se dirigió a Emily y Florence—. El carruaje de lord Ravensworth las espera.

—Gracias, señora Waters —dijo Florence—. Vamos de inmediato. —Con un gesto conminó a Emily a que se retiraran—. Nos vemos, Marian... cuídate mucho —se despidió con cierto desasosiego.

—Nos veremos en casa, querida —respondió.

—Adiós —dijo Emily, dándole una mirada pícara a su hermano, quien interpretó el gesto como un «Vaya, vaya, parece que ella de verdad te gusta».

Horatio solo le entrecerró los ojos a modo de advertencia y le propinó un leve gruñido.

Florence y Emily abandonaron la estancia.

El silencio entre Marian y Horatio volvió a cernirse sobre ellos. Sus miradas se cruzaron.

Marian suspiró.

—Me voy —anunció Horatio de súbito—. Pasaré a las ocho por tu casa.

Marian parpadeó, como si hubiera salido de un trance.

—¿Con qué excusa me visitarás? Nunca vas a casa.

—No es necesario dar una excusa —replicó tomando el maletín que había quedado en el suelo—. Solo diré que te encargué unos retratos para mi trabajo.

—Está bien... Te estaré esperando.

Horatio hizo un gesto afirmativo. Dio media vuelta, caminó hasta la puerta y, antes de abrirla y salir, miró por sobre su hombro y dijo:

—Hasta pronto, mi señora.

Cinco segundos después Marian se encontraba sola en su oficina. Se sentó en su silla con la sensación de haber tenido un extraño sueño... Sonrió.

¿De verdad ella y Horatio habían flirteado?

Al parecer sí.

Si no fuera por la lengua afilada de Emily y Florence, habría dudado de la veracidad del hecho.

Una risa nerviosa borboteó en su boca, pero la acalló en el acto, se aclaró la garganta y enderezó su espalda.

—Concéntrate, Marian —se amonestó—. Tienes unos retratos que hacer.

A lo largo de toda su vida, Horatio había estado frente a la puerta de Peony House más veces de las que podía recordar. Sin embargo, jamás se había sentido tan nervioso como en ese momento.

«Solo entra, saluda, conversa trivialidades, espera a que Marian te entregue los retratos y te vas», repasó su plan mentalmente, como si aquel soliloquio fuera a ser efectivo si algo no salía según lo esperado.

Mejor debía dejar de pensar tanto.

Inspiró hondo y tocó la aldaba.

No tuvo que esperar demasiado, Carruthers, el mayordomo, abrió la puerta. Al reconocerlo, le sonrió saliendo de su papel de estirado sirviente.

—Joven Horatio. ¡Qué agradable sorpresa! —saludó dejándolo entrar.

—Buenas noches, Carruthers —respondió devolviendo la sonrisa ante el familiar recibimiento, al tiempo que se internaba en el vestíbulo—. ¿Marian está en casa?

—Preguntaré si puede recibirlo. Mientras tanto, anunciaré su presencia a sus tíos.

—Gracias.

Horatio se quedó a la espera. Prefería ceñirse a los buenos modales y ahorrarse situaciones inesperadas. Nunca se sabía cuándo se era inoportuno.

Tras un breve lapso, Carruthers volvió y lo instó a que lo siguiera a la sala de estar de la familia. Esperó tras el afable hombre hasta que cumpliera con el rigor del protocolo y se internó en la estancia, encontrándose con la familia de Marian en pleno, quienes le regalaron sendas sonrisas por su presencia.

—¡Horatio, querido! —Fue el espontáneo saludo de su tía Olivia, lady Rothbury, fundadora de la academia Hope. Lo tomó de las manos y le dio un beso en la mejilla—. Qué alegría y sorpresa tenerte aquí.

—Buenas noches, tía —respondió con respeto, dándole un leve apretoncito a las manos de la vizcondesa antes de separarse y dirigir su atención a su tío, Andrew Witney, lord Rothbury.

Podían pasar los años, pero lejos de suavizar el aspecto del vizconde, solo se endurecía

gracias a la cicatriz en forma de cruz que surcaba todo el lado derecho de su rostro —incluyendo el ojo—, y la leve cojera que había obtenido luchando en las guerras napoleónicas.

Por fortuna, Horatio lo conocía de toda la vida, de lo contrario, estaría tragando saliva de puro temor.

—Muchacho, ¿cómo estás? —saludó el vizconde, ofreciendo su mano para ser estrechada.

—Bien, tío —contestó dando un firme apretón—. Con mucho trabajo.

—No hay duda de ello...

—¡Horatio, bribón! —intervino William, palmeándole la espalda—. Tienes un aspecto terrible.

De rasgos idénticos a los de su madre, William tenía veinticinco años y era el miembro más joven de la primera generación de los Herederos del Diablo, y cuyo origen fue el primer escándalo de esa familia.

Hijo ilegítimo del difunto conde de Felton, quien falleció una semana antes de su matrimonio con Olivia. En ese entonces, el abuelo de ella, el antiguo duque de Hastings, al saber de su embarazo, la repudió en secreto y la mantuvo oculta en precarias condiciones económicas, sin más compañía que una leal doncella, en una humilde cabaña situada en el norte de Inglaterra, lugar donde el destino la unió a Andrew. Él recién había tomado su título de vizconde y se había hecho cargo de su pequeña prima, Marian.

Al contraer matrimonio, la pareja ya tenía dos hijos adoptivos, William y Marian, y mucho amor. Antes del primer aniversario, en 1819, Olivia dio a luz a Antony, el heredero del vizcondado. Le siguió Florence, Elijah y Violet, quienes nacieron con una inusual precisión de tres años entre uno y otro. Todos heredaron los ojos azules de su padre. Sin embargo, los varones tenían el cabello castaño, como Olivia, mientras que las mujeres eran rubias, como Andrew.

Una familia numerosa, sin duda.

Y el ritual de saludar era tumultuoso.

Luego de William, llegaron las bromas de Anthony, la mirada cómplice de Florence, el abrazo de Elijah y el entusiasta saludo de Violet, quien siempre estaba ávida por escuchar alguna anécdota policial.

—¿Te quedas a cenar, querido? —preguntó Olivia.

—No, tía, muchas gracias por la invitación —rechazó Horatio—. En realidad, he venido porque le pedí un inmenso favor a Marian, es crucial para unas diligencias que estoy llevando a cabo.

—Sí, nos comentó que estaba haciendo un retrato para una investigación —terció Andrew.

—Así es.

—Desde que llegó de la academia, ha estado encerrada en su habitación trabajando en ello —añadió Olivia—. Es difícil interrumpirla cuando está concentrada.

—Por eso mismo se lo pedí, necesitaba precisión en el retrato. No hay nadie mejor que ella.

—Adulador. —Escuchó Horatio a sus espaldas. Era Marian.

A Horatio le costó toda su fuerza de voluntad no lanzar una pulla, y evitar expresar en su rostro alguna emoción que delatara sus ganas de flirtear. Los sucesos que había vivido con Marian ese día, le habían hecho traspasar un límite que nunca se habría atrevido a franquear, y sentía que algo había vuelto a cambiar entre ellos.

Sin embargo, desde que abandonó la oficina de Marian, tenía la absurda sensación de que, a diferencia de la última vez, lo que sentía ya no era tan unilateral.

«Actúa normal, actúa normal, actúa normal...», era la letanía mental de Horatio. De pronto, se sintió observado por Florence. La miró de soslayo y, paranoico, percibió el escrutinio.

«Normal, Horatio. Nada ha cambiado. Nada ha cambiado...»

Dio media vuelta y se encontró con Marian, quien se arreglaba un mechón detrás de su oreja, al tiempo que sostenía una carpeta.

Ambos eran observados. Fueron los tres segundos de silencio más largos e incómodos de sus vidas.

—Marian... Sabes que la adulación no es lo mío —dijo a modo de saludo, intentando con todo su corazón, hablar con un tono neutral.

—Aquí está tu encargo, inspector. —Marian le ofreció la carpeta a Horatio, quien la recibió.

—Gracias...

Horatio no quiso abrirla frente a la familia de Marian, después revisaría el contenido.

—Quiero ver —demandó William con curiosidad—. Anda, muéstralo, Horatio.

—Sí, queremos ver la obra de Marian —añadió Anthony.

—¿Qué es? ¿Un estafador, un asesino, un ladrón? —preguntó Violet.

—Déjenlo, puede ser algo confidencial. —Fue el infructuoso intento de Florence de salvar a Horatio y Marian.

—No creo que sea para tanto —intervino Elijah, estirando el cuello para ver el boceto que se vislumbraba.

—No te preocupes Horatio, estoy seguro de que el retrato no herirá la sensibilidad femenina de esta familia, teniendo a un padre como yo —animó el vizconde, siempre tomándose con humor su apariencia—. ¿Cierto, querida?

—Oh, querido, tú eres hermoso... —rebatía Olivia, aún enamorada de su esposo, sin importar el paso del tiempo—. Adoro el arte de Marian, ya sea si retrata a una dama o a un sospechoso de la ley.

Horatio miró a Marian, rogándole que lo ayudara en ese entuerto. Ella, discreta, le guiñó el ojo. Él no necesitó más señales.

Abrió la carpeta y sintió un profundo alivio.

Marian sabía a la perfección cómo era su familia.

Horatio sacó la hoja y la exhibió. De reojo, notó que Marian le había dejado una nota al interior de la carpeta.

Sin mediar palabras, toda la familia frunció el ceño e inclinó levemente la cabeza, estudiando el retrato.

—¡Qué sujeto tan raro y feo! —prorrumpió Violet al cabo de un rato.

—Es escalofriante —señaló William.

—Se parece a mi profesor de anatomía —comentó Elijah.

—Se parece a Elijah —terció Anthony, guasón.

—Idiota —masculló el aludido.

Florence tenía una expresión de franco desconcierto. ¿No se suponía que debían ser los retratos de las internas desaparecidas?

—Con razón tardó toda la tarde, el detalle es perturbador —sentenció Olivia.

—Me gustaría verlo más de cerca —solicitó Andrew a Horatio.

—Definitivamente Marian tiene un increíble talento. Es idéntico, tal como se lo describí —señaló Horatio, mientras le entregaba el retrato a su tío.

Discreto y, aprovechando que los demás estaban distraídos apreciando el arte de Marian, Horatio leyó la nota que ella le había dejado.

Nos vemos en una hora en las caballerizas.

Miró a Marian. Ella le esbozó una fugaz sonrisa maliciosa.

Horatio tuvo el nefasto presentimiento de que esa noche no iría solo al Palacio de *Madame Écarlate*.

Capítulo V

Horatio se despidió de sus tíos y primos, y abandonó Peony House. Había sido un idiota al creer que Marian obedecería al pie de la letra el mandato de solo hacer los retratos, ¿qué iba a hacer?

Frustrado, y con el perturbador retrato en sus manos, no le quedó más alternativa que esperar.

Peony House era la típica propiedad de un aristócrata próspero en Londres; ubicada en Brook Street, no era tan grande como una mansión en el campo, pero contaba con todas las comodidades. A las caballerizas se ingresaba por un acceso lateral que daba paso al patio trasero, cuya puerta siempre permanecía cerrada con llave. No obstante, Horatio, como todos los Herederos del Diablo, sabía cómo abrir cerraduras y llevaba siempre un juego de ganzúas para poder franquearlas. A esa hora no había nadie vigilando, pues los sirvientes debían estar cenando al interior de la casa.

En unos cuantos minutos, él ya traspasaba el acceso lateral. Estaba todo en penumbras. La luna menguante otorgaba su pálida luz a esa despejada noche de primavera. No obstante, Horatio se ocultó en las sombras que le proporcionaba el establo. No sabía a ciencia cierta cuánto esperar.

Se entretuvo acariciando al viejo Luck, el caballo del vizconde, el cual estaba viviendo más de lo esperado. El animal ya tenía veinticinco años, no era tan brioso como antes, pero seguía siendo un buen ejemplar. Era el padre de todos los caballos que poseía la familia.

—¿Cuánto irá a tardar Marian? —le preguntó Horatio a Luck. El animal resopló—. Ella dijo que nos encontraríamos en una hora, pero no sé si ese tiempo empezaba a transcurrir desde que leí la nota o cuando fingí que me iba. Debió ser más específica.

El estómago le rugió. Horatio gruñó.

—Debí haber aceptado cenar con ellos—masculló en voz baja—. ¿Tú ya has cenado? De seguro que sí, te tratan como rey, le haces honor a tu nombre, suertudo. Creo que hoy había pastel de carne, podía sentir ese delicioso aroma. —Inspiró y dio un gemido lastimero.

Para olvidar el hambre se dedicó a elucubrar. A ciencia cierta, no sabía qué esperar de Marian. Había dos opciones; que ella le entregara los retratos verdaderos y se quedara en casa o que se empeñara en acompañarlo al burdel.

Prefería la primera opción.

Pero conociendo a Marian...

De pronto, un ruido. Horatio se asomó y divisó a alguien que salía por la puerta del servicio portando una lámpara. Era un hombre, caminaba extraño y tenía una figura regordeta. Se dirigía hacia donde él estaba.

—Joder —masculló Horatio y se reprendió por ser soez, estar en la policía le había quitado parte de su refinamiento. Se escondió dentro de la cuadra de Luck.

Cuando el sujeto entró, el lugar se llenó de claroscuros. Horatio, dada su altura, se ocultó lo mejor que pudo tras el caballo. El sonido de los pasos y el movimiento de la luz señaló que el hombre llegó hasta el fondo del establo.

De súbito, el hombre silbó imitando a un petirrojo.

El sonido era muy familiar, Horatio frunció el ceño. Se quedó a la espera.

Otra vez el silbido, pero un poco más agudo.

Horatio, sorprendido, alzó las cejas y se irguió. Había reconocido a quien silbaba. Luck relinchó.

El silbido se repitió, Horatio se atrevió a responderlo del mismo modo.

—¿Horatio? —indagó la voz.

Él, aliviado, salió de su escondite.

—¿Qué demonios haces vestida así? —interpeló, estudiándola de pies a cabeza sin creer lo que veía.

Era Marian y a la vez no lo era.

Estaba disfrazada de hombre... Mas llevado a un nivel superior; el atuendo era normal, pero había rellenado y ocultado su fisonomía al punto de parecer un joven con sobrepeso. Incluso había un sombreado bajo sus ojos que simulaba ojeras y se había puesto algo en la boca que cambiaba la forma de sus mejillas. Llevaba gorra y, aparentemente, una peluca de cabellos castaños.

—Iré contigo. —Se esculcó la chaqueta y le entregó los retratos—. Mientras dibujaba lo pensé mejor. Si alguna de ellas está en ese lugar, podremos finiquitar el asunto hoy mismo, en vez de tener que esperar a que me confirmes que una está ahí, intentar concertar una entrevista, conocer sus razones y quedarme conforme. Si lo hacemos así podrían pasar días.

Horatio estudió los retratos. Marian había cumplido con su parte, y debía admitir que tenía razón si pretendía acelerar los resultados, en el caso de que fueran positivos.

Pero no debía rendirse, ¡no podía llevarla a un burdel, por todos los santos!

Resopló.

—¿De dónde sacaste ese disfraz? —preguntó.

—Tomé prestada la ropa de Elijah. —Horatio la reprendió con un gesto, y Marian rectificó—: Oh, bien, es lógico que la tomé sin su consentimiento, ¿de dónde más podría? Lo único que me faltaba era cambiar mi complexión. En la academia hacemos obras de teatro, algunas deben actuar en roles masculinos y tenemos algunos «modificadores» para simular distintas fisonomías —explicó y, acto seguido, Marian se aclaró la garganta y agregó con el convincente tono de un jovencito—: A veces participo en los ensayos, tengo buena voz de villano.

—Tu voz está muy lejos de ser la de un villano —rebatió. Se revolvió los cabellos, esa discusión no iba a acabar nunca—. Vamos a necesitar dinero extra... Se suponía que iba a ir solo —adujo Horatio, sin rendirse de persuadir a Marian de no ir—. Debemos pagar una entrada, y lo que vayamos a beber y quizás apostar. No podemos estar ahí de mirones.

—Tengo dinero suficiente, ¿con veinte guineas alcanzará?

«Alcanza para una orgía», pensó Horatio con acritud.

—Supongo que sí —respondió a regañadientes—. Marian, debes entender que no puedes cometer ni un solo error que nos delate, nos podrían sacar a patadas en el mejor de los casos. El Palacio de *Madame Écarlate* no es una pocilga y tienen sus propias reglas. Es un mundo aparte del que conoces.

—He escuchado más historias de lo que imaginas, Horatio —replicó volviendo a su voz femenina—. Sé qué tan cruda e inmoral puede ser la realidad... Te prometo que no arruinaré esto.

—No tienes idea de nada, Marian... Verás y oirás cosas que superarán lo más sucio que haya pasado por tu mente. Dejarás de ser inocente —insistió, tratando de no verbalizar lo que en realidad se presenciaba en un prostíbulo.

—No me subestimes, Horatio. Además, da igual si pierdo lo que queda de mi inocencia o no.

—¿Cómo?

«Lo que queda de mi inocencia», resonó en la mente de Horatio como si fuera una campana que doblaban una y otra vez. Rápidas conjeturas lo colmaron de inquietantes celos, de no ser él el receptor de aquel íntimo regalo.

Su lengua fue más rápida que su criterio.

—Oh, Marian... ¿Acaso antes de casarte...? ¿Stanbridge y tú...? —No se atrevió a terminar la oración. ¿Y si ella se había entregado antes de contraer matrimonio? ¿Por eso se quedó soltera?

Marian abrió los ojos, adivinando las elucubraciones de Horatio.

—Oh, no, querido... No sucedió nada entre Stanbridge y yo —rechazó vehementemente—. Pero debes comprender que, a mis años y con mi ocupación, manejo mucha información teórica respecto a las relaciones íntimas —confesó con un tono ligero y desenfadado. Debía agradecer que la lámpara no delataba del todo su rostro, que se encendía. Horatio la miraba... la miraba... Le hacía sentir... Se sacudió esa sensación de querer arrojarle a sus brazos. ¡Vaya locura!—. Sé que la realidad puede ser perturbadora, pero te prometo que no me dejaré impresionar.

Horatio tomó una honda bocanada de aire. Había dejado de respirar. Miró a Marian a los ojos y alzó su dedo índice.

—No aceptaré errores. Al primer gesto, jadeo o expresión de remilgo femenino esto se acaba y te traeré de vuelta, ¿de acuerdo? —capituló. Mantener una discusión con Marian en un establo resultaba absurdo. Era mejor que ella misma se diera de bruces con la cruda realidad y, arrepentida, le dejara el trabajo sucio a él.

Marian sonrió, feliz por su triunfo. Sin pensar, abrazó a Horatio con fuerza y, pese al relleno de su disfraz, pudo sentir su calor, el aroma y la dureza del cuerpo masculino. De inmediato se dio cuenta de su error. Se separó de él como si hubiera tocado lava. Fingió que nada había pasado y extendió su mano derecha para sellar el pacto.

—Trato hecho.

—Hecho. —Horatio estrechó la mano desnuda de Marian con firmeza. Se lamió los labios, sentía la boca seca—. Su nombre, señor...

—Oh... —Se quedó pensativa por unos momentos y respondió con un acento levemente irlandés—: Soy el señor Jason Dumah, usted puede llamarme Dumah. Somos amigos de infancia, vivimos en Cragside muchos años.

—Dumah, ¿eh? Muy ingenioso de tu parte usar el nombre del ángel del silencio y la muerte.

—Es mi oportunidad de usar un sobrenombre fantasioso como ustedes los terribles Herederos del Diablo... y usted, señor, no me diga que usará su nombre real.

—Por supuesto que no, tengo mi alias para algunas misiones de encubierto.

—¿Y cuál es?

—Luc Ascaroth.

Marian rio, era el alias demoníaco de Horatio. Sin embargo, a diferencia de Frank o Thomas, lo usaba muy poco debido a que no era una figura pública, ni se movía en los mismos círculos sociales.

—Vamos, Dumah —instó Horatio—. Terminemos con esto.

—Será un placer, Ascaroth.

Horatio y Marian se bajaron del carruaje de alquiler en Drury Lane. En siglos anteriores, el barrio de Covent Garden había sido distinguido, pero eso cambió para peor. Se había

transformado en el epicentro de la prostitución londinense. El Palacio de *Madame Écarlate* estaba situado a tan solo una manzana del Teatro Real.

Marian nunca había puesto un pie en esa zona. No obstante, se sentía segura al lado de Horatio, quien caminaba a paso relajado y con las manos en los bolsillos, mirando a las «señoritas» como si fueran manzanas en un mercado.

«Solo falta que las toque para ver si están maduras», rumió Marian en su fuero interno.

—Finge que estás buscando a una «señorita», Dumah —murmuró Horatio, mordaz—. Pareces un pueblerino que nunca ha visto una mujer y no sabe dónde meterse.

—¿Y cómo se supone que las tengo que mirar? —replicó Marian siendo consciente de su tensión.

—De arriba abajo, con cierta indiferencia y, por favor, no hagas contacto visual.

—¿Por qué?

—Si lo haces se pondrán insistentes —añadió—. Y querrán meterse en tus pantalones.

—Oh.

Marian intentó cambiar su actitud y se atrevió a mirar. Las mujeres se reunían de a dos o tres, vestían casi como damas, pero usaban colores vivos, escotes pronunciados y, de vez en cuando, se alzaban la falda para mostrar «la mercadería».

Aquellas mujeres parecían estar alegres, quizás se debía al alcohol. Sin embargo, Marian supuso que ellas debían fingir esa ligereza de ropa, mente y espíritu. De otro modo ¿cómo atraerían a sus clientes? ¿Cómo ganarían dinero?

—¿Quieren pasar un buen rato, caballeros? —preguntó una mujer morena al pasar.

—Mmmm, me gustan los pelirrojos —ronroneó otra cuando Marian y Horatio avanzaron un poco más allá. La mujer estaba acompañada de una rubia que aseguró:

—A mí dame al bajito, suelen tener espadas grandes.

Marian se aclaró la garganta, Horatio las miraba, pero las ignoraba.

—Puedo atenderlos a los dos al mismo tiempo —ofreció una exuberante castaña con una voz muy grave... muy, muy grave.

—Gracias, señorita —respondió Horatio, amable, y sin dejar de caminar—. Pero no me apetecen los choques de espadas.

—Te lo pierdes, cariño.

Marian miró a Horatio, horrorizada. Esa sonrisa canalla solo indicaba que estaba disfrutando pasearla por aquel inmoral vía crucis. Si así era la calle, el burdel sería peor.

—Lo hiciste a propósito, ¿cierto? —increpó Marian con su tono de voz masculina.

—Te juro, por todo lo sagrado, que sí —respondió desenfadado—. Tómallo como una clase intensiva antes de entrar al palacio que, por cierto, está frente a tus narices. Pon cara de hombre lujurioso. —Subió los dos peldaños que lo acercaban a la puerta y tocó la aldaba.

—Idiota —susurró siguiendo a Horatio.

Una ventanilla se abrió y se asomaron unos ojos masculinos que escudriñaron a los visitantes con recelo. Al cabo de unos segundos de examinación, indicó lacónico:

—Espere. —Y, dicho esto, la ventanilla se cerró.

Horatio se encogió de hombros, no conocía cómo funcionaba a ciencia cierta la admisión al palacio, por lo que no le quedó más alternativa que esperar. Metió la mano al bolsillo y sacó su reloj para consultar la hora; las once y cuarto.

—¿Siempre es así? —preguntó Marian con curiosidad.

—Ni idea. Las veces que he venido a esta clase de establecimientos ha sido por trabajo.

—¿Ninguna vez? ¿Jamás en la vida? —insistió.

Horatio no quiso responder. Era muy incómodo admitir que varias veces había pagado por una señorita cuando era más joven, principalmente para saciar su curiosidad y poner en práctica algunos conocimientos. A fin de cuentas, la experiencia le resultó placentera pero vacía. No le interesó repetir más de lo necesario.

—El que no digas ni una palabra implica una respuesta positiva —aseveró Marian con un tono de superioridad. No obstante, la sensación de triunfo le duró poco. Imaginar a Horatio con otra mujer le produjo un mal sabor de boca y unas ganas locas de patear algo... lo que fuera.

Sus intenciones se fueron directo a la entrepierna de Horatio.

La ventanilla volvió a abrirse.

—Dos guineas —dijo el hombre.

Horatio se esculcó los bolsillos y exhibió las monedas que le daban el derecho a entrar.

La puerta se abrió. Horatio le pagó al hombre que ya tenía su mano extendida para recibir el dinero, y Marian sintió que entraba a otro mundo.

Era diferente a la sórdida calle oscura, llena de humedad y hediondez.

El palacio estaba colmado de luz dorada que rebotaba en las paredes blancas y columnas de mármol. Decadencia, mujeres hermosas disfrazadas como sacerdotisas de Afrodita, las cuales velaban sus rasgos con un antifaz de encaje negro, el cual seducía a hombres hedonistas que desbordaban lujuria.

Músicos tocaban un vals al costado de una pista de baile, donde varias parejas se movían de un modo que Marian jamás vio.

Las mesas de juego estaban llenas de hombres apostando, y en sus regazos se sentaban entusiastas muchachas que los animaban a gastar su dinero.

Sillones situados en rincones oscuros, donde las siluetas develaban movimientos animales de una pareja improvisada.

Risas, murmullos, gemidos.

Olor a piel, perfumes caros, alcohol y tabaco.

Marian tragó saliva.

—Sean bienvenidos, caballeros —saludó una exuberante mujer de cabellos rubios. Cubría parte de sus facciones con un antifaz y vestía tan elegante como una dama. Horatio solo pudo precisar que no se trataba de una jovencita, pero tampoco era la habitual mujer corpulenta que sobrepasaba los cuarenta años—. Soy Rubí, seré su anfitriona esta noche. ¿Buscan algo en particular?

—Nos interesa divertirnos esta noche. Pero queremos algo especial —señaló Horatio.

La mujer alzó su perfecta ceja.

—Interesante, señor... —dejó la frase en el aire para que los nuevos clientes se presentaran. Le daba lo mismo si sus nombres eran verdaderos o falsos, era parte de su política dar un buen servicio.

—Ascaroth, Luc Ascaroth —respondió con presteza—. Me acompaña mi buen amigo Dumah.

—Extraños apellidos.

—Nadie es perfecto, *madame*.

La mujer rio femenina.

—¿Qué tan especial es lo que buscan?

—Que nos atiendan a los dos al mismo tiempo —intervino Marian, ejerciendo su rol de Dumah.

—Todas nuestras chicas pueden cumplir sus deseos —aseguró la mujer—, ¿algo más?

—Queremos que sea castaña, de pechos grandes —añadió Marian, haciendo una

demostración con sus manos de qué tan grandes debían ser—. Que sea más alta que yo y que tenga unas buenas caderas.

Horatio estaba impertérrito, sin embargo, por dentro experimentaba emociones tan disímiles como intensas; escandalizado, horrorizado y sorprendido por el cambio de actitud de Marian.

Era increíble... O quizás no tanto, la calle era sórdida, sucia e insegura. El palacio, en cambio, era como una decadente y desenfadada fiesta de sociedad.

—Creo que hay unas cinco chicas que cumplen con sus requerimientos, señor Dumah. Pueden esperar en una de las habitaciones que tenemos disponibles o, si lo prefieren, pueden jugar en una de las mesas o beber en la barra.

—Estaremos en la barra —decidió Horatio. Rubí asintió y sonrió solícita—. Vamos, Dumah, un *whisky* nos pondrá a tono.

—Sí, esperaba que dijeras eso —celebró.

Marian siguió a Horatio, intentando abstraerse de todo a su alrededor, pero era imposible. Sentía una extraña y excitante energía recorriendo su cuerpo y, a la vez, se preguntaba si todas las mujeres que ejercían la prostitución en ese lugar estaban resignadas a esa vida, o si sentían asco, o si era una opción que eligieron con libertad.

Quizás no todo era blanco y negro, y tampoco era posible ayudar a todas aquellas que deseaban salir del oficio.

—Dos *whiskies* —ordenó Horatio al hombre que atendía la barra de tragos, al tiempo que se sentaba en uno de los taburetes.

Marian hizo lo propio y se quedaron en silencio esperando a ser servidos.

Ambos se dedicaron de lleno a la misión; Marian buscando un rostro familiar entre las muchachas que atendían a los clientes. Por su parte, Horatio sacó del bolsillo de su chaqueta los retratos y procedió a estudiarlos con discreción. Eran bocetos muy bien logrados, pero debía admitir que quizás no iban a ser suficientes para reconocer a las internas desaparecidas, sus facciones eran armoniosas pero olvidables y, seguramente, lo que las hacía resaltar era el físico. Marian las había dibujado al natural, no estaban las versiones más «mundanas» que él había solicitado. Era evidente que ella no conocía la apariencia de una verdadera prostituta.

Tampoco ayudaba el hecho de que las «señoritas» usaran antifaz.

—Lo pedido, señores —anunció el sirviente.

Horatio agradeció con un gesto y, casi sin mirar, tomó el vaso y bebió un trago. En paralelo, estudiaba y memorizaba los rasgos dibujados de las internas desaparecidas.

Pese a estar concentrado en su labor, Horatio no pudo evitar mirar a Marian de reojo. Ella bebió un trago —con sorprendente masculinidad— y lo disfrutó. Estaba sentada en una postura relajada, apoyando el codo en la barra y sosteniendo el vaso con pereza.

—Es bastante buena la calidad del *whisky* en este lugar —comentó ella sin dejar de estar en su papel de Dumah.

—No sabía que eras aficionado a los tragos fuertes.

—A veces mi padre me invita cuando conversamos sobre la fundación. No es apropiado que yo lo haga, pero ¿cuándo mi familia ha hecho algo apropiado? —Rio flojo—. Tengo mucha suerte... Y creo que las muchachas que trabajan aquí, en cierto modo, también tienen suerte.

—¿En comparación con la calle? —repuso Horatio, Marian asintió—. Pues sí, la tienen. Techo, comida, protección.

—Es increíble que de este modo también cumplan el sueño de toda mujer decente, y yo que pensaba que solo era posible de lograr con el matrimonio —ironizó Marian—. Ah, y no olvidemos que ellas sí pueden decidir si quieren tener hijos o no.

—¿Estás en contra del matrimonio y la maternidad?

—No. —Bebió otro trago—. Solo que no me parece que sean las únicas meta por alcanzar. La vida es mucho más que eso... Por ejemplo, he tenido la oportunidad de dirigir una academia, de empaparme de otras realidades... En fin, tengo algo más que hacer ya que no me he casado.

—Miró a Horatio, quien bebía—. Y tú, ¿no hay una futura señora Montgomery?

Horatio escupió el *whisky*.

Marian rio a carcajadas.

—Por favor, ¡cuánta sensibilidad! —exclamó jocosa.

Horatio se limpió la boca con el dorso de la mano y señaló un punto delante de ellos. Marian siguió con la mirada.

Un hombre idéntico a Horatio con una expresión socarrona.

Justin.

Capítulo VI

La sonrisa de Justin se ensanchó y avanzó hacia su hermano. A Marian siempre le sorprendía lo idénticos que eran, sin embargo, ella apreciaba sus diferencias; Horatio serio, Justin despreocupado. Horatio vestía colores sobrios, Justin optaba por resaltar. Horatio ceremonioso, Justin desenfadado.

El aroma de Horatio tan singular, el de Justin... Era extraño, era como si no oliera a nada.

—¿Qué haces aquí, Horatio? ¿No se supone que un día prometiste no poner un pie en este tipo de antro? —acusó Justin con malicia.

Horatio solo rogaba al cielo que Justin no pusiera su atención en Marian, o todo se iría al infierno. Ella, por su parte, terminó de beber el *whisky*, se giró hacia la barra y pidió otro más al sirviente.

—Siempre hay una primera vez para priorizar el placer en vez del trabajo —respondió Horatio, indolente—. Y tú, ¿eres cliente frecuente?

—De vez en cuando obedezco a la naturaleza humana. Y este es el mejor lugar para ello. Muchachas entusiastas, saludables, limpias... —replicó Justin, relajado. Su mirada se desvió hacia el hombre regordete que los estaba ignorando a propósito. Alzó una ceja y volvió su atención hacia su hermano. Con tan solo un gesto le preguntó por el tipo que lo acompañaba.

Horatio sopesó la situación; podía mentir y decir que no conocía al sujeto en cuestión, pero si llegaba la anfitriona para invitarlos a elegir a una muchacha, tendría que dar más explicaciones de las que quería. No podía engañar a su gemelo por demasiado tiempo.

Eligió el mal menor. Con la profunda esperanza de que Marian hiciera una actuación convincente —mejor de lo que ya lo hacía—, decidió presentarlos.

—Oh, perdón por mi falta de educación. —Horatio le palmeó la espalda a Marian y ella le abrió los ojos, reprendiéndolo e intentando no caer en el pánico. Él la ignoró y prosiguió—: Este es mi buen amigo, el oficial Jason Dumah. Quería conocer un lugar de categoría para aliviar su naturaleza humana, y henos aquí... Dumah, te presento a mi evidente hermano, Justin Montgomery, él es fiscal en Old Bailey.

Marian esbozó una sonrisa de medio lado y extendió su mano con propiedad.

—Un placer, señor Montgomery. Dumah a su servicio —saludó Marian marcando más el acento irlandés, con un tono de voz más ronca después de haber bebido *whisky*.

—El placer es todo mío —respondió estrechando la mano con firmeza. Se quedó mirándolo fijo por unos momentos y lo soltó. Le era familiar el rostro, pero no podía asociarlo con ningún recuerdo. No le dio mayor importancia y sonrió—. Así que Dumah, ¿eh? ¿Conoce el origen de su apellido?

—Ni idea, señor, pero me ha dado mucha curiosidad.

—¿Nunca ha leído el Diccionario Infernal de Jacques Collin de Plancy?

Marian abrió los ojos y una velada censura se reflejó en su rostro.

—Soy un hombre profundamente creyente. No leería semejante blasfemia —respondió tirante.

Justin no perdió su buen humor ante aquella amonestación, sino todo lo contrario, encontrarse con personas santurronas espoleaba su lado satírico.

—Oh, mis disculpas, señor Dumah —replicó Justin con ganas de provocar—. Jamás imaginé

que usted fuera un hombre religioso, dado que se encuentra en este antro del pecado.

—Una cosa no tiene que ver con la otra —rechazó Marian, ejecutando a la perfección su papel de hombre remilgado e hipócrita.

—¿No?

—No. Estamos hablando de blasfemia, profanar el nombre de Dios, y usted lo está comparando con venir a este lugar a fornicar —rebatía Marian. Horatio la miraba en silencio, en su fuero interno solo podía empezar a aplaudir las aptitudes actorales de Marian.

—Los dos estamos pecando —señaló Justin.

«Ay, no, esto se está poniendo malo. Marian no puede quedarse callada cuando Justin empieza a provocarla», pensó Horatio.

—Sí, pero la blasfemia es peor —insistió Marian.

—*Toucheé*... Aun así, como agente de la policía, usted no debería estar fomentando el delito de la prostitución contratando los servicios proporcionados en lugares como este. Le aconsejo que considere el matrimonio... asumiendo que usted está soltero.

—Usted, como fiscal, no debería retorcer la ley para ganar una discusión, la cual dice claramente que castigará a quienes vaguen en la calle prostituyéndose, solicitando el servicio, o que estén importunando a los transeúntes. Aquí, en este lugar, las damas no están en esa situación. Tengo entendido que usted es soltero, le aconsejo lo mismo, considere el matrimonio. No creo que le falten damas bien dispuestas a cumplir ese rol.

—De momento, me gusta la soltería.

Horatio decidió que debía cortar por lo sano o todo se saldría de control. Llamó la atención de Marian y Justin dando un par de aplausos, emulando a un profesor de Eton.

—¡Caballeros! Creo que es mejor dejar el debate moral hasta aquí —sugirió Horatio—. Justin, ¿podrías dejar a Dumah en paz? No estamos en tribunales y estás arruinando la noche.

—Oh, solo me estaba divirtiendo a costa de él. —Miró a Dumah—. No lo he ofendido, ¿verdad?

—Ha sido un debate interesante.

—Lo mismo digo yo —convino Justin—. Sin embargo, creo que me retiraré. Es raro estar en el mismo lugar que Horatio y, en virtud de vuestros escuálidos bolsillos, me retiraré para que no pierdan el costo de la entrada.

Justin no obtuvo una respuesta. Horatio lo miraba adusto. Evidentemente, había ido demasiado lejos con su broma... Aunque, en realidad, el fiscal estaba hablando en serio. Desde hacía un tiempo le insistía a su hermano que dejara la policía, pues en cualquier otra ocupación recibiría más dinero por su trabajo. Lo que ganaba Horatio como inspector era una miseria, incluso para un hombre soltero.

Horatio insistía en que disfrutaba su trabajo, y le reprochaba a Justin que estaba demasiado acostumbrado a vivir como si fuera un aristócrata.

No obstante, Horatio debía admitir que él también estaba acostumbrado a ese modo de vida. Cuando se inició como policía, sopesó la idea de independizarse de su familia y rentar un cuarto en Fleet Street, pero al sacar cuentas, solo alcanzaba para lo elemental. Decidió seguir viviendo con sus padres y ahorrar el dinero que ganaba para comprar una propiedad decente en el futuro.

Y si un día se casaba, podría ofrecer algo más.

Tal parecía que, al final, solo tendría una casa. Del resto, ni hablar.

—Bien, creo que me excedí —reconoció Justin, incómodo—. Mis disculpas.

Le dedicó una leve inclinación de cabeza a Dumah, quien respondió al gesto. Después, su atención pasó a Horatio.

—Nos vemos en casa, inspector —se despidió—. Disfruta la velada, vaya que lo necesitas.

Horatio solo chasqueó la lengua. Justin se rio, dio media vuelta y abandonó el lugar a paso tranquilo, con las manos en los bolsillos.

Marian soltó el aire de sus pulmones, por lo visto, Justin no la había reconocido... Y de haberlo hecho, fue muy juicioso en no ponerla en evidencia. Horatio era, en cierto modo, afortunado de tener un hermano que no fuera un mojigato.

Miró de soslayo a Horatio, tenía la mirada perdida y el semblante grave.

Durante un par de minutos, entre Horatio y Marian no hubo más que un manto silente, ni una palabra salió de sus bocas. Solo se escuchaba el sonido de copas entrechocar, risas, música y voces alegres. Horatio pidió otro *whisky* y lo bebió con parsimonia. Marian suspiró, terminó de beberse el suyo. ¡Qué fastidio! Encontrarse a Justin ahí fue irreal y, a la vez, esclarecedor. Sabía que ser policía no era bien remunerado, pero ¿de verdad Horatio ganaba tan poco? ¿Tanta era su vocación de servicio? ¿Por eso se le notaba esa amargura y cansancio? ¿Estaba decepcionado, y no quería reconocerlo?

Marian pidió otro *whisky*. Era de buena calidad y ya sentía los efectos del alcohol en su torrente sanguíneo que la despojaban de sus inhibiciones y la llenaba de valentía.

—Horatio —llamó con cautela.

—Dime.

—¿Pasa algo malo entre tú y Justin?

Horatio se limitó a observar el contenido de su vaso. Decidido, se bebió lo que quedaba de un solo trago y pidió otro más. Marian jamás había visto a un sirviente tan eficaz en fomentar la borrachera; en menos de un minuto el vaso había sido rellenado y ya estaba de vuelta en la mano de Horatio.

—Él y yo solo pensamos diferente sobre cómo debería ganarme la vida —respondió con acritud y bebió—. Ya escuchaste su derroche de simpatía respecto a mis «bolsillos escuálidos».

—Pero ¿eres feliz siendo inspector de policía? ¿Te llena? Esta tarde noté cierto desencanto por tu parte —preguntó, aprovechando que Horatio estaba más hablador de lo habitual.

Lo que le recordó aquella noche...

Se preguntó si volverían a emborracharse. Marian bebió.

—Estoy cansado. A veces siento que la presión por no obtener resultados es insoportable... Pasan los años y la sensación de que estoy perdiendo el tiempo es cada vez mayor, que mis esfuerzos son inútiles. Todos mis hermanos ya tienen sus vidas hechas, con buena fortuna y yo... nada. Miro hacia atrás todo lo que he recorrido y me angustia pensar que es tarde para volver a empezar.

—Entonces renuncia —resolvió pragmática.

—No es tan fácil, Marian, yo...

—Lo es, Horatio. No estás solo, jamás lo has estado. ¿Cuándo comprenderás que nuestras familias siempre nos apoyarán? Tu madre y tu padre son ejemplos de aprovechar las segundas oportunidades en momentos que parecía no haber vuelta atrás, y mira dónde están, lo felices que son, la hermosa familia que formaron. —Marian reprimió el impulso de tomarle las manos. En cambio, le dio un apretoncito en el hombro—. Horatio, todos tenemos tropiezos en la vida. Mientras respire, siempre habrá una oportunidad de volver a empezar.

Horatio la miró a los ojos, sintió cómo esa delicada mano se aferraba con firmeza a su hombro. Volvió a atravesarse esa sensación de que lo que él sentía no era unilateral.

¿Y si ella lo aceptaba, pese a tener un futuro incierto?

Maldito *whisky*, le estaba haciendo pensar estupideces.

—Señores —interrumpió Rubí, la anfitriona—. Tengo una selección de muchachas que cumplen con sus requisitos. Por favor, síganme.

Horatio y Marian volvieron al momento.

—Gracias, *madame*, la seguimos —dijo Horatio. Bebió lo que quedaba del vaso y le hizo un gesto a Marian, conminándola a unirse a ellos.

Marian vació su vaso y fue tras Horatio.

Rubí los guio por una escalera lateral que conducía a la segunda planta hasta llegar a un rellano estrecho. A cada lado había puertas. Marian contó ocho a la izquierda, nueve a la derecha y una al fondo.

A medida que avanzaban, se fueron amortiguando los sonidos del salón principal y empezaron a predominar los que provenían del interior de las diversas estancias. Marian agradeció estar detrás de Horatio porque no pudo abstraerse de esa erótica cacofonía; gritos de abandono, gemidos extasiados, risitas seductoras y crujidos constantes. Frases enigmáticas lanzadas al viento que, al parecer, solo tenían sentido para los que estaban tras la puerta.

Para Marian, aquella situación le brindaba demasiada información que complementaba lo que ya sabía. Una abrumadora mezcla de pudor y curiosidad colmó su mente de inquietudes. Sintió la imperiosa necesidad de distraerse, alzó la mirada y se centró en la espalda ancha de Horatio. Tragó saliva, contrariada, fue un grave error haberlo hecho. Su imaginación la traicionó con vileza, trayéndole el recuerdo de ese momento en que lo vio a medio vestir en el carruaje. Se vislumbraba todo su torso a contraluz, los sólidos pectorales, el vientre tenso y musculado, dividido por el vello rojizo que descendía hasta perderse bajo el pantalón.

Marian sintió que se estremecía de pies a cabeza, y entre sus piernas se instalaba un leve e inusitado palpar. Intentó sacudirse esa sensación, pero el aroma que él desprendía no ayudaba en nada.

—Por aquí, señores —invitó la anfitriona, al mismo tiempo que abría la puerta de la habitación que se encontraba al fondo del rellano.

Horatio, sin pensar, se hizo a un lado y, haciendo gala de su caballerosidad, dejó entrar a Marian. Se mordió la lengua justo a tiempo para no decir «las damas primero».

Al internarse en la estancia, Marian se encontró con una fila de cinco muchachas que, como todas en aquel lugar, lucían un antifaz de encaje negro y estaban ataviadas como sacerdotisas que exhibían sus voluptuosos atributos. Ellas le sonreían como si Dumah fuera el hombre más atractivo del mundo. Sin embargo, notó cómo la sonrisa de todas se ensanchó y se tornó mucho más genuina cuando Horatio se situó al lado de ella.

Marian se mordió el labio inferior para no evidenciar su fastidio y se concentró en intentar reconocer a alguna de las internas desaparecidas. El antifaz era todo un incordio.

—Elige, Dumah —animó Horatio, mas luego se inclinó hacia el oído de Marian y agregó en voz baja—: Si ninguna de ellas está aquí, tendrás que elegir de todas formas y pagar por su silencio.

Marian asintió. No obstante, si de algo podía jactarse ella, era de ser una buena fisonomista y tener mucha suerte.

—Ella, la tercera. —Señaló con un ademán perezoso a una mujer de cabellos castaños con un cuerpo de diosa.

Horatio alzó una ceja. Debía admitir que si la hubiese visto no la habría reconocido, el maquillaje y el antifaz eran una buena forma de distraer la atención.

Se trataba de Megan Colman, la primera interna desaparecida.

Capítulo VII

Las demás mujeres abandonaron la estancia, y solo quedaron Marian, Horatio, Rubí y Megan.

—Excelente elección, señor. Topacio es perfecta para ustedes. El valor del servicio es de cuatro guineas por media hora —señaló Rubí para cerrar el trato.

—Por supuesto —dijo Marian, sacando cuatro monedas de su bolsillo para pagar el importe a Rubí.

La mujer, tras comprobar que las monedas eran verdaderas, sacó un par de sobres de su bolsillo.

—Ahora. Nuestro recinto es el mejor de Londres debido a nuestras reglas, las cuales son sencillas de acatar; está absolutamente prohibido golpear, insultar, quitar el antifaz y no usar condón con Topacio. De lo contrario, serán expulsados de nuestro establecimiento y no podrán volver.

Le entregó los sobres a Marian, quien se dispuso a estudiarlos a conciencia. Rubí, al ver tan concentrado al señor Dumah, asumió que él no sabía lo que era. Rogó al cielo que ese hombre no tuviera una enfermedad venérea por su ignorancia y prosiguió con su explicación:

—Caballeros, dentro de los sobres hay un condón para cada uno. Es una cortesía por su primera vez en este establecimiento. Para la próxima, deberán traer los suyos o comprarlos en el primer piso. Les aconsejo que, en el futuro, los hidraten en agua limpia unas dos horas antes del acto y, cuando terminen, lo lavan y lo dejan secar antes de guardarlo en el sobre de papel. Estos ya están listos para usar.

—Lo tendré en cuenta, gracias, *mmmmadame* —agradeció Marian, distraída, abriendo el sobre y sacando una especie de funda flácida medio transparente que tenía un hilo para cerrar el extremo.

Se preguntó cómo se tenía que usar.

Dios, estaba mareada.

—Topacio le puede explicar cómo debe utilizarlo —sentenció Rubí adivinando la duda del señor Dumah, el cual asintió—. Disfruten, caballeros.

Sin agregar una palabra más, Rubí enfiló sus pasos hacia la salida. Horatio la acompañó, le abrió la puerta y ella abandonó la estancia. Discreto, cerró la puerta con llave y se aclaró la garganta para llamar la atención de Marian. Ella lo miró y, ante el escrutinio de Horatio, guardó el condón en el sobre y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Acto seguido, dirigió su mirada hacia Megan, quien estudiaba a Horatio con un excesivo interés.

Fue el turno de Marian de aclararse la garganta, salió de su papel de Dumah y declaró con su voz femenina, firme y pausada —para no evidenciar su estado de mediana ebriedad—:

—Tal parece que usted disfruta de este oficio más de la cuenta... ssseñorita Colman.

Los ojos de Megan casi salieron de sus cuencas al reconocer la voz de la directora de la academia saliendo de ese hombrecillo gordo y anodino.

—¿S-señora Witney? —se atrevió a preguntar y, como un pudoroso e inútil acto reflejo, intentó cubrir su cuerpo.

—No se tome la molestia. La vergüenza está de más en este lugar —sentenció Horatio, al tiempo que atravesaba la estancia, tomaba una de las sillas que había en un rincón y se la ofrecía a Marian, quien se sentó con propiedad, pese a su leve sensación de ingravidez. A la postre, él se

situó tras ella como si fuera su guardia—. Señorita Coltman, límitese a contestar las preguntas de la señora Witney, quien ha puesto en peligro su reputación por averiguar los motivos de su desertión de la academia. Es lo mínimo que puede hacer por ella, dado su escaso sentido común.

Megan asintió débilmente. Jamás imaginó volver a ver a la directora de la academia, y mucho menos en el palacio. Cabizbaja, se sentó sobre la cama. Estar de pie, expuesta, no era una sensación grata.

Marian inspiró hondo, intentando calmar su creciente disgusto. Debía haber una razón poderosa para que Megan volviera a su antiguo oficio. La miró fijo e inició su interrogatorio.

—Quiero que me digas por qué te marchaste de la academia sin dar explicaciones. ¿Sabías que debías comunicar tu decisión de alguna manera.

—Creo que, de todas formas, no me ahorré la vergüenza —musitó para ella misma. Alzó la mirada y se centró solo en los ojos de la señora Witney—. No quise admitir frente a usted que obedecer órdenes de un patrón, ser una sirvienta, me fuera a dar tanto dinero como trabajar en este lugar... En realidad... de verdad pensé que podría cambiar mi forma de ser, pero me gusta estar aquí. No sé si usted me entenderá algún día, pero disfruto este oficio.

Marian parpadeó. ¿Acaso tenía algo bueno? Sintió una ávida necesidad de saber más, porque no entendía demasiado. Intentó ser racional, dejar de lado su vida privilegiada y no juzgar con dureza a Megan. No sabía si era el alcohol o no, pero muchas de sus creencias empezaban a desmoronarse con lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo puedes disfrutar de este trabajo? —inquirió. No fue capaz de refrenar su pregunta, que fue formulada sin mayor cavilación.

Megan no sabía si responderle con la verdad a una mujer que era solterona. Sin embargo, dado que la señora Witney estaba en ese lugar, ya no podía estar más escandalizada y, no obstante, mostraba respeto. Quizás era por su evidente estado «chispeante», que la despojaba de su pudor. Un poco más de cruda realidad no le vendría mal a la directora.

—A diferencia de muchas de las chicas que trabajan aquí, no tengo que fingir que intimar con un hombre me produce placer. Disfruto de la mayoría de mis clientes, algunos me pagan extra porque se dan cuenta de que lo paso bien con ellos. Al fin y al cabo, es un trabajo como cualquier otro, solo tengo que evitar preñarme y enfermarme, y eso es gracias a lo que les dio Rubí —reflexionó con más confianza, al ver que Marian seguía estoica y no se horrorizaba con sus palabras.

—Entiendo... —mintió a medias. Tenía el vago conocimiento de que las relaciones íntimas reportaban algún tipo de placer a los amantes, sobre todo a los hombres. No obstante, al escuchar a Megan le quedaba claro que no era necesario sentir una atracción física o amor para experimentar ese deleite. Dejó a un lado sus turbulentas cavilaciones y agregó—. Pero bien sabesss que llegada a cierta edad ya no serás apta para este trabajo.

—Lo sé —reconoció—. Por eso estoy guardando cada penique... Aprendí mucho en la academia, señora, no crea que ignoré todas las enseñanzas. Abrí una cuenta de ahorro. Me vestí de señorita respetable para que me hicieran caso en el banco. Aquí, pese a ser un lugar seguro, me pueden robar. Así salvaguardaré mi futuro para cuando llegue el momento de retirarme... No soy una mujer decente, nunca lo seré. Sé que moriré sola, pero, si tengo suerte, lo haré tranquila, sin pasar necesidades.

El silencio se instaló en la estancia. De pronto, el sonido del burdel en pleno apogeo llegó a los oídos de todos. Marian se aclaró la garganta para concentrarse en el momento. Sabía que Megan no volvería, pero se quedaba conforme con su explicación.

Dios, sentía la lengua gorda y perezosa, se concentró para continuar sin perder demasiada

dignidad. ¿Cómo lo hacía Horatio? Había bebido tanto como ella.

—Bien. Megan, no te pediré que vuelvas, eres una mujer adulta y sabes lo que haces. Estoy aquí no solo por ti, sino por otras internas de la academia. El señor aquí presente es Horatio Montgomery, inspector de la Policía Metropolitana. Me está acompañando porque, después de tu misteriosa partida, dos muchachas desaparecieron del mismo modo que tú; Daisy Michaelss y Regina Robertsson.

Megan alzó sus cejas con sorpresa y se apresuró a comentar:

—Ellas no son como yo. Deseaban estar en la academia y lograr un puesto respetable.

—Pensamos que, al provenir de este mismo lugar, podrían estar todas aquí.

Megan negó con la cabeza, vehemente.

—Señora Witney, estoy muy segura de que ellas nunca volverían aquí. Odiaban el oficio, no era satisfactorio para ellas.

—El problema es que ninguna de ellas dejó una carta para explicar el motivo que las impulsó a escapar —añadió Marian—. Sabes bien que las deser... deser... de-ser-ciones son pocas en la academia. Pensé que la tuya sería la única del año, pero han sido tres en tres meses. Una interna señaló que Daisy pudo haberse marchado con un marino. ¿Sabes algo de eso?

—¿Quién dijo esa estupidez? —preguntó Megan con brusquedad, frunciendo el ceño.

—Brenda Holm.

—Esa chica siempre inventa historias, no le crea, señora... Siempre le tuvo envidia a Daisy por ser la más inteligente, la superó en aritmética, cocina, redacción... —Megan jadeó recordando justo en ese momento algo que podría ser de ayuda—. ¡De hecho, Daisy escribía a menudo un diario de vida!

—En las pertenencias que dejó no encontramos. ¡Hic!... Nada.

—Ella pudo haberlo escondido. —Megan se encogió de hombros—. Un diario de vida no es algo que se deja a vista y paciencia de todo el mundo, más aún teniendo a una envidiosa como Brenda respirándole en la nuca... Quizás Daisy se lo llevó.

Marian suspiró. Sentía que llegaba a un callejón sin salida.

Horatio se aclaró la garganta, le dio un apretoncito en el hombro a Marian para señalar que tomaría el relevo de su interrogatorio.

—¿No sabe si Daisy o Regina tenían parientes? —preguntó él, debido a la buena disposición de Megan.

—Daisy no hablaba mucho acerca de su familia, pero sé que trabajaba aquí porque su madre estaba muy enferma. Regina era más reservada todavía y no sé si tiene algún pariente vivo.

—¿No sabe si, mientras estuvieron aquí, hubo algún cliente frecuente, o si a alguna de ellas le ofrecieron ser amante de alguien?

—Sé que a Daisy le hacía la corte un lord... —Se rascó el mentón y miró brevemente hacia el cielo raso—. ¿John... James? No lo recuerdo bien.

—¿Recuerdas su título?

—Esa información solo la maneja Rubí. Ya sabe, aquí llegan muchos lores, pero nunca se sabe si usan su verdadero nombre o título. —Se quedó en silencio por unos segundos, dubitativa. Se sentía en deuda, después de todo, haber asistido a la academia le dio armas para sacarle el máximo provecho a su oficio. Además, se preocupaba por Daisy y Regina, eran buenas muchachas. Eso le impulsó a decir—: Podría intentar averiguarlo, si me dan unos días. Rubí no es la anfitriona por ser tonta o descuidada. No sé si ha de manejar algún tipo de registro, pero es muy probable.

Horatio hizo una mueca, al tiempo que asentía con la cabeza. No era un dato que llevara a

alguna parte en concreto, mas no se quejaba, era mejor que nada.

—En cuanto tenga algo de información, la que sea, nos lo hace saber.

—Lo haré. Pierda cuidado.

—Bien. —Horatio volvió a dar un leve apretón al hombro de Marian—. ¿Deseas hacer más preguntas?

Marian en ese instante tenía muchas preguntas, pero no estaban relacionadas con las muchachas desaparecidas, sino con temas más mundanos... No obstante, no era el momento ni debía perder el norte.

Negó con su cabeza y se levantó de su asiento. Hipó.

—Creo que esss todo —zanjó decidida—. Vamos, Horatio.

—Señora... Espere —interrumpió Megan—. Creo que lo mejor será que se queden durante todo el tiempo que pagó... Digo, para no despertar sospechas de Rubí. Si se van antes, pensará que no hice mi trabajo y hará preguntas. Yo prefiero que ni siquiera dude de este encuentro.

—¿Y qué pretende que hagamos? —interpeló Marian, sintiendo que la respuesta no auguraba nada bueno.

—Fingir. —Megan les brindó una sonrisa maliciosa—. Una breve actuación para este singular *ménage à trois*...

Horatio asintió sin dudar, debían quedar unos diez o quince minutos. Se sacó los zapatos y Marian ahogó un jadeo al verlo subir a la cama hasta situarse de rodillas al lado de Megan, quien todavía permanecía sentada.

—Únase a nosotros, señora —animó Megan—. Se va a divertir mucho.

—Yo... Yo... —balbució Marian, buscando la mirada cobalto de Horatio. Cuando la encontró, él le guiñó el ojo y palmeó el colchón al lado de él, mientras le sonreía de medio lado.

La estaba desafiando.

¡Idiota!

Marian, envalentonada, alzó su barbilla y empezó a quitarse los zapatos, y se tambaleó en el proceso. Acto seguido, y a paso airado, se subió a la cama tomando la misma postura que Horatio en el lugar que él le indicó.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó fingiendo seguridad.

Horatio sintió una mezcla de orgullo y diversión infantil.

Pobre Marian, iba a perder todo rastro de inocencia, mas él se lo había advertido. Le iban a echar la culpa al alcohol.

—Harán crujir la cama y también dirán algo... sugerente —explicó Megan levantándose de la cama.

Marian tragó saliva. Sintió que Horatio se inclinaba hacia ella y su aliento tibio rozó su oído.

—Cierra los ojos, pon voz de Dumah. Imítame.

—Como ssssi fuera tan fácil —rezongó, al tiempo que acataba la orden de Horatio.

Sintió que rebotaba. Lanzó un gritito. Eso no era bueno.

—¡Muévete, Dumah! —exclamó Horatio con voz grave. Marian siguió su compás—. ¡Eso, amigo, hasta el fondo!

Horatio empezó a palmear su muslo al tiempo que rebotaban en la cama. Marian no sabía si reír o llorar, el sonido era muy convincente, idéntico al que escuchó en el rellano. Abrió los ojos.

Megan aguantaba la risa apretando los labios. Intentó componerse y comenzó a gritar con tono agudo y en armonía con el crujir.

—¡Oh, sí, señor! ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué bien lo hace!

Horatio le dio un codazo a Marian, instándola a decir algo, cualquier estupidez.

Marian negó con nerviosismo. Horatio se mordió el labio riendo en voz baja.

—Cobarde —le susurró socarrón.

Ah, no. Ella no era cobarde...

—Oh —susurró Marian intentando agravar su voz. Era uno de los trémulos sonidos que había escuchado en el rellano—. Ooooh...

—¡Más fuerte! —prorrumpió Megan en falso éxtasis y alzándole las cejas a Marian, instándole a hablar más alto—. ¡Dios, más fuerte!

—¡Ooooooh!

Horatio empezó a saltar y a palmear su pierna con más rapidez y brío.

—¡Déjame... algo a mí! —exigió él, resollando.

—Toda tuya —masculló Marian.

Horatio dejó de rebotar en la cama. Respiraba agitado.

—Ven aquí, nena... ¡Oh, sí, lo necesitaba! —exclamó como si estuviera comiendo una galleta de las que probó en la tarde.

Marian puso sus ojos en blanco, fastidiada.

—¡Jesús! —exclamó Megan.

Horatio empezó a palmear de nuevo su muslo a un compás moderado, pero sin saltar en la cama.

—¡Ay... ay... ay... ay! —continuó Megan con su actuación, acentuando en su voz una exuberante languidez.

De ese modo prosiguieron por un par de minutos. A Horatio ya le ardía la palma de su mano. Marian se atrevió a intervenir con un ocasional «¡Oh, nena!», seguido de un extático «¡Oooooh!».

Su repertorio era limitado pero convincente. Incluso empezó a palmear su muslo con vigor.

Y sin más... acabaron los tres al mismo tiempo.

Horatio se levantó de la cama y se puso los zapatos. Marian hizo lo propio, estaba mareada y con una ridícula risita. En medio de ese indecoroso y vulgar juego, empezó a divertirse. Era tonto, a decir verdad.

Lo iba a recordar toda su vida. No cabía duda de ello.

Horatio se quedó mirándola y le sonrió, orgulloso. Le palmeó la mejilla con suavidad y susurró:

—Bien hecho, Dumah... Solo falta que te desordenes un poco la ropa para que parezca que te has vuelto a vestir. Permíteme.

Sin esperar respuesta, le soltó la corbata y desabotonó un par de ojales de la camisa. Marian intentó arreglar su cabello poniéndolo detrás de la oreja, asunto bastante inútil puesto que era una peluca de varón; la fuerza de la costumbre. Horatio le torció la gorra. Le quitó la chaqueta.

Conforme con su trabajo, retrocedió un par de pasos para apreciar su obra por completo. Sonrió satisfecho y procedió a repetir en su persona el acto de restarle decencia a su atuendo.

—Son dos perfectos borrachos satisfechos —sentenció Megan. Se preguntó si ellos dos tenían algún tipo de relación amorosa, dado ese pudor mezclado con su trato familiar. Le provocaba cierta ternura esa dicotomía.

Dos golpes fuertes resonaron en la puerta, Marian dio un respingo.

Una voz masculina anunció severa:

—¡Un minuto!

Marian miró a Megan y articuló en voz baja un sentido agradecimiento. Horatio se acercó a la muchacha, le brindó una respetuosa inclinación de cabeza y le depositó una guinea en la palma

de su mano.

—Para tus ahorros... Gracias.

Megan hizo una reverencia con digna humildad. No esperó nunca ese gesto, no lo vio como caridad, sino como una forma más tangible y productiva de agradecer.

Horatio abrió la puerta.

—Vamos, Dumah... Si Dios quiere, otro día volveremos.

Capítulo VIII

Marian despertó con un dolor de cabeza colosal; las sienes le latían, tenía la boca seca y el aliento fétido, peor que un pozo de aguas negras.

Entreabrió sus párpados con pereza. Estaba a punto de amanecer. Gimió. La luz pálida de la moribunda noche traspasaba la delgada cortina y ya se podía oír el trinar de los pajarillos a lo lejos que, en su lamentable estado, parecía ser una música infernal compuesta por Satanás solo para torturarla. Cerró los ojos e intentó darse la vuelta para poder evadir la ignominiosa molestia que significaba estar en esas condiciones, pero aquello supuso un esfuerzo monumental. Entre el dolor de cuerpo y el estorbo que significaba el disfraz de Dumah, no podía moverse.

De pronto, se paralizó. Una ominosa sensación le señaló que, sin temor a equivocarse, esa no era su cama.

Esa no era su casa.

Lo único que sabía era que estaba con resaca.

Y se quería morir.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue a Horatio durmiendo a pierna suelta. Estaba vestido, mas a ella le parecía todo lo contrario; descalzo, la camisa a medio abrir, los pantalones desabotonados y dentro de ellos, un sospechoso y tenso promontorio que jamás había notado, pero sabía perfectamente de qué se trataba.

La cama era muy estrecha y apenas cabían los dos. Más allá divisó que había otra cama. ¿Por qué no estaban separados? Por un segundo temió haber hecho algo estúpido. Si Marian no hubiera tenido la garganta tan irritada habría lanzado un chillido. En vez de ello, fue un graznido que terminó en una tos.

Horatio abrió los ojos con brusquedad. Mientras daba un quejumbroso gemido, se sentó con lentitud. Contempló el paupérrimo estado de Marian y preguntó con voz rasposa:

—¿Qué hora es?

—La hora de la peor jaqueca de mi vida —respondió Marian con voz lastimera, al tiempo que estudiaba el lugar—... ¿Dónde estamos? No parece ser tu casa.

Horatio no respondió. Esculcó su bolsillo y sacó su reloj. Al ver que eran las cinco, soltó un suspiro de alivio. Estaban a tiempo.

—¡Horatio! —insistió Marian. Su propia voz le pareció ser una verdadera bala de cañón estallando en su cabeza y susurró—: Aaaaay...

—Estamos en un hotel... Costó convencer al encargado para que nos admitiera por tu estado étlico —respondió con un tono de voz átono. Frunció el ceño—. ¿No te acuerdas de nada?

Marian negó con la cabeza. Horatio se restregó la cara con frustración.

—Te lo resumiré... —Entrecerró los ojos, suspicaz—. ¿Cuál es tu último recuerdo?

—Recuerdo que cuando salimos del cuarto de Megan, un tipo había invitado una ronda gratis de cerveza y nos endilgaron una pinta a cada uno. Una de las señoritas me invitó a bailar y...

Marian fue recordando poco a poco. Se tapó el rostro con las manos y dio un quejido largo. Horatio alzó una ceja y esbozó una maliciosa sonrisa.

—El señor Dumah fue el alma de la fiesta. ¿Quién lo diría?, ¿eh?... Yo no sé cómo no nos descubrieron, Marian. El asunto es que, aparte de Thomas, nuestro ilustre primo juerguista, jamás había visto a alguien divertirse tanto. Bailaste, bebiste, fumaste y cantaste canciones

obscenas... —Solo para mortificarla, agravó su voz y entonó—: «Su hierro se puso al rojo vivo, como ambos deseaban^[1]»...

Marian cerró los ojos, todavía podía tararear mentalmente las sucias tonadas aprendidas en el burdel; «Seis veces hizo su hierro por el calentamiento vigoroso, se ablandó en su fragua en un minuto...»

Era una burda oda a una relación íntima entre un herrero y una mujer casada, muy explícita.

—¿Por qué no me detuviste, Horatio? —interpeló mortificada.

—Porque me cansé de decirte que no. Cada vez que lo hacía, me decías que no fuera aguafiestas y que me divirtiera contigo... Así que me divertí contigo. Lo pasamos bien, no te mortifiques. Será nuestro secreto.

—No recuerdo en qué momento nos fuimos del palacio.

—A las dos —respondió Horatio—. Llegamos aquí y no quise que durmieras sola. Temí que te ahogaras en tu propio vómito sin que yo me diera cuenta —relató con una verdad a medias. No quiso someterla a una situación vergonzosa, pues ella fue quien le pidió dormir juntos, aduciendo al frío—. Afortunadamente, tienes mejor estomago de lo que creí.

Horatio le guiñó un ojo y Marian sonrió. Sí, independiente del lugar y las circunstancias en las que estaban, vaya que se divirtieron. Incluso bailaron un vigoroso *reel*, y todos los parroquianos del palacio celebraron con entusiasmo la guasa de esos dos hombres que estaban haciendo una supuesta demostración.

Marian y Horatio suspiraron al mismo tiempo, pero por motivos diferentes; ella, por haber tenido una noche de diversión sin preocuparse de las normas, sintiéndose segura en compañía de Horatio; él, por haber vivido una aventura con Marian, un significativo secreto compartido. Era de ambos y nadie se lo podía quitar.

Tras un par de segundos en silencio, él se levantó y se dirigió al tocador que contaba con un espejo pequeño, una jarra de agua, jabón y una palangana. No le importó quitarse la camisa en frente de Marian —a esas alturas, el decoro era una convención ridícula entre ellos—, y con vigor se lavó la cara, las manos y las axilas. Humedeció su cabello y lo peinó con sus manos. Acto seguido, se secó con una toalla y volvió a ponerse la camisa.

—Pronto serán las seis —anunció al tiempo que se la abotonaba, mirándose al espejo—. Debemos llegar a tu casa antes de que la servidumbre empiece con sus tareas —determinó, ajeno al escrutinio de Marian, quien estaba embelesada admirando las masculinas formas de Horatio y no le respondía—. ¿Marian?

Dirigió su atención hacia ella.

Marian miró el cielo raso.

«¡Por poco!», exclamó Marian en su fuero interno. Su corazón comenzó a latir rápido.

Por una fracción de segundo se preguntó qué se sentiría despertar todas las mañanas junto a Horatio.

Dios, incluso con resaca, era una maravillosa sensación.

Por una fracción de segundo, en su imaginación, fue feliz. Amándolo con todo su corazón y él amándola sin medida.

«Demasiadas horas con él te hacen perder la cabeza», pensó ella con acritud, descartando aquella fantasía.

—¿Marian? —insistió Horatio. Ella parpadeó como si hubiera despertado en ese mismo instante y lo miró. Él se acercó y enmarcó su rostro con evidente preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí —susurró—. Perdón... es este dolor de cabeza.

Horatio sonrió de medio lado, pero aquel gesto estaba lejos de ser burlón, había mucha ternura

en él. Marian sintió una tenue caricia en su mejilla. Ella quiso hacer lo mismo, acariciar la aspereza matutina de la barba rojiza que ya estaba empezando a crecer, mas reprimió ese impulso, no era correcto. Demasiada intimidad delataría sus sentimientos, no confiaba en su voluntad de mantenerse lejos de él.

—Eso es lo que pasa cuando bebes más de la cuenta —pontificó Horatio, obligándose a separarse de Marian.

—¿Por qué a ti no te duele? —increpó casi ofendida por la sobriedad de su compañero de juerga.

—No bebí más que el *whisky* que nos servimos en la barra. Además, tenía el estómago vacío y eso es un pecado étlico —aseveró tomando su chaqueta, que descansaba sobre el respaldo de una silla, y comenzó a ponérsela—. Debía protegerte y estando ebrio habría sido imposible. Londres es una ciudad muy peligrosa cuando es de noche, incluso para los mismos hombres.

Horatio estudió a Marian, su estado era adorablemente lamentable.

—Levántate, querida. Si caminamos rápido, en veinte minutos estaremos en Peony House —conminó dándole la espalda a Marian para que pudiera arreglarse.

Ella asintió y suspiró.

Algo quedó en el aire, un vacío, una extraña melancolía.

El fin de la aventura.

Marian se puso en pie y, tan rauda como le permitió el dolor de cabeza, se lavó la cara y las manos, puso la peluca en su lugar y reacomodó el relleno de su disfraz.

No podía hacer mucho más.

Necesitaba tiempo para pensar. La realidad del motivo por el cual estaban en esa habitación cayó como una losa sobre sus hombros.

Al cabo de quince minutos, estaban caminando hacia Peony House bajo un cielo sin estrellas y que se aclaraba conforme pasaba el tiempo, empezando a develar las elegantes fachadas de Grovesnor Square y sus alrededores.

No se permitieron ir a paso relajado, Marian estaba al filo del desastre si era sorprendida por alguien de la servidumbre. Y, por mucho que se pagara por el silencio, no era una carta segura. A la postre, mantener un secreto podría convertirse en un eterno chantaje. No era una opción someterse a una situación comprometedor que podría repercutir en rumores.

Y los rumores, infundados o no, siempre tenían una base de verdad. No podía permitir que su familia y la academia se salpicaran con ello.

En ese preciso momento de su vida, ella no estaba de humor para lidiar con daños colaterales por su insensatez.

Llegaron a Brook Street, y pronto a su hogar. Horatio, tal como la noche anterior, abrió el acceso lateral al patio trasero con sus malas artes. Asunto que no sorprendió a Marian, no era la primera vez que veía a uno de los Herederos franquear una cerradura.

—Después de ti —invitó Horatio haciendo una floritura, al tiempo que abría la puerta, la cual no emitió ni un solo ruido. Agradeció al cielo que Peony House fuera tan bien administrada, al punto de tener todas las bisagras de sus puertas muy bien engrasadas.

—Cuánta cortesía —replicó Marian mientras traspasaba el umbral—. Un día de estos tendrás que enseñarme a abrir cerraduras. Nunca se sabe...

—Lo pensaré —respondió evasivo, siguiendo los pasos de Marian.

Rodearon la casa, al cabo de un minuto ya estaban frente a la puerta del servicio. Marian levantó una piedra y sacó una llave.

—Ya me estaba preguntando si tenía que abrir otra puerta —aludió Horatio en voz baja—.

¿Cómo la obtuviste?

—Mamá siempre ha pensado que las puertas de esta casa jamás deben estar cerradas para la familia —respondió e introdujo la llave en el ojo de la cerradura, la giró con cuidado para no hacer ruido—. Siempre debe haber una forma de entrar.

—Creo que cuando pensó en esa idea no tenía esto en mente.

—Claramente. —Marian abrió la puerta, pero no entró, se quedó quieta con la sensación de no querer despedirse. Lanzó un resoplido y bajó la mirada —. Bien...

Un ínfimo instante se convirtió en una eternidad.

—Quedamos a la espera de la información que nos pueda dar la señorita Colt —intervino Horatio, Marian alzó la vista y coincidió con sus ojos.

—Sí, claro... Yo buscaré en la academia el diario de Daisy, quizás pasé por alto algún escondrijo. Te estaré informando.

—Bien. —Se metió las manos en los bolsillos y retrocedió un paso sin darle la espalda a Marian. Nunca imaginó que despedirse sería tan difícil. Se repitió el millón de razones por las cuales no sería una buena idea besarla, porque el disfraz de Dumah no lo estaba persuadiendo.

—Gracias, Horatio —murmuró Marian, presa de una inusitada desesperación. Si cedía a la tentación, podría perder a Horatio. Si había malinterpretado su actuar, no podría volver a verlo a la cara—. Yo...

—Hasta pronto, Marian. Descansa, ha sido un día largo —se despidió Horatio, retrocedió otro paso y alzó su mano.

—Tú también.

Horatio dio un paso más hacia atrás, extendiendo la dolorosa distancia. Marian se escabulló al interior de Peony House sin provocar el menor ruido.

—Suerte, mi querida Marian, que nadie te descubra —susurró Horatio enfilando sus pasos hacia la calle.

Estaba perdido. ¿Qué iba a hacer? Si seguía teniendo contacto con Marian, no estaba seguro de poder aguantar demasiado ese ardor que lo estaba incendiando y, más temprano que tarde, terminaría confesando sus sentimientos. En el fondo de su alma, sabía que ocultar lo que sentía era una lucha inútil; en tan solo un día su relación se había estrechado más que en dos años.

Comenzó a avanzar a grandes zancadas y ya estaba en Brook Street. Decidido, se convenció, por el bien de la investigación, que debía soportarlo, al menos hasta cerrar el caso, cuando descubrieran qué había sido de la suerte de las dos muchachas que se marcharon de la academia sin dejar rastro.

Mientras el frío matutino refrescaba su cara, recordó la noche anterior. Cómo le costó mantenerse alejado de ella estando en la misma cama, fingir que nada pasaba. Ansiaba abrazarla, besarla, susurrarle al oído todo lo que sentía, mas no era posible, ella no estaba en sus cinco sentidos y él jamás se aprovecharía de ello.

Su voluntad flaqueaba cuando percibía ese leve indicio de atracción de ella hacia él. La incertidumbre le carcomía el corazón.

¿Y si Marian le aceptaba?

¿Y si ella le quería?

¿Y si él estaba perdiendo un tiempo precioso a causa de su inseguridad?

¿Y si todo no era más que el engaño de su iluso corazón?

El dueño de la taberna The Rusty Harpoon sacaba con dificultad al último ebrio de esa noche. Lo arrastraba hacia la salida, mascullando palabras malsonantes, jurando por enésima vez cambiar el rubro de su negocio. Pero era de esos hombres que apreciaba el dinero fácil que llegaba a sus manos por servir cerveza. No se imaginaba atendiendo una posada o, peor aún, una cafetería.

—Pudiste... haber sido... más delgado..., pesas como una maldita... vaca —mascullaba el tabernero en medio de resuellos, cansado del peso muerto de su alcoholizado cliente.

Hizo un último esfuerzo y, por fin, logró sacarlo de la taberna. Dejó caer el cuerpo sobre el suelo. No le importó demasiado si se golpeaba o no, la tierra de la ribera del Támesis siempre era húmeda y blanda.

Satisfecho con el éxito de su misión, se llevó las manos a la espalda baja y se estiró. El sol estaba despuntando y los rayos ya bañaban las aguas del fétido río. La mañana estaba despejada y se anunciaba un día soleado.

Detestaba los días así, no se podía dormir con tranquilidad.

Sintió un escalofrío.

Se acercó a la orilla del río, necesitaba aliviar aquel súbito llamado de la naturaleza. Comenzó a silbar una alegre tonada mientras se preparaba para orinar.

—Aaaaaaaaah —celebró el tabernero, entornando sus ojos de puro alivio. Le tomó cuarenta y cinco placenteros segundos vaciar su vejiga. En su mente ya acariciaba la idea de entrar en la taberna, llegar a su habitación en la parte de atrás y descansar como Dios manda.

Una vez finalizada su tarea, sacudió su asunto y lo metió en sus pantalones. De soslayo algo llamó su atención. No le dio importancia, siempre flotaban cosas en el río.

Sorbió la nariz para lanzar un desdeñoso escupitajo al agua. No obstante, su intención quedó a mitad de camino y casi se atragantó con su propia flema. Aquello que flotaba no era una cosa, sino alguien...

O parte de alguien.

—No puede ser... —susurró el tabernero con la mirada fija en el cuerpo que flotaba hacia la orilla, directamente hacia él, como si una voluntad divina lo hubiera elegido para ser el primer testigo de aquel macabro hallazgo.

En cuestión de minutos, tenía frente a él un torso carcomido, a todas luces, femenino.

Aterido, asqueado y horrorizado, el hombre hizo la señal de la cruz, pensando que nadie merecía morir así. A él lo podían tildar con cualquier adjetivo descalificativo, pero jamás podrían decir de él que era un tipo indolente ante una muerte tan violenta e indigna.

Sin vacilar un segundo más, se armó de valor, se agachó en la orilla y alcanzó el torso para sacarlo del agua.

—Pobrecita —susurró—. Es una verdadera lástima... Dios la tenga en su santo reino —sentenció compasivo.

De pronto escuchó un grito. Un hombre. El tabernero aguzó el oído y pudo reconocer el tono de voz. Se trataba del Apestoso Jimmy.

—¡Ayuda! ¡Alguien que me ayude! —gritaba Jimmy a todo pulmón con su marcado acento *cockney*.

—Parece que hoy no dormiré hasta tarde —se lamentó el tabernero y, acto seguido, respondió al llamado con un silbido e hizo señas con los brazos—. ¡Aquí!

Jimmy, al divisarlo, emprendió una carrera hacia el tabernero y en cuestión de segundos ya estaba intentando recuperar el aliento frente a él.

—¿Qué pasó, Jim? —preguntó el tabernero con un muy mal presentimiento atenazando su

corazón.

—Algo horrible, Connor. Hebert y yo encontramos una cabeza en el Deadman's Dock^[2]. Parece que es de mujer.

Connor se rascó el mentón, sabía que iba a ser uno de aquellos días en el río. Debido a los barcos prisión que permanecían en los embarcaderos, era frecuente encontrar cadáveres, pero era la primera vez que hallaban uno en esas condiciones.

—Yo acabo de encontrar esto —respondió mostrando el torso—. Es posible que la cabeza que hallaron le pertenezca.

Jim estaba boquiabierto. ¡Era terrible! Parecía un tétrico rompecabezas.

—¿Qué haremos, Connor?

—¿Cómo que qué haremos? ¡Llamar a los Peelers^[3]! ¡Para eso están!

Capítulo IX

La hora del almuerzo era un momento que los miembros de la familia Witney siempre aprovechaban para estar reunidos, si es que se encontraban en Peony House en medio de sus obligaciones y ocupaciones. Dependiendo de la época, comían emparedados, carnes frías, queso o fruta, entre otras delicias, y lo acompañaban con té, limonada o cerveza.

Quienes nunca fallaban a esa cita en la sala privada de la vizcondesa, eran la propia Olivia; su esposo, Andrew, el cual después del almuerzo partía al Parlamento, y no volvía hasta la hora de la cena; y Violet, la cual con trece años era la benjamina de la familia.

Por lo tanto, era toda una novedad que Marian estuviera en casa a esa hora. Olivia estudió el rostro de su hija mayor con preocupación. Esa mañana no bajó a desayunar y avisó con la doncella que no se sentía bien. Parecía enferma; presentaba unas pronunciadas ojeras y su rictus de molestia evidenciaba que no había pasado una buena noche.

—Marian, querida, ¿deseas que llame al médico? Se nota que no te sientes bien —ofreció Olivia con suavidad.

Marian intentó componer una sonrisa para tranquilizar a su madre, pero lo único que logró hacer fue una deslucida mueca. Su tremendo dolor de cabeza había remitido en gran parte y ya se sentía mejor para comer sin tener la sensación de querer vomitar.

—Solo fue insomnio, pero ya me siento mejor —aseveró con ligereza—. Debo ir a la academia de todas formas. Tengo asuntos impostergables que atender —respondió, y le dio una mordida a su emparedado—. En cuanto termine, volveré y descansaré, se los prometo.

—Creo que te afectó mucho hacer ese retrato perturbador para Horatio —intervino Violet—. De verdad era tétrico.

—Puede ser que tengas razón —convino Marian para no dar más explicaciones. Sin embargo, ese rostro que dibujó con tanto detalle no fue un mero producto de su imaginación—. De hecho, el sospechoso se parecía mucho al sujeto que me rescató del carruaje cuando perdí a mi familia.

Y no solo se parecía, era él. Marian recurrió a ese recuerdo para hacer el retrato falso. Pese a que ese hombre no era malo, su aspecto en la oscuridad fue el culmen de aquella terrible noche de tormenta, al punto que Marian, a sus cinco años, se desmayara de la impresión.

Andrew, su padre, quien estaba parapetado detrás de una novela, abandonó su lectura y le tomó la mano. En el pasado, cuando él se hizo cargo de Marian, ella no hablaba producto del trauma que supuso ser la única sobreviviente del accidente que segó la vida de su familia. Fueron meses aciagos, y él no sabía qué hacer, hasta que Olivia y William llegaron a sus vidas y fueron el amoroso remedio que Marian necesitaba. Desde ese instante, Andrew siempre le temió al silencio de su hija.

—A veces el corazón queda intranquilo cuando removemos el pasado —sentenció él, comprensivo.

Marian le sonrió y le apretó la mano a Andrew. Él era un padre amoroso y devoto, muy diferente al hombre frío y distante que la engendró. Era lamentable, si no fuera por los retratos familiares, no lo recordaría.

—¿Podemos ayudarte en algo? —insistió Andrew, ansioso por ver a la Marian de siempre, más vivaz y de buen semblante.

Al mirar a los ojos de su padre, Marian se vio tentada a exponer parte de sus tribulaciones,

mas un absurdo temor a no tener todas las respuestas la invadió y prefirió callar. Ya no solo se trataba de las desapariciones de las internas, sino que estaba involucrado su corazón, sus sentimientos y, por qué no, su futuro.

Marian estuvo a punto de negar que no tenía problemas, sin embargo, sus palabras fueron interrumpidas por Carruthers, quien, ceremonioso, entraba a la estancia.

—El inspector Montgomery busca a la señorita Witney.

Marian alzó las cejas con absoluta sorpresa, al igual que Olivia, Andrew y Violet.

—Que pase, por favor, Carruthers —autorizó Olivia.

En cuestión de segundos, Horatio se presentaba frente a su familia en uniforme policial. Marian no pudo evitar pensar que se veía muy atractivo; su imponente complexión, su postura firme y el sombrero bajo el brazo le hacían ver gallardo. En su semblante serio apenas se notaban indicios de la juerga de la noche anterior.

—Buenas tardes a todos —saludó Horatio, solemne.

—Buenas tardes, muchacho —saludó Andrew, poniéndose en pie y le estrechó la mano.

—¿A qué le debemos esta sorpresiva visita, querido? —interrogó Olivia.

—Necesito que Marian me acompañe a un procedimiento policial como retratista —respondió Horatio.

—¿Acaso no tienen retratistas en la policía? —cuestionó Violet con un retintín mordaz en su tono de voz.

—En este momento no tengo ninguno disponible —respondió, impertérrito—. De lo contrario, no estaría aquí. Marian es la única persona fuera de la policía que considero confiable para esa tarea... Y por supuesto que sus servicios serán recompensados —añadió mirándola a los ojos.

Marian sabía que nada de lo que dijo Horatio era cierto. Solo una excusa para hablar con ella en privado. Algo importante había sucedido.

—Dame unos minutos para prepararme y te acompañaré —decidió Marian poniéndose en pie.

—Estoy muy agradecido, Marian. Eres muy amable —dijo Horatio esbozando una sonrisa.

—Marian —llamó Andrew—, dile a Carruthers que preparen el carruaje sin blasón para que puedan hacer sus diligencias sin contratiempos. Procuren ir con las cortinas cerradas, para evitar habladurías. Nunca faltan las personas que disfrutan inventar estupideces —recomendó.

—Gracias, papá. No te preocupes, tendremos cuidado.

Marian salió de la estancia y Horatio la siguió con la mirada con discreción, sin notar que tres pares de ojos estaban pendientes de ambos.

—Toma asiento, querido —ofreció Olivia, llamando la atención de Horatio—. ¿Deseas un refrigerio? ¿Té helado?

—Gracias, tía —respondió Horatio sentándose en una poltrona—. Té, por favor.

Olivia le sirvió a Horatio y el almuerzo familiar continuó.

—¿Y cómo van los asuntos en Scotland Yard? —preguntó Andrew.

—Para ser honesto, podrían ser mejores —respondió Horatio, y bebió su té. Su mente vagó a la conversación que sostuvo con el jefe inspector Warren, su superior, una hora atrás.

—Señor, ¿por qué les dijo a los periodistas que se trató de un crimen pasional? —interpeló Horatio luego de entrar en la oficina de su superior—. No hay pruebas concluyentes. El doctor Reynolds está recién haciendo la autopsia.

—No, Montgomery. No vamos a destinar recursos en movilizar a todos nuestros hombres en averiguar quién mató a una simple prostituta —dictaminó Warren, poniéndose en pie y mirando

con severidad a Horatio, quien se había plantado frente a él.

—Pero, señor, la muchacha llevaba un mes desaparecida. No podemos dejar este asunto así... y debo insistir en que ya no era prostituta —replicó con terquedad y, a la vez, arrepentido por haber hablado con el jefe inspector. Estaba casi seguro de que los restos que fueron hallados en el Támesis eran los de Daisy Michaels, el retrato de Marian era muy exacto y realista y, pese a la horrorosa expresión mortuoria de la cabeza encontrada en el muelle, sus rasgos eran reconocibles.

—Como sea —rechazó el jefe inspector haciendo un gesto de indolencia con su mano. Empezó a pasearse, impaciente, alrededor de Horatio—. Una prostituta siempre lo será y, si no me equivoco, usted me acaba de decir que se fugó de la academia Hope. La mujer obtuvo lo que se buscó por arrojarse a una vida de pecado.

—No, ¡no he dicho eso! —rebatía alzando su voz. Warren detuvo sus pasos frente a Horatio, quien prosiguió sin amilanarse—: Esto es más grave, señor, todo indica que fue cualquier cosa menos un crimen pasional, tengo un testigo que...

—Sí, otra prostituta. Su palabra vale tanto como el oro —ironizó—. Ya le di mi respuesta. Los vivos, la gente decente son nuestro problema.

—¿Acaso no tiene piedad? —cuestionó Horatio perdiendo poco a poco el respeto hacia ese hombre que le había ascendido. Sus modos de pensar eran tan incompatibles como el agua y el aceite—. Esto no es un crimen corriente, quien haya asesinado a Daisy Michaels se excedió. Puede ser incluso el primero de muchos, no lo sé, pero no podemos cerrar esto sin investigar, sin otorgarle justicia.

—Nosotros no somos detectives privados, Montgomery. —Warren evadió el contacto y volvió a situarse detrás de su escritorio apoyando sus manos sobre este—. Estamos para resguardar el orden público y la seguridad en las calles, vigilar a esos cartistas que buscan crear el caos con sus revueltas y mítines políticos. No me puedo dar el lujo de perder el tiempo de usted y sus subalternos en una persona que no tenía dónde caerse muerta.

—¡Esa mujer era un ser humano, por el amor de Dios! —profirió Horatio perdiendo los estribos.

—¡Y mi respuesta es la misma, Montgomery! Dedíquese a su trabajo, es una orden, ¿me oyó? Horatio lo miró fijo, temblaba de rabia e indignación, Warren sostuvo el contacto.

—En ese caso, renuncio, señor —decidió.

—¿Cómo? —Warren frunció el ceño. ¿Había escuchado bien? ¿Uno de los elementos más destacados de la policía estaba renunciando a causa de una simple prostituta muerta?

No, era un error, ¡tenía que serlo!

—Renuncio —repitió Horatio, sintiendo que se le quitaba un enorme peso de encima. Ya vería después cómo sería su futuro. Por lo pronto, tenía una misión y necesitaba actuar con libertad—. Aquí y ahora dejo de ser inspector de la Policía Metropolitana, señor. No quiero formar parte de una institución donde hay ciudadanos de primera y segunda categoría.

Warren, a quien no era fácil sorprender, entreabrió su boca por medio segundo. No era posible, si Montgomery renunciaba en ese preciso momento, iba a tener más problemas que antes.

Malditas fueran las encrucijadas.

—Y yo no aceptaré su renuncia —rechazó Warren con vehemencia—. No tiene idea de la presión que tenemos debido a esos agitadores que están sembrando ideas radicales en la gente. Si desea averiguar lo sucedido con esa mujer, hágalo —concedió a regañadientes. No podía permitirse perder a un elemento como Montgomery. Además, tampoco debía subestimar la

influencia que podía tener la directora de la academia. Después de todo, era la hija de un prominente miembro del parlamento y de una aristócrata que poseía conexiones políticas y sociales insospechadas—. Le doy dos semanas para que se dedique a esta ridícula empresa, con la condición de que no desatienda su labor administrativa ni utilice los recursos de la institución.

Fue el turno de Horatio para quedar sorprendido. No obstante, supo ocultarlo mejor que Warren. De momento iba a aceptar esa concesión, sabía que no había sido fácil para el inspector jefe dar su brazo a torcer. Pero si le tomaba más tiempo...

Malditas fueran las encrucijadas.

—Tomaré esas dos semanas —aceptó—. Pero mi decisión queda sujeta a los resultados de mi investigación.

—Haga que valga la pena, Montgomery.

—Corren tiempos difíciles —pontificó Andrew—. Los sacrificios dejan de valer la pena en el momento en que transamos nuestras convicciones. Cuando tengas que decidir lo más importante, sé egoísta.

—¿Egoísta? —cuestionó Horatio. A su juicio, el egoísmo era una palabra fuerte.

—Sí, sobre todo cuando se trata de tu propia vida, tus objetivos y tus sueños —replicó esgrimiendo con lógica.

—El egoísmo —intervino Olivia— suele tener una connotación muy negativa en las personas. Sin embargo, también es sano velar por uno mismo. Muchas veces los cambios residen en nuestras manos, pero no de la forma en que los demás esperan.

—Si intentan decirme algo, sean claros, por favor —pidió Horatio, poniéndose a la defensiva.

—Hemos sido claros, querido —respondió Olivia.

—Han sido más que claros —arremetió Violet—. Te ves cansado, primo, como si no hubieras dormido nada. Ese trabajo te está matando.

—¿Por qué supones que mi trabajo me está matando? —interpeló Horatio arqueando una ceja. ¡Vaya con las integrantes más jóvenes de la familia, sus lenguas afiladas eran implacables!

—Porque ya no sonríes cuando hablas de ello —argumentó con lo que era, para ella, lo evidente.

«Touchée», pensó Horatio con acritud.

—Estoy lista —anunció Marian entrando a la estancia, al tiempo que ajustaba el lazo de su bonete, sin siquiera imaginar la conversación que estaba sosteniendo Horatio con su familia. Su atención se volcó en él—. ¿Vamos?

Horatio le brindó una amplia sonrisa y asintió. Apresurado, bebió un último y largo trago a su té y se puso en pie.

Violet hizo una mueca.

Andrew se aclaró la garganta.

—Bien, nos tenemos que ir —concluyó Horatio—. Gracias, tío, por facilitarnos el carruaje. El té estaba delicioso, tía Olivia.

—Es un placer, muchacho —respondió Andrew.

—Que les vaya bien —se despidió Olivia con una sonrisa—. Tengan cuidado.

—Gracias —dijeron Marian y Horatio al unísono.

Cuando ellos abandonaron la salita de la vizcondesa, Olivia y Andrew se miraron y sonrieron.

—Yo creo que hacen una bonita pareja —sentenció Violet con desenfado—. Pero ambos son idiotas.

—Violet —llamó Olivia con un tono de amonestación—. No es tan fácil.
Andrew le tomó la mano a Olivia en un gesto de silente apoyo.
No, no era tan fácil, al menos dar el primer paso.

Horatio cerró la puerta del carruaje y observó a Marian. Ella le devolvía el gesto, a la expectativa.

Inspiró hondo.

—Marian, no tengo... —No se sintió capaz de terminar la oración. El misterio había tomado un cariz perturbador.

Tan solo el tono de voz de Horatio fue revelador para ella. Algo malo había pasado, lo sabía.

—Dilo, Horatio, no te preocupes por mí —animó con firmeza.

Horatio, frustrado, desordenó sus cabellos. ¿Por qué siempre tenía que ser el portador de malas noticias? Odiaba infligirle dolor a Marian, aunque fuera involuntario.

—Todo se ha dificultado —previno tras largos segundos—. Esta mañana fueron encontrados los presuntos restos de Daisy Michaels.

Marian entornó los ojos, un inmenso sentimiento de culpa la invadió. Se quedó en silencio intentando asimilar esa información. La palabra «presunta» suponía un rayo de esperanza. Sin embargo, su intuición le decía que no debía albergar ninguna.

Abrió los ojos, se encontró con los azules de Horatio.

Él no quiso dar más detalles por unos momentos. No era tan simple la situación, necesitaba meditar las palabras adecuadas.

—Quiero asegurarme que se trata de ella —añadió Horatio para terminar con aquel calvario—. Por ese motivo necesito que me confirmes la identidad del cuerpo. Yo pude reconocerla gracias al retrato que hiciste, pero tú la conociste en persona.

Marian no respondió de inmediato, mas no por duda, sino por el simple hecho de estar impactada del rumbo que estaban tomando los acontecimientos.

—Está bien, lo haré —decidió—. Si llega a ser ella, me ocuparé de que reciba una sepultura digna —afirmó intentando mantenerse estoica.

—Gracias... Sin embargo, debo advertirte que quizás no será fácil la tarea. El problema es... es el estado en el que fue hallada.

La expresión de Marian fue de claro desconcierto. Horatio agregó:

—Debo ser claro, no puedo suavizarlo más —determinó, o sería una tortura peor para Marian—. Esta mañana diversos testigos, en la zona de Deptford, hallaron restos humanos diseminados en la ribera del río. La mayoría fueron a parar al Deadman's Dock. El cuerpo fue desmembrado —precisó con voz neutral.

—Dios santo —susurró, horrorizada.

Marian se llevó la mano a la boca y un nudo en la garganta le impidió respirar con normalidad.

—Ahora vamos a la taberna The Rusty Harpoon que está cerca del lugar —informó Horatio—. Ahí nos espera el doctor Reynolds, quien está haciendo la autopsia.

—¿Autopsia? Dios mío, ¿es necesario mancillar aún más un cuerpo? —cuestionó Marian, sintiendo que sus ojos ardían.

Horatio suspiró.

—Sé que puede sonar macabro y anticristiano. Pero está comprobado que, si no se analiza

exhaustivamente a la víctima, no hay posibilidad de encontrar información precisa sobre la causa de muerte. Muchas veces se pueden hallar pistas claves que llevan al autor del crimen. El doctor Reynolds es uno de los pocos que se especializa en este procedimiento y lo documenta como corresponde, dado que también trabaja como profesor en el King's College.

Marian solo asintió. Si lo pensaba con lógica, Horatio tenía toda la razón, pero su mente no dejaba de imaginar el suplicio que debió vivir Daisy, como para volver a profanarla después de la muerte.

No dijeron nada más.

Los minutos pasaron lentos, pesados y aciagos. Ninguno de los dos era consciente de lo que sucedía en el exterior; el traqueteante movimiento del carruaje, de la cálida luz del sol o del paulatino cambio en el paisaje. Ambos estaban sumergidos en sus propios pensamientos que eran tan disímiles entre sí y, al mismo tiempo, coincidían en lo que sentían; esa visceral necesidad de saber la verdad, de hacer lo correcto, obtener justicia.

¿Lograrían alcanzar su objetivo algún día?, ¿o se quedarían con ese sentimiento de impotencia de no poder hacer nada?

Un leve jadeo entrecortado llamó la atención de Horatio. Marian intentaba reprimir su lamento. Discreta, secaba sus lágrimas actuando como si no pasara nada.

Horatio fingió que no se había dado cuenta.

No obstante, de reojo podía ver que las lágrimas de Marian estaban lejos de acabar.

Horatio no soportó más la distancia. Sin mediar palabras, se sentó al lado de ella y la abrazó. No dudaba de la fortaleza de Marian, pero aquella situación sobrepasaba cualquier expectativa.

Y aquel calor era todo lo que ella necesitaba para poder desatar ese caudal de emociones que la desbordaba. Marian se aferró a las solapas del uniforme de Horatio y rompió en un llanto desgarrador.

Marian podía recordar a Daisy con meridiana claridad, una muchacha llena de vida e intelecto brillante, que ansiaba aprender, y que se había fijado la meta de tener su propio negocio; una sombrerería.

Una vida segada. Un hermoso sueño truncado.

—¿Por qué no la busqué antes? —se recriminaba Marian en medio de su llanto. Comprendía que, si Horatio no hubiera estado seguro de la identidad del cuerpo, no estarían yendo a Deptford—. ¿Por qué fui tan negligente?

—No te culpes, por favor —intentó consolar Horatio acariciando la espalda de Marian—. Jamás imaginaste que acabaría así. Quizás nada habría cambiado...

—¿Y si Regina sufre ese mismo destino? —interpeló alzando su mirada enrojecida y anegada.

—Que Dios nos ampare, querida —susurró Horatio, enmarcando su rostro e intentando apartar con sus pulgares esas lágrimas que no cesaban—. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance. Te doy mi palabra de honor que agotaré todos mis recursos. No permitiremos que lo sucedido sea en vano.

Marian se apoyó en el pecho de Horatio sintiendo un pequeño consuelo. Él llegaría hasta el final. Lo conocía, sabía que sería así.

Confiaba ciegamente en él.

Capítulo X

Había muchos curiosos rondando frente a The Rusty Harpoon. El rumor del hallazgo de un cadáver desmembrado se extendió con morbosa rapidez, y Connor, el dueño de la taberna, estaba de guardia para que el doctor Reynolds hiciera su escabroso trabajo. Por lo general, cuando se hallaba un cuerpo en el río, Connor solía prestar la taberna para «almacenarlo» temporalmente, hasta que las autoridades se lo llevaran y lo enterraran en una fosa común. Siempre se trataba de pobres diablos que perecían en los barcos prisión cumpliendo su condena. Jamás le había tocado lidiar con recolectar los miembros de una joven mujer.

Una verdadera lástima.

Llevaba un largo rato esperando fuera de la taberna, manteniendo apartados a los curiosos, quienes aprovechaban cualquier distracción de su parte para escabullirse y observar por la ventana. Tampoco faltaron los que les ofrecieron un par de chelines por entrar y mirar.

—¿Cuánto más va a tardar ese Peeler? —masculló Connor. Según le había comentado el inspector Montgomery, iba a volver pronto con una persona que confirmaría la identidad de la joven y luego harían los arreglos para llevársela.

De eso ya había transcurrido una hora.

Connor escuchó un ruido por el costado de la taberna y fue a investigar. Al descubrir al curioso, resopló cansado, harto de la situación.

—¡Ey! —Chifló—. ¡Mocoso, sal de ahí! ¡No molestes al doc! —reprendió Connor.

El niño andrajoso le hizo un gesto obsceno y, en el momento en que Connor avanzó un paso alzando su mano, amenazante, emprendió la huida.

El sonido de los cascos de caballos y el consiguiente murmullo de los presentes llamó su atención. Connor, intuyendo que se trataba del inspector, se dirigió a la entrada y pudo observar cómo un carruaje negro pero elegante se detuvo frente a la taberna. Todos se hicieron a un lado para permitir que la puerta se abriera. Se apeó el inspector, quien le ofreció la mano a una dama rubia, sobria y distinguida.

Connor alzó una ceja. El inspector tenía el porte de un verdadero caballero, pero no de esos que parecían estar asqueados de respirar el mismo aire que la plebe. No, la estampa de él era de una tranquila autoridad, un hombre sereno y honorable. Sus ademanes lo delataban, eran diferentes en presencia de la dama.

Vaya con el Peeler. Interesante.

Horatio se acercó a Connor y lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¿Muchos problemas, señor Connor? —quiso saber Horatio, mirando de soslayo al gentío.

—Hoy son más fisgones que en otras ocasiones, no sé si usted me entiende —respondió el hombre. Horatio asintió.

—Comprendo... Intentaremos hacer esto en el menor tiempo posible. Le presento a la señorita Witney, que ha tenido la amabilidad de prestarnos su ayuda.

El tabernero se quitó la gorra con humildad y susurró:

—Connor a su servicio, señorita.

—Muchas gracias, señor Connor —dijo Marian—. Le estaré eternamente agradecida por permitirnos usar sus instalaciones.

—De nada, señorita —desestimó el tabernero. Miró a Horatio y, haciendo un gesto con la mano, los invitó a entrar a la taberna—. Llámenme si necesitan algo.

—Muy amable, gracias —dijo Horatio.

Connor abrió la puerta, Horatio y Marian traspasaron el umbral. Se encontraron con una estancia que olía a alcohol, comida y humedad. Estaba bien iluminada, pese a las precarias condiciones de la taberna a esa hora; velas y lámparas suplían la falta de luz natural, debido a que el local contaba con pocas ventanas y estas eran pequeñas. El mobiliario estaba arrinconado en los costados, y en el centro, una improvisada mesa de operaciones, que no eran más que varias mesas alineadas, la cual era presidida por un hombre calvo de unos cuarenta años, quien alzó la mirada al reparar en la presencia de la pareja. El hombre protegía su ropa con un mandil blanco, las mangas de su camisa estaban arremangadas, dejando sus antebrazos al descubierto. Una leve capa de sudor brillantaba su frente y su calva, debido al calor de la habitación.

Marian tragó saliva al ser consciente de que, sobre esa misma mesa, estaban los restos de Daisy cubiertos por una sábana.

Inspiró hondo, al tiempo que avanzaba junto con Horatio, aferrándose a su brazo.

—Doctor Reynolds —llamó Horatio a modo de saludo.

—Inspector, qué oportuna es su llegada. Justamente acabo de terminar con la autopsia. Ha sido muy interesante.

—Entonces debo suponer que logró recabar información útil.

—Espero que sea útil para usted —subrayó el galeno.

—Ojalá...

Un ligero manto silente se cernió, en el que todos miraron con solemnidad la sábana que cubría los restos. Horatio parpadeó, aunque no quisiera debía apresurar el reconocimiento y añadió:

—Bien, doctor, como puede apreciar, me acompaña la señorita Witney, quien corroborará la identidad de la joven.

—Buenos días, señorita Witney. Me habría encantado conocerla en circunstancias diferentes —declaró Reynolds con sinceridad.

—Lo mismo digo, doctor. No obstante, le agradezco de corazón por dedicarnos sus esfuerzos en esta tarea no tan grata.

—A decir verdad, señorita, este trabajo no lo considero de esa forma. Es una oportunidad para mí como profesional para aprender más y a la vez buscar justicia para esta pobre alma... Los muertos hablan, nos dejan sus señales. Está en nosotros saber interpretarlas con claridad.

Marian deseó que el doctor tuviera razón. Una leve y trémula sonrisa fue todo lo que pudo dar como réplica.

—Creo que ya es el momento —intervino Horatio y posó su mano sobre la de Marian, quien no se había soltado de su brazo—. ¿Empezamos?

—Sí —afirmó con un hilo de voz.

Horatio solo miró al doctor. Esa señal bastó para que él descubriera lo esencial y menos perturbador.

Marian sintió cómo su pulso se aceleró al ver las conocidas facciones. Para cumplir su misión, intentó abstraerse del olor a muerte que invadió sus fosas nasales. No quiso fijarse en la lividez del rostro manchado por un par de hematomas en el pómulo izquierdo, ni en el estado de la piel que parecía una fina y frágil membrana que traslucía venas azules. Solo se centró en los detalles que marcaban la diferencia entre Daisy y alguna desafortunada chica que se parecía mucho a Daisy. Se soltó del brazo de Horatio y buscó en el rostro de la joven el diminuto lunar que tenía

en el rabillo del ojo izquierdo y otro más notorio en la mejilla derecha, el pequeño promontorio que elevaba la curva de su nariz, la forma de sus labios que eran mucho más carnosos que el común de las mujeres.

Horatio y Reynolds se mantuvieron en silencio, conteniendo la respiración ante el minucioso escrutinio de Marian, quien se inclinaba sobre el rostro, se alejaba, rodeaba la mesa, se acercaba y repetía.

De pronto, Marian soltó un largo suspiro y centró su atención en el doctor Reynolds.

—Entre los restos encontrados, ¿hallaron la mano derecha? —preguntó ella. En su tono se percibía cierta ansiedad.

—Sí, señorita Witney... su antebrazo y mano, a decir verdad.

Marian se aclaró la garganta y solicitó serena:

—Muéstremelo, por favor.

El doctor, al ver la estoicidad de Marian, no vaciló ni un segundo y descubrió la parte señalada.

Tras eternos segundos, Marian soltó un largo suspiro. No tuvo más dudas.

—Esta chica no es Daisy Michaels —declaró, con total convicción. Horatio y el doctor Reynolds alzaron las cejas, boquiabiertos.

—¿Estás segura, Marian? —preguntó Horatio olvidando las formalidades, estaba estupefacto, contrariado y aliviado en partes iguales.

—Es idéntica, lo juro; los mismos rasgos, los mismos lunares, pero no es ella. Daisy tenía una cicatriz de quemadura que cubría todo el dorso de su mano derecha y esta muchacha no la tiene, también debo decir que tiene muchas más pecas —especificó. Su mirada se desvió hacia el doctor y preguntó—: ¿No hay forma de que esa cicatriz de su mano se haya borrado en el agua, o que la muerte haya velado ese rasgo?

—No, señorita, la única forma en la que podría haberse borrado esa cicatriz sería arrancando la piel o que los peces se la hubieran comido —respondió con franqueza, al notar que la fragilidad femenina de Marian era casi inexistente. Otras damas se habrían desmayado en cuanto descubrió el rostro.

—Entonces no tengo más que añadir, esta joven no es Daisy —sentenció Marian.

—¿No sabes si Daisy tenía familiares? —preguntó Horatio.

—No tengo la menor idea. Las muchachas como Daisy casi siempre les ocultan a sus seres queridos a qué se dedican y tampoco suelen hablar de ellos. Algunas escapan de sus hogares por maltrato, otras son jóvenes que han sido repudiadas. La mayoría están solas, pese a tener familia.

—Entonces, dado el sorprendente parecido, cabe la posibilidad de que esta muchacha sea un pariente de Daisy —conjeturó Horatio.

—Yo me atrevería a decir que es una gemela idéntica —intervino el doctor—. Si tiene los mismos rasgos y peculiaridades como lunares, es muy alta la probabilidad.

—Tenemos que averiguar esto también —decretó Horatio—. Dios, cada vez se complica más. —Se restregó la cara y desordenó sus cabellos, estaba fatigado, los ojos le ardían. Sin embargo, no había tiempo para descansar—. Debemos ir a la academia y registrar cada rincón para encontrar el diario de Daisy... si es que existe.

—Eso iba a hacer hoy, antes de que vinieras a buscarme —comentó Marian.

—Bien, de todas formas, seguiremos investigando. Este horrendo crimen tampoco puede quedar impune... —Marian asintió. Horatio hizo un leve gesto que transmitía su compromiso ante el nuevo cambio de escenario. De un bolsillo sacó una pequeña libreta que tenía atado un lápiz, estaba listo para anotar. Miró al señor Reynolds y preguntó—: Doctor, ¿qué otra cosa más

descubrió?

El hombre se aclaró la garganta.

—Si me lo permite, descubriré los restos para poder graficar los hallazgos. Si lo desea, puede retirarse, señorita.

—Hágalo, no se preocupe por mí —indicó Marian en un inusitado arranque de valentía y sed de justicia que le impedía mantenerse al margen del asunto. No importaba que no fuera Daisy, era una muchacha inocente, que pudo haber sido importante para alguien. Era un ser humano.

El doctor Reynolds miró de soslayo a Horatio, preguntando en ese gesto si tenía que obedecer o no.

—La dama ha dado su consentimiento, doctor, ya ha quedado más que claro que puede soportarlo —amonestó Horatio, sintiendo una aguda molestia por aquel velado menosprecio a la palabra y voluntad de Marian.

—Claro, mis disculpas, señorita.

El galeno procedió, dejando a la vista el rompecabezas incompleto que era el cuerpo de la víctima. El torso estaba suturado, por lo que era evidente que el señor Reynolds abrió en canal.

—Como pueden apreciar, tenemos la cabeza y el torso completos. Debido a la longitud de las extremidades, fueron seccionadas en dos. Hasta el momento, no ha sido hallado el muslo derecho, ni el brazo izquierdo.

»Por las características del estado de los miembros se puede inferir que el desmembramiento fue ejecutado *post mortem*. —Tomó una lupa que tenía entre el arsenal quirúrgico y magnificó la herida—. Quizás lo hicieron con un objeto grande y en extremo afilado, un hacha o una espada, por la limpieza del corte, lo que puede indicar que quien hizo esto es un hombre fuerte. Es prácticamente imposible que una mujer hubiera podido hacer semejante daño.

—Estatura del ejecutor, ¿alto o bajo? —interrogó Horatio, anotando lo más importante.

—No sabría decirlo... Pero me inclino por un hombre alto, así como usted. De ser más bajo, el victimario quizá no habría contado con la suficiente fuerza para hacer cortes tan certeros. Si observamos detenidamente, para hacer ese mínimo daño en el hueso y músculos, fueron necesarios uno o dos cortes justo en las articulaciones. También puedo inferir que la persona podría tener cierto conocimiento de anatomía básica, pues hay precisión.

—Dijo que el desmembramiento fue *post mortem*, entonces, supongo que lo que mató a esta joven fue una puñalada en el corazón —dijo Horatio señalando con el lápiz la profunda herida en el pecho.

—Es lo más probable. En los pulmones no había agua, eso descarta el ahogamiento. Al examinar la herida, encontré esto incrustado en el pulmón derecho. —Reynolds se esculcó el bolsillo, sacó un pañuelo, el cual al ser desplegado exhibió en el centro un pequeño triángulo metálico de una pulgada de longitud—. Los muertos hablan... y esta pobre muchacha trajo consigo parte del arma homicida.

Horatio, apresurado, guardó la libreta en el bolsillo para tomar entre sus dedos índice y pulgar la muestra y la estudió con solemnidad. Parecía ser de acero, pero contaba con extrañas vetas, como si fuera un oscuro mármol. Tendría que preguntar a algún herrero, fabricante de armas o coleccionista sobre su procedencia o el método de forja, jamás había visto algo semejante.

—¿Cómo pudo haberse quebrado? —preguntó Marian observando el triángulo que era sostenido entre los dedos de Horatio.

—Diversos factores afectan, puede ser la antigüedad de la hoja, su flexibilidad, o bien su calidad, conjugado con la fuerza del impacto. El arma atravesó el cuerpo de la víctima, y es posible que haya chocado con una superficie dura. Creo que, al momento de morir, la víctima

estaba atada. Hay signos de laceración en las muñecas y tobillos, también hay signos de lucha, hematomas en diversas partes del cuerpo y las uñas estaban quebradas —precisó.

—¿Sabe cuánto tiempo puede llevar muerta? —preguntó Horatio, al tiempo que le devolvía la evidencia a Reynolds.

—Basado en mi experiencia, he podido notar que un día después de la muerte, se forma una mancha verdosa en el abdomen, como esta —señaló dibujando un círculo en el costado del torso—. Eso quiere decir que el cuerpo no fue desmembrado de inmediato. Si me guío por el estado de avance de su putrefacción, y la acción de los elementos como lo fue el agua, puedo inferir que lleva muerta unos cinco o siete días.

—¿Por qué el asesino se tomaría tanto tiempo? Matar, esperar casi una semana, profanar el cuerpo y después lanzarlo al río... —se preguntó Marian más a sí misma que al doctor. Necesitaba entender, era un crimen extraño a la par de horroroso.

—Hay gente muy enferma en este mundo, señorita —dijo Reynolds señalándose la sien—. Cuando la cabeza falla, pueden cometer crímenes tan atroces que dejan pequeña cualquier escabrosa pesadilla.

—A veces —intervino Horatio, coincidiendo con el doctor— hay más locos en las calles que en los manicomios... No parece ser un homicidio hecho por mero impulso o un arrebató pasional, hay premeditación... ¿Cuánto tiempo habría estado en el agua? ¿En qué punto del río la habrían arrojado?

—No es fácil calcular aquello —adujo el galeno—, velocidad, peso...

Tres golpes en la puerta interrumpieron el hilo de las palabras del doctor y todos miraron en esa dirección. Acto seguido, entró Connor en la estancia portando una bolsa de género empapada.

—Disculpen, señores, señorita. Hallaron esta bolsa con... con lo que faltaba —anunció ofreciendo la bolsa a Horatio.

—Gracias, Connor. ¿Sabe dónde la encontraron? —interrogó mientras recibía la bolsa.

—En la Cala de Deptford, inspector.

—Buen trabajo —agradeció Horatio, y le entregó la bolsa a Reynolds—. No tardaremos mucho más.

El hombre como única respuesta se tomó la visera de su gorra y salió de la estancia.

El silencio reinó en el lugar. La atención volvió a la mesa. El doctor, con sumo cuidado y respeto, sacó de la bolsa los restos que le faltaban a la víctima y los situó en su lugar.

Una sensación de resignación invadió el corazón de Marian. No importaba si no conocía a esa chica, podía ser un pariente de Daisy, solo por eso sus restos recibirían una sepultura cristiana. Ella se encargaría de que no fuera a parar a una fosa común. Sentía una suerte de responsabilidad para con esa desafortunada joven. Como aristócrata, solo por formar parte de una sociedad indolente con las personas menos privilegiadas, debía hacer algo. Esa muerte era una consecuencia de una sistemática injusticia.

—Bien, creo que no tengo nada más que agregar a lo que ya he dicho —concluyó el doctor, después de estudiar el muslo y el brazo—. Hubiera querido serles de más ayuda, pero me temo que nuestros recursos científicos son limitados.

—No se preocupe, doctor Reynolds —replicó Horatio—. Sin su experiencia no podríamos tener datos tan concretos.

—Siempre puede contar conmigo, inspector. Usted es de los pocos que se toma en serio el análisis exhaustivo de una víctima. Mañana le enviaré el informe completo y las evidencias.

—Algún día todos respetarán el trabajo que usted hace —sentenció Horatio—. Muchas

gracias por su dedicación.

—Le estaré eternamente agradecida —terció Marian—. Pronto vendrá la gente del servicio funerario que contrataré en cuanto salgamos de aquí.

—Es muy generosa, señorita Witney. Esta chica merece dignidad, al menos en la muerte.

—No pudo decirlo mejor.

Marian y Horatio salieron de la taberna.

Necesitaban pensar, actuar, planear...

Encontrar más respuestas.

Encontrar a Daisy y a Regina...

Capítulo XI

Tres horas después, Marian se sentó frente a su escritorio y soltó un suspiro cansado, al tiempo que se reclinaba sobre el respaldo de la silla. Antes de llegar a la academia, ella y Horatio contactaron a un enterrador para que se ocupara del funeral de la chica sin nombre. Fue un trámite rápido y sin complicaciones —el dinero siempre facilitaba las cosas—, y por siete libras aseguraron una sepultura digna en el cementerio de Bunhill Fields.

El entierro se llevaría a cabo a la mañana del día siguiente.

Horatio se sentó frente a ella del otro lado del escritorio. Encorvado, apoyó sus antebrazos en las rodillas. Fijó su mirada en un punto aleatorio del papel mural, abstrayéndose de todo y meditó acerca de los acontecimientos vividos en las últimas veintisiete horas. Si no encontraban ningún diario de vida o cartas que pertenecieran a Daisy o a Regina, que les diera algún indicio de su paradero, volverían a un punto muerto.

El único alivio era saber que, hasta el momento, no estaban muertas.

Horatio consultó la hora en su reloj, faltaba poco para que fueran las cuatro de la tarde, y sentía que el tiempo se escurría como agua entre sus dedos.

No había la necesidad de entablar una conversación en ese momento. Cada uno estaba ensimismado en el cansancio acumulado, el cual les estaba arrebatando la vitalidad para reemplazarla con sopor. La investigación llevaba poco más de veinticuatro horas. Horatio apenas había dormido un par horas, Marian fue más afortunada en cierto sentido, los vestigios del agudo malestar producido por la juerga de la noche anterior ya habían remitido.

—Perdóname, Marian. Lo siento mucho —dijo Horatio rompiendo la quietud de ese breve descanso, sin dejar de mirar el papel mural.

Ella frunció el ceño, extrañada por tal aseveración. Horatio la miró de reojo y especificó:

—No debí llevarte a la taberna.

—Pero ¿qué dices, Horatio? —amonestó—. No había otro modo, si yo no hubiera ido, no habríamos podido confirmar que esa pobre muchacha no era Daisy.

—Te hice llorar y sufrir en vano —insistió en su autoflagelación—. Quizás debí hacerlo de otro modo.

—No pienses así. Fue inevitable, y lo sabes —zanjó.

Horatio suspiró. Era consciente de que no estaba siendo el hombre razonable de siempre. Su lengua empezaba a traicionarlo, verbalizando sus pensamientos en el preciso momento en que afloraban en su mente.

Sí, definitivamente, estaba cansado.

—Lo sé, soy un idiota —admitió y la miró a los ojos—. Déjame serlo por un momento.

—Está bien, sé un idiota —concedió al tiempo que la comisura de sus labios se elevaba levemente—. Pero no te acostumbres.

En ese instante golpearon la puerta y Marian dio su venia. Un par de segundos después, Emily, Florence, Laura y Grace ingresaban en la estancia.

Florence, al notar la sombría expresión de ambos, intuyó que el asunto de las desapariciones estaba complicándose. No imaginó que volvería a ver a Horatio tan pronto.

Grace Archer-Montague, hija del duque de Ravensworth, quien también estaba al tanto gracias a Emily y Florence, comentó preocupada:

—La señora Waters nos dijo que querías reunirse con nosotras. —Marian asintió. Acto seguido, Grace le dedicó una sonrisa a Horatio—. ¿Cómo estás, inspector? Tanto tiempo sin verte.

—Como siempre, siendo un esclavo del trabajo, señorita Grace —respondió intentando sonar desenfadado. La sociedad no le permitía tratarla como lady, dado que ella era hija ilegítima. Por ello, Horatio la llamaba de ese modo en vez de solo por su nombre. Con ese acto pretendía reivindicar su posición.

—Te creo —replicó y ladeó su cabeza, estudiándolo con interés—. Tienes la misma expresión de Windlesham cuando sale de juerga —bromeó, aludiendo a su hermano menor y heredero aparente del ducado. El ambiente estaba con una extraña tensión y necesitaba aligerarlo con algo de frivolidad.

—Pues esa cara sí es de juerga, Grace —acusó Emily con censura en su voz—. Anoche salió de casa con la excusa de ir a buscar unos retratos a Peony House, y vaya a saber Dios a qué hora volvió.

Horatio comenzó a sentir que se avecinaba un dolor de cabeza y se masajeó la sien.

—Emily, no empieces, por favor —reprendió Horatio.

Florence, quien conocía el real motivo por el cual él los visitó la noche anterior, sintió la necesidad de justificar a Horatio, pese a que sospechaba que él y su hermana le estaban ocultando algo importante. Marian tampoco estuvo en condiciones de levantarse esa mañana, y dudaba que fuera a causa del agotamiento por hacer unos retratos.

Una inquietante coincidencia.

Sonrió malévola en su fuero interno y aseveró:

—Puedo atestiguar que Horatio sí fue a casa anoche. —Horatio sintió un incipiente alivio. Sin embargo, para su desdicha, Florence agregó—: Pero se fue temprano, ¿a dónde? Ni idea.

El alivio de Horatio se esfumó. Florence pertenecía al otro bando, el de las cacatúas que no paraban de cuestionar.

—Déjenlo, por favor —terció Laura, hija del duque de Hastings y prima de Horatio y Marian—. Que disfrute y se divierta mientras está soltero, ya saben que los hombres de nuestras familias están cayendo con rapidez y a él le queda poco —añadió con malicia, la misma que se asomaba en su sonrisa—. ¿Cómo estás, Horatio?

Emily, impidiendo que su hermano contestara, volvió al ataque:

—Trasnochado, igual que Justin.

Todas rieron a carcajadas como si fueran un aquelarre, donde él estaba en el centro de su ritual y era la víctima de sus pullas. Marian apretaba los labios para evitar sucumbir a la tentación de unirse a las risas.

Pobre Horatio.

—Ni siquiera mamá nos lo reprocha como tú, duendecillo insolente —replicó Horatio a su hermana.

A la memoria del inspector volvió su inesperado encuentro con Justin la noche anterior. Lo único que sabía era que su hermano había vuelto a casa antes que él. Pese a la desenfadada excusa que les dio, Horatio sabía que su gemelo no era un cliente frecuente de burdeles. No tenía la necesidad de contratar los servicios sexuales de nadie, a decir verdad.

Horatio tampoco lo necesitaba. Ni santo, ni libertino. Era un convencido de que un buen amante debía cultivar primero la mente, en vez de practicar con todas las faldas disponibles.

Además, no había que ser un genio para saber que abusar de aquellas prácticas liberales eran un riesgo para la salud, tanto para él como para la señorita de turno.

—Señoritas... —llamó al orden Marian—. No las he llamado con el fin de burlarse de Horatio, déjenlo para otro día... Se trata de las desapariciones, tenemos noticias...

Ese fue el fin de las bromas. Horatio le cedió su asiento a Emily y se situó de pie al lado de Marian, tomando una postura casi marcial; piernas separadas y manos en la espalda. Las demás tomaron asiento en otras sillas y quedaron a la expectativa.

Y de ese modo, Marian reveló los resultados de las indagaciones; el retorno de Megan Coltman a su antiguo oficio —omitiendo la parte de la visita de Marian al burdel y justificando la noche de juerga de Horatio—, el terrible destino de la presunta hermana de Daisy Michaels, y la urgencia de hallar cualquier tipo de información que hubiera dejado las internas desaparecidas.

Florence, Emily, Laura y Grace escuchaban atentas las palabras de Marian y las breves intervenciones de Horatio. Todas estaban sorprendidas por cómo se había torcido el asunto.

—Ustedes son las que tienen mayor contacto con las internas —señaló Marian, mirando a las jóvenes damas—, y debemos interrogarlas sin hacer que esto parezca una cacería de brujas. Lo importante es saber si vieron a Daisy o a Regina escribir un diario o mantener correspondencia; empecemos con Brenda Holm. Respecto a las cartas; ya le pedí a la señora Waters, que revise el registro del correo. También, y en paralelo a los interrogatorios, Horatio y yo vamos a revisar a fondo el dormitorio para descubrir algún escondrijo en el cual hayan podido ocultar algo que no quisieran exponer.

—Cuenta con nosotras, Marian —dijo Laura, y las demás las secundaron—. Ahora mismo comenzaremos con las preguntas... ¿Qué tanto le contamos a las internas?

—Creo que, con el objetivo de buscar que colaboren, es mejor decirles la verdad —respondió Marian.

—¿Le vas a contar a las grandes damas? —preguntó con preocupación Florence a Marian.

—Solo necesito obtener un poco más de información y lo haré —resolvió en ese momento. El orgullo le estaba costando caro, no quería pagar en exceso.

—No dejes pasar demasiado tiempo, por favor —apremió con cariño.

—Lo haré, Florence, te lo prometo.

—Emily —intervino Horatio—. Yo tengo una misión especial para ti.

La aludida arqueó una ceja y le brindó una media sonrisa socarrona a su hermano.

—Asumo que se trata de cálculo, querido —sentenció con suficiencia.

A Horatio no le gustó ese tono de voz, se acercaba una pequeña *vendetta* de Emily, quien, cada vez que podía, castigaba a sus hermanos por su privilegiada condición masculina.

—Así es, querida. Se requiere de tu precioso talento —elogió con la intención de satisfacer a su hermana.

—Ya sabes cuánto vale.

Horatio se esculcó los bolsillos. Recordó en ese momento que no tenía suficiente, ya se había gastado una cantidad monstruosa de dinero. Se sintió avergonzado de sí mismo, era un pobre diablo.

—No es dinero, quiero algo más valioso —precisó Emily.

Horatio resopló, no sabía qué era peor.

—¿En serio quieres eso? —cuestionó, tratando de imponer su jerarquía—. ¿Delante de todas?

—Por supuesto, es mejor aún. Puedes empezar ahora —respondió indiferente.

—Eres muy infantil, ¿lo sabías?

—Hazlo. Y sí, me doy el lujo de ser infantil, pocas veces puedo permitírmelo.

Tras una lucha de miradas, que pareció eterna para Horatio, finalmente claudicó; tomó una honda inspiración, puso una mano en su pecho y comenzó a declamar como si estuviera elevando

una plegaria:

—Oh, Emily, gran diosa de las matemáticas...

—Más fuerte, Horatio —ordenó petulante en medio de las risitas femeninas de las damas presentes. Marian apenas se contenía.

Él gruñó entrecerrando sus ojos y prosiguió:

—Concédele tu gracia a esta pobre alma analfabeta de los números, e ilumina mi miserable existencia con tu sabiduría.

—Y así lo haré, pobre y triste mortal —accedió haciendo un ademán lánguido con su mano derecha y, con tono jovial, preguntó—: ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Estimar el área de dónde pudieron provenir los restos de la presunta hermana de Daisy.

—Oh, eso es más difícil que lo del río Cary. El Támesis es inmenso.

—Si tenemos suerte, mañana me llegará el informe del doctor Reynolds y lo combinaremos con mis datos sobre puntos donde encontraron los restos, el peso aproximado de cada uno de ellos y las horas de hallazgo.

—Tendremos que ir al río para calcular la velocidad del caudal —añadió Emily.

—En cuanto tengamos el informe haremos eso —determinó Horatio y puntualizó—: Dependiendo de ello, iremos en bote.

Emily dio un quejido lastimero, detestaba cualquier medio de transporte que flotara. Horatio lanzó una risilla perversa al imaginar el rostro verdoso de su hermana.

Marian decidió que era suficiente, e interrumpió ese duelo fraternal que había aligerado el ambiente. Era hora de centrarse en lo importante.

—Bien. Todas sabemos qué hacer, cuento con su tacto para no predisponer a las internas y lograr que colaboren sin sentirse amenazadas. Laura, mientras estoy ocupada en resolver esto, ¿me reemplazarías? Voy a estar yendo y viniendo estos días y no podré dedicarme a tiempo completo a la dirección. La señora Waters podrá guiarte.

Laura no esperó esa petición, pensó que en esa instancia especial Marian recurriría a las demás. No obstante, le gustaban los desafíos.

—Lo haré, gracias por la confianza —respondió.

—Las demás apoyen a Laura como directora interina, por favor.

Florence, Emily y Grace asintieron con firmeza, casi todas al mismo tiempo.

—Bien, eso es todo —concluyó Marian—. Cualquier información me la comunican de inmediato. Mientras tanto, Horatio y yo estaremos en el dormitorio seis revisando las pertenencias de Daisy y Regina.

Las jóvenes damas salieron de la oficina de Marian con presteza, dejándolos a solas. Horatio aún se encontraba de pie al lado de Marian, puso su mano en el hombro femenino, instándola a llevar a cabo lo anunciado con anterioridad.

Marian posó su mano sobre la de Horatio. Disfrutó del calor que él le transmitía y, a duras penas, contuvo el impulso de entrelazar sus dedos con los de él.

—Vamos —dijo ella con voz suave, al mismo tiempo que se levantaba. Traicionando sus deseos, se desprendió del contacto de Horatio, dejando una leve caricia.

«¿Por qué dura tan poco su calor en mí?», pensó con amargura.

Cada vez que debía reprimir sus sentimientos, sus deseos, Marian sentía ese inmenso vacío que nacía en su pecho y se propagaba frío en su cuerpo, en su alma, en su corazón. En las últimas horas se intensificó esa batalla interior para lidiar con una profunda necesidad que cada vez tomaba más fuerza. Era fácil fingir que no sentía nada especial por Horatio cuando apenas se veían. Pero estar tantas horas con él, sintiéndolo cerca, recibiendo sus muestras de cariño, su

apoyo, su mirada en ella, minaban su voluntad, y los poderosos sentimientos que albergaba en su corazón pugnaban por salir transformados en palabras.

Luchó febril con esa desoladora sensación. Se obligó a enfilar sus pasos hacia la puerta. Lo logró, era una pequeña victoria.

Una parte de su alma, cansada de fingir, le preguntó qué pasaría si ella, despojándose de sus miedos, daba un paso al frente para dejar de sentir esa incertidumbre de no saber qué hacer con la disyuntiva de seguir adorando a ese hombre en silencio, o hablar, con el riesgo de cambiar todo en perjuicio de su corazón. Si él no la amaba, solo le quedaría resignarse, e intentar sofocar ese fuego que incendiaba su alma.

No obstante, sería libre.

Suspiró. No era el momento de hacer una confesión, podía perjudicar la investigación.

Pero ¡maldita sea! ¡Nunca era el momento! Si seguía esperando a que llegara el minuto adecuado, podría ser tarde.

¿Y si solo se lanzaba?

No.

Sí...

Marian tomó el pomo de la puerta, mas no deseaba salir todavía, necesitaba paz en su corazón y avanzar. No fue capaz de girarlo, su mano no le obedecía. En cambio, dio media vuelta y quedó frente a Horatio, quien detenía sus pasos ante ella y la miraba con extrañeza.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

Sus iris azules coincidieron. Ella no sabía a ciencia cierta lo que él sentía. Lo que pensaba.

¿Alguna vez iba a llegar el momento de sincerarse?

—¿Me puedes abrazar? —pidió Marian. Ella notó cómo él suavizaba su expresión.

Horatio no respondió. La razón le gritaba que debía buscar una excusa para no ceder a esa sentida súplica. Era peligroso tenerla tan cerca, una verdadera locura.

Mas estaba cansado, necesitaba un pequeño alivio que solo Marian le podía proporcionar. No quiso obedecer a esa voz insidiosa que no dejaba de resonar en su cabeza, avanzó un paso y la abrazó. No le importaba saber el motivo de tan inusual petición, para él era una oportunidad de tenerla entre sus brazos, sentir su cuerpo, su aroma y su calor.

Marian se quedó quieta y cerró los ojos, escuchando los latidos del corazón de Horatio. Era una hermosa melodía constante y vigorosa. Lo necesitaba tanto, solo ese contacto llenaba su vacío.

Deseó quedarse ahí para siempre.

Horatio se solazó en el calor de Marian. Algo había cambiado en el ambiente, lo sintió en la misma médula de sus huesos. Sus piernas temblaron. Supo en ese preciso instante que no podía huir, no se sentía capaz de soltarla.

No quería soltarla. Había sido un error.

Su corazón comenzó a latir a un compás peligroso cuando Marian inspiró con ligereza, alzó la mirada y con voz suplicante dijo:

—Horatio, necesito que me respondas una pregunta con absoluta sinceridad. Solo me bastará una palabra tuya, y me darás paz.

Esa mirada lo condenó. Horatio lo sabía. Había llegado el momento que él tanto temió. Marian había notado lo que él sentía y que tanto se empecinó por esconder. Se maldijo y se reprendió por ser tan débil y bajar la guardia. Se concentró en la sensación de sentirla entre sus brazos para grabar ese instante en su memoria. Podía ser la última vez.

Tensó sus brazos, solo para sentirla un poquito más.

—Pregúntame lo que quieras —contestó, resignado a las consecuencias. Se prometió que él haría todo lo humanamente posible para que sus sentimientos no menoscabaran la relación que ya tenían en ese momento; eran socios, compañeros en la investigación.

Marian, como pudo, se arregló un mechón de cabello detrás de la oreja. Horatio había reparado en que cada vez que hacía ese gesto era porque estaba nerviosa. Se mantuvo estoico, a la espera de la pregunta que tardó un par de segundos en llegar...

—¿Tú sientes algo diferente por mí? Aparte del afecto familiar.

Horatio nunca imaginó lo terrible que sería escuchar esas palabras que le obligaban a verbalizar sus sentimientos, exponerlos y someterlos a un cambio irreversible.

Por un instante consideró negarse, pero estaba exhausto. Tan solo la idea de agrandar y mantener una mentira más, lo ahogaba.

Ya no podía seguir siendo un cobarde, no había escapatoria.

Quizás confesar le daría algo de tranquilidad. Por una vez su corazón vería la luz antes de quedar deshecho en la oscuridad. Lo diría todo, la amaría por un segundo.

—Es diferente. Lo que siento por ti... —Resopló, frustrado consigo mismo por no encontrar la forma adecuada de externalizar sus sentimientos. Era más difícil de lo que pensó. Inspiró y exhaló profundo, y lo intentó otra vez—: Lo que siento por ti ni siquiera lo puedo expresar con palabras que le hagan justicia, o cuantificarlo con cifras. —Los ojos de Marian se abrieron de par en par. Horatio llenó de aire sus pulmones y por fin reconoció—: Te amo con todo mi ser. Te amo a pesar de saber que no soy un buen partido para una dama como tú. Te amo y no tengo nada más que ofrecer aparte de mi alma, mi devoción y mi vida. Te amo y estoy muerto de miedo porque sé que esta será la última vez que te lo diga.

Marian no sabía si de verdad estaba sucediendo aquello, o si en algún momento se había quedado dormida y estaba teniendo un sueño muy vívido. El mejor de toda su vida.

Sea como fuere, sentía que flotaba y en su pecho florecía con fuerza explosiva ese amor que había echado raíces por dos largos años, o quizás más. ¿Que si él no era un buen partido? ¡Pamplinas!

—Ay, Horatio... No seas idiota. No será la última vez, he esperado demasiado tiempo para esto...

Horatio arqueó las cejas, asombrado, en el mismo instante en que Marian lo atraía hacia ella aferrándose a las solapas de su uniforme y empujándose sobre la punta de sus pies, lo besó.

Ella lo besó... ¡Ella!

Y él se entregó. En ese momento, su trabajo, su situación económica y el futuro ya no eran relevantes. Eran su excusa para no declarar sus sentimientos porque, pese a las señales que Marian le daba, estaba convencido de que él no significaba nada para ella y que no era suficiente para darle la vida que ella merecía; con él Marian solo pasaría penurias y añoraría las comodidades y la seguridad que le brindaba su posición privilegiada.

Pero ya no podía más. Marian lo había elegido y él no debía decidir por ella.

La iba a amar por el resto de sus días.

Horatio rindió pleitesía a los labios de Marian, besándola a conciencia y con suavidad, al tiempo que la atraía más hacia él, arrancándole un leve gemido femenino. El toque tierno de sus bocas era cálido a la par de incendiario.

Ella no recordaba que un beso fuera de ese modo.

Jamás experimentó algo así. La sensación era más fuerte e intensa de lo que imaginó tantas veces en la soledad de su habitación.

Marian sentía que todo su cuerpo se colmaba de sensaciones; el corazón aporreando su pecho,

la sangre fluyendo veloz por sus venas y su respiración cada vez más superficial. Abrió la boca para tomar más aire y se encontró con la atávica necesidad de tomar más de él.

Horatio respondió a ese mandato. Estaba en llamas, en el mismo infierno, centrado en ella, siendo devorado con inocencia... Sentía cierta inexperiencia por parte de Marian, y aquello fue un detonante de algo primitivo en él.

Sutil, suave, lamió la boca amada, enseñando con paciencia a cómo profundizar más el contacto. Poco a poco percibió que Marian lo imitaba con creciente decisión y, en cuanto sus lenguas se encontraron a plenitud, el deseo estalló en ambos.

Fue demasiado para él, su cuerpo, aletargado por un anhelo insatisfecho, cobró vida, endureciendo su virilidad.

Fue demasiado para ella, su cuerpo estaba enardecido y su piel sensible, su feminidad palpitaba, clamando con furia por ser tocada.

En ese momento, Marian comprendió en su totalidad lo que significaba la pasión. El tiempo había pasado y ya no era una jovencita que soñaba con escenas amorosas, inocentes e idílicas, sino todo lo contrario, quería sentir esa viril boca recorriendo todo su ser con voracidad. Y si Horatio no hubiera comenzado a reducir la intensidad del beso, ella se habría entregado sin importarle nada. Su mente se había nublado al extremo de olvidar el raciocinio, para dar rienda suelta al primigenio llamado.

Tal parecía que él tenía mejor control sobre su instinto y ella se dejó encauzar para remitir el ardor.

Con el lento paso de los segundos, solo quedaron los rescoldos de la hoguera. Horatio le dio un último y tierno beso en la frente antes de apoyarse en ella y quedar nariz con nariz.

—Asumo que correspondes a mis sentimientos —susurró Horatio con una sonrisa iluminando su rostro. El cansancio y la abulia ya no existían. Una reluciente esperanza brotaba en su corazón, tan brillante como el sol; tan solo debía esforzarse más. Por Marian haría lo imposible.

—Así es, completamente.

—Dilo —pidió Horatio, anhelante. Podía ser un sueño, necesitaba escucharlo antes de despertar.

—Te amo, Horatio Montgomery.

Sí, era una maravilla escucharlo. Era real.

—Y yo a ti, Marian. —Horatio suspiró—. ¿Estás en paz?

—Indudablemente.

—Entonces creo que ya estás en condiciones de investigar en el dormitorio seis —conjeturó volviendo a la realidad.

—Con más ánimo que nunca.

Horatio, de mala gana, se separó de Marian e hizo una floritura, conminándola a abrir la puerta.

—Después de usted, mi señora.

Capítulo XII

En el dormitorio seis había cuatro camas, todas separadas por una mesa de noche. A los pies de cada una, se situaba un arcón para las pertenencias de cada interna. La estancia era amplia y bien iluminada gracias a las grandes ventanas de guillotina. Las paredes blancas estaban decoradas con hermosos cuadros y el piso era de roble. Ese era el ordenado espacio en el cual estaban Horatio y Marian.

—Así que Daisy y Regina dormían una al lado de la otra —señaló Horatio, apuntando las macizas camas de madera—. ¿No sabías si ellas eran amigas cercanas?

—No sabría decirlo con certeza —respondió Marian—. Pero sé que ellas tenían una relación cordial, al menos cuando las veía en el mismo lugar.

—Bien, manos a la obra —sentenció Horatio.

Marian y Horatio registraron minuciosamente arcones, mesas de noche, almohadas, frazadas y colchones. No hallaron nada más que la ropa que dejaron ambas jóvenes.

Después de una hora de búsqueda, Horatio y Marian estaban estudiando el desorden provocado uno al lado del otro; ella con las manos en las caderas, él con las manos en los bolsillos, pero compartían la misma expresión corporal; espalda recta, el rictus severo, con sus ojos clavados en el caos, pensando, analizando. El paso por la academia de esas jóvenes parecía fantasmal. Lo único que delataba su presencia era la ropa, artículos de aseo y cuadernos.

Era frustrante.

—Debo admitir que no sabría decir qué era lo esencial para Daisy o Regina —reflexionó Marian—. Si yo quisiera fugarme, me llevaría una muda de ropa abrigada, mis objetos preciados, comida para el camino y dinero.

—Si quieres escapar rápido, solo basta una cosa. Con dinero puedes proveer todo, menos los objetos con valor sentimental. Tengo entendido que a las internas se les da cada semana una asignación, ¿o no?

—Sí, tres chelines. Lo mismo que gana una sirvienta en una casa. La mayoría lo usa en su salida dominical, otras lo guardan... —Marian resopló, molesta consigo misma—. Estoy casi segura de que Daisy era de las que ahorran. Ella pretendía montar su propio negocio en el futuro, y justamente es eso lo que no hay entre sus pertenencias. ¿Por qué no me di cuenta antes?

—Porque no puedes estar en todo, querida —replicó Horatio, posando su mano en la espalda baja de Marian. Sus palabras no eran un mero consuelo condescendiente. Él sabía, con conocimiento de causa, que un cargo de poder impedía controlar hasta el más mínimo detalle, debido a la delegación de responsabilidades.

Marian relajó su postura ante el toque de Horatio y la posibilidad de hallar respuestas. Se acercó más y apoyó su peso en él, lo que provocó que la mano que sentía en su espalda se deslizara hasta anclarse en su cintura. Le gustaba ese cambio entre ellos; un beso los había unido más y le permitió concentrar todos sus pensamientos en la investigación. Sacar a la incertidumbre de la ecuación le estaba dando más claridad.

Marian soltó un suspiro, Horatio le besó la cabeza y añadió:

—Sigamos por esa línea de razonamiento de la fuga; ¿cuánto tiempo permanece una interna en la academia?

—Depende del trabajo al que aspira —respondió—; seis meses es el mínimo y el máximo son

tres años. Daisy y Regina ya llevaban un año aquí.

—Supongo que, si ahorraron parte de su asignación, tenían una cantidad de dinero considerable para vivir un par de meses sin problemas —conjeturó Horatio, al tiempo que acariciaba la cintura de Marian con su pulgar.

—Aun así, ¿por qué no llevarse todas sus pertenencias? —cuestionó Marian intentando poner la lógica en el actuar de las jóvenes.

—Sí, tienes razón. Pudieron llevarse casi todo sin problemas. Eso, si planificas fugarte —convino—. Pero si fue una fuga impelida por una emergencia...

De pronto, escucharon el sonido de la puerta abriéndose. Sincronizados, Horatio soltó la cintura de Marian, ella dio un paso al costado, separándose de él y dieron una rápida media vuelta para ver quién entraba.

Se trataba de Grace, quien daba briosas zancadas hacia ellos.

—No saben el poder que tiene la verdad y un crimen escabroso. Es como un elixir que ha aflojado varias lenguas.

—¿Qué te dijeron? —interpelaron Marian y Horatio al mismo tiempo.

Grace sonrió ladina.

—Varias confirmaron que Daisy escribía un diario y agregaron que Regina solía escribir poemas. Pero Caroline Edevane era amiga de ambas, y me declaró en privado que ellas eran muy desconfiadas y no dejaban sus cosas a simple vista, por eso escondían sus escritos. Principalmente por culpa de Brenda, quien ha tenido una actitud hostil contra Daisy desde que empezó a tener mejores calificaciones.

—Asumo que Caroline sabe dónde están los escritos.

—No con certeza, porque Daisy y Regina eran muy reservadas, pero sí dio indicios, pues notó ciertas actitudes extrañas cuando entraba de improviso al dormitorio; dijo que pueden encontrar algo bajo la cama de Daisy o detrás de los cuadros de esa pared —informó, señalando dos paisajes de Hyde Park pintados en óleo por antiguas alumnas, los cuales medían treinta pulgadas de ancho y alto.

—Veamos los cuadros entonces —propuso Horatio.

Se dirigió hacia donde Grace señaló y desmontó la primera pintura. El marco en sí era bastante pesado. Lo volteó y lo dejó sobre la cama de Daisy, mas no encontró nada que indicara que fuera usado como escondite.

Horatio repitió la misma acción con el siguiente cuadro.

Nada, todo igual en apariencia. No obstante, Horatio notó una leve protuberancia. Acarició la superficie del grueso papel que protegía la pintura. Sintió que había algo debajo.

Con la emoción de estar frente a un posible hallazgo, comenzó a mover los pequeños clavos que sostenían la pintura al marco. Había varios que estaban aflojados y fue fácil quitarlos.

Marian, Grace y Horatio alzaron las cejas.

En el reverso del cuadro, debajo del papel protector, había un sobre grande. Horatio lo retiró con cuidado y lo abrió.

En su interior contenía hojas sueltas, escritas en tinta verde.

—Tal parece que son los poemas de Regina, está firmado como «RR» —conjeturó Horatio al dar una rápida mirada a la estructura del escrito. Leyó mentalmente unos cuantos versos—. Vaya, son buenos.

—Déjame ver —demandó Grace con curiosidad, quitándole la hoja a Horatio.

Marian solo le hizo un gesto a Horatio, ordenándole que le diera otra hoja. Él sacó dos al azar; una para ella y otra para él.

Todos leyeron en silencio. Al cabo de un rato, Grace fue la primera en comentar:

—Tienes razón, Horatio. Son poemas hermosos, este casi me hace llorar.

—Sí, Regina tiene mucho talento —convino Marian. No obstante, una extraña sensación la embargaba. En esos versos había una segunda lectura que no estaba segura de su interpretación.

—Bien, después seguiremos leyendo eso —decidió Horatio. Marian y Grace les entregaron los manuscritos y él los dejó donde estaban—. Bueno, ya habíamos revisado bajo las camas, pero no encontramos nada... A menos que...

Horatio, sin mayor dilación, empujó la cama de Daisy hacia la pared hasta dejar al descubierto lo que había debajo de ella.

Polvo.

—Grace, ¿puedes traer una escoba para barrer esto, por favor? —solicitó Horatio.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida.

—Gracias.

Cuando Marian y Horatio oyeron el sonido de la puerta al cerrarse, se miraron y, al mismo tiempo, intentaron iniciar una conversación. Rieron. Ella levantó el dedo índice señalando que lo haría primero.

—Creo que, de momento, es mejor que no digamos nada sobre lo nuestro —sentenció Marian.

—De acuerdo. Eso mismo te iba a decir —coincidió Horatio—. Si todo el mundo se entera, no podremos estar solos investigando esto. Sería horrible tener una carabina y no poder verte con libertad... sobre todo con lo que he descubierto.

—¿Leíste algo importante? —inquirió Marian.

—Pues esos poemas se interpretan dependiendo de quién lea. Grace dijo que eran hermosos. Sin embargo, yo los puedo catalogar como eróticos.

—Oh. —Marian se aclaró la garganta—. Eso era entonces. Creo que lo interpreté de esa misma manera.

—Grace es más inocente que tú, Dumah —bromeó Horatio, guiñándole un ojo y el rostro de Marian se tornó carmín—. Los poemas de Regina hablan de la relación de los amantes en la intimidad... Bueno, más bien, las amantes.

—¿Las amantes?

Horatio esbozó una sonrisa pícaro. Marian entreabrió su boca, asimilando la información que le daba Horatio.

—Regina le escribía poemas a una mujer —confirmó Horatio.

—Santo cielo, ¿cómo? —balbució.

—Bueno, escribiéndolos. Tomas la pluma, tinta y...

—Horatio, no seas idiota —amonestó Marian. Él le dio una risita grave—. Me pregunto cómo una mujer... está con otra...

—Te refieres a cómo puede amar una mujer como si fuera un hombre... ¿en la intimidad? —preguntó Horatio. Marian asintió—. Pues tienen sus métodos, querida.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que los hombres tenemos el privilegio de acceder a libros muy ilustrativos y... —Carraspeó—. Siendo policía uno se entera de demasiadas cosas.

—Oh, vaya... Sé que entre hombres sucede algo similar, pero no imaginé que también fuera así con las mujeres.

—La sociedad, la ley y la iglesia son más duros con ellos. En cambio, a ellas se las ignora, como si tal cosa no existiera; objetos que no sienten ni aman —dijo Horatio—. En lo personal no los juzgo. Después de todo, soy un Heredero del Diablo, y nosotros nos guiamos por otros

preceptos morales... o la falta de ellos para muchos.

—Entiendo... ustedes son más permisivos.

—Sí y no. Nuestro criterio es más amplio y menos convencional que el de la mayoría. Lo que para algunos es inmoral, para nosotros simplemente no lo es. Un hombre que ama a otro hombre no pierde su valor. Lo mismo creo en el caso de las mujeres.

Marian reflexionó sobre aquello. Por convicción personal no juzgaba a ninguna de las estudiantes que trabajaron en el oficio más antiguo del mundo. Regina era una mujer de talento, inteligente, amable y sensible.

Marian se dio cuenta de que su apreciación de Regina no cambiaba al saber que ella entregaba sus afectos a otra mujer. El amor que describía en el poema que leyó era puro, intenso, pasional... eterno. Tal como ella se sentía respecto a Horatio.

El sonido de la puerta delató la presencia de Grace, quien traía una escoba y una pala para recoger el polvo.

—Yo imaginé que vendrías volando montada en la escoba —bromeó Horatio. Marian le dio un discreto codazo de reprimenda.

—Ya quisiera ser una bruja y convertirte en un vil sapo, inspector —replicó Grace ofreciéndole la escoba a Horatio—. Pero me conformo con verte barrer. Asumo que no eres un inútil en las labores domésticas —desafió.

—En efecto, no soy un inútil. Dame eso. —Horatio tomó la escoba y se dispuso a barrer con eficiencia.

—Te faltó ahí —señaló Grace hacia un rincón—. El día que te cases, le diré a tu esposa que tus manos sirven de algo, no solo para sostener una porra para golpear delincuentes.

Marian se mordió la lengua. Ya sabía que las manos de Horatio servían para algo. Evocó el toque de su incipiente amante en su cintura, acariciando sus mejillas o aferrándose a su espalda.

—Deberías saber que nuestra educación no fue convencional —contraatacó Horatio, y tomó la pala para recoger el polvo.

—Así veo, inspector. —Grace lanzó una risita burlona. Estudió el área que barrió Horatio y aplaudió—. Buen trabajo, buen trabajo... ¿Para qué has barrido si no hay nada bajo la cama de Daisy?

—Si pretendo ponerme de rodillas para buscar alguna tabla suelta, no sería agradable limpiar el piso con mi uniforme en el proceso.

Y dicho esto, Horatio se arrodilló y comenzó a observar de cerca las tablas del piso y dar golpecitos, para ver si había algo suelto en ese aparente rompecabezas bien ensamblado.

—Grace —llamó Marian—. Ayúdame con la otra cama, veamos si hay tablas sueltas ahí.

En menos de tres minutos ya estaban ellas haciendo lo mismo que Horatio, en el lugar donde estaba la cama de Regina.

Toc... toc, toc... toc...

Toc... toc, toc... toc, toc, toc...

Toc... ¡Tac, tac!

Horatio frunció el ceño y miró en dirección hacia Marian. Ellas murmuraban, se notaba la emoción en sus voces.

Tac... tac...

—¡Horatio! —llamó Marian—. Creo que encontramos algo. ¿Tienes algo para hacer palanca aquí?

—Sí, de inmediato.

Horatio se subió la pernera de su pantalón y tenía una pequeña funda aferrada a su pantorrilla,

la cual albergaba un cortapluma. Se la ofreció a Marian.

—Vaya eficiencia, inspector —dijo ella tomando el cortaplumas con una sonrisa—. Gracias...

—¿Eso es parte de tu arsenal de policía o es ilegal? —cuestionó Grace con socarronería.

Horatio le dio una mirada elocuente.

No era nada legal que él portara un arma blanca junto con su uniforme. Siempre lo hacía, desde niño... Desde Eton. A diferencia de sus primos y hermanos mayores, Horatio no sufrió tanto el acoso de los demás estudiantes. Por fortuna, el cortaplumas nunca había sido utilizado para infligir daño... Tal vez un par de amenazas.

Marian hundió la punta del cortaplumas en una ínfima rendija que había entre dos tablas e hizo palanca.

Una de las tablas se levantó con facilidad, dejando al descubierto una bolsa de algodón, la cual fue extraída por Marian. La abrió con premura, pues podía advertir el contenido.

Un cuaderno forrado en cuero. Estaba escrito casi por completo. La primera página estaba fechada el 19 abril de 1840, la caligrafía era como la de una niña, con faltas de ortografía y palabras tachadas e ilegibles.

Marian no quiso leer en voz alta. La primera oración del texto era la más cruda verdad.

Se levantó y expuso el diario para que Horatio y Grace también pudieran leer a su lado.

Mi nombre es Daisy Michaels y fui una puta.

No me enorgullese, pero no tuve otra alternativa cuando llegue a Londres. De todas formas, tuve suerte, soy bonita y pude trabajar en el Palacio de la Señora Escarlata (no sé como se escribe en frances) durante tres años.

Lo he dejado. Rubí me dijo que me ofrecieron una oportunidad en la academia Hope y que no se enojaría si aseptaba.

Quiero creer que ya no soy puta, y poder decir de verdad que tengo un trabajo decente. Mamá no merece tener una mala hija como yo, es suficiente con estar enferma y tener un esposo borracho.

Este día he recibido 3s y tuve mi primera salida dominical después de estar un mes en este lugar. Mejoré mucho lo poco que sabía de leer y escribir, y he desidido iniciar este diario para plasmar mi progreso. Me ha costado 10d, una fortuna^[4].

Soy muy buena sacando cuentas. Tengo una eccelente maestra, quisiera ser como ella.

No extraño el palacio.

Tampoco a los clientes. A ninguno... y mucho menos a él. Era un imbesil.

Tengo dos amigas, Regina y Caroline.

Espero ser feliz.

—Aunque no me agrada la idea de invadir la privacidad de Daisy, creo que hay que leer todo el diario. Pero primero veamos lo que dice al final —sentenció Marian. Hojeó hasta la última página. Fechada el sábado 3 de abril. La caligrafía y la ortografía habían mejorado al punto de parecerse a la de una dama.

Me han enviado una nota del palacio. Llegó una carta de mamá... Bueno, tal vez la escribió la señora Clark, porque mamá no sabe leer ni escribir.

Estoy preocupada, debe ser algo muy importante.

Iré mañana al palacio. Gracias a Dios es mi salida dominical.

—¿Qué día desapareció Daisy? —preguntó Horatio intuyendo la respuesta.

—Al día siguiente —respondió Marian.

—Bien. Sigamos buscando. Cabe la posibilidad de que hallemos algo bajo la cama de Daisy. Ni bien Horatio terminó de hablar y la puerta se abrió. Era la señora Waters.

—Señorita Grace, el carruaje de su padre la espera.

Grace frunció el ceño, extrañada.

—¿Ya está aquí? ¿Qué hora es?

Horatio sacó el reloj de su bolsillo.

—Falta poco para que sean las seis de la tarde —respondió.

—¡Que me aspen! —exclamó Grace—. Se me pasó el tiempo volando... Nos vemos mañana, Marian. Fue un placer verte, Horatio. Éxito en la investigación, estamos muy agradecidas por tu trabajo.

Horatio le sonrió.

—El placer ha sido mío.

Grace se despidió sin mayores ceremonias y abandonó la estancia. La señora Waters la siguió, dejando a solas a Horatio y Marian.

—Creo que tendré que volver al palacio para interrogar a Rubí —sentenció Horatio mirando a Marian de reojo, a sabiendas de su reacción.

—Iré contigo —decidió Marian con vehemente determinación.

—¿Por qué? —cuestionó severo—. La primera vez fue por un motivo poderoso, eras la única que podía reconocer a alguna de las internas, pero ahora...

—Ahora es lo mismo. Dos cabezas piensan mejor que una.

—Creo que te quedó gustando la juerga del palacio —repuso socarrón. Balanceó ligero su cuerpo hacia un costado y movió el de Marian.

El rostro de Marian se ruborizó. Una parte de ella —la más curiosa— quería volver a entrar a ese lugar no solo para investigar las desapariciones, sino también para entender más sobre ese mundo que estaba fuera de los límites seguros del suyo.

—¡Oh, Horatio! ¡Eres insufrible!

Horatio rio. A decir verdad, prefería ir con su amada socia. Solo esperaba estar de vuelta más temprano que la noche anterior.

Marian se contagió de la risa de Horatio. Era inevitable.

—Iremos, mi señora —afirmó él, después de un rato—. Pero no nos apresuremos; primero corroboraré si hay algo debajo de la cama de Daisy mientras tú sigues buscando debajo de la cama de Regina. Luego ordenaremos este desastre y yo me iré a casa a leer el diario y los poemas para encontrar alguna otra pista. Tenemos motivos suficientes para interrogar a Rubí esta noche sin necesidad de meter en problemas a Megan. ¿Estás de acuerdo?

—Está bien —accedió.

—Entonces iré a buscar a Dumah a las diez, en las caballerizas de Peony House.

—¿Lo prometes?

Horatio se mordió el labio inferior. Tomó de la cintura a Marian y la atrajo hacia él.

Con un beso hambriento y profundo selló su promesa.

Capítulo XIII

Horatio estaba leyendo acostado en la cama de su habitación. Tenía varias velas encendidas que bañaban la estancia con su luz dorada. Afuera ya era de noche y hacía frío. En el transcurso de la tarde el cielo se había nublado y caía una ligera llovizna que salpicaba los vidrios de la ventana.

Lanzando un resoplido, Horatio cerró de golpe el diario de Daisy, lo dejó a un lado y se refregó la cara.

—Esas muchachas —murmuró—. Solo espero que estén sanas y salvas...

Sonó un par de golpes en su puerta y esta se entreabrió. Justin se asomaba con una sonrisa teñida de malicia fraternal.

—Ya es hora de cenar —anunció, al tiempo que se internaba en la habitación. Incluyó la cabeza con interés al ver papeles repartidos por la cama y el cuaderno forrado en cuero—. ¿Desde cuándo eres aficionado a la poesía? —preguntó, reconociendo la estructura del escrito. Curioso, recogió una de las páginas y se dispuso a darle una rápida leída.

—Estoy en medio de una investigación —respondió. Era mejor contar una verdad a medias que mentirle a su hermano.

—¿Por eso estabas ayer en el palacio con tu compañero?... Dumah, ¿cierto? —preguntó, sentándose a los pies de la cama de Horatio, sin dejar de leer.

—Exactamente, no era una visita de placer. No podía revelarte esa información.

—Por supuesto... —Justin dejó la lectura de lado, se rascó el mentón, pensativo—. Ese tipo, Dumah... Estoy seguro de haberlo visto antes. —Durante largos segundos, miró fijamente el cielo raso intentando hacer memoria, sin éxito—. ¡Qué frustrante!

Horatio se encogió de hombros. Marian se había disfrazado muy bien; si la noche anterior ella no hubiera delatado su identidad en el establo silbando como un petirrojo, incluso a él mismo le habría costado reconocerla.

—Si pretendes aparecerte en el palacio esta noche, mejor que ni lo intentes —advirtió Horatio—. Hoy volveré con mi compañero, tengo que interrogar a Rubí.

Justin frunció el ceño y masculló.

—¿¡En qué lío está metida ahora esa mujer!?

Horatio le arqueó una ceja inquisitiva a su hermano, quien ya había dicho demasiado con solo ocho palabras.

—Veo que tu relación con ella es más que profesional —se atrevió a conjeturar.

Justin se tapó la cara con las manos y se dejó caer en el colchón.

—Soy su abogado... bueno, no podría serlo, solo le doy asesoría legal informal —confesó y arrastró sus manos por su rostro—. Ese era el motivo por el cual anoche estaba en el palacio. De hecho, gracias a ello Rubí no te confundió conmigo porque yo había llegado primero.

—¿Y desde cuándo trabajas para ella? —quiso saber Horatio y se enderezó.

—Desde que Ernest se casó con Sammy —respondió Justin—. Nuestra cuñada fue una de las primeras muchachas que él sacó de ese lugar. Hizo un trato con Rubí.

—¿Un trato? ¿Por qué soy el último en enterarme?

—Porque apenas tienes tiempo libre por culpa de ese trabajo que te esclaviza. —Justin lo miró de soslayo, esperando el reproche de su hermano, pero nada sucedió... En fin, Rubí no es

lo que parece. No le interesa explotar a las muchachas. El trato que ella hizo con Ernest fue que cada vez que hubiera un cupo en la academia, él le tenía que avisar para que ella seleccionara a alguna muchacha que desee cambiar su vida.

—Y como Ernest se casó y ya no vive en Londres... —Horatio dejó la oración en el aire.

—Me endosó la responsabilidad de contactar a Rubí —agregó—. Cada cierto tiempo, Marian me envía una nota avisándome la disponibilidad de la academia.

—Pero eso no responde por qué eres su abogado, perdón, su asesor legal.

—Una cosa llevó a la otra —respondió, evasivo.

—Te gusta —afirmó Horatio. Justin no iba a arriesgar su carrera de fiscal solo por asesorar legalmente a una *madame* de Covent Garden.

—Es complicado... muy complicado —reconoció Justin a medias. Horatio consideró que su hermano estaba metido en un buen problema; tarde o temprano tendría que tomar decisiones. Justin resopló, se incorporó y miró serio a Horatio—. Tendré que estar presente en el interrogatorio. Rubí es una mujer muy recelosa de su negocio. Lo siento.

Horatio no pudo evitar hacer una mueca y se revolvió los cabellos. Justin no era estúpido, si veía otra vez a Dumah, iba a reconocer a Marian.

Sin embargo, pronto Horatio le vio el lado positivo al asunto. Justin podría facilitarles el acceso a las estancias privadas de Rubí sin recurrir a ninguna argucia.

Sentía que estaban cerca de resolver aquel misterio.

—Bueno, estaré llegando al palacio a las once —informó Horatio—. Aconséjale a tu clienta que colabore.

—Por supuesto, inspector... Pero primero debo saber de qué se trata el asunto. —Como buen abogado, Justin no aceptaba ni una petición u orden sin cuestionar.

Horatio sopesó sus alternativas.

En realidad, no tenía ninguna.

—Desaparecieron tres muchachas de la academia Hope con una diferencia de un mes entre una y otra. Una volvió al oficio, otra dejó como única pista este diario. —Lo tomó y lo blandió para dejarlo de nuevo en su sitio sobre la cama—. En su última anotación indica que le enviaron una nota desde el palacio. Se supone que le había llegado una carta de su madre.

—¿Y la tercera?

—No sabemos nada, pero tenía una relación muy estrecha con la dueña del diario. Puede que estén juntas... eso espero.

—Eso quiere decir que Rubí fue la última persona a la que vio la chica del diario.

—Ese es el motivo del interrogatorio. En el palacio tendrás más detalles, porque esto no termina ahí.

—Bien, con eso es más que suficiente. Sé que Rubí colaborará.

—Excelente. Gracias.

Un breve silencio se cernió entre los gemelos. Justin estudió la expresión de Horatio e inquirió:

—Aparte de eso, ¿ha pasado algo importante últimamente?

—¿Por qué lo preguntas?

—Me da la impresión de que algo ha cambiado en ti.

Horatio no respondió.

Justin sonrió.

—Es una mujer, ¿cierto? —indagó sin ánimo de burla. Desde hacía un tiempo que notaba en su hermano algo más que hastío por su trabajo.

—Mantén la boca cerrada, Minos —respondió Horatio usando el alias de su hermano, el cual correspondía a uno de los tres jueces del inframundo.

—Uy, esto sí que es serio. Tienes mi palabra, viejo Ascaroth. ¿Quién es esa pobre alma?

—Pronto lo sabrás.

—¿La conozco?

—Es muy posible.

—¿Es serio o pasajero?

—Serio. Muy serio.

—¿Le pediste matrimonio?

La ilusión se reflejó en los ojos de Horatio. Justin sintió envidia. No era sana, él pensaba que no había forma en que la envidia fuera buena. También quería sentir aquello que transformaba a los hombres, haciéndolos mejores versiones de sí mismos, solo que era muy cínico para reconocerlo.

—Aún no. Pero lo haré.

—¿Y qué opina ella de tu trabajo?

—Siempre pensé que yo no era digno de ella, que no podría darle las cosas a las que estaba acostumbrada...

—Oh, estamos hablando de alguien de la aristocracia o, por lo menos, de una familia adinerada —conjeturó Justin—... pero continúa, esto está bueno.

—Sé que ella es optimista respecto a mi situación económica. —Los labios de Horatio se curvaron con cierto pesar—. Pero es el momento en que debo tomar decisiones respecto a mi futuro. El ascenso que tuve no es lo que pensé ni tampoco la institución *per se*... Nunca imaginé que ella me iba a tomar en cuenta, a decir verdad.

—Ya veo, por eso mismo te aferraste a la carrera policial, ¿o me equivoco?

—En parte. Ser policía me apasiona, pero también es frustrante —reconoció.

—Por eso siempre te he fastidiado con el asunto, Ascaroth. No es solo por el dinero, sino porque la burocracia te ata de manos. Eres un demonio que tiene sus propios métodos y nunca te ha gustado obedecer sin cuestionar.

—Pues no ha sido muy eficiente tu manera de fastidiar.

—No debería asombrarte. Ya sabes que soy un imbécil... —Rio a carcajadas y contagió a Horatio—. Pero bueno, insisto en que consideres la carrera de detective privado. He visto infinidad de charlatanes que ganan mucho dinero a costa de los aristócratas, pero tú eres un profesional, sé que puedes incluso asesorar a los abogados que requieren de testimonios con bases científicas y técnicas... Papá es uno de ellos, yo mismo como fiscal... Toda la familia te puede dar el impulso que necesitas para iniciar tu negocio. Recuerda que no estás solo.

—Ella también dice lo mismo. —Ante esa aseveración, Justin arqueó su rojiza ceja, mas no quiso seguir asediando a su hermano con sus preguntas. Horatio se levantó de la cama y se dispuso a ordenar las hojas sueltas y el diario—. Vamos a cenar, en cualquier momento llegará...

La puerta se abrió sin mayor preámbulo.

—¿Ustedes dos necesitan invitación para ir a cenar? —interrumpió Eleanor, la hija menor de la familia Montgomery. Su pecho subía y bajaba agitado, tal parecía que había subido la escalera corriendo—. Ya saben que mamá empieza a perder la paciencia a estas alturas del día.

—Ya vamos —dijo Horatio, admirando a su hermana menor, se estaba convirtiendo en una hermosa señorita, tal como Emily y Sophie, quien ya estaba en su primera temporada. Eleanor había crecido una pulgada, y recién en ese momento él se había dado cuenta.

Justin le ofreció el brazo a Eleanor y dijo guasón:

—La escoltaré a su mesa, señorita.

Eleanor rio con diversión, adoraba a ese par de bribones.

—Qué atento, señor.

Horatio imitó a su hermano y Eleanor se aferró a su brazo.

—Evitemos que mamá se ponga de mal humor —aseguró Horatio, fingiendo un tono pomposo de voz.

—Oh, creo que estoy viendo doble. No sé quién es más guapo y caballero.

—Yo —dijeron Horatio y Justin al mismo tiempo.

—Tampoco sé cuál es el más idiota.

Horatio y Justin se miraron.

—Él —respondieron al unísono.

En medio de alegres carcajadas los tres bajaron a cenar.

Tal como la primera vez, Horatio esperó en las caballerizas con la mirada fija en la puerta trasera de Peony House. Llovía a cántaros, cosa extraña para el mes de mayo, que ya estaba siendo más húmedo de lo habitual en primavera.

La mayoría de las ventanas estaban a oscuras. Era viernes, lo más lógico era que los vizcondes y sus hijos mayores estuvieran en alguna actividad de la temporada. Horatio no estaba al tanto de la agenda social, salvo de los bailes y reuniones en las que se veía involucrado por algún motivo en particular.

Había llegado puntual a las diez y llevaba alrededor de veinte minutos esperando. De pronto, las luces de la cocina se apagaron.

Rato después, Horatio observó al mismo muchacho regordete de la noche anterior saliendo de la casa, portando una lámpara. Al igual que él, se protegía de la lluvia con un paraguas y una enorme capa. Sin duda era Marian.

No pudo evitar sonreír al verla avanzar hacia él. Reprimió el impulso de ir a su encuentro, no era prudente, no deseaba ningún testigo, salvo el viejo Luck que intentaba llamar su atención acercándole el morro.

Al llegar Marian, con su mismo aspecto de la noche anterior, dejó la lámpara en el suelo, sonrió y se lanzó a los brazos de Horatio, quien la sostuvo fuerte. Inspiró el aroma de la piel del cuello femenino, todavía quedaban rastros del perfume que ella usaba, y que a él siempre le gustó; lavanda y jazmín.

Marian, eufórica por poder demostrar lo que sentía, se separó levemente de Horatio, enmarcó el rostro masculino y lo atrajo hacia ella.

Se besaron con dulce urgencia, reconociendo el toque, la suavidad y el sabor de los labios amados. Dos corazones latiendo al mismo acelerado compás.

Luck interrumpió aquel beso empujando a Horatio con su cabeza.

—No puedes verme feliz, ¿cierto, viejo bribón? —amonestó Horatio. Se separó de Marian para esculcar el bolsillo de su pantalón y sacó unos terrones de azúcar. El caballo los devoró con fruición en un santiamén.

Mientras el caballo lamía la palma de Horatio, él contempló a Marian y comentó.

—Tus mejillas están menos rellenas que ayer.

—Oh, sí... Esperaba besarte antes de terminar con mi caracterización —explicó, y sacó de sus bolsillos unas pequeñas almohadillas con forma circular.

—Muy ingenioso. —Horatio tomó una de las almohadillas y la estudió. Tras un breve lapso se la devolvió a Marian y dijo—: Supongo que te las pones entre las muelas y las mejillas.

—Precisamente. Me las pondré antes de entrar al palacio. Son bastante incómodas para hablar... o besar —argumentó con picardía.

—Sí, hubiera sido raro... —convino, limpiándose en su capa la saliva del caballo que empapaba la palma de su mano—. Bien... A propósito del palacio...

Y Horatio procedió a relatarle parte de su conversación con Justin. Marian le confirmó que ella lo contactaba cuando tenía disponible un cupo para alguien del palacio, mas nunca imaginó que terminaría siendo el abogado de Rubí.

—Así que puede que él nos allane el camino para poder interrogar a Rubí —finalizó Horatio—. Y es alta la probabilidad de que te descubra.

—Ese es un daño colateral que estoy dispuesta a asumir —replicó con suficiencia—. Mañana, después del funeral de la muchacha, me reuniré con las grandes damas.

—Entonces, yo estaré a tu lado.

—Gracias, Horatio...

—Es un placer, mi señora...

Horatio no quiso distraerse más, o nunca saldrían de Peony House. Avanzó hacia la salida del establo y echó un vistazo. No había nadie cerca.

—Vamos, Dumah —conminó y abrió su paraguas. Marian hizo lo mismo y lo siguió.

Tocaron la aldaba y la ventanilla se abrió con brusquedad. El guardia los miró de arriba abajo. Sin decir ni una palabra, la cerró.

La puerta se abrió.

—La señora espera —señaló el guardia del palacio, lacónico—. Por acá.

El guardia los guio por una puerta secreta que estaba al lado izquierdo del acceso principal. Subieron por una escalera estrecha de peldaños de madera que eran pequeños y quejumbrosos. Horatio tuvo que encorvarse para no golpearse en la cabeza. Era muy probable que se tratara de una antigua escalera de servicio.

Cuando llegaron a lo más alto, el guardia se detuvo y abrió otra puerta que también estaba disimulada con la pared. Les hizo un gesto, invitándolos a entrar a un pequeño vestíbulo.

—Gracias —dijeron Ascaroth y Dumah al unísono.

—Pueden dejar sus paraguas y capas en ese perchero, señores —señaló, e hizo un gesto.

Horatio notó que ya había un paraguas y una capa. Supuso que Justin ya estaba en el lugar.

Marian y Horatio dejaron sus pertenencias y se adentraron en el lugar hasta llegar a una estancia muy amplia e iluminada. Rubí presidía el lugar, sentada en un sillón de cuero frente a un enorme escritorio. Justin, tal como conjeturó Horatio, estaba sentado frente a ella, bebiendo *whisky*. Se veía impecable y relajado, como si estuviera en una fiesta de la alta sociedad. Se giró sobre su silla al notar que ya habían llegado. Les alzó su vaso y les brindó una leve inclinación de cabeza.

Marian y Horatio respondieron al saludo del mismo modo.

No obstante, Marian, llena de curiosidad, dio un barrido visual a la estancia. A la izquierda del escritorio había estantes con libros y archivadores; a la derecha había una cama enorme de cuatro postes con dosel, al lado de ella se vislumbraba una tina detrás de un biombo. En el extremo opuesto de la cama había un sofá y poltronas que rodeaban una mesita de centro.

Era una mezcla extraña, pero, a todas luces, se trataba del hogar de Rubí.

—Caballeros, sean bienvenidos —saludó Rubí, elegante, sensual y exuberante, con sus rasgos velados por el antifaz de encaje negro, como todas las señoritas del lugar. Vestía de color rojo intenso, tal como sus labios—. El señor Montgomery me ha informado del motivo de su visita.

—Muchas gracias por recibarnos, *madame* —dijo Horatio.

—Es evidente que su nombre no es Luc Ascaroth —señaló Rubí—. Dada su prodigiosa similitud con mi asesor legal.

—En efecto. Horatio Montgomery, inspector de la Policía Metropolitana, a su servicio. Espero que no se haya molestado por nuestra intrusión de la noche de ayer.

—No entraron aporreando puertas ni intimidando a mis muchachas. Pagaron su entrada, bebieron, disfrutaron y cumplieron las reglas. Aquí pueden obtener lo que quieran, incluso respuestas si pagan por ellas.

—Muy amable y generosa por su comprensión. —Horatio hizo una leve inclinación de cabeza.

—¿Y el nombre real de su compañero? No es Jason Dumah, ¿correcto?

Horatio y Marian se miraron. Dada las circunstancias, era mejor cortar de raíz la situación y actuar con honestidad.

Marian se aclaró la garganta. Para consternación de Rubí y Justin, se quitó las almohadillas de sus mejillas, y declaró:

—Soy la señora Marian Witney, directora de la academia Hope, a su servicio, *madame*.

Los ojos de Justin casi se salieron de sus cuencas. Impelido por la avalancha de revelaciones que cruzaron su mente en medio segundo, se levantó de su silla e increpó:

—¡Marian! ¡¿Qué demonios haces aquí?! —Justin miró a Horatio, quien tenía sus labios apretados conteniendo una carcajada—. ¿En qué diablos estabas pensando al traerla aquí, zopenco? ¡Tío Andrew nos arrancará la cabeza! ¡Y tía Olivia nos va a castrar! Marian no puede estar aquí... Es... es... es...

—Soy una mujer adulta, Justin —arremetió Marian sin permitir que Horatio interviniera—, y tomo mis propias decisiones. Soy mayor que tú.

—¡Solo por un año! Y... y... pero yo tengo más experiencia.

—Yo tengo tanta o más experiencia que tú —rebató altanera.

Justin abrió su boca, escandalizado. Marian bufó.

—No «esa experiencia», idiota.

«Pero algún día Horatio me la dará», pensó y una extraña sensación recorrió su cuerpo.

Anticipación.

Horatio posó su mano en el hombro de Justin y ordenó:

—Mejor siéntate, que esto va para largo.

Marian dirigió su atención hacia Rubí, que estaba conmovida ante la identidad de Dumah. Dulcificó su gesto y su tono de voz y dijo:

—Le ofrezco mis más sinceras disculpas, *madame*. El engaño ha sido por un bien superior.

Rubí rio femenina y de buena gana. El momento era irreal pero divertido. El abogado estaba como basilisco, sin embargo, el inspector observaba la escena con un brillo de orgullo por su mujer. Sí, ella reconocía el amor en los ojos de los hombres, lo vio en lord Ernest Smith cuando miraba a Samantha Wilde, y ahora era evidente en su hermanastro, Horatio Montgomery.

—Y muy superior ha de ser —respondió Rubí— para arriesgar su reputación en este lugar. Pero debo admitir que su disfraz es notable, incluso engañó al sagaz fiscal de Old Bailey.

—Con razón se me hacía conocido ese rostro —masculló Justin, sintiéndose idiota por haber

sido burlado por Marian. Se sentó en su silla y bebió un trago de *whisky*. Rumió con un retintín agudo, remedando a Marian—: Soy Jason Dumah... ¡Por todos los demonios del infierno!

—Déjalo ir, Justin, por favor —instó Horatio.

—Señor Montgomery... —intervino Rubí, el abogado y el inspector la miraron al mismo tiempo—. Señor Justin —precisó y él la miró con una extraña expresión—. Si no les molesta, por esta vez, los llamaré por sus nombres para diferenciarlos. Tengo un negocio que atender y mi tiempo es preciado.

—No hay objeción, *madame* —respondió Justin—. Disculpe mi exabrupto.

—Ya arreglarán sus diferencias en el bar, la casa invita —sugirió Rubí—. Si es que el señor Dumah no dice lo contrario —bromeó.

—Su *whisky* es superior, *madame* —elogió Marian, insinuando una sonrisa de complicidad femenina.

—Siempre lo mejor. Llámeme Rubí, mi señora.

—Entonces exijo lo mismo, estamos en igualdad de condiciones.

—No podría, sería una osadía de mi parte, sé quiénes son sus padres y su posición en la aristocracia.

—Insisto.

Rubí suspiró. En pos de acelerar el trámite, claudicó.

—Está bien, tomen asiento, por favor.

Horatio y Marian se miraron de reojo, ella asintió para que él tomara la palabra.

—Bien. Todo empezó hace tres meses...

Capítulo XIV

A medida que el relato de Horatio avanzaba, el semblante de Rubí fue llenándose de asombro, inquietud y horror por todos los sucesos ocurridos en tan solo dos días, desde que se inició la investigación. Justin se mantenía impertérrito, no obstante, la preocupación comenzaba a ganar terreno en su perenne buen humor.

—Por eso hemos venido esta noche —concluyó Horatio—. Usted es, en apariencia, la última persona que tuvo contacto con Daisy antes de desaparecer.

—Así veo, señor Horatio. Espero que mis respuestas sean de ayuda.

—Ojalá... Entonces, ¿usted le envió esa nota a Daisy?

Rubí asintió con un leve gesto de cabeza y declaró:

—Las jóvenes que aún tienen lazos con sus familias suelen dar esta dirección para mantener correspondencia. Al menos las que saben leer y escribir.

—¿Daisy solía recibir cartas cuando trabajaba aquí? —preguntó Horatio.

—No, por eso mismo le envié la nota —respondió Rubí—. Era muy extraño que llegara una carta, más aún cuando ya llevaba un año en la academia.

—Entiendo. Ese domingo, ¿vino Daisy?

—Sí. De hecho, leyó la carta aquí mismo.

—¿Sabe si eso la impulsó a irse?

—Es lo más probable, señor Horatio. Después de leer, Daisy me pidió dinero prestado, porque debía volver a Rotherham de inmediato. Según me contó a grandes rasgos, la carta decía que su madre estaba muy grave de su enfermedad, agonizando, y que sus hermanos menores quedarían bajo el cuidado de su padre alcohólico. Usted debe imaginar lo terrible que es eso.

Marian ya no tenía dudas; si estuviera en el lugar de Daisy y se enterara de semejante noticia, partiría sin pensarlo demasiado. La esperanza crecía con fuerza en su corazón y dijo:

—Entonces, ¿usted cree que Daisy esté en Rotherham?

—La vi muy desesperada, señora Marian —añadió Rubí—, por eso le presté el dinero. Creo que solo quería tomar el primer tren para ver a su madre por última vez y hacerse cargo de sus hermanos. Ella, cuando trabajaba aquí, mandaba parte de su dinero a su familia, a sabiendas de que el viejo borracho de su padre se bebería cada penique, pero sabía que algo llegaría a manos de sus hermanos y su madre.

—Después de ese día, ¿ha tenido alguna noticia de Daisy o de Regina? —prosiguió Horatio.

Rubí esbozó una sonrisa.

—De acuerdo a lo que me ha contado, tiene más sentido lo que sucedió el domingo recién pasado. Regina vino a pagarme el préstamo de Daisy. Me dijo que iba urgente a Rotherham, mas no me ofreció más detalles.

El semblante de Marian se iluminó y dijo emocionada:

—Eso indica que es muy posible que ellas estén juntas.

—Así es —confirmó Rubí—. Al principio no até cabos, pero con lo que me han contado, no tengo duda de ello.

Horatio y Marian se miraron subrepticamente y se permitieron sentir un inmenso alivio.

La mente de Horatio comenzó a planificar; después de hacer las diligencias presupuestadas, podría viajar a Rotherham y corroborar. Lo que Rubí había narrado explicaba por qué Daisy y

Regina no se llevaron nada, la situación las apremiaba. Pero todavía quedaban temas pendientes.

—*Madame*, Megan nos comentó ayer que había un hombre que cortejaba a Daisy.

—Ese sujeto... Lord Lacock se hace llamar, pero sé que ese no es su título real —respondió evidenciando su desdén hacia el sujeto—. Le propuso muchas veces que dejara el palacio y fuera su amante, pero ella lo rechazó. Incluso él me pidió que la convenciera, y me negué a intervenir. Lo expulsamos una semana antes de que Daisy se fuera; le quitó el antifaz e intentó violarla. Eso es inaceptable en mi establecimiento.

»Muchos creen que usamos antifaz para el morbo y fantasear. La verdad es que se trata de una medida de protección para defendernos de sujetos como el supuesto lord Lacock. Si alguna de nuestras muchachas desea salir del oficio, tiene la posibilidad de no ser reconocida con facilidad por algún cliente.

—Entiendo —convino Horatio—. Eso explica algunas cosas del diario de Daisy. *Madame*, de acuerdo al otro hecho ocurrido esta mañana, ¿usted cree en la posibilidad de que Daisy tenga una hermana gemela?

La expresión de Rubí se ensombreció y suspiró.

—Sí, la tenía. La muchacha se llamaba Marygold. Eso es lo que más voy a lamentar de todo esto... —Suspiró—. Al día siguiente de que Daisy partiera, apareció Marygold buscándola. Eran idénticas; al principio las confundí, hasta que ella me sacó de mi error. Me contó que necesitaba ubicar a su hermana urgente. Su madre había muerto y su padre pretendía repartir a los niños más pequeños en distintos lugares para trabajar. Necesitaba ayuda para poder establecerse con sus hermanos en otra parte y dejar al viejo. Le conté lo mismo que a ustedes... Tal vez sus caminos se cruzaron... Le di dinero para que tomara un tren de vuelta y pudiera alcanzar a su hermana, y no supe más... —Rubí se aclaró la garganta, Horatio notó cómo la mujer tragaba saliva y sus ojos se tornaban vidriosos—. Lo siento mucho, jamás imaginé que esto desencadenaría en una horrible desgracia.

Marian, discreta, se secó sus incipientes lágrimas. Con voz trémula añadió:

—No sabe cuánto me alivia y agobia en partes iguales saber la verdad. He hecho todos los arreglos para darle una sepultura digna a Marygold. Mañana, a las once, será su funeral en el cementerio Bunhill Fields. Al menos ahora sé su nombre para la lápida.

—Es terrible que haya terminado sus días de esa forma... Quién sabe qué sucedió en todo este tiempo —coincidió Rubí.

Un lóbrego silencio se instaló en la estancia.

Marian y Horatio habían encontrado muchas respuestas, pero también se sembraban más incertidumbres respecto al escabroso asesinato de Marygold.

Justin, en cambio, estaba impactado por todo lo que descubrieron Horatio y Marian en menos de dos días. Si todos los policías tuvieran la facultad de su hermano de actuar —o la voluntad— muchos crímenes se resolverían.

—Señor Horatio —añadió Rubí, quebrando el silencio—. Espero que haga todo el esfuerzo para atrapar al infeliz que mató a Marygold. —Miró a Justin muy seria y acentuó—: Y espero que el señor Justin, como fiscal, ayude a juzgarlo con todo el peso de la ley. Yo me siento impotente ante estos hechos. En cierto modo, me siento responsable, si hubiera...

—Usted no es responsable de nada —terció Justin, con un ligero tono de ofuscación—. *Madame*, usted jamás hubiera imaginado que la muchacha iba a encontrar ese final o que nunca llegaría a la estación de trenes.

—Aun así. Quizás debí haber hecho algo más —rebatía Rubí con terquedad. Dirigió su mirada a Horatio y decidió—: Si necesita ayuda de mi parte o de mis muchachas para su

investigación, lo haremos con gusto.

—Es muy noble de su parte, *madame* —respondió Horatio—. Tal como se lo prometí a Marian, no descansaré hasta resolver todo este asunto. —Se levantó de su silla e instó a Marian a que hiciera lo mismo, ofreciéndole su mano. Con ese acto daba por finalizado el interrogatorio—. Muchas gracias por recibarnos y por colaborar con nuestra investigación.

—Ha sido un placer, señor Horatio.

—Tiene toda nuestra gratitud, Rubí —dijo Marian acercándose a la *madame* y le tomó las manos—. Puede contar conmigo y con la academia para lo que necesite.

Rubí, sorprendida por aquella inusual demostración de respeto por parte de una dama, no atinó a decir ni una palabra. Solo le sonrió, intentando ocultar su renuencia al contacto. Marian, al notarlo, le soltó las manos con suavidad.

Justin también se puso en pie, dio una leve y respetuosa inclinación de cabeza a Rubí.

—Muchas gracias, *madame*.

—Suficiente, señor Justin, no ha sido nada. —Rubí hizo un gesto con su mano, fingiendo un jovial desenfadado—. Si me disculpan, debo atender mi negocio. La invitación para que beban algo está en pie.

Rubí dio media vuelta, y les dio la espalda. Se escuchó un clic. Para asombro de todos, la pared se abrió sin emitir ni un ruido. Era una puerta secreta.

Tras oírse un sonido seco, la *madame* del palacio ya no estaba.

—Muy ingenioso —elogió Horatio. «Con razón le gusta a Justin», pensó socarrón. «Ya veremos si es tan valiente como Ernest».

—Necesito un trago —dijo Justin—. Le tomaré la palabra a Rubí.

—Aquí tienen, señores —dijo el sirviente que atendía la barra, sin poder evitar mirar directamente a tan singular trío. Era imposible olvidarlos; los señores Ascaroth y Dumah no pasaban desapercibidos desde la noche anterior. El señor Minos era discreto en sus visitas, y contados trabajadores del palacio lo conocían.

Sentados en ese orden, los tres demonios agradecieron y bebieron un trago de *whisky* al mismo tiempo.

—Vaya lío en el que están metidos —dijo Justin, mirando con preocupación a su hermano y a su prima—. ¿Qué es lo que sigue en la investigación? —preguntó, al tiempo que movía el contenido de su vaso.

—Hay mucho trabajo —respondió Horatio—. Emily y yo vamos a hacer un experimento para estimar desde dónde pudieron provenir los restos de Marygold. Si la duende tiene éxito, podremos buscar pistas en la zona que ella delimite. También tengo que hacer unas diligencias respecto a un diminuto trozo del arma homicida.

—Interesante. ¿Tiene algo especial? —interrogó y bebió otro trago de *whisky*.

—Al parecer es acero —explicó Horatio—, pero tiene unas vetas extrañas. Supongo que un experto en metalurgia puede asesorarme, pero no conozco a ninguno.

Marian dio unos golpecitos en la madera de la barra, Justin y Horatio la miraron extrañados. Su expresión era de haber descubierto la cura de la tuberculosis, y exclamó sin dejar de imitar su voz masculina:

—¡Conozco a alguien! Bueno, a la esposa de alguien. Se trata de la señora Anne Bessemer. Hace unas semanas, ella solicitó a la academia una niñera, tiene tres hijos.

—Y... —presionó Justin con impaciencia

—Y... —prosiguió Marian amonestándolo con la mirada—. Su esposo, el señor Henry Bessemer, es inventor y sabe mucho de metales. Gracias a él tenemos polvo dorado a un precio muy accesible. ¡Es una maravilla!

Justin la miró con incredulidad, dudaba que un sujeto que hacía polvo dorado pudiera conocer en profundidad sobre la metalurgia asociada a la fabricación de armas.

En cambio, el rostro de Horatio expresaba optimismo. Cualquier posibilidad, por mínima que fuera, era eso; una posibilidad que daba oportunidades.

—Podríamos empezar por ahí. Y si el señor Bessemer no nos puede ayudar, quizás nos podrá recomendar a algún colega —aprobó Horatio—. Dumah, ¿después me puedes dar la dirección para poder concertar una entrevista?

—Por supuesto, mi estimado Ascaroth —aceptó Marian—. Es más, es preferible que te acompañe y así aprovecho la oportunidad para ver qué tal está la muchacha que está trabajando ahí.

—Bien. No tengo objeción. —Por supuesto, más instancias para estar a solas con Marian y avanzar en el caso. Bebió otro trago de *whisky*.

Justin, quien escuchaba atento el intercambio, también bebió. Delicioso. Sí, Rubí sabía cómo agasajar a sus clientes. Dirigió su atención hacia Horatio.

—¿Cuándo pretendes ir a Rotherham? —preguntó con interés.

—Quizás pasado mañana —respondió Horatio sin estar muy convencido—. Ahora que sabemos que es alta la posibilidad de que Daisy y Regina estén en esa ciudad, me apremia más seguir con el caso de Marygold.

—Yo puedo ir —propuso Justin.

—¿En serio?

—Pues es mejor comprobar eso de una buena vez, y ustedes están demasiado ocupados —respondió.

—En ese caso, acepto tu ofrecimiento. Cuando lleguemos a casa te daré los retratos que hizo Marian de Daisy y Regina, para facilitarte el reconocimiento.

—¡Qué bien! ¡Excelente servicio! —Hizo el ademán de beber, sin embargo, su vaso quedó a medio camino, señaló a Marian y Horatio con su índice y dijo—: Debo admitir que ustedes dos hacen una gran pareja cuando se trata de investigar.

Horatio y Marian fingieron que esa afirmación no les afectaba, y reprimieron una sonrisa bobalicona que los delatara. Sí, sentían que eran una gran pareja, mas faltaba mucho por descubrir.

Horatio alzó su vaso y dijo:

—Definitivamente lo somos.

Marian imitó a Horatio y brindó:

—¡Salud!

—Los veo muy animados —sentenció una voz femenina a sus espaldas.

Marian, Horatio y Justin se giraron. La mujer alzó sus cejas al notar que el inspector Montgomery tenía un doble.

—Topacio —llamó Marian esbozando una sonrisa amable. Era Megan Coltman en su atuendo de sacerdotisa sensual.

Marian casi la llamó por su nombre real. En El Palacio de *Madame Écarlate* las mujeres se identificaban con piedras preciosas. No era difícil de dilucidar, en el ambiente se escuchaban otros nombres; Esmeralda, Ópalo, Diamante, Zafiro...

—Señor Dumah, buenas noches —saludó ella, alternando su desconcertada mirada entre esos idénticos hombres pelirrojos que acompañaban a la señora Witney.

—Los señores siempre confunden a la gente —aclaró Marian, notando la turbación en Megan—. El señor Luc fue quien me acompañó anoche. —Señaló a Horatio con su vaso. Megan comprendió que él era el inspector que la interrogó la noche anterior. Acto seguido, Marian hizo lo mismo con Justin—. Y este es el señor Minos, es su hermano y...

—Asesoro a Rubí —intervino Justin—. No suelo bajar al gran salón, por eso no me había visto antes.

—Entiendo. Sigue la filosofía de Rubí; no mezcla negocios con placer —respondió Megan, sabiendo que, al menos, el apellido de ese hombre era Montgomery—. Muy sensato. Un placer conocerlo.

—El placer es mío, Topacio —respondió Justin con una leve inclinación de cabeza.

—Tuvimos una entrevista con Rubí —tomó la palabra Marian—. Ya no tendrás que averiguar nada para nosotros.

Y dicho esto, le comentó *grosso modo* sobre los últimos descubrimientos.

Megan suspiró aliviada. No obstante, la inquietud la atenazó sobre el terrible destino de Marygold.

—Mi ofrecimiento sigue en pie, señor Dumah —dijo Megan—. Si necesita mi ayuda, solo tiene que pedirla.

—Muchas gracias, Topacio. Eres muy amable.

Megan negó con su cabeza y miró a Marian a los ojos.

—Ustedes están haciendo algo que nadie hace, preocuparse por nosotras —afirmó—. La directora de la academia perfectamente podría pasar por alto la situación, pero ha decidido hacerse responsable.

—No es nada especial, es mi trabajo —rebatía Marian.

—No, señor. Algunos dirigen, administran... Sí, son responsables, pero la academia es algo especial, hay cariño y dedicación en lo que hacen, no nos juzgan... Me arrepiento por haberme marchado sin decir nada.

—Ya lo hemos conversado. Estamos en paz.

—Reitero mi ofrecimiento. Y no se diga más del asunto —zanjó e hizo una perfecta reverencia—. Que tengan buenas noches, caballeros.

—Buenas noches, Topacio —se despidieron los tres al mismo tiempo.

Megan rio y se marchó hacia la mesa de juegos.

—Creo que ya es hora de marcharnos —terció Horatio. Bebió lo que quedaba de su *whisky* y añadió—: Mañana será un día largo.

«*Crimen pasional en el Támesis.*»

Ese era el pequeño titular de la noticia en la sección policial del periódico Morning Herald.

Bebió un sorbo de su café, el primero de la mañana antes de ponerse a trabajar en sus asuntos. Desde su ventana, contempló el imponente jardín y, más allá, la ribera del río.

Siguió leyendo:

Macabra muerte en el río.

Ayer, en Deptford, tomó lugar un horrendo hallazgo, que alertó a los

transeúntes y trabajadores en las cercanías de Deadman's Dock.

Testigos en diversas zonas aledañas al lugar encontraron flotando partes de un cuerpo, tras lo cual dieron aviso a las autoridades. El inspector jefe de la Policía Metropolitana, el señor Stephen Warren, declaró lo siguiente:

Esta mañana, a eso de las ocho, se halló el cuerpo descuartizado de una mujer sin identificar, cuya edad está entre los veinte y veinticinco años. Las pruebas encontradas descartan que la víctima provenga de algunos de los barcos prisión que atracan en los diversos embarcaderos. Por el contrario, dado el estado del cadáver, se conjetura que se trata de un muy posible crimen pasional.

—¿Pasa algo malo? —preguntó el hombre que estaba desayunando a su lado. La expresión de su hermano había cambiado de súbito—. ¿Malas noticias en el Parlamento o tus inversiones ya no son tan rentables?

El hombre compuso su expresión y sonrió.

—No, nada de eso. La sección policial cada vez es más perturbadora. —Miró hacia el río y murmuró—: Muy perturbadora.

Capítulo XV

El sargento Lewis entró en la oficina de Horatio, quien le dedicó una breve mirada, para luego volver a concentrarse en lo que estaba trabajando.

En el ambiente general de esa sección del cuartel se respiraba un aire tenso, pese a que al inspector apenas se le veía desde la visita de la señorita Witney. Era *vox populi* el altercado que tuvo con el inspector jefe, y muchos ya habían hecho apuestas, pronosticando en cuánto tiempo más se haría efectiva la renuncia del lord inspector. Al sargento Lewis no le agradaba que festinaran con una situación tan delicada. Sin importar las habladurías, él consideraba que el inspector merecía el respeto de todos, y estaba donde estaba por su capacidad y profesionalismo, no por sus parientes aristócratas.

—El informe del doctor Reynolds, inspector. Llegó ayer en la tarde a última hora —anunció el sargento Lewis, dejando un dossier sobre el escritorio de Horatio.

—Perfecto. Gracias, Lewis —respondió Horatio sin dejar de escribir. Estaba poniéndose al día con sus tediosas obligaciones administrativas. Había llegado al amanecer y ya llevaba dos horas feneciendo y languideciendo mientras revisaba y redactaba informes.

Si llegaba a concretar su renuncia, nadie diría que no hizo su trabajo hasta el final.

El sargento se aclaró la garganta. Horatio dirigió su atención a él.

—¿Pasa algo? —le preguntó con una expresión que decía «Más vale que sea importante, muchacho».

—U-un niño andrajoso acaba de dejar una nota para usted. —respondió tropezándose con sus palabras. Esculcó su bolsillo y le entregó la nota. Si el inspector se veía imponente con uniforme, vestido de caballero era peor. El negro de su atuendo era un color muy ominoso que solo matizaba con un chaleco verde oscuro.

—¿Espera una respuesta? —preguntó seco.

—N-no, señor.

—Muy bien, gracias, Lewis. Puede retirarse.

El sargento, sin decir una palabra, se marchó raudo.

Horatio resopló. No se explicaba cómo era posible que Lewis le temiera tanto. Si no lo hubiera visto lidiando con los delincuentes del East End, le resultaría difícil creer que era apto para ser policía. Pero en realidad, el sargento era muy efectivo en su labor, su ascenso no fue algo antojadizo. De hecho, él mismo lo había recomendado.

Vaya ironía.

Desdobló la nota y leyó.

*Cuando pueda, pase por la taberna.
Connor.*

Horatio guardó la escueta nota en un cajón de su escritorio y se puso en pie. Tomó el informe del doctor Reynolds, lo revisaría mientras fuera de camino al Rusty Harpoon.

—Hombre que es nacido de mujer, vive breve tiempo, y lleno de miseria. Brota como flor y es cortado, y huye como sombra, y nunca permanece en un estado... —declamaba el sacerdote un pasaje bíblico, quien, incólume, sostenía el sagrado libro junto con el paraguas.

Llovía.

El sonido de las palas enterrándose en la tierra resonaba en los oídos de Marian, quien estaba ataviada de respetuoso luto. El perfume del ramo de flores que llevaba se mezclaba con el lúgubre *petricor*, que inundaba sus fosas nasales a medida que aumentaba la profundidad de la última morada de Marygold Michaels.

Horatio la rodeaba con su brazo mientras compartían un paraguas. Ella podía sentir su calor, su aroma, confortándola.

Solo ellos y el sacerdote estaban despidiendo a esa joven.

—¿Estás bien, querida? —susurró Horatio por tercera vez desde que llegaron.

Marian solo pudo darle una sonrisa triste, asintió levemente con su cabeza y se acurrucó más en él.

Los sepultureros, conformes con la profundidad de la fosa, enterraron sus palas en la montaña de tierra y se dispusieron a bajar el ataúd con lentitud y cuidado, valiéndose de sogas.

La voz del sacerdote seguía con el ritual.

—Señor Dios poderoso, santo y misericordioso Salvador, digno y eterno Juez, no permitas que nos apartemos de ti en la hora extrema por ningún dolor de muerte...

Al terminar de escuchar esas palabras, Marian, liberándose con suavidad del abrazo de Horatio, se agachó, tomó un puñado de tierra suelta y mojada y, al mismo tiempo que se levantaba, lo lanzó al ataúd. Un nudo se alojó en su garganta, amenazando con quitarle la respiración en el momento en que la tierra retumbó en la madera.

—Habiendo sido del agrado del Omnipotente Dios —continuaba el sacerdote— por su gran misericordia, tomar para sí el alma de nuestra amada hermana difunta, nosotros, por tanto, encomendamos su cuerpo a la tierra; tierra a tierra, ceniza a ceniza, polvo al polvo;

Un segundo puñado de tierra cayó en el ataúd. Provenía de parte de Horatio.

Los sepultureros comenzaron a cubrir la luctuosa fosa con briosas paladas.

Marian pensó en Daisy y la nueva tragedia que volvería a remecer su vida. Elevó una plegaria al cielo esperando que estuviera bien junto con Regina en Rotherham.

Horatio volvió a abrazar a Marian y le acariciaba el hombro con el pulgar. Suspiró, se prometió llegar al final, hacer justicia, y no dejar que Marygold quedara en el olvido.

El sacerdote ya finalizaba el servicio.

—La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la participación del Espíritu Santo, sea siempre con todos nosotros. Amén.

—Amén —secundaron Marian y Horatio al unísono. No obstante, percibieron una tercera voz en esa sentencia.

Sus miradas se dirigieron hacia la derecha y una mujer de elegante luto ocultaba su identidad con un velo. Llevaba un ramo de rosas blancas. Sin embargo, el enorme hombre que sostenía el paraguas por ella delató su identidad.

Se trataba de Rubí.

El sacerdote cerró su biblia, se despidió de todos tomando el ala de su sombrero y se marchó. Los sepultureros, quienes terminaron de apisonar la tierra, hicieron lo mismo.

El sonido de la lluvia repiqueteando por doquier era lo único que se podía oír.

Rubí, seguida por su sirviente, dejó su ofrenda en la tumba de Marygold. Se quedó por unos

instantes agachada. Marian supuso que oraba.

—Espero que me perdones y descanses en paz, niña —susurró Rubí, mas nadie pudo escuchar sus palabras. Se levantó y se situó frente a Marian y Horatio y dijo—: Les reitero mi gratitud por lo que han hecho. Señora Marian, estuve meditando anoche y tomé la decisión de devolverle el dinero que gastó en...

Pero Marian alzó su mano con suavidad, interrumpiendo a la *madame* y sentenció:

—Rubí, no se moleste. De verdad...

—Pero es que...

—Ya con el hecho de estar aquí ha sido más que suficiente. Las dos nos sentimos responsables por lo que hicimos o lo que dejamos de hacer. No me haga insistir, por favor.

Tras unos segundos de tensa calma, Rubí claudicó. Bien sabía ella lo tercas que podían ser las aristócratas.

Hizo una leve reverencia.

—Por favor, manténganme al día de sus avances.

—Será un placer, *madame* —aseguró Horatio.

—Gracias... —Rubí les dedicó una breve mirada a ambos y, a la postre, hizo una leve reverencia—. Bien, me retiro.

Y, tal como llegó, se fue. Discreta y sin emitir palabra.

Marian dejó su ofrenda floral al lado del ramo de Rubí. Era la despedida. Deseó que las hermanas y los hermanos de Marygold la pudieran visitar alguna vez.

Inspiró hondo.

—Llévame a casa, Horatio —pidió Marian—. En una hora tengo reunión con las grandes damas.

—No te aflijas, querida. Todo saldrá bien. —Le ofreció el brazo y ella se aferró a él—. Estaré a tu lado.

—Lo sé... Siempre lo estás.

Comenzaron a caminar para salir del cementerio. La lluvia amainaba poco a poco. Tras un largo rato, Horatio consideró que Marian ya estaba más serena, por lo que se aclaró la garganta y dijo:

—Esta mañana me entregaron una nota de Connor. Por eso llegué al filo de la hora a buscarte a la academia.

—¿Tienes alguna nueva información? —preguntó Marian con avidez.

—Así es, pero no me hago muchas ilusiones. El testimonio de un borracho no es tan confiable cuando se trata de precisión y memoria. Sin embargo, no podemos descartarlo del todo, puede tratarse de un comienzo.

—¿Y qué dice tu testigo borracho, según Connor?

—Anoche estuvo muy concurrida la taberna —respondió Horatio—, por el morbo que significaba la autopsia y las historias que iban y venían de quienes encontraron los restos. Fue una buena noche para Connor, tuvo mucho trabajo.

»Entre los que fueron, hubo un cliente habitual, el cual tiene fama de ser fanfarrón, que dijo haber visto a un desconocido en un bote, cerca del puente Southwark, que tenía problemas para lanzar un bulto al río. Tambaleó varias veces antes de lograr su objetivo.

»Eso ocurrió solo un par de horas antes del primer hallazgo. Pero habría que comprobarlo. Si tenemos suerte, puede coincidir con los cálculos de Emily.

—¿Qué hay cerca de esa zona? —preguntó Marian haciendo memoria. Sabía que algo se le escapaba, mas no lograba encontrar un recuerdo concreto. No conocía todo Londres, no tanto

como ella quisiera.

—De hecho, estamos relativamente cerca. Ahí hay embarcaderos de empresas navieras, muelles privados de propiedades aristocráticas, la Torre de Londres. Es una zona muy concurrida...

—De ser cierto, quizás Marygold fue asesinada en las cercanías, una residencia o alguna bodega abandonada —reflexionó Marian—. No me imagino a alguien cometer semejante monstruosidad en un lugar con tantos transeúntes y pasear un bulto por todo Londres a riesgo de ser atrapado.

—Por supuesto que es una posibilidad —convino Horatio sintiendo un súbito orgullo por Marian; hacía unos momentos estaba tan vulnerable y ahora empleaba una lógica impecable. Su fortaleza era admirable—. De hecho, en la Torre de Londres está el Dead Man's Hole. Si hubieran lanzado el cuerpo de Marygold en la ribera norte, habrían encontrado restos en ese lugar. Sin embargo, siguieron su curso río abajo hasta llegar a Deptford. En estos momentos, tenemos varios indicios sueltos, pero nada que los conecte. Es importante saber si esa parte del arma asesina que encontró el doctor Reynolds nos puede guiar al culpable.

—Espero que así sea... Y sobre eso mismo, antes de venir envié un mensaje a la señora Bessemer preguntando si nos puede recibir mañana junto con su esposo, por lo que tendremos una respuesta hoy.

—Excelente. Eres la mejor. —Horatio, de pronto, detuvo sus pasos. Marian se quedó mirándolo con gesto interrogante.

Con su mano libre, él la abrazó por la cintura hasta llegar a la espalda baja y la atrajo hacia él.

Estaban a unas cuantas yardas de salir del camposanto, y a Horatio no le importó nada, ni la lluvia, ni el lugar, ni los acontecimientos. Justo en ese momento, sintió que había tenido una especie de revelación. Sabía que amaba a Marian. La adoraba con toda su alma, pero lo que más amaba era su inteligencia y forma de ser. La conocía tan bien, pero todavía lo sorprendía. Por Dios, se sentía como el hombre con más suerte en la tierra.

—¿Pasa algo, Horatio? ¿Por qué nos detuvimos? —preguntó Marian, ignorante de los sentimientos de su... A decir verdad, no era un cortejo propiamente tal, tampoco un compromiso. Dadas las circunstancias, ella resolvió que Horatio era su amante.

—Porque me acabo de dar cuenta que estoy muy enamorado de ti, vida mía.

—Eso me lo dijiste ayer —replicó Marian, curvando sus labios. Era la primera vez que él le decía algo diferente a «querida», y se sentía maravilloso.

—No... —¿Cómo simplificar con palabras algo tan inmenso e indescriptible? Era imposible, pero estaba decidido a dar su mejor esfuerzo para exponerlo de algún modo—. Estoy muy, muy... muy enamorado de ti. Nunca podrás dimensionar cuánto te amo, ni lo feliz que me haces cada vez que tengo la oportunidad de demostrártelo.

—Oh, Horatio... —¿Cómo él era capaz de decirle cosas tan hermosas y llenas de sentimiento? No es que él fuera un poeta, sino que él sabía qué decir. Marian se sentía en una leve desventaja. Ella no era tan elocuente cuando se trataba de sentimientos. La emoción la rebasaba tanto que era capaz de afirmar que su vocabulario se reducía—. Yo también te amo... Creo que ha sido desde siempre. —«Y habría sido una tragedia si hubiera llegado a casarme con Stanbridge», pensó fugaz—. Me di cuenta de ello esa noche que pasamos juntos. Pensaba que tú me querías como una prima y que jamás me verías de otra manera.

A Horatio no había que especificarle a qué noche se refería Marian. Él también pensó lo mismo, y que todo era imposible.

—Fui un necio, siempre fuiste la más especial. Debí pedir tu mano esa mañana. Ya

llevaríamos dos años casados... quizás con un hijo o hija. —Se mordió el labio ante esa fantasía, sobre todo porque imaginó el cómo se hizo ese bebé imaginario.

—No podemos lamentarnos por nuestros actos, acertados o no... Pero quizás fue lo mejor. Ambos crecimos, ahora somos las mejores versiones del uno para el otro.

—Lo único que sé, es que eres la mujer perfecta que necesita mi corazón.

Horatio se quitó el sombrero, bajó un poco más el paraguas y, protegiendo la identidad de Marian a los transeúntes, la besó.

Marian no sabía cuántas formas tenía de besar Horatio, porque cada vez que sus labios se encontraban, era diferente la sensación. No obstante, sí se repetía su reacción; algo en lo profundo de ella salía a relucir, un impulso desinhibido y primigenio que la alentaba a tomar lo que él le ofrecía, y a exigir más.

Y, casi sin darse cuenta, ella redujo más el espacio que había entre los dos, enredó sus dedos en los ígneos cabellos de Horatio y profundizó más el contacto. Sus alientos se unieron y se mezclaron como sus lenguas.

Pese al ambiente frío, la temperatura entre ellos subió. El calor del aire coloreó sus mejillas y les perló la frente con una tenue humedad.

—Ejem... —Escucharon ambos y se separaron. No quisieron mirar de dónde provenía esa amonestación, sabían que alguien que pasaba no aprobaba su acción. Fueron conscientes del lugar.

Se miraron y suspiraron. Marian acomodó su bonete. Horatio se puso el sombrero, notó que ya no llovía y cerró el paraguas. Le ofreció el brazo a Marian y ella lo tomó.

Empezaron a caminar.

—Es difícil contenerse cuando se trata de ti —afirmó Horatio.

—Lo mismo digo —convino Marian, humedeciendo sus labios con la punta de su lengua. Los sentía calientes e hinchados.

Horatio sonrió. Quizás ella no se daba cuenta, pero él estaba seguro de que era una mujer muy pasional, y si se daba la oportunidad, era muy probable que terminarían adelantando su noche de bodas más pronto que tarde, porque él se moría de ganas de hacerle el amor.

No, no era un santo. Jamás en su vida había tenido que darse tantos baños de agua fría en tan poco tiempo, como estaba ocurriendo en los últimos días

—Si te parece bien, pediré tu mano cuando esto termine —propuso Horatio. Era el siguiente paso en su lógica.

—Creo que primero tienes que preguntarme si me quiero casar contigo —replicó Marian, solo para fastidiarlo. Si bien ella daba por sentado que se iban a casar, también debía recordarle a su amante que ella tenía opinión.

—Oh, soy un idiota optimista. Lo di por hecho con el primer beso —replicó con su tono pomposo. Detuvo sus pasos otra vez. La abrazó por la cintura, otra vez. Dejó su mano en la espalda baja, otra vez. La miró a los ojos con una sonrisa reluciente y llena de picardía—. ¿Te casarías conmigo, mi señora?

—Te estabas tardando. Dos años —bromeó.

—Sí o no —insistió él, dado que ella estaba empecinada en dar su consentimiento, y por eso la adoraba.

—Sí, me casaré contigo. Lo di por hecho con el primer beso.

Rubí tomó la mano de su sirviente y puso un pie en el peldaño del carruaje que la esperaba en la esquina del cementerio.

—¿Y? ¿Gané? —preguntó una voz masculina a sus espaldas.

Rubí reconoció de inmediato ese tono de pedante suficiencia. Esbozó una sonrisa maliciosa y, pese a tener su rostro oculto tras el velo, compuso una expresión seria y miró por sobre su hombro.

—Para ser un fiscal, señor Montgomery, es muy descortés de su parte venir a preguntarme semejante tontería después de un funeral —le espetó, al tiempo que se subía al carruaje.

—Lo siento, pero supuse que usted estaría aquí y que podría espiarlos por mí —replicó Justin socarrón, observándola desde el exterior.

—Usted es terrible, ¿siempre es así de desalmado?

—La mayoría de las veces —respondió adoptando una posición relajada. Apoyó su brazo en el quicio de la puerta del carruaje, su mano libre se ancló en su cadera y cruzó sus tobillos—. Sobre todo, cuando se trata de ganar una que otra apuesta. Negocios son negocios.

—Bueno, debo informarle que, en este momento, me debe diez libras, señor —respondió Rubí.

—¿Está segura? —interpeló ladeando un poco la cabeza, no podía verla a través del maldito velo. Podía estar alardeando.

Rubí encogió sus hombros. No era su problema si él no le creía y respondió con tono de superioridad:

—No se necesita demasiado poder de observación para notarlo. Los detalles son obvios.

—Pero ¿fue testigo de algo comprometedor? —insistió inclinándose levemente hacia adelante.

—No sea ridículo, ¡estaban en un cementerio! Sin embargo, para mí era evidente. Así que me debe diez libras —zanjó.

—Guineas —corrigió —, es más caballeroso.

—Como guste, más dinero para mí... —accedió—. Le dije que ellos tienen una relación más que familiar y acabo de comprobar que son amantes.

—No sé, permítame dudarle sin pruebas contundentes. Marian y Horatio siempre han sido cercanos.

—Usted solo está evadiendo la realidad... Es más, hoy me siento muy benevolente, por lo que le daré una oportunidad de recuperar sus diez guineas. Le apuesto que, antes de que empiece el verano, ellos estarán casados.

—Vaya, usted siempre hace ofertas que uno no puede rechazar —respondió Justin con entusiasmo—. Entonces que sean veinte.

—Acepto. —Rubí extendió su mano enguantada para cerrar el trato y Justin la estrechó firme. Ella ya podía sentir el peso de esas monedas en su bolsillo. Sobre todo, porque sí vio algo comprometedor, pero ella no sería quien los delatara—. Será el dinero más fácil de ganar en mi vida.

—No mienta, *madame* —rebatió Justin y soltó la mano de Rubí—, fue más fácil cuando el duque de Longsight fue, por iniciativa propia, a pagar por su silencio respecto a su pequeño *affaire*.

—Oh, usted fue un verdadero demonio al aconsejarme que aceptara.

—No puedo llevarme todo el crédito, Horatio me proporcionó información privilegiada. El duque fue un verdadero infeliz, se merecía que usted lo dejara con los bolsillos secos —admitió indolente.

—Veo que usted no es imparcial.

—Nadie lo es, *madame*...

Rubí alcanzó la puerta del carruaje, gesto que daba por terminada la conversación.

—Concuerdo con usted, señor Montgomery. Debo irme, que tenga buen día.

—Igualmente.

La puerta se cerró y el carruaje partió. Justin se quedó mirando cómo se alejaba.

Pronto descubriría quién era Rubí.

Las grandes damas estaban en la acogedora sala de estar de Peony House. Durante la temporada, todas las semanas, aquellas cinco mujeres se reunían cada domingo para organizar bailes de beneficencia, que permitían seguir impulsando ese proyecto que disfrazaban de cristiana caridad para la hipócrita sociedad, pero que en realidad era mucho más ambicioso que proveer trabajo digno a mujeres desamparadas.

Todas esas augustas damas tuvieron pasados tempestuosos, en mayor o menor medida. La sociedad tildó sus matrimonios como relaciones escandalosas y vivieron al filo del ostracismo. Sin embargo, la clase alta tiene mala memoria cuando le conviene, sobre todo si esas cinco familias contaban con conexiones en todas partes y era un secreto a voces que, si alguien osaba agraviarlos, la desgracia caería tarde o temprano.

Entre risas, conversaciones, té y pastitas, Olivia Witney, vizcondesa Rothbury, la principal impulsora, presidía la reunión sentada en una poltrona.

A su derecha, sentadas en un sofá, se encontraban sus cuñadas; la señora Minerva Montgomery y Margaret Martin, duquesa de Hastings.

A su izquierda, en una elegante *chaise long*, estaban sus amigas; Katherine Moore, condesa de Corby, y Emma Montague, duquesa de Ravensworth, quien en ese momento comentaba:

—Yo ni siquiera me tomo la molestia de preocuparme por la situación de Grace, tengo la fe de que a ella no le incomoda. —Comió una pastita, las demás esperaban a que terminara de comer y continuara, cosa que sucedió en cuanto tragó—. Todas ustedes saben que detesto usar la palabra soltería o solterona, pero últimamente el que me preocupa es Greg. Ayer me confesó que siente que debió hacer más para lograr que alguien quisiera comprometerse con ella.

—Nada habría podido hacer, Emm —replicó Margaret con cariño—. Sabes cómo se comporta la aristocracia con los hijos que no nacen dentro de un matrimonio. Si no pones una cantidad monstruosa de dinero, no se dignan siquiera en mirar.

—Y ni hablar cuando tienes alguna característica física que los haga desconfiar —añadió Olivia—. Para todos nosotros los colores de sus ojos son preciosos, para otros, un defecto que no querrán ver en sus descendientes... Pero ya llegará el hombre que no le importará nada más que ella.

—La vida siempre depara sorpresas —pontificó Minerva—. Hace un año solo me quejaba de que mis hijos no sentaban cabeza, y ahora ya estoy a la espera de ser abuela...

—Tú y Maggie han tenido suerte —intervino Katherine—. Menos mal que a mí me quedan unos cuantos años antes de sufrir ese dolor de cabeza. Sin embargo, creo que cuando una ya se harta de una situación, esta sucede —sentenció y bebió un sorbo de su té, tras lo cual afirmó—: A veces pienso que el Señor tiene un sentido del humor retorcido.

—Amén —terció Emma.

Ninguna de esas cinco damas era muy religiosa, por lo que se podían permitir reírse de aquel

comentario tan poco temeroso de Dios.

—Bien. A lo nuestro —abordó Olivia cuando dejaron de reír—. El primer punto a tratar hoy es...

Golpes en la puerta interrumpieron las palabras de la vizcondesa, quien, extrañada, dio su venia. No obstante, más extrañada estuvo al ver a Marian de luto y acompañada por Horatio.

La presencia de este último no sorprendió tanto a Minerva. Si bien compartía con su hijo solo por las noches, últimamente actuaba más extraño y hermético de lo habitual. Verlo junto a Marian explicaba, en parte, su comportamiento...

O, al menos, esperaba una explicación plausible.

El resto de las grandes damas los observaron con el presentimiento de que no traían buenas noticias, y esa sensación no aminoró cuando Horatio y Marian las saludaron con especial afecto a cada una de ellas.

Al terminar, Marian se quedó de pie frente a ellas. Necesitaba sentirse en control de la situación. Su corazón latía acelerado y las piernas le temblaban, se arregló un mechón rebelde de su dorado cabello.

Horatio, antes de situarse detrás de ella, le tomó la mano y le dio un apretoncito de ánimo y le susurró que todo saldría bien. Acto seguido, tomó su habitual postura; recta y firme, con las manos en la espalda.

—Perdón por interrumpir vuestra reunión, mamá, tías —dijo Marian, intentando imprimir seguridad en su tono de voz—. Pero lo que les voy a contar es importante.

—Así vemos, hija —respondió Olivia, alternando su mirada entre ella y Horatio—. Imagino que hay una buena explicación para tu atuendo el día de hoy y ver a mi sobrino durante tres días seguidos.

—Así es... —afirmó Marian—. Antes de comenzar, quiero decirles que cualquier pregunta que quieran hacer, con gusto la responderé, pero lo haré después de terminar.

Olivia miró a las demás, quienes asintieron. Todas aceptaron un tácito pacto; quedarse calladas. Eran madres, les iba a costar un mundo abstenerse de interrumpir y hacer miles de preguntas, mas podían hacer el intento.

—Gracias. —Marian llenó de aire sus pulmones y empezó a relatar—: Todo empezó hace tres meses...

Capítulo XVI

El té se había enfriado y el previo ambiente ameno, también. Las grandes damas estaban serias, escuchando el relato de Marian y las breves intervenciones de Horatio cuando le era requerido.

Marian no perdió detalle. Incluso, con toda la dignidad que pudo, confesó sus visitas al Palacio de *Madame Écarlate* disfrazada de varón. Solo omitió su borrachera y haber pasado la noche en un hotel con Horatio, y no fue porque se tratara de un pecado inconfesable —que de por sí era tanto o peor que ir a un burdel—, sino porque desviaría la atención de las damas hacia otros derroteros, y ahí empezarían las preguntas y las interrupciones.

—Y eso es lo que tenemos —finalizó Marian—. Mañana Justin irá a verificar que Daisy está en Rotherham con Regina, y Horatio se ha enfocado en investigar el crimen de Marygold Michaels, asunto en que lo estoy apoyando, ya que también hay otras pistas que debe seguir. Respecto a la responsabilidad que me atañe, dejo mi cargo como directora a vuestra disposición. Acataré lo que ustedes estimen conveniente.

En la estancia solo se podía percibir el sonido ahogado de voces y carruajes que provenía del exterior.

Olivia parpadeó, inspiró y espiró. Las demás hicieron lo mismo.

—No me agrada para nada que me hayas ocultado la magnitud de todo esto, Marian —amonestó Olivia con un tono comedido pero firme—. Nos habías informado de las dos primeras deserciones, pero no comentaste nada acerca de tus aprensiones y sospechas. Creo que te hemos criado para que confíes en nosotros.

—Lo sé, mamá, lo siento mucho —dijo Marian cabizbaja—. Por una parte, fue orgullo, y por otra, quería poder darles respuestas, explicaciones; no solo el hecho de que habían desertado tres internas en extrañas circunstancias. —Alzó su mirada, ya todo estaba hecho—. Y también, quería hacer algo por mí misma, sin depender de ustedes —admitió.

—Te entiendo a la perfección. Pero espero que no se repita, todas podemos ayudar —advirtió serena.

—Sí, mamá. No volverá a repetirse.

—Bien. Pese a lo optimista del pronóstico, no me quedará tranquila hasta que Justin corrobore que Daisy y Regina están sanas y salvas —sentenció Olivia—. Hija, has actuado bien en tomar cartas en el asunto y averiguar. Es lo que cualquiera de nosotras hubiera hecho.

Minerva pidió la palabra.

—Considero que debemos hacer una revisión al reglamento interno y establecer protocolos de acción para futuras deserciones. Debemos ser más estrictas en el futuro.

—Estoy de acuerdo —convino Olivia. Miró al resto de las damas, quienes asintieron con su cabeza, aprobando la moción—. Bien, en los próximos días estableceremos las nuevas normas. Debemos hacer algo para que las internas confíen más en nosotras como institución, para que no se desesperen y salgan corriendo cuando se presenta un imprevisto familiar. Es muy lamentable la tragedia ocurrida con Marygold. Debemos pensar muy bien el protocolo para que situaciones como estas no vuelvan a ocurrir. —Olivia miró a su hija a los ojos y declaró—: No ha sido tu culpa, es la primera vez que atravesamos por esta situación, y nos está señalando un fallo que debemos reparar.

Marian suspiró de alivio. Ya podía respirar tranquila y un gran peso se le quitó de los hombros. En el fondo, temía decepcionar a su madre y a las grandes damas.

—Horatio —tomó la palabra Minerva, el aludido se tensó—. ¿Cómo fue posible que no le impidieras a tu prima ir a un burdel?

—Fue mi culpa, tía —defendió Marian.

—Le he preguntado a Horatio, querida —replicó Minerva sin quitarle los ojos de encima a su hijo.

Horatio dio un paso al frente hasta situarse al lado de Marian y respondió seguro, sin titubear:

—Accedí porque su ayuda era indispensable en el reconocimiento de las internas. Los retratos que me hizo fueron excepcionales, pero aun así era complicado, dado que las mujeres en el palacio usan antifaz. La segunda vez que fuimos, tuvimos una entrevista privada con la *madame* del palacio. Te aseguro que Marian no fue expuesta más de lo necesario.

Un «Ja» provino de parte de Olivia.

—Permíteme dudar que no fue expuesta más de lo necesario —ironizó la vizcondesa, reprendiendo con la mirada a los dos. Se sentía contrariada respecto a las decisiones tomadas por Marian. Sin embargo, que Horatio hubiera apoyado y acompañado a su hija, la tranquilizaba.

—Tía Olivia —intervino Horatio—. Créame que el disfraz de Marian era insuperable, su reputación está intacta. Ni siquiera Justin la pudo reconocer en su momento.

—No me refiero a su reputación, sino a lo que vio en ese lugar.

Marian dudó en especificar qué vio o escuchó en el burdel para defenderse. Sabía que ese mundo sórdido y decadente no debería existir, pero existía, esa era la realidad. No obstante, también debía admitir que estaba satisfecha por haber podido experimentar ese aspecto de la vida que le era vedado a las mujeres, tan liberal y desinhibido.

Se aclaró la garganta, y mejor decidió callar.

—Creo, Olivia —abordó Emma, conciliadora ante el mutismo de Marian—, que nada se puede hacer respecto a eso. No se puede borrar lo que vivió.

Olivia suspiró, Emma tenía razón. A diferencia de lo que acostumbraba en la sociedad, a su hija mayor le explicó en su momento lo que era la vida íntima de un matrimonio. Deseaba que fuera feliz en ese aspecto y no amargada y mojigata como solían ser la mayoría de las mujeres. Con aquella visita al burdel —por muy elegante y exclusivo que fuera—, Marian podía tener una visión errónea de la intimidad.

Olivia solo esperaba que no fuera perjudicial.

Por otro lado, las visitas «profesionales» de Horatio le habían ilusionado. Pensó que Marian y él al fin se estaban entendiendo, pero se había equivocado. Andrew también iba a estar decepcionado. Desde que los sorprendió esa mañana juntos, los observó, estudió cada mirada, cada gesto y todo indicaba que algo había cambiado en sus sentimientos, que en cualquier momento uno de los dos daría un paso al frente.

Una verdadera lástima.

—Marian —llamó Katherine, desviando el tema—. ¿Vas a seguir ayudando a Horatio en la investigación?

—En la medida de lo posible, sí —contestó Marian—. Considero que también es mi deber, pese a que solo fue una horrible coincidencia.

—¿No consideran que es peligroso, querida? —cuestionó Margaret—. Estamos hablando de asesinato, y no de uno cualquiera, sino de uno especialmente escabroso. Dudo que ese sujeto esté en sus cabales. Todas las que estamos aquí presentes sabemos hasta dónde puede llegar una persona acorralada, y si su mente está perturbada a ese extremo, no quiero ni imaginar las

consecuencias.

—Mi rol es completamente seguro —aseveró Marian—. Horatio es el profesional.

—Tememos por los dos —dijo Minerva—. No sé si quiero que encuentren un culpable y uno de ustedes salga lastimado.

—Mamá —tomó la palabra Horatio—, llevo muchos años en esto y nada grave me ha pasado...

—Pero no es garantía de nada, hijo —interrumpió elevando su tono de voz, mas al notarlo, lo rectificó—: Yo me reservo mi opinión para no presionarte, pero todos los días temo por tu vida, y me angustia que llegue alguien a decirme que nunca volverás... Sé que es tu decisión, pero eso no supone que deje de sentir incertidumbre.

Horatio tragó saliva, su madre jamás le había dicho cómo se sentía. Una punzada de culpa atravesó su corazón, pero no debilitó su convicción.

—No podemos dejar impune ese crimen, sería injusto para Marygold y Daisy —insistió Horatio—. No se preocupen, tampoco tengo planeado que todo se tuerza. Siempre actúo pensando en que debo volver a casa sano y salvo.

El silencio volvió a reinar en la estancia. Olivia, y todas en general, necesitaban digerir esa avalancha de información.

Horatio nunca imaginó que las damas fueran tan implacables y aprensivas a la vez. Había estado seguro de que comprenderían con mayor facilidad.

Fue un iluso.

Katherine tocó la campanilla para llamar al mayordomo. Carruthers se personó casi al instante. Con mucha amabilidad, la condesa de Corby pidió más té.

—Creo que todas lo necesitamos —explicó, intentando aligerar el ambiente—. No hay nada mejor que una buena taza de té caliente para relajarnos.

—Sí, tienes razón, Kathy —convino Olivia—. Marian, Horatio, tomen asiento, por favor.

Ambos obedecieron sin decir una palabra. El ambiente estaba tan denso que podía cortarse con un cuchillo.

La estancia, que hasta ese momento estaba cubierta por la luz fría y pálida de un día nublado, se iluminó poco a poco con la calidez del sol.

El té llegó y Olivia sirvió para todos.

Horatio comió una galleta. Estaba buena, pero no tanto como las de la academia. Anotó mentalmente pedirle una porción a Marian.

Olivia volvió al ataque.

—En vista y consideración de los acontecimientos, vamos a tomar algunas decisiones adicionales, las cuales ustedes dos deberán acatar —decretó.

—De acuerdo —respondieron Marian y Horatio al unísono.

—Considero que —abordó Olivia, tras haber bebido un poco de té—, pese a todo lo que nos has contado, hija, no es necesario que dejes tu puesto como directora, y estoy de acuerdo en tu decisión de que Laura sea directora interina, mientras dedicas tiempo a la investigación. Que alce la mano quienes están de acuerdo.

Las cuatro damas alzaron su mano en silencio.

—Decidido —decretó Olivia—. Marian continúa en su puesto como directora. Alcen la mano si están dispuestas a entregar todos los recursos necesarios, tanto económicos como personales, para apoyar la investigación.

Cuatro manos volvieron a alzarse.

—Decidido. Por lo tanto, cualquier avance en la investigación debe ser informado de

inmediato a cualquiera de las damas presentes o, en su defecto, uno de ustedes dos debe presentarse a nuestra reunión semanal.

Horatio refrenó su impulso de negarse a informar a las damas de cada movimiento, por temor a ralentizar sus tiempos de acción. Sin embargo, Marian lo podía ayudar en ese aspecto y eso significaba más instancias para pasar tiempo juntos. Asintió como buen hombre obediente.

—Bien, creo que eso es todo —concluyó Olivia—. ¿Alguna desea agregar algo más?

Emma alzó su mano.

—¿Es bonito El Palacio de *Madame Écarlate*?

—¡¡Emm!! —Fue el pobre y simultáneo intento de Margaret, Olivia, Katherine y Minerva por amonestarla. Debían admitir que también les causaba curiosidad saber más acerca de aquel mítico establecimiento.

—¿¡Qué!? —replicó la duquesa de Ravensworth. Odiaba los ambientes tensos, prefería festinar con el asunto—. No pregunté nada malo.

Marian no pudo evitar curvar sus labios. Horatio se relajó y aprovechó de seguir devorando las galletas.

—Es... bastante elegante —explicó Marian—. Es como estar en un baile de disfraces de alta sociedad, pero más bullicioso y alegre.

—Dicen que la *madame* de ese lugar es joven y hermosa, ¿es verdad? —siguió Emma con su interrogatorio.

—No sabría decirlo, siempre he visto sus rasgos velados —admitió Marian—. Pero me atrevería a decir que no es mucho mayor que yo.

—Oh, interesante —terció Margaret—. Hubiera pensado que tenía mi edad. Casi siempre una *madame* es una... veterana del oficio, por así decirlo.

—Emma dijo joven y hermosa, Maggie —acentuó Minerva.

—Soy joven y hermosa —alegó Margaret.

—Amén —sentenció Katherine.

Olivia sonrió a regañadientes.

—Oh, con ustedes es imposible estar demasiado tiempo molesta —reprochó con cariño. Miró a Marian y Horatio—. Están haciendo un buen trabajo. No me gustan sus métodos, pero creo que ya no hay nada peor que visitar un burdel.

—Gracias, mamá... y a todas —dijo Marian, con el corazón ligero y contento.

—Gracias. No vamos a decepcionarlas —añadió Horatio.

De soslayo, Marian notó que el mayordomo, discreto, se internaba en la estancia hasta llegar al lado de Olivia y susurró:

—Lady Rothbury, disculpe la intromisión, ha llegado un mensaje desde la academia para la señorita Marian. El mensajero me especificó que lo entregara de inmediato.

—Por supuesto —dijo Olivia—. Gracias, Carruthers.

El mayordomo le ofreció el mensaje lacrado a Marian, quien no tardó en romper el sello y disponerse a leer.

No pasó ni medio minuto, y se levantó impelida por una súbita urgencia.

—Nos tenemos que ir. Es importante. Mamá, me llevaré el carruaje sin blasón. Cuando vuelva les informo —avisó y dirigió su atención hacia Horatio, quien ya se había puesto en pie—. Vamos, no hay tiempo que perder.

—Adiós. Gracias —dijo Horatio apresurado, y se llevó una última galleta.

Un segundo después, el silencio.

—No sé por qué dicen que los hijos dejan de ser una preocupación cuando son adultos

—sentenció Minerva—. Definitivamente, es peor.

—Amén.

—Tendremos listo el carruaje en unos minutos, señorita Witney —avisó Leopold Alby, el jefe de establos de Peony House.

—Gracias, Leo —dijo Marian al tiempo que se ataba las cintas de su bonete.

Horatio y Marian habían salido al patio interior donde estaban los establos de Peony House para ganar tiempo.

—¿Por qué salimos como si se fuera a acabar el mundo? —preguntó Horatio sacando su reloj de bolsillo. Faltaban diez minutos para las cuatro de la tarde—. ¿Qué pasó?

—Era la respuesta de la señora Bessemer —explicó Marian, mientras elevaba su mirada para encontrarse con la de su amante—. Si no vamos ahora, no podremos entrevistarnos con su esposo hasta en dos semanas más. Mañana saldrá de viaje.

—Maldición. Con razón. ¿Dónde viven los Bessemer?

—En Clerkenwell, no está muy lejos... —especificó mientras empezaba a ponerse los guantes—. Asumo que no tienes en tus bolsillos la punta de acero.

—Asumes bien —gruñó, molesto por su poca previsión—. La tengo en casa.

—No supone ningún problema, solo será un pequeño desvío.

—Indudablemente eres la mejor. —Se acercó un poco más a ella y añadió en voz baja y grave—: Te besaría ahora mismo, pero ya he tenido suficiente presión maternal por hoy, como para que nos descubran y me obliguen a casarme contigo mañana... —Sonrió con picardía al darse cuenta del peso de sus palabras—. Aunque pensándolo bien...

—Si me vas a comprometer hazlo como el demonio que eres, cariño —desafió Marian terminando de ajustar sus guantes. Lo miró de reojo y esbozó una media sonrisa, que para Horatio fue una provocación en todo el sentido de la palabra.

—No me des ideas. Mujer, eres una mala influencia.

—Yo diría que es al revés...

—Señorita Witney —interrumpió Leopold—. El carruaje está listo, Milton la espera... Señor Montgomery. —Se tomó la visera de su gorra a modo de saludo y despedida. Horatio le dio una leve inclinación de cabeza.

—Gracias, Leo, siempre tan eficiente —elogió Marian y se dirigió al carruaje junto a Horatio, quien le ayudó a subir y le señaló al cochero su primer destino: Temis House, la casa donde vivía la familia Montgomery.

La voz del cochero, las riendas azuzando a los caballos, el sonido de los cascos y el ligero vaivén del carruaje señalaron que abandonaban Peony House y se dirigían a la casa de Horatio.

Marian estaba sentada en diagonal a la posición de Horatio, dado que él ocupaba gran parte del espacio. Sus rodillas se rozaron. Ella notó que él estaba sentado en una postura muy rígida; piernas abiertas, manos en las rodillas. Su mandíbula estaba tensa.

—¿Pasa algo malo, Horatio? —preguntó Marian.

Horatio inspiró profundo y espiró.

—Flirtear contigo es muy peligroso para mi sanidad mental, vida mía —respondió críptico.

—¿A qué te refie...? —No alcanzó a terminar de formular su pregunta, bajó su mirada—. Oh, ya veo.

Horatio se aclaró la garganta y forzó una sonrisa tirante. Marian, envalentonada por sus

últimas experiencias, preguntó:

—¿Te duele?

—No... de momento —afirmó, incómodo.

—Y... —Marian, sin ser consciente, se lamió el labio inferior. Horatio tragó saliva. A la postre ella preguntó—: ¿Volverá a la normalidad?

—Eventualmente. Si dejo de pensar en las mil formas que he imaginado en cómo amarte.

Aquello la enterneció y espoleó su deseo en partes iguales. ¿Cómo era posible aquella dualidad? Quizás era porque se sentía cómoda y libre con Horatio. Se conocían de toda la vida y le emocionaba descubrir todos aquellos aspectos que le eran ocultos, y qué mejor ejemplo que develar al Horatio enamorado, el que la deseaba. Desde que sus corazones se sinceraron, él le demostraba su amor cada vez que podía. De todas las formas que podía. Y ella siempre quería más.

Dios sabía que quería más.

Sentía que ya no era una jovencita impresionable e inocente que debía esperar hasta el matrimonio para saber más allá de la teoría, y descubrir en carne propia de qué se trataba la pasión, el anhelo de entregarse.

El carruaje se detuvo.

Horatio resopló. El tiempo se escurría como el agua entre sus dedos.

—Vuelvo enseguida, mi señora —anunció y bajó del carruaje.

—No demores, por favor —pidió con cierta nota de apremio en su voz.

—Cinco minutos —prometió Horatio y cerró la puerta.

Marian suspiró, miró hacia la calle por la ventanilla y, sin concentrarse en un punto específico, se perdió en sus pensamientos y recuerdos.

No pudo evitar hacer comparaciones. Con Horatio tenía las sensaciones a flor de piel. Mientras que con Stanbridge fue más frío. Su compromiso fue muy cariñoso pero inocente. Él era mayor que ella por solo un año y siempre fue correcto, amable y quizás tan inexperto como ella, y esa inexperiencia fue su condena. La muerte llegó a él por un simple comentario hecho por ella. Discutieron. Él se marchó ofuscado. Era de noche.

Nunca más volvió. Según se enteró después —gracias a Horatio—, unos delincuentes le tendieron una trampa con una supuesta mujer en peligro. Le robaron todo, incluyendo la vida, cuando él se resistió a entregar su reloj de oro.

Por eso Marian se sentía tan culpable y se lo ocultó a su familia. Solo fue capaz de expresarlo en voz alta aquella noche que pasó junto a Horatio. Jamás olvidó su expresión, era una extraña mezcla de enojo y compasión.

—Nadie, Marian, escúchame bien, nadie conoce las consecuencias de una acción —pontificó Horatio severo—. Tus palabras no mataron a Stanbridge, sus decisiones y su voluntad lo hicieron. Ni siquiera se le puede echar la culpa a Dios. Si yo hubiera sido él, quizás habría hecho lo mismo y hubiera caído en la trampa, pero pese a que me sé defender, habría entregado todo lo que llevaba de valor con tal de volver a tu lado.

—Pero no lo detuve, debí pedirle que no se fuera —se justificó.

—No lo hiciste, porque no ves el futuro, no dominas la voluntad de los demás. No lo echaste de tu lado, él se fue. Tú no empuñaste el cuchillo que lo mató. —Horatio enmarcó su rostro entre sus manos. Sus miradas azules y vidriosas se fundieron. Y mientras él le acariciaba las mejillas con los pulgares, agregó con voz suplicante—: Solo sucedió, deja de culparte, querida, me parte el alma verte así.

Así llegó la resignación, y con ella, el fin del autocompadecimiento.

En ese instante de su vida, ya podía mirar hacia atrás sin sentir esa profunda congoja que la consumía.

La puerta del carruaje se abrió. Marian dio un ligero respingo.

—¿Cuál es la dirección de los Bessemer? —preguntó Horatio antes de subir.

—Es en la zona de Clerkenwell, Northampton Square, justo en la esquina de Ashby Street.

Horatio le repitió las señas al cochero y, acto seguido, subió al carruaje y se sentó en el mismo lugar que ocupaba antes de bajar. Observó a Marian, su expresión manifestaba cierto pesar.

El carruaje inició su marcha.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Horatio.

—Nada malo —respondió Marian, intentando aligerar su expresión—. Solo recordé a Stanbridge.

Horatio se cambió de lugar de inmediato, situándose al lado de Marian, sin importarle que no hubiera ninguna clase de distancia entre ellos. Con suavidad, le tomó la muñeca y le quitó el guante. Besó el dorso de la mano y entrelazó sus dedos.

Juntos eran una combinación perfecta.

—Supongo que es inevitable —convino Horatio, después de un breve silencio.

—Sí. Inevitable... —Suspiró y lo miró—. ¿Te molesta si lo recuerdo?

Horatio negó con la cabeza. Aún sostenía su mano, y no pretendía soltarla. Como si se tratara de un terso rehén comenzó a acariciarla con su mano libre. Suave y parsimonioso, recorría esa sensible piel entre los dedos. Al cabo de unos solaces segundos, respondió, con voz serena, la pregunta formulada por Marian:

—No me molesta que lo recuerdes, él fue importante para ti. Y el pasado de ninguno de los dos se puede borrar. —No añadió nada más por un breve lapso, reflexionando acerca de sus propios sentimientos, mas terminó por admitir—: Sin embargo, siento un poco de celos.

—¿Un poco? —interpeló alzando una ceja.

—Solo un poco, lo suficiente para saber que soy humano. Me hubiera gustado ser tu primer beso, tu primera caricia, tu primer te quiero. —Y, al terminar de decir esas palabras, sonrió—: Pero he tenido el privilegio de tener otras primeras veces muy interesantes. Tengo toda la vida para ser el primero en muchas cosas más.

—No sabía que eras tan «competitivo».

—Lo he descubierto hace poco, sobre todo cuando se trata de ti. —Dejó de acariciar la mano de Marian y la dejó sobre su pecho, para que ella sintiera los latidos de su corazón—. El camino de vuelta será sin interrupciones. Si todo resulta bien, te propongo vivir una primera vez conmigo.

—¿Aquí? ¿En el carruaje? —preguntó entre escandalizada y emocionada, imaginando muchas posibilidades nada inocentes.

—De momento, es el único lugar privado para besarnos a placer.

—Ooooh... ¿Solo serán besos?

—Percibo cierta decepción en tu tono de voz, mi señora. Las circunstancias nos impiden avanzar más... Pero haré lo posible para que sea memorable.

Capítulo XVII

Horatio y Marian estaban en el despacho de la casa de los Bessemer. Sentados uno al lado del otro, observaban con atención a Henry, un hombre que aparentaba tener la misma edad que ellos, y que, concentrado, estudiaba la punta de acero con un microscopio.

El hombre llevaba unos diez minutos en su labor. En el ambiente se podía percibir el barullo familiar que provenía de la sala de estar contigua, lugar donde estaban Joan, la niñera que alguna vez fue interna de la academia Hope, y Ann, la esposa de Henry. Mientras la primera se dedicaba al cuidado de los dos hijos mayores de la familia; una niña de siete años y un pequeño de tres; la segunda amamantaba al menor, un bebé de un año.

Horatio, sin poderse abstraer de todo lo que acontecía en la otra estancia, sintió una leve punzada de envidia. Henry tenía lo que él tanto deseaba, formar una familia propia junto con el amor de su vida. De pronto, se imaginó cargando en sus brazos a una pequeña idéntica a Marian.

Un «uuummmmm» proveniente de Henry lo sacó de su ensoñación.

—Es muy interesante —afirmó Henry, al fin irguiéndose—. Esto no es algo que se ve todos los días.

Horatio y Marian ahogaron un jadeo ante la expectativa de tener un indicio concreto.

Henry rio ante esa espontánea reacción. Decidió dar una breve y simple introducción a su respuesta.

—Este metal es llamado acero Wootz o también acero de Damasco. Es un tipo de acero de crisol, el cual se obtiene a través de una técnica de fundido de acero y hierro. La característica que lo identifica son las vetas que asemejan ondas debido a su alto contenido de carbono. Un arma creada con este acero suele ser afilada, dura y, a la vez, flexible, capaz de doblarse en un ángulo de noventa grados sin romperse. Imagínense cómo quedaron de consternados los cruzados cuando el enemigo contaba con espadas de este tipo, que podían cortar miembros como si fueran mantequilla.

—¿Conoce a alguien que trabaje este acero? —indagó Horatio. Si tenía al fabricante, podría tener una lista de clientes y...

—Es imposible que alguien haga este trabajo en específico —respondió Henry. La decepción fue evidente en la expresión de Horatio, por lo que el inventor explicó—: Verá, esta es una técnica metalúrgica ancestral que proviene de la India, pero digamos que la «receta» se ha perdido en el tiempo. La última persona que fabricó algo con acero de Damasco debe llevar por lo menos quinientos años muerta. Este acero ha sido estudiado en profundidad por la Escuela Real de Minas y muchos han intentado reproducirlo con mayor o menor éxito. El que estuvo muy cerca de hacerlo falleció antes de poder documentar sus resultados.

—A ver si entendí, ¿me está diciendo que este fragmento pertenece a una pieza hecha con auténtico acero de Damasco? —inquirió Horatio.

—Exactamente, esto no es una imitación.

—Y si es tan magnífico ese acero, ¿por qué cree que se quebró? —preguntó Marian.

—Pues, en este caso en particular, estoy casi seguro de que se debió a una minúscula imperfección en su fabricación. Y si lo conjugamos con otros factores, como la antigüedad, el uso que ha tenido a lo largo del tiempo y, finalmente, la superficie de impacto, pues tarde o temprano podría quebrarse. Acérquense, por favor. —Henry conminó a Marian y Horatio a que

observaran a través del microscopio. Ellos se pusieron en pie de inmediato y el inventor señaló—: Si se concentran en la parte inferior de la grieta, podrán observar la falla, es una leve fisura. También están presentes los evidentes rastros de sangre coagulada.

Marian y Horatio se turnaron para estudiar lo que Henry indicaba, pero, aparte de observar la fisura, se maravillaron al ver tan de cerca algo que pasaba desapercibido para el ojo humano. El microscopio era un instrumento extraordinario.

Al cabo de un rato de estudio, Horatio se irguió y agregó:

—Señor Bessemer, recapitulemos; usted dijo que este acero proviene exclusivamente de la India y que nadie más usa esta técnica de forjado. Por lo tanto, ¿usted considera que este fragmento podría pertenecer a una colección privada o a un museo?

—Pues, en lo personal, desearía que el arma a la cual pertenece este fragmento hubiera estado en un museo, que es el lugar donde debería exhibirse un artefacto que, posiblemente, tiene medio milenio de antigüedad, por lo bajo.

—Entonces —intervino Marian—, podríamos sugerir que ningún sujeto de Whitechapel o del East End tendría acceso a algo como esto.

—Elemental, mi querida Marian —terció Horatio—. Un tipo del East End lo empeñaría antes de usarlo. Hasta ellos saben que le pueden sacar más dinero a un objeto de valor que usarlo como arma o para ostentar poder —elucubró—. Esta pieza debió pertenecer a un coleccionista o a alguien que tenga contactos con la India... Si hilamos más fino, en Londres hay una cantidad considerable de personas que tiene alguna conexión con la India, principalmente aristócratas y empresarios navieros.

—Y si Emily logra confirmar que el cuerpo fue abandonado en las cercanías de Southwark... —añadió Marian, siguiendo el hilo de los pensamientos de Horatio.

—Reduciremos esa cantidad a un puñado y tendremos varios sospechosos —concluyó Horatio sonriendo de medio lado, emocionado ante aquel avance.

—No va a ser fácil, Horatio —destacó Marian—, no podemos llegar y preguntarle al dueño de casa: «Por casualidad, ¿tiene un arma centenaria quebrada?».

—No, pero ya veremos cómo lo averiguaremos. —Horatio dirigió su atención hacia Henry. Sin querer lo habían apartado de la conversación—. Disculpe...

—No se preocupe, estaba muy interesado escuchando sus deducciones —aseveró Henry, sonriendo ante esa pareja que parecía tener una inusual conexión intelectual—. Creo que mi trabajo ya está hecho. A menos que tengan otra pregunta.

—Creo que hasta el momento no tenemos más dudas —sentenció Horatio—. Si llegase a surgir alguna en los próximos días, le preguntaremos a algún académico que esté especializado en la India.

—Y si todo eso falla y la duda los apremia, me podrán enviar un mensaje. Les dejaré la dirección en donde me estaré hospedando. —Henry tomó un papel, pluma y tinta y garabateó las señas.

—No sabe cuánto le agradecemos su colaboración, señor Bessemer. Ha sido inestimable —aseguró Horatio con suma gratitud.

—Ha sido un placer haber sido de ayuda, inspector Montgomery, señora Witney. —Dobló el papel y se lo entregó a Horatio—. Cuando mi esposa me comentó acerca de su investigación, no dudé en pedirle que respondiera a la brevedad. Menos mal que pudieron llegar a tiempo, un retraso de dos semanas habría sido demasiado tiempo de espera. Esa pobre alma necesita justicia.

—Esperamos que así sea —convino Marian—. Gracias, señor Bessemer.

Henry retiró el fragmento de acero del microscopio y se lo entregó a Horatio, quien lo guardó

en una bolsa de terciopelo y lo metió en uno de sus bolsillos.

—Los acompañaré a la salida —ofreció solícito, haciendo un ademán.

Horatio y Marian siguieron a Henry. En su paso hacia la salida, aprovecharon de despedirse y agradecerle a Ann Bessemer por su buena disposición.

Marian también logró constatar en un breve intercambio que Joan estaba feliz en su trabajo de niñera; se le notaba en su expresión. Adoraba a los niños Bessemer, y sus patrones la trataban con respeto y le pagaban muy bien.

Era una mujer que estaba contenta y conforme con su nueva posición en la sociedad. Tenía una oportunidad para volver a empezar con dignidad, ya no tenía que mendigar ni ofrecerse en las sucias calles de Londres para poder sobrevivir.

Esperaba no volver nunca más ahí.

La puerta de la casa de los Bessemer se cerró tras Horatio y Marian, quienes suspiraron al mismo tiempo. Se miraron y sonrieron, cómplices.

Había sido un nuevo día de avances.

Y nuevas preguntas sin responder.

—Esto es estimulante y tan frustrante a la vez —sentenció Marian.

—Bienvenida a mi mundo, mi señora —replicó, guasón. Le ofreció el brazo a Marian y enfilaron sus pasos hacia el carruaje que los esperaba frente a la casa de los Bessemer.

Poco después ya estaban rumbo a Peony House. El peso del día cayó sobre ellos junto con el atardecer, que teñía el interior del coche con sus anaranjadas tonalidades.

Iban sentados uno al lado del otro. Sus manos entrelazadas compartían el calor de un silente descanso. Horatio no soportaba los guantes en las manos de Marian y se los quitaba cada vez que estaban a solas. Le gustaba sentir su calor, la estructura de sus huesos, la tersura de la blanca piel que dejaba traslucir las venas. Sin embargo, no era un intercambio inmóvil. Ambos se acariciaban con sus dedos, tentando sus sentidos con toques sutiles y perezosos. El ambiente entre ellos dos no era del todo sosegado y candoroso, había una carga de euforia reprimida. Una suerte de anticipación.

La respiración de Marian comenzó a acelerarse a medida que avanzaban los segundos.

Horatio rasgó ese cómodo silencio, aclarando su garganta y enderezando su postura. Solemne, besó el dorso de la mano de Marian.

—Me preguntaba, mi señora —dijo al fin—, si quieres aprovechar estos minutos de privacidad. Muero por besarte hasta perder el sentido.

—Pensé que nunca lo dirías —respondió Marian, propinándole una mirada colmada de deseo.

Horatio sonrió de medio lado. Sin palabras, suave y seductor, cerró las cortinas de las ventanillas, le quitó el bonete y la instó a que se sentara de costado sobre su regazo. Marian se dejó hacer.

Sintió una desconcertante mezcla de excitación y nerviosismo, al sentir una mano de Horatio afianzándose por su cintura y la otra, atrevida, aferrándose a su muslo.

Horatio miró a Marian a los ojos, que eran atravesados por un halo del crepúsculo que se colaba por una rendija, transformando sus colores. El azul de sus iris eran dos aguamarinas. Ella se mordió el labio. Horatio recorrió el muslo por sobre el vestido hasta alcanzar su nalga y siseó al apretar.

—Si me deseas, vida mía, no es necesario que esperes a que yo tome la iniciativa... Tómame,

porque siempre seré tuyo —sentenció.

Marian no necesitó ni una palabra más. Una de sus manos se ancló al cuello de Horatio y lo besó.

Lo devoró.

Marian dio rienda libre a sus deseos, a lo que ansiaba desde el primer beso. Saboreó a plenitud la boca de Horatio y se apretó contra él. Sintió el calor del sólido pecho masculino que traspasaba su ropa, alcanzando sus senos. Se atrevió a desabotonar el chaleco y la camisa. Horatio jadeó cuando sintió esa mano intrusa indagando su piel.

Marian tomó aire para respirar y Horatio se apropió de su cuello. Con sus labios recorrió su piel hasta llegar a la oreja y susurró grave:

—No tienes idea de lo que me haces, mujer...

La piel de Marian se erizó al sentir el calor del aliento masculino; comenzó en el cuero cabelludo, atravesó todo su cuerpo, hasta culminar en la punta de sus pies. Una intensa ola de frío y calor la recorrió por completo, y la abandonó, dejando como único vestigio la dureza de aquellas sensibles perlas que coronaban sus pechos, y le hizo arquear su espalda rogando por un contacto que le diera alivio a su necesidad.

El recatado vestido de Marian pronto se convirtió en un gran incordio para ambos. No obstante, eso no fue un impedimento para que Horatio tomara sus senos por encima de la ropa y los apretara con gentileza. Aquella caricia solo apaciguaba en parte el ardor que ambos sentían, pero era un arma de doble filo; Horatio debió domar su instinto animal para no romper el vestido y poseer a su amante en ese carruaje; para Marian, esa nueva sensación le hizo juntar sus muslos y apretar con fuerza para calmar ese palpar frenético, que se propagaba en toda su feminidad.

Marian fue consciente de una extraña y resbaladiza humedad que se había instalado entre sus piernas. ¿Eso era normal?

No le importó, no alcanzó a importarle. Horatio no tenía piedad en su erótico asedio. Mientras la besaba, su enorme mano le recorría el vientre, las caderas, subía por su pecho entre sus senos, la tomaba del cuello.

Ambos se movían en un sensual vaivén. La ropa era una voluptuosa barrera en la que solo podían imaginar.

Él se preguntaba: ¿cómo serían sus pechos, sus nalgas? ¿Su vientre será suave y dúctil? ¿Sus muslos le rodearían las caderas?

Se imaginó esa dorada cabellera derramada sobre la almohada mientras él la penetraba.

Ella se preguntaba qué se sentiría recorrer con sus manos ese maravilloso cuerpo desnudo. Todo en Horatio se sentía viril, duro, firme, caliente... incluso su miembro, tenso, pugnando por salir de su prisión.

Marian imaginó lamer el vientre de Horatio, morder su hombro, apretar sus nalgas, empuñar su erección, alinearse con él. Imaginó que él la tocaba... Ahí.

Abrió levemente sus piernas.

—¡Horatio! —jadeó. Echó su cabeza hacia atrás y cerró sus ojos.

Él le estaba leyendo el pensamiento. Sus dedos se abrían paso por la abertura de su ropa interior hasta llegar a su feminidad. Él se empapó de ella en una íntima caricia.

—Esto es una verdadera maravilla... Dame más, mi señora —pidió Horatio con su voz preñada de anhelo.

Marian obedeció, no le importaba si era correcto o no. Solo sabía que era magnífico.

Ella jamás pensó sentirse de esa forma; desinhibida, lasciva, como si fuera una diosa siendo adorada.

De pronto, un dedo se introdujo lento e inexorable en el mismo centro de su ser. Marian abrió sus ojos ante esa impúdica invasión. Un leve y pasajero pinchazo le hizo estremecer. Horatio la observaba fascinado, venerando cada segundo de ese contacto.

—¿Estás bien, vida mía? ¿Te he hecho daño? —preguntó Horatio preocupado. Marian se había tensado por un breve instante.

—Sí, estoy bien —respondió—. Solo quédate ahí un momento.

Horatio obedeció y la besó con infinita ternura.

—Te amo, ¿lo sabes? —murmuró él sobre sus labios.

—Lo sé... y yo a ti —respondió y movió levemente sus caderas. La incomodidad se había esfumado y fue reemplazada por un atisbo de fruición—. Ah... Creo que ya puedes seguir.

—Como desee, mi señora.

Horatio volvió a besarla, su lengua penetró su boca al mismo tiempo que su dedo se sumergía más profundo.

Suave y constante, comenzó a entrar y salir de ella, valiéndose de su palma para estimularla más en el proceso.

Marian gimió.

Eso que le hacía era puro y primigenio deleite.

Era tan exquisito, decadente y excitante. Jamás había sentido tal desesperante gozo. Algo dentro de ella le anunciaba que se avecinaba un estallido poderoso.

¡Dios, necesitaba más de eso! ¿Cómo lo iba a lograr?

—Si te mueves sentirás más —aconsejó Horatio, y se lamió los labios. Su boca estaba seca—. Intenta ceñir mi dedo en tu interior, no me dejes escapar. No temas... obedece a tu instinto...

Horatio se quedó quieto dentro de ella. Dejó que Marian tomara el poder. Sintió cómo ella movía sus caderas, cómo el sedoso interior de su maravillosa amante intentaba apresar su dedo. Él solo se limitó a presionar y empujar su palma al ritmo que ella le demandaba.

—Más... —susurró Marian—. Necesito más...

Horatio presionó más duro y masajeó en el proceso.

Tan resbaladiza, tan caliente...

Y de pronto, Marian lo supo, había alcanzado la tan ansiada conflagración. Ese punto ínfimo, perfecto y milagroso, la elevación misma de su carne.

Abrazó ese momento, no permitió que se escapara esa gloriosa sensación y se dejó llevar.

Y estalló. Logró tocar el cielo, rasgar sus nubes e inundarse de radiante luz. Nada en el mundo se comparaba a ese placer. Nada.

Alargó la divina dicha hasta que ya no pudo más, hasta que su cuerpo dijo «basta, ya no hay más». Una inesperada y cálida paz la envolvió. Sus miembros quedaron laxos y temblorosos.

Horatio, resollando, abandonó su interior. Marian gimió al sentir un inquietante vacío.

—Déjame amarte. Descansa, hermosa —susurró Horatio al tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta—. Me has dado un precioso regalo.

—Creo que ha sido al revés —respondió Marian en voz baja.

Horatio le besó la frente. Se limpió la mano y procedió a hacer lo mismo en la intimidad de su amada. Notó un leve rastro rosáceo en la blancura del pañuelo, tal vez había rasgado su barrera sin querer, se guardó ese secreto. En cierto modo, le aliviaba la idea de que, para su primera vez, ella fuera a disfrutar mucho más, sin ninguna clase de molestia.

Le importaba poco estar excitado al punto del dolor. Todo valía la pena. No solo había tocado a Marian, le había ayudado a alcanzar el placer en su primera experiencia sensual con un hombre. No podía imaginar a qué confines podrían llegar juntos.

La fragancia femenina lo había marcado. Se había vuelto un adicto, ya no podría vivir sin ella.

—Horatio —llamó Marian, al tiempo que se acurrucaba sobre el pecho masculino.

—Dime, querida —respondió abrazándola.

—¿El placer que sienten los hombres es parecido al de las mujeres?

—Supongo que sí, en cierto modo —respondió llenando sus pulmones de aire para poder serenar su cuerpo tenso.

—Ahora no lo has sentido —dedujo.

—Esto fue solo para ti, querida. Una iniciación, no deseo que sientas temor cuando te haga el amor la primera vez.

—Aun así... No sentiste...

—No creas que no he disfrutado ni he sentido alguna clase de placer. Aplazar mi gozo bien valió por verte alcanzar el éxtasis. Ha sido sublime. —Sonrió—. Ya tendremos la oportunidad.

—Eso espero...

Horatio descorrió la cortina para ver en qué parte del trayecto estaban. Calculó que todavía quedaban unos veinte minutos, tiempo suficiente para que no quedaran vestigios visibles en Marian de lo que habían hecho, y que nadie sospechara de su furtiva relación.

Suspiró. Deseaba casarse con Marian, tenerla todos los días a su lado, vivir con ella. Pero tan solo pensar en las restricciones que imponía la tradición del compromiso para salvaguardar el decoro, lo desesperaba. ¿Por qué no podía ser más simple?

O tal vez sí...

Marian dio un gruñido femenino que sacó de sus cavilaciones a Horatio. Se acomodó en su regazo.

Él solo pudo percibir la respiración profunda y regular de Marian, quien se quedó dormida, inmersa en el adorado aroma de su amante.

Capítulo XVIII

En la noche de esa agotadora jornada, Andrew Witney, vizconde Rothbury, estaba sentado frente a su escritorio, situado en la biblioteca de Peony House. Tenía la mirada fija en un retrato familiar que ya tenía veintidós años colgado en esa pared. Le gustaba admirarlo a la luz de las velas, adquiriría las tonalidades de un atardecer estival. Le recordaba ese verano en que su vida cambió.

Lo mandó a pintar poco tiempo después de haberse casado con Olivia, e inmortalizaron ese momento de sus existencias. La pose elegida era tradicional. El joven matrimonio miraba fijo al pintor. En una postura amorosa, él abrazaba por la cintura a su esposa, mientras que ella hacía lo mismo y su brazo se perdía tras la espalda de su esposo. Olivia apoyaba la cabeza en el pecho de Andrew, en sus facciones se percibía la felicidad de saberse amada. Las manos libres de ambos reposaban con suavidad en el hombro de cada uno de sus hijos; Andrew tocaba el hombro de William y Olivia el de Marian. Los niños se miraban en fraterna complicidad.

Andrew sonrió al recordar esos días; lo primero que hicieron en el boceto fue la figura de los niños, quienes, con tres y seis años recién cumplidos respectivamente, eran muy inquietos, y no podían estar demasiado tiempo en un mismo lugar.

A veces a Andrew le sorprendía ver a sus hijos como adultos, tenía la sensación de que apenas habían pasado cinco minutos desde que él eligió ser padre.

Una elección hecha por amor.

Cuando tomó esa crucial decisión nunca imaginó lo difícil de esa tarea, mas no se arrepentía. Junto a su esposa criaron a sus hijos bajo la premisa de ser los padres que ellos mismos necesitaron en su infancia.

Andrew siempre se preguntaba si había hecho lo correcto.

Tres golpes discretos en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Andrew miró en esa dirección, Marian se asomaba.

—¿Me llamaste, papá? —preguntó ella desde la puerta.

Y vez que escuchaba la voz de uno de sus hijos llamándolo papá, en vez de un frío «padre», sentía que sí, que iba por buen camino. La paternidad era un eterno andar.

—Sí, hija. Entra y siéntate, por favor —respondió Andrew con su habitual amabilidad.

Marian ya intuía el motivo por el cual su padre la citaba a la biblioteca. El matrimonio Witney no se ocultaba ninguna clase de información.

Se sentó frente a su padre y, resignada, esperó la reprimenda.

—¿Whisky? —ofreció Andrew, trayendo al escritorio el decantador y dos vasos. Preguntaba más por costumbre, Marian siempre aceptaba.

—Por favor —accedió, pensando que lo iba a necesitar.

—Olivia me lo ha contado todo —comentó Andrew mientras servía el primer vaso. Al terminar, se lo acercó a Marian y la estudió—. Ella y yo estamos muy decepcionados.

—Papá, yo puedo explicar...

Andrew, con parsimonia, alzó su mano, deteniendo las palabras de Marian.

—Permíteme terminar —ordenó lacónico. Sirvió su vaso y bebió un trago.

Marian hizo lo mismo. Intentó relajarse y pensar en cómo explicarle a su padre para que la comprendiera. Esa tarde no vio la decepción en su madre. ¿Se había equivocado? ¿Interpretó mal

su actitud?

—Hija, hace dos años te sorprendí en una situación comprometedora con Horatio —comenzó Andrew. Le alzó una ceja a Marian, amonestándola, porque su hija ya estaba abriendo la boca para rebatir—. Ya sé que nada pasó esa noche y por eso mismo, no fue necesario hacer un escándalo de ello contándoselo a la familia. Sin embargo, desde ese entonces, los he estado observando, y estoy seguro de que su relación siempre ha sido más cercana de lo que se espera entre primos políticos. —Andrew hizo una pausa para medir la expresión de su hija. Ella no manifestaba ninguna emoción, mas la delataba la postura envarada y tensa como arco de violín. Aquel esfuerzo por mantener el control le pareció extraña y añadió—: Con tu madre pensamos que en estos días su lazo se había estrechado. Sin embargo, ella me dijo que solo se debía a la investigación que se está llevando a cabo, y eso es lo que nos ha decepcionado.

—Papá, yo...

—Aún no he terminado —insistió Andrew—. Pero soy un hombre que sabe reconocer cuándo un afecto es mayor de lo que se intenta aparentar, y yo aún conservo la esperanza. Dime, hija, ¿he de esperar que, en el corto plazo, Horatio pida tu mano? ¿O solo soy un viejo que se ilusiona en vano?

Marian ahogó un jadeo y arqueó sus cejas con sorpresa. No sabía si revelarle o no que Horatio y ella eran amantes, pese a que él ya le había pedido matrimonio. El compromiso era una tara social que no les permitía actuar con libertad, tanto en la investigación como en el desarrollo de su relación amorosa.

Para Andrew, la expresión y el silencio de su hija eran reveladores. Se atrevió a presionarla un poco más:

—Si no me lo confirmas, entonces le preguntaré a Horatio.

—¡No, papá! —prorrumpió Marian con un deje de desesperación.

Andrew frunció el ceño, en un gesto que rayaba la ironía.

—¿No?

Marian cerró los ojos. No, no podía seguir ocultándole algo tan importante a su padre siendo que él ya lo intuía. Estaba agotada emocionalmente, y quizás él la podía entender. No vio más alternativa que confesar:

—Horatio y yo estamos enamorados. Me propuso matrimonio y acepté.

Andrew no respondió, contempló a su hija. Toda su vida pasó frente a sus ojos en tan solo un instante; desde que la conoció siendo ella una pequeña de cinco años, hasta ese preciso segundo.

Se aclaró la garganta para apartar la inmensa nostalgia que lo invadió. Se tomó un breve instante para cuestionar:

—¿Y por qué diantres no lo tengo frente a mí pidiendo tu mano, formalizando todo como es debido?

—Porque lo hizo esta tarde, papá —respondió mordaz. Marian resopló, reprendiéndose a sí misma, se estaba exasperando con facilidad. Debía controlarse, y agregó rectificando su tono—: Además, ya sabes que estamos en medio de una situación delicada. Si todos se enteran de nuestro compromiso estarán pendientes de cuánto tiempo estamos a solas, calculando si fue suficiente para que me deshonre, y créeme que no estamos dispuestos a ser cuestionados a cada paso que demos —explicó con un tono firme, sin endulzar la realidad.

—¿Y cuándo pretenden anunciar su compromiso y fijar una fecha?

—Cuando todo esto termine.

Andrew se inclinó hacia adelante y le clavó la mirada azul.

—Está la posibilidad de que nunca termine. Quiero un plazo razonable —exigió severo—. De

lo contrario, por mucho que yo quiera a Horatio, le arrancaré el corazón.

—Papá, conoces a Horatio, sabes que es de fiar. Si fuera por nosotros, nos casaríamos mañana mismo en una oficina civil.

—Pues prefiero que sea en una iglesia... —Se levantó de su silla, tomó el vaso y bebió lo que quedaba de *whisky*. Su atención volvió hacia su hija y decretó—: Quiero que hables con tu prometido, y que formalicen su relación lo más pronto posible. Al menos frente a la familia. Es un mínimo de consideración hacia nosotros, ¿no crees?

Marian suspiró y claudicó.

—Está bien, papá.

—Y dado que estamos frente a una situación muy especial. —Andrew sonrió—. La única exigencia que te voy a hacer es que no solo busquen apoyo e informen sus avances a las grandes damas, sino a mí. A cambio, les voy a permitir tener toda la libertad que necesiten para investigar. No digamos que es un ambiente propicio para tener un compromiso y ambos son adultos... —«Y creí que, al final, nunca volverías a amar, hija mía», pensó él rememorando con pesar el fallido compromiso de Marian con lord Stanbridge.

—¿En serio? ¿Nada de carabinas ni horarios? —preguntó, sin poder creer en lo que oía. Necesitaba una confirmación.

—Por supuesto. Horatio es un joven honorable, responsable y es de la familia, no se trata de un extraño. Sé que te protegerá de todas las formas posibles. —Además, él no era tonto y también fue joven, sabía que había ciertas situaciones que iban a suceder con o sin carabina. El amor y la pasión eran inevitables cuando se combinaban, al igual que sus consecuencias.

Marian sonrió, se levantó y abrazó a su padre.

—Gracias, papá. —Le besó la mejilla con emoción. Andrew rio, esa jovial manifestación de cariño le hizo recordar cuando Marian era una niña y se colgaba de su cuello—. Esto significa mucho para mí.

—Lo sé... Tu madre se pondrá muy feliz.

A las cinco de la madrugada, en un embarcadero cercano al puente de Southwark, Horatio dejó caer una bolsa al suelo, la cual tenía olor a muerte y a descomposición. Emily, quien estaba a su lado portando una lámpara, arrugó su nariz. Ni siquiera el frío y la neblina atenuaba el hedor.

Subió su bufanda para minimizarlo. Era horrible.

—Si el bote no me hace vomitar, lo hará lo que sea esa cosa que llevas ahí —rezongó. Antes de llegar al embarcadero, pasaron por la taberna The Rusty Harpoon a buscar la misteriosa y pestilente bolsa.

—Son pedazos de animales. Ayer le pedí a Connor que consiguiera en el matadero trozos que ya estuvieran en descomposición, y que los dejara dentro de esta bolsa, expuestos al agua del río.

—Es repugnante.

—No seas tan remilgada —se burló Horatio. Se esculcó el bolsillo, sacó una naranja y se la ofreció—. Toma, cómetela.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó Emily, quitándosela de la mano como si tratara de un raro manjar. De hecho, lo era.

—Me la robé de la bodega. Las grandes damas están en plena organización de cenas y bailes, y este año las naranjas son parte del menú... Solo espero que mamá no las tenga contadas.

—Eres todo un caballero cuando quieres, hermanito mío. —Aspiró el aroma de la fruta con deleite—. Gracias.

—La fragancia cítrica te servirá para el mareo, duendecilla. Cuando estemos navegando, no mires ningún punto fijo o lo pasarás peor.

Emily asintió con la cabeza.

—Bien. Haré el intento... —prometió—. ¿Por qué elegiste este punto en particular para empezar?

—Un testigo afirmó haber visto una actividad sospechosa en esta zona, un par de horas antes del primer hallazgo. Por eso vamos a lanzar varios trozos de animales, para simular...

—Sí, sí, sí, ya, entendí —interrumpió Emily—. Ni siquiera una libra de naranjas sacará de mi mente esa nauseabunda idea.

—Lo siento... —se disculpó Horatio, dándose cuenta de que solo con Marian podía conversar acerca de los escabrosos detalles sin herir su sensibilidad. Su prometida era muy fuerte y pragmática.

Era una lástima que no fuera una genio de las matemáticas, sino estaría con ella en ese momento.

Horatio desvió su atención hacia el río, y saludó con la mano la silueta de un hombre que le devolvía el gesto.

—Ahí está nuestro bote. El señor Mason conoce el río como la palma de su mano, será nuestro «Caronte» particular. —Señaló con el índice al barquero que los esperaba.

—Apuesto que el río Aqueronte huele mejor que el Támesis —apostilló Emily.

—No hay duda.

Veinte minutos después estaban en el medio del río. El bote oscilaba y Emily lo estaba llevando relativamente bien.

Pero solo fue hasta el preciso instante en que Horatio se quitó los guantes. Acto seguido, sacó su cortaplumas y se subió la bufanda a la nariz y, con rápida eficiencia, empezó a realizar su escabrosa tarea: sacaba un trozo de animal, hacía un corte y enterraba una vela.

—Ayúdame a encenderlas, querida —pidió Horatio pasándole una varilla de madera, la cual Emily encendió con el fuego de la lámpara.

Uno a uno los trozos fueron dejados con cuidado en el agua. Emily reprimía una arcada cada vez que encendía una vela. Al poco rato, los restos de animales desmembrados se diseminaban por el río.

Horatio se lavó las manos en el agua, consultó la hora en su reloj, se sentó al lado de su hermana y anotó en su libreta:

—Bien, son las cinco y veintitrés minutos... ¿Qué más debemos hacer, Emily?

—Sigamos los restos por media milla y dime cuánto tarda en llegar cada uno de ellos —respondió con su voz descompuesta, y comenzó a pelar la naranja. El aroma cítrico le ayudó a contrarrestar el hedor a muerte de los restos que se alejaban a una velocidad considerable, como si fueran tétricos faroles flotantes que brillaban a través de la neblina—. No nos acerquemos mucho para no alterar la corriente. Después repetiremos sucesivamente en tramos de media milla —indicó. Se comió un gajo de la naranja. El sabor dulce le llenó la boca, tragó y preguntó—: ¿Por qué me trajiste al bote?, pudiste hacerlo solo.

—Por si surge alguna variante que no pueda resolver —respondió Horatio—. No sabría qué hacer si hubiera traído escritas las instrucciones, ni tampoco podrías estar dándome indicaciones desde la orilla, ¿no crees?

—Creo que te gusta verme sufrir —repuso, para no admitir que su hermano tenía razón.

—Por supuesto que no. Era necesario. Además, necesitamos todos los ojos posibles para no perder de vista los restos.

—Tengo la sensación de que debí cobrar algo más que tus alabanzas —masculló, ligeramente arrepentida. Su victoria había durado menos que un suspiro.

—Sabes que no me gusta que trabajes gratis. ¿Cuánto quieres por tus servicios? —indagó Horatio sin ánimo de broma.

Emily desestimó con un perezoso ademán de su mano. Lo hecho, hecho estaba.

—No me debes nada. Era solo una broma —mintió, piadosa, y repuso cambiando de actitud—: Esto es por el bien de la academia.

—Eres muy noble. Gracias.

Emily sintió una leve punzada de culpa. No se sentía de esa manera... Mareada sí, pero iba mejorando.

Horatio miró al barquero.

—La señorita ha hablado. Ya sabe qué hacer, señor Mason.

—Por supuesto, señor Montgomery...

Avanzaron por el río hacia el este. Horatio tomaba notas cada vez que el señor Mason indicaba que ya habían avanzado media milla. Poco a poco, Emily se sentía mejor y le señalaba dónde estaba cada parte, a modo de confirmación para Horatio. El cielo comenzaba a cambiar sus colores, y la neblina primaveral se levantaba conforme pasaban los minutos.

—Dime, Horatio —dijo Emily en tono de secretismo. En ese momento todo estaba en silencio y miraban las oscuras aguas del río, salpicadas de luces flotantes—. Toda la vida he visto que Marian y tú siempre flirtean, ¿acaso es una especie de juego o es que hay algo más entre ustedes dos?

—¿Siempre lo hemos hecho? —preguntó Horatio, mirándola con genuina sorpresa.

—Pues sí... ¿En serio nadie se da cuenta?

«Solo en los últimos días yo me di cuenta», pensó Horatio. Si no fuera por ello, no habría estado tan desorientado respecto a los sentimientos de Marian. Por su inseguridad estuvo dos años navegando en las turbulentas aguas que lo azotaban en la indecisión, que lo elevaban a una tibia esperanza y lo hundían en la agonía de la resignación.

Horatio volvió a centrar su atención en las luces que los guiaban a los restos que flotaban.

—No, no nos damos cuenta —respondió él en voz baja—. Al menos por mi parte.

—¿Te gusta Marian? —interrogó incisiva.

Horatio no respondió.

—¡Media milla! —anunció el señor Mason, ajeno a la conversación.

Horatio empezó a anotar con frenesí. Emily le acercó la lámpara para iluminar el papel y comenzó a barrer con la mirada el río.

—Mira, la cabeza va hacia ese embarcadero —señaló Emily y apuntó con el índice—. Ay, no, se está apagando la vela.

—Ese es el Dead Man's Dock —especificó Horatio—. Estamos cerca de pasar por las zonas en que empezaron a encallar los restos. Quizás no todas las partes se detengan en todos los puntos, pero basta con que un par coincida con los datos que proporcionaron los testigos para que puedas hacer tus cálculos, ¿no?

—Sí. Ojalá tu referencia sea la correcta. Así podré trabajar más rápido. Mientras más datos tenga, mejor.

—Bien. Si llegamos a la academia a las ocho, ¿cuánto crees que vas a tardar?

—Al mediodía tendrás respuestas.

—Excelente. Eres la mejor.

—Lo sé, pobre mortal.

Volvieron a quedar en silencio, Horatio seguía anotando los datos con afán.

Cuando Emily dejó de escuchar el lápiz rasgando el papel, volvió al ataque:

—No respondiste mi pregunta.

Horatio suspiró, no había logrado evadir el interrogatorio. El señor Mason fue un inesperado distractor que lo salvó por cinco minutos.

¿Que si le gustaba Marian? Estaba enamorado de ella hasta la médula de los huesos. Y, la verdad sea dicha, estallaba de felicidad por ser correspondido. Solo por motivos prácticos no lo gritaba a los cuatro vientos.

—El suspiro y el silencio son respuestas válidas para mí... —decidió Emily—. Yo creo que ustedes hacen una linda pareja, se entienden muy bien, sus intelectos son igual de agudos y tienen caracteres compatibles. Yo siempre he pensado que aún no es tarde para Marian —aseveró—. Quizás, si lo intentan, puede que el amor surja en muy poco tiempo...

Horatio, en su fuero interno, sonrió bobalicón.

—Sí, tal vez. ¿Crees que ella me acepte si la cortejo? —preguntó Horatio, fingiendo seguir el consejo de su hermana.

—Si siempre están flirteando, pues no te va a creer. Tienes que ir en serio, hermano.

—¿Cómo podría cortejarla?

—Ya sabes cómo es Marian, sus gustos son austeros. Un paseo, un libro, un picnic, un rizo de tu cabello en un relicario...

—¿Joyas no?

—No puedes pagarlas. —Emily se tapó la boca, arrepentida por sus palabras que no midió. Estaba mortificada—. ¡Ay! Perdón, lo siento...

—Tengo mis ahorros —repuso orgulloso—. Puedo comprarle una joya sencilla, pero que sea significativa. «Y tal vez una casa en un barrio relativamente bueno», añadió en su mente.

—A Marian le encantará... Y recuerda que tiene una dote bastante considerable. No tendrán una vida aristocrática, pero si ponen de su parte, podrían ser felices.

—No me interesa la dote de Marian. Siempre supe que mi lugar era otro, por eso he trabajado y ahorrado toda mi vida adulta.

—Pero tío Andrew se la dará quieras o no. No seas orgulloso, en un matrimonio los dos aportan.

Horatio rio flojo. Emily era una inocente optimista. La realidad era complicada. Para un hombre como él era muy difícil tragarse el orgullo y aceptar ayuda económica.

En el frío amanecer volvían a materializarse sus inquietudes. Su futuro lo estaba alcanzando muy rápido.

—La verdad es que renuncié a la Policía —confesó Horatio de súbito.

—¡Dios santo! —exclamó Emily. La incredulidad se había instalado en sus femeninas facciones—. ¿Por qué lo hiciste?

—Diferencias irreconciliables respecto a mi trabajo y la forma de llevarlo a cabo. ¿Me creerías que el inspector jefe Warren trató de impedir que desestimara el caso de Marygold? Incluso tuvo el desatino de declarar a la prensa que fue un «posible» crimen pasional. Pensamos de manera diferente y por eso renuncié. Pero Warren no la aceptó.

—¿Y qué harás?

—En cuanto terminemos aquí, volveré a renunciar. Si este caso tiene éxito, no le daré el crédito a una institución que me ha dado la espalda. Me independizaré como investigador

privado. Y no habrá nadie que me persuada de lo contrario.

Capítulo XIX

Horatio llegó a las ocho y media de la mañana a Scotland Yard. Redactó sus informes pendientes, revisó el trabajo de sus subalternos, el libro de registro de denuncias...

Frunció el ceño.

Había una denuncia del día anterior; se trataba de una prostituta desaparecida desde hacía diez días. La había interpuesto Danielle Farlay, una trabajadora del burdel The White Rose de Drury Lane, tras comprobar que su compañera de profesión no se había ido con el sujeto que le propuso ponerle una casa para que fuera su amante estable. La descripción dada era: veintitrés años, castaña, voluptuosa, rostro redondo, piel blanca, tenía una marca de nacimiento en el brazo derecho. Se llamaba Leah Dodwell, salió a hacer unas compras y no volvió. Vestía de color burdeos.

Horatio se revolvió el cabello. Tuvo un muy mal presentimiento. No pudo pasar la página, no fue capaz de ignorar esa denuncia y dejarla ir.

Tras cinco largos segundos en los que miraba fijo la hoja del registro, se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta, la cual abrió de golpe.

—¡Lewis! —llamó con un tono apremiante.

El sargento en cuestión dio un respingo en su escritorio, y se presentó firme ante Horatio.

—A sus órdenes, inspector Montgomery.

—Entre —ordenó. El sargento cruzó el umbral y Horatio cerró la puerta tras de él. Lo conminó con un gesto a que tomara asiento mientras hacía lo propio—. En el registro de denuncias está la desaparición de Leah Dodwell. Según esto, usted tomó la declaración —señaló Horatio e indicó la página del registro.

—Sí, señor.

—¿Ha tomado alguna otra declaración similar a esta en el último tiempo? —preguntó Horatio, con un presentimiento que le hormigueaba, acuciante, la yema de los dedos.

Lewis hizo memoria por largo rato.

—Hace tiempo... quizás en marzo —respondió, nervioso.

Horatio no recordaba nada de aquel entonces, habían pasado tres meses. Aun así, le extrañaba; pocas personas denunciaban desapariciones.

—Traiga el registro de marzo, por favor.

—Como ordene, señor.

Horatio se reclinó en su silla, pensativo. Juntó cada uno de sus dedos. Sus índices se separaban y se unían sin cesar. Su mirada estaba perdida.

«Marzo, marzo, marzo...», se repetía una y otra vez.

—Aquí está, inspector —anunció Lewis, ofreciendo el libro.

—Gracias, sargento —dijo Horatio, recibéndolo. Su expresión era seria, en alerta.

Horatio abrió el libro. Hojeó el registro, leyendo a vuelo de pájaro lo ocurrido la primera semana de marzo. Continuó de esa manera hasta llegar al día diez, donde una denuncia similar a la interpuesta por Danielle Farlay llamó su atención. Lewis lo observaba con interés y en silencio.

Otra mujer desaparecida, vendía flores en Covent Garden. Beatrice Winwick. La denuncia la hizo su casera, la señora Tansley, tras cinco días sin saber sobre su paradero. La muchacha vivía

sola, no recibía visitas ni correspondencia. Cabello castaño, veinte años, piel blanca, esbelta, rostro redondo. Salió de su casa a trabajar, como todos los días, y no volvió.

—Diez de marzo —murmuró Horatio, y lo recordó—. Longsight.

—¿Disculpe, inspector? —preguntó Lewis.

—Recordé por qué no vi este reporte. Estaba haciendo un servicio especial para lord Swindon. —Miró a Lewis—. ¿No sabes si la muchacha apareció?

El semblante de Lewis se ensombreció. El sargento lo recordaba bien, fue precisamente en una de sus rondas nocturnas, cuando su compañero de turno halló el cuerpo de la joven. Una lamentable coincidencia.

—Apareció muerta muy cerca de su lugar de trabajo y, gracias a ello, fue reconocida, inspector. Si no mal recuerdo fue hace un mes, una puñalada en el corazón. No hubo testigos. —Lewis se encogió de hombros—. No había mucho más que hacer.

Claramente, si las condiciones no se daban, no se podía hacer mucho para esclarecer un crimen. Sin embargo, ante él tenía un patrón que no podía ignorar. Beatrice y Marygold tenían la misma apariencia, desaparecieron un día y aparecieron muertas un mes después aproximadamente. La causa del deceso; una puñalada en el corazón.

La diferencia radicaba en las condiciones del cadáver.

¿Tenía que esperar hasta junio a que apareciera muerta Leah para corroborar su hipótesis?

Todo podía ser una macabra coincidencia, pero aquello no animaba a Horatio a descartar el asunto.

Eran muchachas que estaban solas en Londres, sin familiares cercanos. Nadie notaría su ausencia.

Horatio lamentaba no haber estado más atento. Si tan solo hubiera podido ver las condiciones del cadáver de Beatrice, quizás habría hallado una pista.

—¿En qué condiciones apareció la joven? —preguntó Horatio de súbito.

—No vestía la misma ropa con la que salió —respondió Lewis—. De hecho, no tenía ropa. La habían metido dentro de una bolsa. Estaba ovillada y presentaba moretones en la cara y laceraciones en las muñecas y los tobillos y, por el olor que expelía, se notaba que llevaba bastantes días muerta.

—¿Y nadie antes notó su presencia?

—Eso fue lo extraño, ya habíamos pasado por esa área. Alguien la dejó ahí en el proceso en que terminábamos la primera ronda.

—Aun así, no investigaron —cuestionó.

—No hubo testigos, el inspector jefe Warren decidió cerrarlo. Como la muchacha no tenía familiares, fue a parar a una fosa común.

Horatio entornó los ojos. La rabia y la indignación bullían en su interior. Pudieron encontrar testigos si ampliaban el perímetro en búsqueda de pruebas y hacer una autopsia al cuerpo... En fin, se pudo haber hecho algo más.

Pero claro, la policía no estaba para investigar un caso, en apariencia, destinado a quedar sin resolver. El objetivo de la institución era prevenir y capturar un delito *in fraganti*. O para ser la mano que acallaba a los insurgentes.

—Lewis, ¿podría hacerme un favor? —indagó Horatio.

—Por supuesto, inspector.

—Necesito que me transcriba, lo más pronto posible, las denuncias de Leah y Beatrice, y también el informe de cuando hallaron su cuerpo.

Lewis frunció el ceño ante tan inusual petición. No veía la conexión; uno era un caso cerrado

y la otra, una simple denuncia que no llegaría a ninguna parte. No obstante, no iba a cuestionar a su superior, cambió su gesto y asintió.

—Como ordene, inspector.

—Gracias. Puede retirarse.

Horatio se quedó a solas. No soportaba más lidiar con ese conflicto interior; una parte de él todavía tenía fe en la institución, sabía que podía ser mejor de lo que era, y quería formar parte de ese proceso. A esas alturas, ya había sacrificado mucho por estar donde estaba con relativo éxito, y los conocimientos adquiridos no los habría obtenido en una universidad.

Pero cuando sucedían cosas así, esas aberrantes injusticias, la otra parte de su mente se cuestionaba si la Policía Metropolitana era el mejor lugar para seguir creciendo, aprendiendo y aportando. Siempre estaba atado de manos y si quería hacer algo más, no le pagarían ni reconocerían su trabajo.

De pronto, la decisión se volvió irrevocable.

Ni siquiera el orgullo lo retenía.

Si había algún futuro más auspicioso, ya no era ahí.

Tomó una hoja de papel, entintó su pluma y procedió a redactar su renuncia. Pronto iba a ser parte de una negra estadística, de los que abandonan la Policía Metropolitana antes de cumplir diez años de carrera.

Brenda Holm estaba de pie frente a la directora de la academia Hope, quien la miraba con severidad. La postura de la muchacha era rígida y tenía las manos empuñadas a los costados, mientras escuchaba el duro sermón de la señora Witney.

—Señorita Holm, en esta academia procuramos incentivar a las alumnas a ser mejores personas; cultivando su talento, presentándoles desafíos, formando su carácter y criterio. Sin embargo, dado su comportamiento, creo que estamos fallando en lo último.

Brenda sudó frío, las piernas le temblaban. Marian añadió ante el mutismo de la joven:

—Quiero saber qué motivos tuvo para mentir respecto a la desaparición de Daisy Michaels.

Brenda no fue capaz de responder. Desvió la vista por un breve instante hacia el extraño reloj que reposaba sobre la chimenea de la oficina. Eran las tres de la tarde.

—Míreme. Yo le hice la pregunta, no el reloj —ordenó Marian. Brenda dio un respingo y obedeció. Marian frunció el ceño y añadió—: Los alcances de su mentira tuvieron insospechados daños colaterales. Mi error fue dar como cierta su declaración, en la que aseguró que Daisy se fugó con un marino, y yo, confiando en su palabra, no indagué mucho más. Las consecuencias ya las conoce. Su comportamiento ha sido irracional e inaceptable. Difamar, mentir, entorpecer un procedimiento de la academia para esclarecer los hechos, son motivos suficientes para una expulsión, señorita Holm.

La expresión de Brenda pasó de la vergüenza al pánico, se vio en la calle, volviendo a robar y a mendigar. Sus ojos se anegaron en lágrimas y su nariz comenzó a enrojecer.

—Lo lamento mucho, señora Witney —aseveró Brenda y se secó las lágrimas antes de que comenzaran a fluir. Sorbió por la nariz. Sacó un pañuelo de su delantal y se limpió—. Por favor, le suplico que no me expulse.

—Debió pensar en las consecuencias de sus actos, no tiene diez años, señorita Holm. Se supone que es una mujer adulta. Dígame, si usted estuviera en mi lugar y tuviera que decidir, ¿qué castigo cree que debe recibir?

Brenda alzó la mirada y, como si hubiera tenido una epifanía, dijo:

—La expulsión... mu-mu-murió alguien por mi... mi... —Y no pudo terminar la oración. Brenda comenzó a llorar a mares.

—Quizás habríamos encontrado a Marygold, pero eso nunca lo sabremos —repuso Marian y, tras un prolongado silencio, suspiró—. Su permanencia queda condicional, señorita Holm, solo porque sus notas y comportamiento han sido, hasta ahora, más que aceptables.

—Gracias, señora Wit... Witney. —Hipó—. Le juro que no... —Sollozó—. Le juro que no volveré a fallar.

—Eso espero. No tendrá otra oportunidad, aprovéchela. Jamás hemos tenido que expulsar a ninguna interna. En esta academia se pretende obtener todo el potencial que tiene una mujer. Le recomiendo trabajar en extirpar de su corazón esa malsana envidia y esa poca solidaridad femenina. Esas son emociones y actitudes que debe erradicar de su vida si pretende tener un futuro mejor.

Brenda asintió sin poder hablar, el llanto era superior a su voluntad.

—Bien —zanjó Marian—. Puede retirarse, señorita Holm —autorizó firme.

La joven salió de la oficina. Marian soltó el aire de sus pulmones. Jamás había tenido que pasar por una situación similar. Se masajeó el cuello, sus músculos estaban duros.

Dos golpes en la puerta y de inmediato se abrió. Era la señora Waters, la gobernanta de la academia.

—Señora Witney —llamó desde el umbral de la puerta. En su semblante había un gesto risueño—. La busca el señor Montgomery.

Tan solo escuchar ese nombre bastó para que el mal sabor de boca se diluyera en un santiamén. Marian no se tomó la molestia de fingir indiferencia y sonrió. El día anterior, Horatio no le prometió que iban a verse, puesto que debía levantarse muy temprano para realizar, lo que él llamaba, una reconstitución de escena con Emily. Después él debía ir al trabajo a hacer sus pendientes y esperar los resultados del trabajo de cálculo.

Esa visita era una inesperada y maravillosa sorpresa.

—Dígale que pase, por favor.

—Enseguida. —Hizo el ademán de salir, pero detuvo sus pasos y dijo—: Ah, antes que lo olvide; tal como acordamos, esta semana dejé todo en regla para que nadie tenga contratiempos en mi ausencia.

—Excelente. Espero que a su hermana le guste el ajuar de bautizo que le confeccionamos.

—Será una maravillosa sorpresa. No dude que a ella le va a encantar... Respecto a la visita del inspector Montgomery, ¿desea que le traiga té y galletas?

—Sí, por favor... Ah, que sea una doble porción de galletas, al inspector le gustan los dulces.

La gobernanta asintió y se retiró cerrando la puerta tras de sí.

Marian se arregló un mechón de su cabello y se aclaró la garganta.

Poco después la puerta se abrió y Horatio cruzaba el umbral. Estaba sin uniforme. En cambio, vestía sus colores habituales; un traje gris con chaleco azul marino; sobrio y elegante. Se veía arrebatador. Con una amplia sonrisa, él enfilaba sus pasos hacia ella, quien se levantaba e iba a su encuentro.

Horatio la abrazó por la cintura y ella se aferró a su cuello. Se besaron con ternura y una leve ansiedad se percibía en ese intercambio.

—¿Cómo estás, mi señora? —preguntó él sin romper el contacto.

—Ahora mejor —respondió sincera.

—¿Mucho trabajo?

—No tanto, Laura lo ha hecho impecable en mi ausencia. Acabo de amonestar a Brenda Holm.

—Oh, entiendo. No es fácil poner mano dura.

—¿Y tú? ¿A qué debo esta deliciosa visita?

—¿Deliciosa? —esbozó una maliciosa sonrisa.

—Muy deliciosa —confirmó y lo besó—. Sí, deliciosa... —Lo miró a los ojos—. ¿Por qué no estás con uniforme?, pensé que hoy irías a Scotland Yard.

—De hecho, fui y presenté mi renuncia... por segunda vez. Warren aceptó a regañadientes después de veinte minutos de discusión.

—¿Segunda vez? ¿En qué momento hubo una primera? —inquirió Marian alzando sus cejas.

—Cuando fui a buscarte para reconocer a Marygold, renuncié por primera vez, y me la rechazaron. Warren me propuso dos semanas libres para resolver este caso, pero con la condición de no usar los recursos de la policía y sin descuidar el trabajo administrativo. Hoy tomé la decisión de irme, sobre todo después de lo que he descubierto.

—Cuéntamelo todo.

En ese momento golpearon la puerta. Horatio y Marian se separaron como acto reflejo, y ella dio su venia.

Era la señora Waters portando la bandeja con té.

Horatio sonrió como un niño cuando vio la inmensa ración de galletas. Se le hizo agua la boca y su estómago rugió. Ese largo día, apenas había probado bocado.

—Señora Waters, sáqueme de mi miseria, no sé si me quieren consentir o solo se trata de generosidad con las galletas —preguntó, mientras tomaba asiento frente a Marian, quien ya estaba presidiendo el escritorio.

—La señora Witney sabe que son de su agrado, y me dio la orden de que le trajera doble ración —justificó, al tiempo que dejaba la bandeja sobre la mesa, pues Marian prefería servir ella misma a sus visitas—. Digamos que ella es quien lo consiente.

—La señora Witney sí que me conoce, pero debo decir que las galletas de la academia son insuperables. Están en el primer lugar de mi lista de los dulces más exquisitos que he probado en mi vida —aseveró con un tono jovial—. Así que dele mis felicitaciones a las jóvenes que preparan este manjar de los dioses.

—No será necesario —rechazó la gobernanta—. Tiene frente a usted a la artífice de estos manjares.

—¿Usted, señora Waters?

La gobernanta rio.

—No, la señora Witney.

Horatio miró a Marian con una expresión de máxima felicidad. Ella estaba sonrojada mientras servía el té.

—Una maravilla. Usted es toda una caja de sorpresas, mi señora —elogió.

—Eso es innegable —convino la gobernanta y miró a Marian—. Bien, me retiro, señora Witney.

La señora Waters, sonriendo, los dejó a solas. Cuando se escuchó el sonido de la puerta cerrándose, Horatio declaró:

—Un motivo más para casarme contigo. —Y se zampó una galleta. Cuando el sabor estalló en su boca, emitió un largo «Mmmmmmmmmmm».

Marian se aclaró la garganta, ese sonido extático era muy evocador para ella.

—Y dime, ¿qué descubriste hoy? —retomó la conversación, antes de que su mente fuera por

derroteros más voluptuosos.

Horatio procedió a narrarle sobre las otras dos mujeres desaparecidas y las coincidencias con el caso de Marygold. Marian escuchaba con atención.

Al finalizar el relato, Marian le pidió a Horatio las transcripciones de las denuncias, el informe del hallazgo del cadáver de Beatrice y las notas de la autopsia de Marygold. Los leyó con atención y comenzó a hacer anotaciones en una libreta y a sacar cuentas. Acto seguido, se levantó y se dirigió a la chimenea. Horatio contempló cómo ella estudiaba el reloj por unos instantes, contaba con los dedos y volvía a escribir.

Mientras la observaba, reparó en que el reloj que estaba sobre la chimenea no era uno corriente. Era un artefacto de lo más ingenioso. Era un reloj y, a la vez, un calendario perpetuo.

Se comió una galleta con embeleso y siguió admirando a su amante-prometida. Le gustaba cómo se transformaban los armoniosos rasgos de ella cuando se concentraba. Su boca hacía un adorable mohín en su expresión seria.

—Es probable que haya encontrado otro patrón —sentenció Marian al cabo de un rato, sentándose frente a su prometido secreto.

Horatio enderezó su postura, ávido por saber más.

—¿Qué descubriste?

—Cuando desaparece una, dos días después muere otra, suponiendo que las posibles fechas de muerte sean las correctas. Esos días coinciden con el plenilunio. Puede ser una mera y absurda casualidad, pero hay gente que es supersticiosa, y ya es sospechoso si las víctimas comparten los mismos hechos; que hayan desaparecido desde el barrio de Covent Garden, tengan rasgos físicos similares y la misma causa de muerte.

—Interesante... ¿Cuándo es la próxima luna llena?

—Según mi reloj, el próximo cuatro de junio.

—Y hoy es quince. —Horatio sacó cuentas con los dedos—. Eso quiere decir que, si el patrón se cumple, nos quedan veinte días.

—Así es, mi querido Horatio.

—Espero que pronto tengamos algo más concreto para encontrar al culpable. De lo contrario, lo único que encontraremos será el cadáver de Leah Dodwell.

Leah despertó de su siesta. Se estiró con una amplia sonrisa en los labios. Estaba feliz, su amante era increíble. Su cuerpo estaba adolorido de tanto disfrutar de los placeres de la carne. No podía pedir más, tenía una gran cama, comida y una casa preciosa.

Se incorporó con lentitud, y se dio cuenta de que estaba sola.

Todo estaba en silencio, con suerte se podía escuchar el murmullo de la actividad que provenía del exterior. Un barrio muy elegante, por cierto.

Pero ese maldito silencio la incomodaba.

Un atisbo de irrisorio temor la invadió, y a su mente llegaron las palabras de Danielle: «Nunca confíes en los hombres, y menos si tienen demasiado dinero».

—John no es como los demás —se dijo para convencerse—. Él me ama.

Se levantó de la cama y se puso un camisón de seda de color rojo. La suntuosa tela se sentía como una erótica caricia de su amante. Leah se quedó mirando al espejo y reflexionó; si él no la quisiera, no la habría llevado a su casa en esa calle tan concurrida. Desde su ventana se podían ver pasar los fastuosos carruajes tirados por caballos bien cuidados. También se divisaban

algunas damas que daban un paseo vespertino en compañía de amigas o lacayos que iban cargados de paquetes.

Le dieron ganas de salir a pasear. ¿Por qué no?

Dio media vuelta, dispuesta a tocar la campanilla para que su doncella...

¡Doncella! ¡Dios, tenía una doncella!

Leah rio ante aquel pensamiento. Nunca imaginó que tendría servidumbre y ahí estaba, a punto de llamar a su doncella para que le ayudara a vestirse y a peinarse.

La puerta se abrió. Leah dio media vuelta y, al ver quien se internaba en la habitación, sonrió.

—¡John!

Se arrojó a sus brazos, él la besó con pasión.

John le arrancó el camión, haciendo jirones la fina seda en el proceso. Contempló con deleite la cremosa piel de Leah.

Preciosa. Perfecta.

—Te dije que no te dejaría salir en un mes... y eso haremos.

Capítulo XX

Marian sonrió y anunció:

—A propósito de encontrar algo concreto. Emily estuvo trabajando toda la mañana con los cálculos. Me dejó los resultados antes de volver a Temis House.

—¿Hoy no imparte clases? —interrogó Horatio con un gesto de extrañeza en su rostro.

—Es sábado, Horatio.

—Y yo la traje aquí. —Se palmeó la frente—. ¿Por qué no me dijo nada esa duendecilla? He perdido toda noción del tiempo.

—Han sucedido demasiadas cosas, querido —convino, alcanzando la mano de él, quien entrelazó sus dedos con los de ella—. De todas formas, Emily tiene todo lo que necesita en la biblioteca de la academia.

—¿Y bien?, ¿cuál es el resultado? —apremió, ansioso por avanzar.

Marian se levantó, al tiempo que curvaba sus labios, cómplice.

—Sígueme, señor Montgomery. Vamos a la biblioteca.

—Como ordene, mi señora.

Salieron de la oficina de Marian y llegaron hasta el pequeño vestíbulo que conectaba a las diferentes áreas de la academia. A la postre, ella lo condujo por un largo rellano hasta llegar al final. Sobre la puerta de doble hoja había un letrero que decía «Biblioteca».

La puerta estaba cerrada con llave. Marian sacó un manojito del bolsillo en su vestido.

—La biblioteca suele estar disponible de lunes a sábado, pero Emily prefirió dejarla cerrada hasta que nosotros recogiéramos el resultado —explicó Marian, mientras giraba la llave y abría la puerta—. Los domingos no está disponible, por ser el día de descanso de la señora Waters. No obstante, mientras no resolvamos el misterio de Marygold, las salidas dominicales se han suspendido. Grace se ofreció de bibliotecaria para quienes quieran entretenerse con la lectura o estudiando el día de mañana.

—Entiendo —respondió Horatio. Ambos cruzaron el umbral de la puerta y añadió—: Debemos trabajar duro para que las internas puedan volver a salir lo más pronto posible.

Avanzaban por el pasillo que separaba los seis mesones de la amplia e iluminada estancia. Marian suspiró y repuso:

—El peligro siempre está, por lo tanto, las reglas cambiarán; antes solo las internas menores de edad salían acompañadas por una interna mayor de edad o alguna de las patrocinadoras. Ahora, todas, sin excepción, acatarán esa norma. Nadie saldrá sola.

—Una lástima, mientras el mundo no cambie, ellas deberán cuidarse.

Llegaron al último de los mesones de la biblioteca. En él estaba desplegado un enorme mapa de Londres, a su lado había varias hojas desperdigadas llenas de cálculos que, para Horatio y Marian, eran como jeroglíficos egipcios.

Sobre una parte del mapa, había una nota escrita con la pulcra caligrafía de Emily. Horatio la tomó y leyó en voz alta:

Mis queridos Marian y Horatio:

Antes de tomar mi merecido descanso —y recuperarme del horrible mareo y sensación de asco—, les dejo el resultado del experimento que hemos llevado a

cabo esta madrugada mi ignorante hermano y yo.

—Duende insolente —Horatio masculló. Marian rio. Él le propinó una mirada de reproche combinada con un gruñido y continuó:

Tomando en cuenta las diferentes variantes, la velocidad del caudal del río y los lugares donde comenzaron a encallar los restos, puedo determinar que:

El punto más lejano desde donde pudieron haberse diseminado los restos es: el puente de Waterloo.

El punto más cercano ídem: el puente Blackfriars.

Distancia aproximada entre los dos puntos: 0.55 millas.

El puente de Southwark no queda del todo descartado, pero su probabilidad es baja, al igual que el puente de Westminster, por lo que deben considerarlo en sus pesquisas.

Esperando que esta información les sea útil y los guíe al éxito de su empresa, me despido atentamente.

Emily, la diosa de las matemáticas.

—La diosa lo hizo de nuevo —murmuró Horatio, orgulloso de su hermana, pese a su irreverencia. Miró a Marian y sugirió—: Creo que es momento de informar a las grandes damas y pedir su ayuda. Tenemos un área de búsqueda acotada. En la ribera sur hay solo muelles y comercio. No obstante, en la ribera norte hay residencias aristocráticas y burguesas a las cuales no puedo entrar sin más.

—Los puentes señalados por Emily están muy cerca de Covent Garden —acotó Marian, señalando en el mapa dicho barrio—. Es el coto de caza del muy malnacido —ironizó con desdén.

—Ciertamente —convino—. Citemos a las grandes damas para que, en conjunto, ideemos alguna manera de entrar a esas casas y...

—Y sobre eso tengo algo que decir —interrumpió Marian, con una nota de nerviosismo en su voz. No había encontrado el momento propicio hasta ese mismo instante. Horatio la observó atento y ella agregó—: Mi papá nos descubrió y exigió que formalicemos nuestro compromiso ante la familia.

El rostro de Horatio se desencajó. ¡Qué incordio! Se revolvió el cabello.

—Pensé que lo estábamos ocultando bien —refunfuñó—. ¡Maldición! ¿Cómo se dio cuenta?

—Nos ha estado observando desde hace dos años —respondió—, cuando nos descubrió esa mañana. No es tonto, anoche me presionó lo suficiente para admitirle que estamos comprometidos.

—Oh, cielos. ¡Pero qué paciencia tiene ese hombre! —prorrumpió, mas de súbito, una duda inmensa lo atenazó. En un titánico intento de no perder el temple, preguntó—: No se opone a lo nuestro, ¿cierto? ¿Me acepta como tu futuro esposo?

Marian pudo percibir la incertidumbre en los ojos de Horatio y se enterneció. Si las mujeres tienen la presión social de ser buenas esposas, buenas madres, buenas amas de casa; los hombres tenían la presión de ser buenos trabajadores, buenos padres, ser el incólume sostén de la economía familiar, y no flaquear ni demostrar sus emociones.

Ella, como mujer, tenía pocos privilegios en comparación a un hombre, pero agradeció tener el poder de expresar sus emociones, sin importarle si la tildaban de débil o emocional. Después

de todo, por el simple hecho de ser mujer ya le atribuían esas características, mas en un hombre era ofensivo.

Si ellos tan solo supieran que esa misma «debilidad» era lo que a ellas les daba la entereza para soportar el mundo que les tocaba vivir, tal vez mirarían de otra forma el hecho de dejar fluir sus sentimientos.

Horatio intentaba no exponerse más de la cuenta, pero siempre fallaba cuando se trataba de ella. Era su talón de Aquiles.

—Horatio, papá te conoce desde que eras de este porte. —Indicó poniendo su mano a la altura de su cadera—. ¿Cómo va a oponerse a lo nuestro?

—No sé... No soy precisamente lo que él espera para su hija.

Y ahí estaba la muestra de la presión. Pese a que se amaban y estaban dispuestos a trabajar juntos por su futuro, se hacía presente el temor de no ser digno, no ser suficiente por no tener una abultada cuenta bancaria.

Marian tomó entre sus manos el rostro de Horatio. Lo miró a esos ojos azules que transparentaban todo, como una laguna de aguas cristalinas.

—Lo que mi papá espera para su hija, es que el hombre que ella elija la ame como su propia vida. Le da igual si es de la aristocracia o no —aseveró, procurando aplacar las emociones de Horatio—. Cumples, por lejos, con el requisito primordial.

—Con toda mi alma... —aseveró, pero él se sintió con la obligación de añadir vehemente—: Te prometo que no te fallaré, no permitiré que nadie te reproche tu elección. No quiero que te arrepientas de estar al lado de alguien que no puede darte nada de lo que estás acostumbrada.

Marian suspiró, ella podía adaptarse a una vida menos lujosa. Sabía que Horatio no iba a rendirse en darle lo necesario para que ambos —y la posible familia que formaran— vivieran con dignidad.

—Sé que lo harás, querido —aseveró Marian y se refugió en los brazos de Horatio, quien le besó la coronilla. No quiso poner como tema de conversación la dote que ella poseía, pero tarde o temprano tendrían que tocar ese asunto.

Se quedaron un rato abrazados en silencio, esperando a que esa sensación de intenso apremio se desvaneciera con el calor compartido. Horatio suspiró y retomó la conversación:

—Tendremos a toda la familia encima de nosotros cuando se enteren. Con suerte podré tomarte de la mano.

—No será así —garantizó Marian.

Horatio se separó lo suficiente para no soltarla, solo para confirmar en el semblante de Marian que no estaba bromeando.

—¿Cómo que no será así? —cuestionó, incrédulo.

—Nuestra situación es extraordinaria. Mi papá me prometió que nuestro compromiso tendrá libertades.

La expresión de Horatio pasó del escepticismo al interés en un segundo.

—¿Libertades?

—No tendremos carabinas ni restricciones horarias.

—¿No se habrá golpeado en la cabeza para aceptar esa inaudita flexibilidad?

Marian rio.

—Acepta con humildad ese arranque de modernismo de mi papá.

—Y tía Olivia, ¿ya se enteró? —preguntó con curiosidad.

—Sí. Nos desea lo mejor —aseguró, recordando el fuerte y emocionado abrazo que le dio su madre, y sus hermosas palabras que reflejaban lo feliz que estaba por ella.

—Bien. En ese caso, hagámoslo en grande —resolvió de mejor humor—. Citemos a todos hoy en Peony House, determinaremos cómo vamos a actuar respecto al caso de Marygold y después celebraremos nuestro compromiso.

A las seis de la tarde, en cada casa de las grandes damas llegó una escueta pero persuasiva nota:

A las nueve de la noche del día de hoy, en Peony House, se requiere la presencia de la señora de la casa en compañía de su consorte y, de lo posible, sus hijos. Hay noticias respecto al caso de Marygold Michaels y otros asuntos importantes que tratar.

Atentamente,

Señorita Marian Witney y Horatio Montgomery.

El salón de estar de Peony House no estaba tan lleno desde el bautizo de Violet, y ya había pasado más de una década de ese hecho.

A la luz de los eventos ocurridos en los últimos días, los miembros de todas las familias que impulsaban la academia Hope tenían el interés de aportar en lo que fuera posible, por lo que, salvo los que eran menores de edad o quienes estaban fuera de Londres, todos asistieron. Muchos estaban vestidos de gala, listos para acudir a sus compromisos sociales, los cuales pospusieron debido a esa cita imprevista y urgente.

Marian y Horatio informaron acerca de la procedencia del fragmento del arma homicida, y dieron cuenta de las hipótesis que aquello involucraba. También relataron de qué se trató la reconstrucción de escena, que intentaba determinar el sitio donde el asesino pudo haberse deshecho del cadáver de Marygold, y la tarea que llevó a cabo Emily para estimar el área de búsqueda.

Por último, Horatio comentó sobre el posible patrón del homicida, basado en las denuncias recibidas en la Policía Metropolitana, que coincidían con el caso de Marygold, y la hipótesis de Marian de estar frente a un sujeto supersticioso, dada las implicancias de la luna llena.

Habían avanzado mucho en un día, para sorpresa de las grandes damas y sus familias en general.

Un gran silencio se cernió en la estancia. August, el padre de Horatio, alzó su mano para pedir la palabra.

—Antes que nada, quiero felicitarlos por el impecable trabajo que están llevando a cabo. Estoy realmente impresionado con sus avances en tan poco tiempo —declaró. Marian y Horatio susurraron un tímido agradecimiento—. Bien, de todo lo que nos han narrado y lo que Minerva me comentó ayer, me surgió una duda; ¿existe la posibilidad de que la persona que pretendía a Daisy como amante, sea la misma quien asesinó a Marygold por mera confusión?

—Si bien ha pasado un año desde que Daisy abandonó El Palacio de *Madame* Écarlate, existe esa posibilidad —respondió Horatio—. Sin embargo, aún no tenemos nada que conecte ambos hechos. ¿Alguno de ustedes conoce a alguien que se haga llamar lord Lacock? Según algunos

indicios que leí en el diario de Daisy, es un hombre menor de treinta años, alto y de cabello oscuro.

Angus Moore, conde de Corby, alzó su mano.

—Yo conocí a un sir Lacock, pero hace más de veinte años. Debe estar muerto, en ese entonces ya tenía unos cuarenta años y bebía demasiado.

—Extraño... —sentenció Marian—. Entonces *madame* Rubí tenía razón en especular que ese no es el verdadero título de ese sujeto... si es que es aristócrata.

—Los aristócratas no necesitan ocultar sus títulos cuando van a un burdel —aseveró Gregory Montague, duque de Ravensworth—. Y si desean discreción, mantienen una amante; por lo general optan por alguna actriz, cortesana o alguna dama caída en desgracia.

Los varones asintieron, dándole la razón al duque, quien en el pasado fue un conocido libertino, hasta que cayó en las redes del matrimonio. Por lo tanto, era considerado por sus pares como una eminencia en el tema.

Las grandes damas solo se limitaron a arquear una de sus cejas.

A Horatio no le pasó inadvertido ese gesto colectivo, se aclaró la garganta y agregó:

—Dejando eso aparte, necesitamos su ayuda respecto a recabar información y filtrarla. Debemos hallar a alguien que cumpla con el siguiente perfil: adinerado, que tenga algún vínculo con la India, al punto de tener artefactos hechos con acero de Damasco y que viva en las cercanías de los puentes Waterloo y Blackfriars y el área de Covent Garden. Según la autopsia, quien hizo el desmembramiento debe ser hombre y quizás más alto que el promedio. Pero no estamos hablando necesariamente del asesino, siempre puede haber un cómplice.

Andrew Witney, lord Rothbury, alzó su mano. Horatio notó una mirada inquisidora en su tío. La expresión del vizconde era de «sé que tú sabes que yo sé, muchacho». En silencio, Horatio le dio la palabra.

—¿Hasta dónde se extiende el rango de búsqueda del área que han señalado? —preguntó el vizconde con propiedad.

—De momento, debemos concentrarnos en el área que va desde la ribera norte del río hasta la calle Holborn —respondió Horatio—. La ribera sur, por ser más comercial y más alejada de Covent Garden, la dejaremos aparte en caso de que no tengamos éxito.

Un leve murmullo se inició. Sin pedir la palabra, Michael Martin, duque de Hastings y tío de Horatio y Marian, intervino:

—Si no mal recuerdo, tenemos veinte días de acción, si la hipótesis de Marian es correcta.

—Exactamente —convino Horatio—. Si resulta ser cierta, y no damos con el asesino para ese entonces, dentro de la semana siguiente de la luna llena puede aparecer el cuerpo de Leah Dodwell.

—Lo ideal sería no permitir que eso suceda —añadió Michael.

—Contamos con ustedes y sus redes de contacto para averiguar quién está detrás de esto —prosiguió Horatio—. Sé que estoy siguiendo una corazonada respecto a que se trate de un asesino que tiene un *modus operandi* establecido. Mis pruebas son circunstanciales, y no tienen mayor solidez. Sin embargo, lo que espero es atrapar a quien haya matado a Marygold Michaels.

Nadie más pidió la palabra o intervino. Tal parecía que no había más preguntas, y todos estaban pensando en las personas que conocían y sus lugares de residencia, asociándolos con el perfil, buscando algún sospechoso.

Horatio y Marian se miraron, ya era hora de dar la otra noticia. Marian inspiró hondo. De pronto, una ola de nervios, producto de la emoción, la engulló. Horatio le tomó la mano y declaró:

—Bien. No solo los hemos citado para pedirles que se involucren en la investigación. —Llenó de aire sus pulmones y, en su fuero interno, se despidió de la amada clandestinidad de su relación. Con suavidad, tomó a Marian por la cintura y declaró—: También los he llamado para anunciarles que amo a esta hermosa dama, y le he pedido que sea mi esposa. Y, como pueden apreciar, ella me ha honrado con su consentimiento.

Un coro asíncrono exclamó un «¿Qué!?» en diversos tonos de sorpresa, alegría e incredulidad. Después le siguió un murmullo ensordecedor que colmó el salón, entre los que se podían distinguir un «¿En qué momento sucedió?», «Se lo tenían bien guardado, par de pícaros», «Lo veo y no lo creo», «Les falta poco a los otros demonios, van cuatro en menos de un año».

Algunos empezaron a mirar a sus hijos solteros y a elucubrar con quién podrían emparentarse... Nunca se sabía, a esas alturas todo era posible. Nadie jamás imaginó que se iba a formar esa pareja.

Salvo Olivia y Andrew, quienes ya estaban al tanto.

Minerva y August, los padres de Horatio, estaban boquiabiertos. Emily, Sophie y Eleanor dieron un gritito de emoción. Justin pensó una palabra malsonante, apretó los labios para no proferirla en voz alta. En vez de ello, preguntó:

—¿Cuándo pretenden casarse?

—Aún no fijamos fecha —respondió Marian.

—Tiene que ser después del verano —demandó Justin.

—No voy a esperar tanto tiempo, olvídalo, demonio —espetó Horatio. Marian se rio.

Justin se mordió la lengua para no gritar que iba a perder veinte guineas si eso ocurría. ¡Rubí lo sabía! ¡Esa mujer ladina le ocultó información, estaba seguro!

Y después del impacto inicial, llovieron las felicitaciones, las bromas, los besos y los abrazos para los prometidos. Por arte de magia —mejor dicho, por arte de lady Rothbury— apareció el champán y, al cabo de diez minutos, todos tenían una copa en su mano.

Andrew golpeó su copa con su anillo de matrimonio. Él fue el primero que impuso esa tradición que se había extendido por todas las familias, y que la segunda generación estaba adoptando. La convención dictaba que solo la novia recibía un anillo de matrimonio, el vizconde pensaba que los dos esposos debían tener un símbolo de su unión.

Todos prestaron atención al escuchar el tintineo de la copa de cristal. Se avecinaba un discurso.

—Para todos ustedes es una sorpresa que Marian y Horatio quieran unir sus vidas, pero para mí no. Hubo un hecho hace dos años que confirmó lo que sospeché desde la tierna infancia de Horatio. —Andrew rio ante la manifiesta extrañeza en el semblante del aludido—. Es probable que él no lo recuerde, era muy pequeño, pero esta no es la primera vez que pide la mano de Marian. A los cinco años hizo su primer intento; me dijo que quería casarse con ella porque era la niña más inteligente del mundo. Le propuse que esperara hasta que fuera adulto y, como pueden ver, lo olvidó por completo. —Todos rieron. Marian estaba asombrada, y una sonrisa orgullosa adornaba sus labios. Horatio intentó hacer memoria, mas no lo recordaba. Se encogió de hombros y le besó la coronilla a Marian. Andrew contempló a su hija y a su sobrino político, y alzó su copa—. Sé que la harás feliz, muchacho, veo el amor que le profesas a mi hija en tus ojos. ¡Salud!

—¡Salud! —exclamaron todos.

—A tu salud, mi señora —brindó Horatio.

—A tu salud, cariño mío —replicó Marian.

Ambos se miraron a los ojos y bebieron. Pronto irían a la iglesia a fijar hora para su

matrimonio. No querían perder más tiempo, los últimos acontecimientos vividos les habían enseñado que la vida era una sola.

Horatio miró de soslayo a Emily, quien le entrecerró los ojos y le articuló sin palabras «Me la vas a pagar, Ascaroth». Se sentía engañada por su hermano y los consejos que le dio esa madrugada. Horatio le guiñó un ojo.

Entretanto, Minerva se secaba las incipientes lágrimas de emoción y apoyaba su cabeza en el pecho de August. Amaba a Horatio como si lo hubiera engendrado, y apenas podía creer que en el corto plazo iba a abandonar su casa para formar su propia familia. Estaba segura de que lo lograría, pese a contar con menos ventajas económicas que sus hermanos mayores. Horatio tenía ese espíritu de lucha, el cual le haría alcanzar todo lo que se propusiera.

Horatio era un hombre versátil, ingenioso y paciente. Se las apañaría muy bien en la vida. De eso estaba segura.

La velada duró una hora más. La mayoría, a pesar de que esa celebración era más divertida e interesante, debieron irse a sus compromisos sociales previamente pactados.

En determinado momento, solo quedaban la familia de Horatio y la de Marian, quienes empezaron a conversar y a planear el futuro. Los novios ya lo habían determinado; no deseaban esperar. Los Witney y los Montgomery debían planificar una boda en el menor tiempo posible.

Minerva ya tenía la experiencia de la boda doble de sus hijos, Frank y Ernest, y se estaba volviendo una experta en lograr que todo saliera a la perfección con mucha improvisación y escasos días. Olivia estaba eufórica, ya deseaba hacer la visita a la modista y que Marian eligiera su vestido de novia.

Marian y Horatio al fin pudieron tener un par de minutos para ellos solos en un rincón de la estancia. Estaban cansados pero sonrientes.

—¿Estás feliz? —preguntó Horatio a su prometida.

—Sí, mucho, querido... Me haces muy feliz.

—Cuando iba camino a la academia pensé mucho en ti. —Esculcó su bolsillo interior y sacó una cajita alargada y se la ofreció—. Tengo un regalo para ti, uno para celebrar nuestro compromiso. No es mucho, sin embargo, espero que te guste.

—Oh, Horatio. Muchas gracias, querido. Todo lo que venga de ti lo atesoraré... —aseguró Marian recibiendo el presente, emocionada. Abrió la caja y jadeó—: Es preciosa. ¡Me encanta! —De la caja sacó una cadena de plata, de la cual pendía una serpiente con diminutos ojos de esmeralda, enroscada en sí misma formando el símbolo del infinito. Marian le dio la espalda a Horatio y le ofreció la cadena—. ¿Me ayudas?

—Será un placer. —Horatio tomó la cadena y procedió a ponérsela a Marian—. El joyero me dijo que simbolizaba la eternidad... Es lo que pretendo vivir contigo... Ya está.

Marian acarició la serpiente, al tiempo que daba media vuelta con una sonrisa. Era su tesoro máspreciado. Incluso en esos detalles Horatio marcaba una diferencia con el resto de los hombres de su círculo social. Mientras algunos hacían regalos ostentosos que solo gritaban «Miren lo que puedo comprar», Horatio le daba uno que decía «Esto simboliza lo que significas para mí».

Se atrevió a besar la mejilla de Horatio y murmuró:

—Yo también pretendo vivir la eternidad contigo.

Capítulo XXI

Justin llegó a la estación de trenes Masbrough de Rotherham a las cinco de la tarde. Había sido un viaje largo. Miró a su alrededor, todo era desconocido, y no supo en qué dirección ir. Había mucha gente transitando en el andén; viajar en el ferrocarril era el nuevo pasatiempo de fin de semana para algunas familias, e ir de una ciudad a otra en tan solo horas era una verdadera novedad.

De su bolsillo sacó los retratos hechos por Marian, para poder refrescar su memoria y reconocer a Daisy y Regina entre ese gentío. Se dedicó a examinar los rostros de cuanta mujer joven estuviera en el andén. Rogó al cielo para que su empresa no le tomara mucho tiempo, Rotherham era una ciudad en constante crecimiento, sobre todo desde que comenzó el auge de la metalurgia. La prueba tangible de ello era que tenían su propia estación de trenes.

—¿¡Horatio?! —Escuchó una voz femenina a sus espaldas. Justin, como acto reflejo, dio media vuelta. Siempre los confundían.

La alegría se reflejó en su rostro, mas se dio el lujo de corregir a su sorpresiva interlocutora y su acompañante:

—¡Soy Justin! ¿Y se hacen llamar mis parientes? ¡Qué vergüenza! —bromeó, guasón, y les dio sendos abrazos—. ¿Qué hacen aquí? —preguntó con mucha curiosidad.

Quien lo llamó —erróneamente— era Bernie Croft, la flamante esposa de Thomas Croft, conde de Swindon, su primo político, quien la llevaba del brazo y le respondía con una sonrisa:

—De paseo.

—Y por negocios —añadió Bernie.

—¿Hierro? ¿Acero? —indagó Justin. El gesto ladino de los condes fue elocuente.

Los condes de Swindon eran empresarios y siempre buscaban alguna forma de aumentar su patrimonio. Vivían en Lancaster, ciudad donde Thomas conoció a Bernie y tras un brevísimo cortejo, contrajeron matrimonio en septiembre del año anterior. La condesa ya estaba encinta y se pronosticaba el nacimiento de su primogénito en unos cuatro meses más.

—Ya veo... ¿Y las florecillas? ¿No vinieron con ustedes? —preguntó Justin por las hermanas de Bernie, cuatro jóvenes cuyas edades oscilaban entre los quince y veinticinco años.

—Jackie y Alex siendo carabinas de Georgie y Henry —respondió Bernie.

—Como si eso fuera impedimento —pensó en voz alta Justin.

Thomas rio a carcajadas. Bernie lo reprendió con la mirada, pero admitía en su fuero interno que Justin tenía razón, dado que sus hermanas estaban a punto de casarse. No le sorprendería que en vez de carabinas sus hermanas menores fueran alcahuetas.

—¿Qué te trajo un día domingo a este lugar? —preguntó Thomas—. Me parecía más lógico que Horatio estuviera husmeando fuera de Londres.

Y, dicho esto, Justin los conminó a apartarse del camino de las personas que transitaban por el lugar, y en un rincón procedió a relatar en detalle todo lo que sucedió durante los últimos días.

—Dios Santo —murmuró Bernie—. Espero que logren dar con el asesino.

—Todavía estoy pasmado con el compromiso de Marian y Horatio. Jamás lo hubiera imaginado... Aunque pensándolo mejor, ellos flirteaban más de la cuenta —añadió Thomas. Le lanzó una mirada pícara a Justin—. Los miembros de la familia Smith-Montgomery suelen caer de a dos. No me sorprendería si hay otra boda doble.

—Ni lo sueñes, demonio —cortó Justin.

Thomas alzó las manos en un gesto de rendición.

—El juez Minos ha dictaminado —dijo Thomas con falsa solemnidad.

—¿Puedo ver los retratos que hizo Marian? —solicitó Bernie, retomando el tema.

—Por supuesto —accedió Justin, y se los entregó.

Bernie estudió las facciones de ambas mujeres y negó con su cabeza.

—Creo que va a ser difícil... —opinó Bernie—. Si me permites el atrevimiento, te sugiero que empieces a buscar en las tabernas.

—¿Tabernas?

—Si el padre de Daisy es alcohólico, entonces ese es el lugar más apropiado para encontrar indicios de las muchachas —argumentó.

—Y por eso yo no soy detective. Ya veo por qué Thomas se casó contigo. Tú eres la del cerebro.

Thomas rio, le encantaba que apreciaran el intelecto de su esposa y replicó:

—Por supuesto. No podía ser de otra manera.

El estridente sonido del silbato que hacía la última llamada irrumpió en el ambiente.

—Ese es nuestro tren —anunció Thomas—. Avísennos apenas tengan una fecha fijada. Si Bernie está en condiciones, asistiremos a la boda.

—Adiós, Justin. ¡Suerte! —se despidió Bernie dándole un rápido abrazo.

—Gracias, querida —replicó Justin.

—¡Cuídate, demonio! —Thomas palmeó con fraternal cariño la espalda de su primo.

—Lo haré, lo prometo.

Los condes se alejaron apresurados y, en cuanto subieron al tren, este partió.

Justin suspiró. ¡Qué feliz se veía Thomas!

«Qué envidia», fue el insurrecto pensamiento que atravesó su mente.

Se sacudió esa molesta sensación. Por su lado pasó un hombre que parecía estar abandonando la estación. Justin dio media vuelta y aceleró su paso hasta alcanzarlo.

—Buenas tardes, señor —saludó con desenfado. El hombre lo miró de arriba abajo sin dejar de caminar. Justin no se amilanó ante ese escrutinio—. Disculpe la molestia, ¿sería tan amable de indicarme cómo se llega a la ciudad?

—Voy en esa dirección. Si gusta puede ir a mi lado. No parece ser un ladrón.

Justin sonrió.

—En realidad soy un abogado, pero está bastante cerca de ser un ladrón.

El desconocido lanzó una risotada.

—Ni que lo diga.

A esa misma hora, pero en Londres, Lord Rothbury hizo su renqueante entrada en el White's. Muchos no pudieron disimular su sorpresa al verlo en el lugar. Cuando el vizconde hizo posesión de su título, fue miembro activo del club, pero con los años pasó de ser Tory a Whig, por lo que era más habitual verlo en el Brook's. Sin embargo, pese a ser del «bando contrario», era uno de los pocos a los cuales se le permitía entrar, debido a que mantenía una cordial relación con sus antiguos camaradas de partido político.

Andrew se internó en una de las estancias del club. A medida que él pasaba, los miembros más antiguos lo saludaban con respeto, mientras que en los más jóvenes solía causar una mezcla

de temor, nerviosismo y recelo, a causa de sus cicatrices que formaban una equis, que atravesaba el lado derecho de su rostro. Los miembros más recalcitrantes —una minoría— de los Tory lo apodaron el «Dos Caras» debido a que nunca le perdonaron su cambio de tendencia política.

Asunto que traía sin cuidado al vizconde.

Su objetivo real era encontrar a su cuñado, lord Hastings. Él era miembro activo del club, debido a que su difunto padre era Tory, y el duque estaba ahí más por herencia que por convicción. No se cambiaba de club solo para no perder ciertas conexiones.

Cuando Andrew divisó a Michael en el salón de juegos, fue a tomar lugar al lado de él, quien, junto a otros tres miembros jóvenes del club, jugaba *Vingt-Un*. Se apreciaba una considerable suma de dinero en juego sobre la mesa. El vizconde se sentó a su lado y esperó a que terminara la ronda.

—Estoy perdiendo el toque, estos muchachos me han ganado unas cuantas rondas —admitió Michael a modo de saludo a su cuñado. Chasqueó la lengua y dijo al repartidor—: Me planto.

—¿No es un buen día para apostar? —indagó Andrew.

—Hoy no.

Dos apostadores también se plantaron, mas hubo uno que pidió una carta más, la miró y se plantó con una mal disimulada expresión de triunfo.

La ronda terminó.

Los jugadores voltearon sus cartas con resignación; un diecisiete, un veintitrés. El que tenía el triunfo volteó un veinte. Michael con desgana volteó las suyas; un rey, una reina y un as de corazón.

Veintiuno.

—¡Ja! ¡Viejo zorro! —exclamó Andrew.

Michael le brindó una sonrisa lobuna.

—Juguemos una ronda más —exigió uno de los perdedores.

—Un buen jugador sabe cuándo retirarse. Y este es mi momento —sentenció Michael tomando su dinero, sin importarle que los demás le rezongaran por no tener otra oportunidad—. Ha sido un placer, jóvenes.

Michael se levantó de la mesa para dirigirse hacia el bar del club. Andrew lo acompañó.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Michael mientras caminaban.

—Estoy buscando asesoría con una antigüedad que llegó a mis manos —explicó, desvió su mirada hacia un conocido y saludó con un gesto.

—¿Qué clase de antigüedad?

—Es una espada hindú. Viene en un lote de artefactos y libros de un coleccionista. Quiero saber si es auténtica, porque está vendiendo el lote a un precio excesivo.

—Oh, interesante. ¿Entre esos libros no está el Kama Sutra?

—La lectura educativa es imprescindible —respondió.

—Es lo que yo digo... Has llegado en un buen momento, preguntemos a los honorables miembros de este club. Si no tenemos buenos resultados tendrás que preguntar a Corby o Ravensworth en el Brook's.

Y con esa bien actuada charada, los esposos de las grandes damas comenzaron con sus indagaciones.

Horatio golpeó la puerta principal del burdel The White Rose. Eran las seis de la tarde, una

hora apropiada para visitar el lugar. No iba acompañado por Marian, ella estaba en la academia haciéndose cargo de las labores de la gobernanta, debido a que era el día libre de la señora Waters.

The White Rose era la competencia del Palacio de *Madame Écarlate*, por lo que contaba con características similares, pero funcionaban de diferente forma.

Partiendo por el valor de entrada, el cual era gratuito.

Un guardia entreabrió la puerta, miró de arriba abajo a Horatio y, al notar que no era un pordiosero, lo dejó pasar sin hacer preguntas.

El interior era elegante y fastuoso, tal como el palacio. Sin embargo, carecía de ese toque de refinamiento. Había algo en el ambiente que Horatio no lograba dilucidar, que le provocaba la sensación de que ese lugar era de una categoría inferior.

Una mujer que sobrepasaba los cuarenta años le propinó una mirada apreciativa. Un nuevo cliente y atractivo. La jornada estaba empezando muy bien.

—Buenas tardes, mi señor. Soy *madame* Charlotte. ¿En qué puedo servirle? —preguntó la mujer.

—Buenas tardes, *madame* —saludó Horatio—. Estoy buscando a Danielle Farlay.

La mujer se sorprendió. Rara vez un nuevo cliente pedía una muchacha con nombre y apellido.

—¿Se puede saber qué quiere de ella? —indagó amable.

—Hace unos días, ella fue a la policía a interponer una denuncia por la desaparición de Leah Dodwell —respondió Horatio sin recurrir a ningún ardid.

El semblante de la mujer evidenció su cambio de actitud. Abrió la boca para echar al Bobby^[5] de pacotilla.

—No es lo que usted cree, *madame*. Permítame presentarme. Mi nombre es Horatio Montgomery —se apresuró a aclarar. Extrajo de su bolsillo una sencilla tarjeta hecha a mano y se la entregó a la mujer, quien la recibió con un atisbo de recelo—. Soy detective privado. Estoy llevando a cabo una investigación sobre la desaparición de varias mujeres en esta área, y el testimonio de Danielle puede ser de gran ayuda... o usted misma si lo prefiere. Queremos encontrar a Leah con vida...

—Y yo que pensé que sería una pérdida de tiempo ir a la policía —reconoció *madame* Charlotte, mas en su fuero interno le preocuparon las últimas palabras del detective. ¿De verdad la vida de esa chiquilla peligraba?—. A esta hora no hay demasiados clientes, lo guiaré a mi habitación para que puedan conversar con tranquilidad.

—Es muy amable, muchas gracias, *madame*.

Diez minutos después, Horatio estaba sentado frente a una muchacha rubia a medio vestir, que no sobrepasaba los veinte años. Ella lo contemplaba con interés y curiosidad, el hombre parecía inmune a sus encantos.

—Danielle, muchas gracias por concederme esta entrevista. Espero no quitarle demasiado tiempo. —Horatio sacó su lápiz y su libreta. Estaba listo para anotar lo más relevante.

—Será un placer, señor —respondió ella.

—Según su declaración a la policía, usted fue a poner la denuncia cuando se aseguró de que Leah no estaba con el hombre que le propuso ser su amante.

—Ay, ese Bobby es un inepto, no escribió lo que le dije —reclamó Danielle—. Ese hombre no era uno cualquiera; se trata de un lord... o se supone que es uno. Pregunté por él donde pude, pero nadie supo decirme dónde vivía.

—¿Este lord tiene nombre? —prosiguió Horatio con su interrogatorio.

—Lord Tealby.

Horatio anotó el nombre y añadió:

—¿Durante cuánto tiempo lord Tealby frecuentó a Leah?

Danielle comenzó a sacar cuentas mentales y, al cabo de largos segundos, contestó:

—Unos tres meses, quizás. Cuatro, si contamos el mes que estuvo viniendo un par de veces a la semana y se acostaba con cualquiera.

—¿Lord Tealby era agresivo con ella?

—No —rechazó Danielle—. Él era un cliente normal, solo ganó notoriedad cuando le propuso a Leah que fuera su amante estable.

—¿Ella aceptó?

—Claro que sí, pero se hizo de rogar. No podía dárselo tan fácil, ya sabe; mientras más se prohíbe...

—Más se desea —completó Horatio la frase que Danielle dejó en el aire.

—Exacto. Ser amante de un lord es lo que aspiramos muchas de nosotras... Por eso, cuando ella no volvió, pensé que se había ido con él. Tuve un mal presentimiento al no encontrar nadie que conociera el paradero de lord Tealby. Incluso los clientes solo habían oído hablar de él aquí. Quizás no es de Londres —especuló.

Horatio pensó que era demasiada coincidencia que dos lores que usaban títulos poco conocidos propusieran a una prostituta ser su amante. ¿Y si eran la misma persona?

—Danielle, si le pidiera que describa físicamente a lord Tealby y a Leah a una retratista, ¿lo haría?

—Por supuesto.

—¿Podría ser hoy? —solicitó amable—. No tomará demasiado tiempo. Verá, tenemos una hipótesis que conecta la desaparición de Leah y la de otras muchachas, y actuar lo más rápido posible es primordial. Dos de ellas han aparecido muertas y hay demasiadas coincidencias.

La expresión de Danielle se llenó de temor.

—Hablaré con *madame* Charlotte —accedió sin reparos—. Los domingos no son tan buenos como otros días de la semana.

—Muchas gracias por su buena disposición.

Una hora después, en la oficina de la dirección de la Academia Hope, Danielle estaba al lado de Marian, quien, con lápiz grafito y papel en mano, dibujaba un retrato de lord Tealby, con las características iniciales que la muchacha le había descrito.

Horatio estaba frente a ellas, pendiente de su conversación, anotando en su libreta cualquier comentario de Danielle que le pareciera relevante.

—Los ojos tienen forma de almendra —indicó Danielle.

—Bien —respondió Marian corrigiendo el trazo inicial del ojo. Tras un par de minutos en los que fue perfeccionando la forma preguntó—: ¿Así?

—Sí. Y son claros —añadió.

Horatio anotó en su libreta y preguntó:

—¿De qué color en particular?

—Oh, castaño claro, muy claro —especificó la muchacha.

—¿La piel, el cabello? —siguió indagando Horatio.

—La piel no es tan clara, es como si hubiera estado al sol. Pero tampoco es moreno. El

cabello es castaño oscuro.

—¿Liso, ondulado, largo, corto, medio calvo?

—Ondulado, largo hasta los hombros.

—¿Vello facial? Barba, bigote, patillas.

—Siempre afeitado. Patillas anchas.

—¿Alguna marca visible a simple vista? Lunar, cicatriz, manchas de nacimiento.

Danielle se quedó unos instantes pensativa, haciendo memoria. A la postre dijo:

—Nada que yo sepa.

—¿Compleción?

Danielle no pudo evitar esbozar una sonrisa pícara. En esa época previa a que cortejara a Leah, Lord Tealby había sido su cliente por media hora, por lo que contaba con suficiente información para dar más detalles.

—Él sabe cómo mantener su estado físico. Hombros anchos, cintura estrecha, buena musculatura. Todo un portento comparado con los viejos panzones que frecuentan The White Rose.

—¿Estatura?

—Alto, no tanto como usted. Quizás es media cabeza más bajo... —Danielle observó el retrato que ya tomaba forma a una velocidad impresionante—. Vaya, usted tiene mucho talento, señora Witney. Se está pareciendo mucho.

—Gracias... Ahora dígame, ¿cómo es la estructura de su nariz? —aprovechó de preguntar Marian.

—Para ser hombre, tiene una nariz más pequeña de lo normal, pero recta. Las fosas nasales no son tan prominentes.

Media hora más tarde, y tras varias correcciones, Marian tenía listo el retrato. Danielle lo apreció a conciencia.

—Impresionante. Es idéntico, solo le falta el color para ser más realista —elogió Danielle con entusiasmo.

El pecho de Horatio se hinchó de orgullo. Marian era una mujer con muchos talentos, la admiraba y sentía un profundo respeto por ella.

—Gracias... —dijo Marian arreglándose un mechón de su cabello.

En ese instante golpearon la puerta y se abrió. Florence se asomaba con una expresión preocupada.

—¿Interrumpo? —preguntó sin atreverse a entrar.

Marian negó con la cabeza.

—Estamos haciendo unos retratos hablados para la investigación. Pero pasa, querida, ¿qué sucede?

Florence entró en la oficina y se acercó hacia donde estaba Marian con su invitada.

—Buenas noches, señorita —saludó Florence a Danielle. Acto seguido, dirigió su atención a Marian—. Ya terminamos por hoy, y nos vamos a casa —anunció Florence—. ¿Segura de que estarás bien?

—Sí. No tengo problemas con reemplazar a la señora Waters. Todas ustedes han tenido mucho trabajo esta semana a causa de la investigación.

—Pero tú te has llevado la peor parte —rebatíó.

—En la noche solo será supervisar que las internas se acuesten a la hora, y asegurar las puertas de la academia —argumentó con ligereza—. Mamá ya está al tanto, y en la tarde me ha enviado un cambio de ropa. Sabíamos que la hermana de la señora Waters daría a luz en

cualquier momento.

—Sí, tienes razón, esta semana estuvo alistando todo por su ausencia... ¿No quieres que te acompañe?

—No es necesario, querida. Además, sabes que es imposible que compartamos la cama.

—Me acuerdo y... ¡Auch! —Florence se tocó la nariz rememorando el dolor. Marian tenía la manía de destaparse y manotear cuando dormía. La última vez que lo hicieron, le rompió la nariz.

—Sí, mejor que duermas sola. —Miró a Horatio—. Cuando se casen vas a sufrir. Marian golpea duro.

—Dormiré con un casco de caballero medieval —respondió indolente.

Florence rio al imaginar a Horatio en esa tesitura. A la postre se despidió de todos y se marchó.

Cuando volvieron a quedar los tres a solas, Marian desvió su atención hacia Horatio, quien, discreto, le alzó una ceja. Ella no necesitó interpretar ese gesto, fue más que sugerente. Dominando sus nervios y una creciente anticipación, se aclaró la garganta y, centrándose en Danielle, propuso:

—¿Le parece bien si seguimos con el retrato de Leah?

—Por supuesto.

Marian estaba más que segura; él, después de ir a dejar a Danielle al The White Rose, volvería a la academia. No había puerta, seguro o candado que se le resistiera.

Y ella tampoco.

Capítulo XXII

Marian llevaba más de dos horas esperando a Horatio cuando se quedó profundamente dormida en su oficina. El cansancio fue más poderoso que su ansiedad o su preocupación. Sin embargo, de algo estaba segura, si había un lugar adonde él llegaría, tarde o temprano, sería ese.

Leves caricias en su mejilla se colaron en sus sueños y la despertaron poco a poco. Marian parpadeó con pereza. La estancia apenas estaba iluminada con una vela a medio consumir.

Lo primero que sintió fue su inconfundible aroma, pero había algo más. Alzó la mirada y ahí estaba él, contemplándola embelesado. Ella le sonrió somnolienta, reparó en que Horatio no llevaba la misma ropa que en la tarde.

—Lo siento por tardar tanto, querida —se excusó con un tono bajo y grave. El sonido era casi sepulcral en la academia.

En ese momento, Marian fue consciente de la lluvia que caía en el exterior. Eso explicaba la desconocida nota en el aroma de Horatio, la humedad.

—¿Qué pasó? —preguntó con la voz impregnada de sueño. Masajeó su cuello, estaba un poco adolorido por la posición en la que se quedó dormida.

—Fui a dejar a Danielle y pasé a mi casa. Con todo lo sucedido, había olvidado decirle a mi familia sobre mi renuncia a la policía.

—Ah. Entiendo. Tenías que hacerlo —dijo Marian, espabilándose poco a poco—. ¿Qué te dijeron?

—Pues nadie lo lamentó de verdad. —Se encogió de hombros—. Mi papá insistió en ayudarme a instalar una oficina para empezar como detective privado.

—¿Ves? No estás solo. Nuestras familias siempre nos apoyarán, y sé que lograrás grandes cosas en el futuro, querido —animó Marian.

—El orgullo no me dejaba ver con la misma claridad con que tú ves las cosas. Quería lograr mis metas sin ayuda de nadie, que el mérito fuera solo mío —admitió.

—Y has hecho grandes cosas, Horatio. Sin embargo, donde estabas tu trabajo y tus esfuerzos no eran apreciados.

—Lo sé. —Sonrió, pero ese gesto no llegó a sus ojos. Estaba decepcionado, ese mal sabor de boca tardaría en desaparecer. Anhelaba que las esperanzas de Marian se volvieran realidad. Él trabajaría duro para ello. Mas en ese momento no quería seguir por esos derroteros, era mejor cambiar de tema—. También me demoré porque quería que todos me vieran ir a la cama muerto de cansancio —explicó—. Tío Andrew está siendo muy flexible, pero ha de tener sus límites.

—Pues sí, los tiene. —Se levantó de su silla y se estiró de mejor manera. El quejido y la forma en que se arqueó su cuerpo fue una involuntaria pero flagrante provocación para su prometido—. Y que estés aquí para pasar la noche conmigo no está dentro de sus parámetros de lo aceptable.

—Aún te puedes retractar, vida mía —ofreció Horatio, al tiempo que la abrazaba por la cintura—. No es necesario que pase nada. Si solo duermo a tu lado unas horas me daré por pagado. Espero que no me llegue un rechazazo, eso sí.

Marian rio en voz baja. La lluvia amortiguaba su voz y no parecía retumbar en medio del silencio.

—Ya me dirás si golpeo muy duro. Quizás dormiremos después. —Se separó de Horatio para

tomarlo de la mano. No necesitó decir una palabra más, él solo obedeció y asió al vuelo la palmatoria que estaba sobre el escritorio.

Salieron de la oficina a paso sosegado, casi sigiloso. Horatio prestó atención al recorrido; atravesaron el pequeño vestíbulo en dirección al ala opuesta de la oficina de Marian, hasta llegar a un ancho rellano que, por el lado derecho, daba paso al comedor y la cocina; Horatio lo supo por los letreros que había en las puertas. Del lado izquierdo no había letreros, quizás eran habitaciones sin usar.

Llegaron al final del rellano. Marian soltó la mano de Horatio, sacó un manojito de llaves de su bolsillo y abrió la última puerta a la izquierda.

Entraron a una pequeña habitación que se llenó de luz con tan solo la vela que portaba Horatio. Las paredes eran blancas y algunos cuadros florales la decoraban. En medio de la estancia había una cama de medianas dimensiones y una mesa de luz a cada lado. En un rincón se apreciaba un ropero, y a ambos lados de este se emplazaban un pequeño escritorio y un tocador.

—Es la habitación de la directora —explicó Marian internándose en ella—. La suelo usar cuando la señora Waters tiene sus semanas libres o tiene algún imprevisto familiar.

—Como ahora —puntualizó Horatio. Con la llama de su palmatoria encendió las tres velas del candelabro que había sobre la pequeña chimenea, la cual tenía encendido un pequeño fuego que mantenía caldeada la estancia. No le sorprendía que Marian usara esa habitación; era austera pero femenina y funcional.

—Un imprevisto previsto —convino. Marian se acercó a Horatio hasta quedar frente a él, se aferró a su cuello y enredó sus dedos en su cabello ondulado. Sintió las manos de su prometido en su cintura, atrayéndola más hacia él, al punto de alinear sus cuerpos. Marian se lamió los labios e intentó retomar el hilo de su explicación—. Lo había olvidado por completo, sabía que sucedería en cualquier momento.

—Debo ser un hombre agradecido del destino o, más bien, de la hermana de la señora Waters.

Horatio se mordió el labio inferior de pura anticipación. Iba a ocurrir, de verdad iba a ocurrir.

Antes de sincerarse con Marian, jamás había imaginado siquiera la posibilidad de amarla como lo iba a hacer en ese momento.

Ya no recordaba cuándo fue la última vez que estuvo con una mujer. Se sentía nervioso, quería llevar a Marian al éxtasis una vez más, y no iba a ser lo mismo que esa iniciación sensual que vivieron en el carruaje. Estaba a punto de unirse a ella, de poseerla como si fuera su esposo.

Él ya se sentía como su esposo. No necesitaba la bendición de nadie, ni la de un sacerdote ni la de la ley de los hombres. Sin embargo, debía cumplir con el deber, llevar a cabo el ritual, satisfacer a la familia. Aunque no necesitaba firmar un papel para saber que él le pertenecía a Marian.

La conocía.

La amaba.

La besó.

Sutil, tierno, seduciéndola.

Marian se entregó al momento, pese a su nerviosismo. Iba a hacer el amor con ese hombre que le quitó el sueño durante dos años. Ese hombre que la amaba con cada fibra de su ser. Ese hombre que ella amaba desde lo más profundo de su alma.

Ese hombre que no le cortaba las alas, sino que volaba a su lado, dejándola ser.

Horatio acarició sus labios con los suyos, calentándolos, saboreándolos. Su objetivo era tentarla hasta que ella dejara de temblar, que perdiera la cabeza y exigiera más.

Y no tardó en llegar esa demanda.

Marian se empinó sobre la punta de sus pies y se aferró aún más al cuello de Horatio, acercándolo hacia ella para profundizar más ese beso.

Las manos de Horatio descendieron hasta anclarse en las nalgas de Marian y las apretó con codicia, al tiempo que en sus bocas se desataba una voluptuosa y carnal brega.

Horatio comenzó a quitarse la chaqueta. Marian hizo lo propio, desabotonando la interminable hilera de botones del corpiño del vestido recatado y sencillo que usaba ese día. Apenas separándose de Horatio, se lo quitó y desabotonó la cinturilla del faldón, bajándolo con premura y quedando en enaguas. Maldijo toda la ropa que tenía que usar, faltaba tanto todavía. Horatio, por su parte, ya estaba arrojando al suelo la chaqueta junto con su corbata negra de seda. Desabotonó tres botones de su camisa y se la sacó por arriba.

Marian no se resistió a tocar sus pectorales. Con las manos bien abiertas acarició el lampiño pecho masculino. La luz dorada de la vela tornaba la suave y blanca piel de Horatio en cálido bronce. Marian se lamió los labios cuando su caricia descendió por el vientre musculado, hasta llegar a ese camino de vellos rojizos que empezaba en el ombligo y se perdía más abajo.

El primer botón del pantalón salió de su ojal.

—Permíteme —interrumpió Horatio, tomando de la cintura a Marian y la giró para desenlazar el cordón de su corsé, el cual cayó al suelo enseguida sin mayor esfuerzo.

Horatio también aprovechó de deshacerse de las enaguas que formaron una montaña de algodón, que hizo a un lado con el pie. Marian quedó vestida solo con los austeros zapatos de cuero, medias, calzones y camisón.

A través del algodón del camisón, él podía vislumbrar a contraluz la cremosa piel de la espalda salpicada de lunares y la sinuosa figura de Marian. Depositó un beso largo en la nuca y procedió a quitar con cuidado las horquillas que confinaban su áureo y largo cabello, el que pronto se transformó en una cascada ondulada que llegaba hasta la cintura.

—Desde hacía muchos años que no veía tu cabello suelto. Es más hermoso de lo que recordaba —elogió Horatio, al tiempo que le brindaba a su prometida un ligero masaje en el cuero cabelludo. Marian entornó los ojos de puro deleite.

—Lo podrás ver todos los días cuando nos casemos —garantizó Marian. Abrió los ojos y se quitó los zapatos con ayuda de sus pies y su estatura bajó una pulgada. Dio media vuelta y Horatio dejó de masajearla. Ella no había olvidado su propósito de abrir el pantalón—. Permíteme.

Horatio inspiró profundo y la dejó hacer. Cinco botones fueron la última frontera antes de llegar a la ropa interior masculina, la cual fue franqueada con rapidez. Atrevida, Marian introdujo su mano y en la palma sintió la cálida, rígida y aterciopelada erección.

—Cielo santo —susurró, fascinada con la suavidad y el peso. La ropa de Horatio cayó y su miembro quedó expuesto—. ¡Cielo santo!

Y Marian hizo realidad su primera fantasía. Empuñó el viril miembro con gentileza. Era duro... muy duro.

Horatio posó su mano sobre la de ella y la guio para enseñarle a estimularlo.

Marian rápidamente entendió cómo hacerlo; firme, pero sin apretar; de arriba abajo, constante y delicado.

En breve, Horatio estuvo a su merced. Respiraba agitado y escapaban de su garganta gemidos graves, llenos de gozo. Sus caderas se movían para intensificar la sensación, al tiempo que tocaba los pechos de Marian sobre el camisón y los apretaba con suavidad. Era un exquisito tormento ver cómo Marian lo complacía, a la vez que la voluntad de ella pugnaba por detenerse

para disfrutar de sus caricias. Horatio lo notaba cuando escuchaba los ligeros quejidos femeninos cuando sus pulgares jugueteaban con sus pezones.

Muy a su pesar, Horatio detuvo a Marian, quien lo miró intrigada, mas con una expresión de femenina suficiencia.

—La idea es que los dos alcancemos el culmen. De esta forma solo yo lo lograré.

Marian asintió con su cabeza. Horatio se deshizo de su calzado y el resto de su ropa, quedando en una gloriosa desnudez, la cual su prometida contempló con una mezcla de curiosidad y admiración. Para ella el cuerpo de Horatio era pecaminoso. Ese palpitar que sentía en su feminidad se intensificó con tan solo la idea de estar piel con piel.

—Permíteme —dijo Horatio para terminar la lúbrica tarea de desnudar a Marian.

El camisón se unió a la montaña de ropa en el suelo, develando por fin cómo era los pechos de Marian; firmes, erguidos, coronados con rosadas areolas. Horatio reprimió el impulso de llevárselos a la boca. Continuó, se arrodilló para bajar los calzones y exponer ese triángulo dorado de rizos. El voluptuoso aroma femenino viajó directo a sus fosas nasales y provocó un estremecimiento de su miembro, llevándolo al borde del dolor.

Le quitó las medias de seda con cuidado. En su descendente recorrido sus nudillos acariciaron la tersa piel de los muslos y las pantorrillas. Marian lanzó una risita nerviosa. Horatio alzó la mirada y se encontró con la expresión risueña de su prometida.

—¿Cosquillosa? ¿Cómo lo pude olvidar?

—Mis piernas no son acariciadas con regularidad —respondió, coqueta.

—Tendremos que resolver eso. —Terminó de quitar las medias y besó los muslos—. Ábrete para mí, querida —pidió.

Marian obedeció a sabiendas de lo que iba a suceder. Y Horatio no la decepcionó. Su largo dedo medio la invadió con inusitada facilidad. Entró y salió, lento y constante, y Marian se sintió desfallecer.

Horatio se atrevió a introducir con cuidado un dedo más, y sintió que ella lo ceñía con avaricia. Marian gimíó ante aquella escalada de nuevas sensaciones, y se apoyó en los hombros de su prometido para no perder el equilibrio.

Ese impúdico tormento era maravilloso. Marian sentía el intenso anhelo de ser invadida a mayor profundidad, de alcanzar una desconocida plenitud.

Horatio no pudo soportar más. Necesitaba con su vida estar dentro de ella. La ansiaba como el mismo aire. Abandonó el interior de Marian y, para asombro de ella, se chupó los dedos como si el néctar femenino fuera miel. Se puso de pie y acarició la silueta de su amada en el proceso y aseveró:

—Eres lo más delicioso que he probado en mi vida. Sígame, mi señora.

Le ofreció la mano y ella la tomó. La llevó a la cama y la instó a que se acostara. Acto seguido, Marian flexionó sus piernas y las abrió ligeramente. Horatio se situó entre ellas, de rodillas, y se mordió el labio inferior.

Se inclinó sobre Marian y la besó. La punta roma de su miembro rozaba el centro húmedo y resbaladizo de ella. Las caderas de Marian se movían por mero instinto, por una urgente necesidad de contacto, que Horatio retrasaba arrastrando sus besos por el cuello, descendiendo lascivo, llegando a ese erótico lugar entre sus pechos. Lamió su piel, saboreando la leve salinidad, hasta alcanzar la carnosa cúspide de uno de aquellos montes y lo succionó con suavidad. Marian enterraba sus dedos en los cabellos de su prometido disfrutando de ese lujurioso despertar de su cuerpo.

Horatio prodigó la misma atención al otro, una y otra vez, al mismo tiempo que seguía

acariciando la entrada de ella con su miembro. Marian se arqueaba, desesperada por sentir más.

—Oh, por favor. Hazlo de una vez —exigió ella, sintiendo que estaba cerca del delirio.

Horatio sonrió de medio lado. Eso quería él, no que ella rogara, sino que perdiera la cabeza, que deseara con todo su ser que él la penetrara.

—Levanta un poco tus caderas —indicó Horatio.

Se apoyó en el colchón con una mano, al lado de la cabeza de Marian, y con la otra tomó su longitud y la llevó a esa húmeda feminidad que estaba lista para recibirlo.

Marian sintió cómo él entraba poco a poco y se abría paso en su interior. Esperó sentir esa punzada de dolor, como la primera vez que él estuvo dentro de ella con sus dedos. Sin embargo, lo único que sintió fue esa extraña sensación de ser llenada.

La frente de Horatio se perló de sudor, y resollaba para mantener el control de su cuerpo. El cuerpo de Marian le daba una cálida bienvenida. Lo envolvía, lo engullía, lo sometía. Y si a eso le agregaba ver hecha realidad su fantasía de ver los cabellos de Marian revueltos sobre la almohada, todo se iba cuesta arriba.

No obstante, no perdería el control. Debía ser perfecto para ella, porque para él ya lo era.

Y, de pronto, estaban del todo unidos. Marian asimilaba con emociones encontradas el hecho de que ya no era virgen.

—¿Estás bien? —preguntó Horatio al no sentir tensión en el cuerpo de Marian.

—Perfectamente —respondió con una sonrisa—. Supongo que este es el comienzo.

—El comienzo fue desde que entramos a la habitación.

Horatio se apoyó con las dos manos en el colchón, se retiró un par de pulgadas y empujó.

Estocadas suaves, al principio, fueron dadas con precisión.

Marian estaba quieta, acostumbrándose a la sensación. Pronto recordó las instrucciones que le dio Horatio cuando él le dio placer en el carruaje. Buscó el deleite que aguardaba dentro de su ser, se movió para ir al encuentro de su amante y encontrar ese contacto que detonara sus sentidos. En cada movimiento apretaba y relajaba sus músculos íntimos. Sus caderas comenzaron a exigir más rapidez y profundidad a las acometidas de Horatio, al mismo tiempo que sus manos vagaban por el torso de él, acariciando los pectorales, las costillas y las caderas, una y otra vez.

Horatio se fue acoplando al ritmo que Marian proponía. El acuoso sonido de sus cuerpos colisionando se apagaba con la lluvia del exterior. Ambos estaban gimiendo y jadeando tan bajo como podían. La cama apenas crujía como un rítmico eco de sus primigenios movimientos.

Las manos de Marian se aferraron a las nalgas de Horatio y las apretaron, señalando un nuevo cambio de ritmo. Él sentía cómo ella empezaba a estremecerse, a apretarlo más fuerte en su interior. Sus embestidas se volvieron duras, castigadoras.

No lo soportaba más, y lo sintió. Esa oleada de calor bañando su longitud.

Marian estalló. Se precipitó hacia las ardientes llamas de la liberación en un grito mudo, que expresaba más que un millón de palabras.

Alargó tanto como pudo ese voluptuoso gozo con cada penetración, disfrutando de esa celestial sensación que colmaba su cuerpo sin cesar.

Y Horatio se entregó al placer, cuando el de ella apenas remitía. Todo su ser se drenó hasta la última gota colmando a Marian con su simiente. Horatio jamás había experimentado tal deleite recorriendo su ser. Se quedó tenso y con los ojos entornados hasta que sintió el apacible vacío.

Al abrirlos, lo primero que vio fue la perezosa y satisfecha expresión que iluminaba el rostro de Marian. Ella le acarició el rostro con ternura.

Horatio le dio un cálido beso en la palma de la mano. La gratitud del amante.

—Te amo, mi señora —susurró.

—Y yo a ti, mi señor.

Leah despertó esa mañana con una sonrisa. John dormía a su lado. Se quedó unos instantes contemplándolo. El muy pícaro estaba cumpliendo a cabalidad lo que le había dicho: «No te dejaré salir de la cama en un mes». Llevaba solo unos días con él, pero tanto encierro era demasiado. Necesitaba algo de aire fresco.

Se levantó de su cama con cuidado para no despertar a su amante. Caminó hacia el tocador y se miró al espejo. Tenía unas leves ojeras por no dormir bien, John era un amante exigente. A veces se despertaba en la mitad de la noche y la poseía. A ella no le importaba, su deber era complacer a su hombre. No podía estar poniendo barreras a tan solo unos días de haber iniciado su relación.

Empezó a cepillar su largo cabello castaño con premura. Se hizo un sencillo recogido. Sigilosa, se lavó la cara, las manos y sus partes íntimas. Se dijo que debía ir a la tienda a comprar las hierbas que necesitaba para no quedar preñada. Si John seguía así, ese iba a ser el resultado más probable.

Empezó a vestirse y, justo cuando ya estaba poniéndose el corpiño, vio el reflejo de John en el espejo mirándola fijo.

Leah se paralizó. No sabía por qué, él no parecía estar enojado.

—¿A dónde vas, tesorito? —preguntó John con serenidad.

—Necesito ir a la tienda a comprar unas hierbas, querido —respondió Leah con una verdad a medias.

—¿Para qué? —preguntó entrecerrando sus ojos, suspicaz.

—No querrás que quede preñada, ¿verdad? —apostilló.

Las cejas de John se alzaron con sorpresa. No lo había considerado.

—Iré a comprarlas por ti —ofreció solícito y se levantó de inmediato.

Leah, boquiabierta, no se negó. Era extraño que un hombre hiciera eso. Quizás los aristócratas eran diferentes con sus mujeres. Era muy atento.

Le enumeró lo que necesitaba y él, sonriente, la dejó sola una vez que se vistió.

Leah no se atrevió a salir de casa ese día.

Capítulo XXIII

—Debo irme, mi señora —susurró Horatio intentando despertar a Marian y la besó con suavidad.

Ella respondió a ese tierno beso y sonrió, ya estaba medio despierta. Su prometido no era tan silencioso para levantarse y vestirse.

Marian no quería que él se fuera, pero no tenía más alternativa. Resignada, abrió los ojos y preguntó con voz somnolienta:

—¿Te veré hoy?

Horatio asintió sereno y se sentó en la orilla de la cama. Comenzó a acariciar sin cesar la mejilla de Marian con su pulgar y respondió en voz baja y pausada:

—Vendré a buscarte al mediodía para ir a fijar la fecha de la boda a la iglesia, y luego pasaremos a Fleet Street para publicar el anuncio de nuestra boda en todos los periódicos. Hay que cumplir con lo prometido a tío Andrew.

Marian se solazó con la idea de casarse con Horatio. Quería hacerlo lo más pronto posible, pero también debía considerar que su familia deseaba estar reunida y vivir a plenitud ese enlace. Ya habían tenido suficiente con la boda en extremo rápida e íntima de su primo Thomas, quien con suerte logró que sus hermanos asistieran a acompañarlo. Lo bueno de aquella precipitada unión, fue que los condes de Swindon compensaron a la familia con una celebración por todo lo alto, cuando Bernie, su esposa, se presentó ante la reina.

Ella dio un largo suspiro. Tomó la mano de Horatio que la acariciaba y le besó la palma.

Horatio, por su parte, se habría casado en una oficina civil, sin más ceremonias. Sin embargo, Marian y sus familias se merecían algo especial y tradicional, en la medida de lo posible. Sentía en las venas esa premura de no seguir desperdiciando ni un minuto más.

No obstante, ya estaba recuperando el tiempo perdido. Hacer el amor con Marian había sido algo maravilloso, se sentía más unido a ella de lo que jamás imaginó. Tan solo recordar las dos veces que se entregaron le hacía hervir la sangre.

Se aclaró la garganta, entrelazó sus dedos con los de Marian y añadió:

—Después te dejaré aquí y me iré al palacio a mostrarle el retrato hablado del supuesto lord Tealby a *madame* Rubí. Veremos si también es el famoso lord Lacock.

—Perfecto. Tendremos mucho que hacer hoy.

Horatio se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Y a la noche también —agregó y le guiñó el ojo, pícaro.

—Por supuesto, mi señor.

Horatio la besó, prometiéndole el cielo, el mar y la tierra en ese profundo intercambio.

Antes de que las ganas de volver a poseerla le hicieran perder el juicio, Horatio rompió el contacto con suavidad.

—Te amo. Nos vemos al mediodía.

Rubí le devolvió el retrato hablado a Horatio, luego de haberlo examinado por menos de diez

segundos.

—Le falta solo hablar de lo realista que es —elogió Rubí—. Ya puedo oír la voz de ese infeliz... El lord Tealby del White Rose es nuestro infame lord Lacock —confirmó.

—Tal parece que el sujeto tiene una preferencia por Drury Lane —señaló Horatio guardando el retrato.

—El tipo es inteligente, cuando lo expulsamos de aquí, avisamos a los demás burdeles sobre su comportamiento para que las *mesdames* decidieran si permitirle el acceso o no.

—Me pregunto si cambió de nombre solo por ese incidente o como un *modus operandi* —elucubró Horatio, pensando en lo que debía hacer—. Mañana pasaré por otras partes del barrio preguntando si han visto al sujeto, y eso incluye el mercado, lugar donde trabajaba Beatrice Winwick.

—Le deseo mucha suerte, inspector.

—Detective —corrigió—. Ya no pertenezco a la policía.

—¡Mucho mejor! —celebró Rubí, espontánea—. Si me permite el atrevimiento, ¿podría recomendar sus servicios si alguno de nuestros clientes requiere de un detective privado?, ¿es eso posible?

—Por supuesto, confío en su criterio, *madame* —accedió, sacó una tarjeta del bolsillo interno de su chaqueta y se la entregó.

Rubí, al recibirla, hizo un ínfimo gesto de sorpresa.

—¿Pasa algo? —preguntó Horatio. Aquella expresión femenina no había pasado desapercibida.

—Veo que es de familia. Todavía me asombra que ustedes confíen en alguien como yo.

—¿Cómo? —interpeló un tanto desconcertado.

—Ustedes, los Herederos del Diablo, parecen ser criados en las mismas infames llamas del infierno, y van en contra de todas las creencias y costumbres masculinas; confían en el criterio femenino, no las consideran inferiores y, para el matrimonio, no buscan a una dama que cumpla con una interminable lista de virtudes inalcanzables y puritanas.

Horatio rio.

—¿Cómo sabe tanto de nosotros, *madame*? —preguntó con creciente intriga.

—A diferencia de usted, su hermano gemelo es mucho más hablador, sobre todo cuando bebe un poco más de la cuenta —reveló y, bajando la voz, acotó irónica—: No tolera demasiado el alcohol y se le afloja la lengua.

»Me da la impresión de que el señor Montgomery se siente solo; que dos hermanos y un primo de su inusual cofradía ya no estén cerca de él, le ha afectado —reflexionó recordando las conversaciones ligeras que solían tener ella y el fiscal que, con el pasar de las copas, se volvían profundas. Miró a Horatio y le propinó una mirada acusadora—. Y usted pasaba demasiado tiempo trabajando en la policía.

Horatio asintió dándole la razón a Rubí.

—Espero que las cosas cambien para mejor —admitió el detective.

—No soy una mujer religiosa, pero solo por la fuerza de la costumbre diré: «que Dios le oiga».

Entretanto, la investigación estaba en una etapa en la que las tareas estaban delegadas; Justin estaba buscando a Daisy y Regina en Rotherham; los lores y las grandes damas estaban a cargo

de las pesquisas para hallar sospechosos en la clase alta, que calzara con el perfil de estar relacionado con la India y que poseyera armas antiguas hechas con acero de Damasco; Marian, aparte de su trabajo de directora y gobernanta temporal, dirigía a las alumnas más diestras en arte, quienes dibujaban copias del retrato hablado del sospechoso, y también hicieron réplicas en cartón de la punta quebrada de acero, para todos los que estaban involucrados en la investigación; y Horatio recorría Covent Garden preguntando discretamente a quienes trabajaban o residían en el barrio, si conocían a lord Lacock o a lord Tealby.

—Buenas tardes, señora. Por casualidad, ¿ha visto a este hombre en el barrio? —preguntó Horatio a una mujer que vendía flores, mientras abría una carpeta y le mostraba el retrato que había hecho Marian del supuesto lord Tealby.

La mujer observó y negó de inmediato. Sin embargo, de súbito, cambió su expresión.

—Se parece bastante a alguien que no he visto hace mucho, pero usaba barba —respondió inclinando su cabeza.

Horatio se sintió muy afortunado de contar con el talento e ingenio de Marian, quien le hizo distintas versiones de la apariencia de lord X, alias con el cual denominaba Horatio al sospechoso, dado sus múltiples nombres.

—Oh, permítame. —Horatio buscó entre otros retratos y le exhibió a la mujer la versión barbuda de lord X.

—Cielos, sí. Ese es... No me diga que ese hombre tan encantador se ha metido en problemas.

—No puedo revelarle el motivo de mi búsqueda —objetó Horatio, fingiendo que lo lamentaba. No obstante, y tras estudiar el rostro de la mujer, se inclinó y le dijo al oído—: Pero confío en usted, señora, se ve que es la discreción personificada. Verá, un esposo ofendido me contrató —mintió. La mujer jadeó impresionada y ávida por saber más. Horatio, seguro de haberse ganado la atención y colaboración de ella, se irguió y preguntó—: Sin duda él es encantador, sobre todo si son casadas. ¿Sabe cómo se llamaba?

—Se presentaba como lord Wayne —respondió solícita—. Todo un señor, cortejaba a la pobre Beatrice, que en paz descanse.

—¿Beatrice Winwick? —precisó Horatio

La mujer alzó sus cejas con sorpresa y asintió.

—Según me confidenció la misma Beatrice, lord Wayne le había propuesto ser su amante. Ya sabe que los caballeros no piden la mano de mujeres como nosotras. Ser amantes era una oportunidad de oro. Estaba muy emocionada. —La voz de la mujer se quebró—. Después, la pobre... Dios santo, qué terrible desgracia.

—¿Nunca más volvió a ver a lord Wayne?

La mujer negó con la cabeza. Y en su semblante se manifestó la sospechosa conexión. Si lord Wayne hubiera amado tanto a Beatrice, al menos habría hecho algo por no dejar que la enterraran en una fosa común. Pobre muchacha.

—Si por casualidad ve de nuevo a lord Wayne, ¿me podría avisar? Intente sacarle toda la información que pueda, dónde ha estado, qué ha hecho, dónde vive. Será muy bien recompensada. —Horatio le entregó su tarjeta. No quiso darle más información de lo necesario.

La mujer la tomó y miró el grueso papel con cierta indiferencia. Horatio dedujo que no sabía leer, sus ojos ni siquiera recorrieron las líneas escritas.

—Mi nombre es Horatio Montgomery. Me puede encontrar en Temis House, Argyle Square.

—Lo recordaré, señor. No lo dude.

Lo que pudo sacar en limpio Horatio en dos días de interrogatorios fue que el sujeto era un fantasma, pero uno muy metódico e inteligente. Llevaba alrededor de un año «cortejando» a

diversas mujeres, las cuales tenían similares características físicas. Tras entablar un romance, les proponía ser amantes, ellas aceptaban y, tras una semana de ese hecho, desaparecían sin explicación. Mas antes de que aquello sucediera, a lord X ya no se le veía en el barrio y nadie conectaba un hecho con el otro, puesto que actuaba en distintas calles y procuraba que estuvieran distanciadas unas con otras.

Tal parecía que Daisy, en su momento, fue una de las primeras elegidas de lord X, mas fracasó en su misión. Haber intentado violarla y agredirla había sido un error de principiante que le costó caro, pero que rectificó su comportamiento. Todos señalaban que el sujeto no era agresivo, sino todo lo contrario; parecía ser un caballero, muy educado, seguro y de buen trato.

En todos los lugares que visitó alguna vez fue conocido como «lord» y un título desconocido. E iba cambiando su apariencia, el cabello más largo o corto y en otras se cortaba las patillas o se dejaba barba o bigote.

Para la noche del miércoles, Horatio ya tenía un sospechoso definido, con un patrón establecido, un perfil específico de sus víctimas y un área de acción.

Si tenía suerte, más temprano que tarde, el sujeto saldría a buscar a una nueva mujer para cortejar.

Quedaban quince días para la próxima luna llena.

Jueves.

Horatio ya estaba listo para partir a Temis House. Como venía ocurriendo desde la primera noche que estuvo con Marian, fingía un intenso cansancio en la casa de sus padres y después de la cena se acostaba temprano. Luego, esperaba el momento adecuado para escabullirse por las escaleras de servicio, y cuando sorteaba ese obstáculo con éxito, salía de su casa y se alejaba lo suficiente para abordar un carruaje de alquiler que lo llevara a la academia.

Todas las noches hacía el amor con Marian. Todas las noches se exploraban y probaban diferentes formas de amarse. Parecía no haber límites para Marian y Horatio a la hora de la intimidad.

Ella era consciente de que quizás todo lo que hacían en la cama no era bien visto por personas más conservadoras y puritanas, puesto que muchas de las prácticas que realizaban se asemejaban a los relatos de las internas que Marian había oído al pasar. Horatio era osado y nunca la restringía; al contrario, la animaba a tomar de él lo que quisiera y de la forma que quisiera, y ella le permitía la misma cortesía si le apetecía. Marian pensaba que, si tener intimidad con la persona amada daba tanto placer y los hacía felices, entonces no le veía lo malo a expresar su amor como les viniera en gana. Cada vez que se unían, terminaban extasiados y saciados y, en un cálido abrazo, se entregaban al reparador sueño hasta la mañana siguiente.

Lo mejor de todo, era que ya faltaba poco para dejar sus encuentros clandestinos y poder amarse sin el peso social de no estar casados. Tampoco temían a que un posible embarazo los delatara, para cuando naciera su primogénito, a los demás no les quedaría más remedio que darles miradas suspicaces.

Habían fijado la fecha de su matrimonio para el último viernes de junio, casi a finales de la temporada, por lo que la mayoría de sus familiares y amigos cercanos estarían en Londres para la celebración. Marian ya contaba los días que quedaban para que ellos se convirtieran en marido y mujer.

En cada momento libre, Marian escribía invitaciones, y Olivia ya había agendado una visita a

la modista para que su hija eligiera un vestido de boda. Marian había decidido no usar el color blanco —tan de moda en esos días—. Prefirió seguir la tradición de tener un vestido que pudiera usar en otras ocasiones. Ella no iba a ser la esposa de un aristócrata ni iba a tener un guardarropa nuevo en cada temporada, iba a ser la esposa de un hombre trabajador y las prioridades serían diferentes.

Como ya estaba siendo costumbre, a las cinco de la madrugada, Horatio se levantó de la cama, se aseó, se vistió y le dio un tierno beso de despedida a su amada señora.

Esa madrugada, Horatio caminaba sigiloso rumbo a la puerta de acceso de la academia. Mientras avanzaba, se sobaba un ojo; Marian le había dado un codazo en la mitad de la noche. Rio al recordar las advertencias de Florence, tal vez sí tendría que dormir con un casco.

Al llegar a la salida, giró la llave que estaba puesta en la cerradura. No obstante, al abrir la puerta se encontró con un rostro familiar que tenía la mano alzada, justo para tomar la aldaba de bronce.

Un jadeo masculino se escapó de la garganta de Horatio y, al mismo tiempo, dio un respingo que le dejó el corazón en la boca y profirió en un susurro:

—¡Justin! ¡Casi me matas del susto!

—¿Vienes entrando o saliendo? —interpeló Justin con guasa.

—¿Quieres que te rompa la nariz o las costillas? —amenazó de mal talante.

—Las costillas, todavía soy joven y aprecio que mi nariz siga recta —respondió indolente, mas pronto su expresión socarrona se enserió. Miró hacia su derecha e hizo un gesto con su mano, instando a alguien a avanzar.

Pronto Horatio tuvo ante sí a dos mujeres jóvenes, cinco niñas y dos adolescentes andrajosos de diferentes edades, todos muy parecidos entre sí y en evidente estado de desnutrición. La más pequeña debía tener un año y dormía en los brazos de uno de los jóvenes mayores.

—Daisy... Regina —susurró Horatio, aturdido, al reconocer a ambas mujeres. Regina lucía un buen aspecto, en cambio Daisy estaba delgada y demacrada. La imagen lívida del cadáver de Marygold se le vino de inmediato a la mente—. Por todos los cielos.

Horatio sintió un alivio tan inmenso y una sensación de paz tan abrumadora, que apenas era capaz de hilar pensamientos coherentes. Las habían encontrado.

Lo único que resonaba en su cabeza era que esas muchachas estaban vivas, vivas... vivas.

¡Ellas estaban vivas! ¡A salvo!

—Entren, por favor. Hace frío. —Horatio abrió la puerta de par en par para que ingresaran. Cuando todos traspasaron el umbral, Horatio miró a Justin. Le dijo tanto sin palabras, solo se limitó a darle un abrazo muy apretado. Al cabo de un largo rato, recobró parte de su elocuencia para poder expresar su gratitud—: Eres el mejor. Gracias, hermano.

—¿No me romperás las costillas? —preguntó Justin para aligerar el ánimo de Horatio. No le fue indiferente su reacción ni su voz quebrada.

Horatio rio sin soltar ese abrazo. Necesitaba recomponerse, le estaba costando un mundo tragar sus lágrimas y normalizar su voz. A la postre pudo responder:

—Mientras te quedes callado. —Rompió el contacto solo para tomar los antebrazos de su hermano—. Me caso el 25 de junio.

—Seré una tumba si soy tu padrino —propuso Justin.

—Siempre has sido mi padrino, idiota —replicó, limpiándose la comisura de los ojos.

—Tenía que asegurarme. Anda, ve a avisarle a tu esposa en ciernes que ha recuperado a sus preciadas muchachas.

Y, en ese momento, Horatio fue consciente de que al fin había cumplido con la misión que

Marian le había encomendado hacía una semana.

Había encontrado a las tres internas desaparecidas.

Capítulo XXIV

Después de servirles un buen desayuno a Justin, Regina, Daisy y sus hermanos, Marian empezó a recuperarse de la impresión. No quiso atosigar a nadie con preguntas. Por lo que Justin comentó a grandes rasgos, el viaje había sido accidentado y lleno de contratiempos.

Era lógico, con tantos pequeños no era una tarea sencilla atravesar medio país.

En el comedor de la academia estaban todos ocupando uno de los grandes mesones que había para tal menester. Los niños comían como si el mundo se fuera a acabar, pese a las constantes —e inútiles— amonestaciones de Daisy y Regina para imponer algo de compostura.

Marian fue dolorosamente consciente de lo diferente que eran esas muchachas en relación a sus familiares. Bastaba con verlos comer, expresarse, hablar. La educación había extendido una brecha abismal entre ellos.

Esperó a que terminaran de comer. Ella había perdido el apetito, pues había una necesidad que se debía satisfacer en el corto plazo, respecto a esas niñas y ese par de jóvenes. Sin embargo, Daisy y Regina debían responder unas preguntas que eran vitales para decidir qué rumbo tomar.

—Querida —susurró Horatio, quien estaba a su lado—. ¿Estás bien?

Marian parpadeó saliendo de su ensimismamiento y le sonrió. Le tomó la mano y le aseguró:

—Lo estoy.

—Debo ir a Covent Garden, pero si quieres me quedo —ofreció solícito.

Marian negó con la cabeza.

—Ve, no te preocupes.

—Bien.

Horatio se puso en pie y, pese a saber que Daisy y Regina debían sospechar por qué él estaba en la academia en la madrugada, le besó la mano a su prometida como si ellos tuvieran una relación platónica.

Justin también decidió que era un buen momento para retirarse, ya les detallaría a Marian y Horatio la odisea que vivió para encontrar a Daisy y Regina. Prácticamente tuvo que hacer los doce trabajos de Hércules para que ambas le creyeran que era hermanastro de lord Ernest Smith —el hombre que patrocinaba a las chicas del palacio para entrar a la academia Hope— y que su misión era llevarlas de vuelta a Londres. Tampoco fue fácil relatarles sobre la muerte de Marygold y cómo la encontraron. Y, como si eso fuera poco, el problema que supuso preparar el escape de las mujeres y los niños de la casa del viejo Jerome, padre de Daisy, sin que él se diera cuenta. Era borracho, no estúpido, y cuando estaba sobrio era particularmente cruel.

Justin se cansaba de solo recordarlo. Fueron los cuatro días más largos de su vida. Necesitaba dormir por una semana.

Los hermanos Montgomery se despidieron haciendo una leve inclinación y se llevaron la gratitud de todos.

Cuando Horatio y Justin salieron del comedor cerrando la puerta tras de sí, Regina comentó desenfadada:

—Vaya que es difícil diferenciarlos. Hasta tienen el mismo timbre de voz. —Le sonrió a Marian—. Felicitaciones por su boda, señora Witney.

—Gracias, Regina.

—Y por supuesto, tenga por seguro que nosotros seremos una tumba. —Regina no necesitó

precisar más a lo que se refería.

Le guiñó un ojo a Marian, y a ella no le quedó más que aclararse la garganta y ofrecerle una sonrisa incómoda.

Después de ello, nadie dijo nada más. Se hizo un denso y prolongado silencio. Daisy apenas comía y Regina, discreta, la animaba con cariño a que bebiera un poco más de té.

Al cabo de un rato los niños ya estaban saciados. A la cocina entraron las alumnas encargadas de preparar los alimentos de ese día y, al ver a Daisy y Regina sanas y salvas, les dieron una cálida bienvenida.

Pasada la algarabía, Marian decidió que era momento de conversar con las muchachas. Envío a los niños a jugar al patio interior de la academia y le asignó a una alumna la tarea de vigilarlos.

Instó a Daisy y Regina a que la siguieran a la oficina. Una vez instaladas —Marian presidiendo el escritorio y las muchachas del otro lado del mismo—, inició la conversación.

—Supongo que el señor Montgomery, Justin —precisó—, les informó todo lo que ha sucedido desde la partida de Daisy.

Ambas mujeres asintieron. Daisy no pudo contenerse más y empezó a llorar. Marian le ofreció su pañuelo, el cual recibió Regina y se lo entregó a su amiga.

—Le doy mi más sincero pésame, Daisy —agregó Marian una vez que el llanto de la muchacha se atenuaba.

—Todo ha sido mi culpa —aseveró Daisy entre sollozos—. Si tan solo... hubiera hecho las cosas bien... avisar... confiar...

No pudo continuar.

—No, no se lamente, Daisy —contradijo Marian—. Fue una terrible, terrible casualidad que sus caminos se hayan cruzado.

Daisy lloraba y Regina intentaba consolarla con amorosas palabras susurradas, aunque, por momentos, esa acción parecía ser inútil.

Marian las observaba y escuchaba con atención. Esperó paciente a que Daisy recobrara el temple. Por momentos, ella se sentía tan destrozada como esa muchacha.

Daisy se limpió la nariz e inspiró hondo para poder continuar con su relato. Le dolía el pecho, le dolía seguir llorando.

Volvió a llenar sus pulmones de aire y añadió:

—Estaba tan desesperada por ver a mi mamá por última vez... Que no pensé en nada más. Y después, mis hermanitos estaban tan tristes, con miedo y tanta, tanta hambre... No pude dejarlos solos con ese infeliz viejo borracho —acentuó con desdén esas últimas palabras—. Ojalá se pudra en el infierno —dijo con un hilo de voz.

Regina aprovechó ese momento para intervenir en el relato y completar la historia.

—Por eso me fui, señora Witney. Yo estaba al tanto de que había llegado al palacio una carta de la madre de Daisy, y supuse el motivo por el cual ella no volvía.

—Eso lo puedo entender, Regina. Lo que no entiendo es por qué no me informó —reprochó con suavidad—. Y no se trata de hacerlas sentir mal por el error que cometieron. Aquí hay un problema de comunicación, tanto por parte de la institución, como de ustedes, siendo alumnas. Pudimos haber hecho todo esto de un modo más simple, quizás. Pero dado que no teníamos señales de vida de ustedes, nos vimos en la obligación de buscar sus objetos personales para poder dilucidar qué sucedió. —Contempló a ambas muchachas y reveló—: Leímos el diario y los poemas que escondían en el dormitorio.

Daisy y Regina miraron con los ojos desorbitados a Marian. Una expresión de auténtico terror se reflejaba en ellos. No se atrevieron a justificarse o dar explicaciones.

Esa reacción fue elocuente para Marian y confirmó sus sospechas. Los poemas que escribía Regina eran para Daisy. Esas jóvenes se amaban profundamente. No las juzgó, ¿cómo podría hacerlo? Ella no era Dios. Supuso que ni siquiera el Señor se entrometía en el libre albedrío.

—Yo no sé qué había escrito ahí —aseveró Marian a medias—. Mi prometido lo hizo, pero no me ha revelado nada que no esté relacionado con la investigación, y puedo dar fe que él es de confianza. De hecho... —Abrió el cajón de su escritorio, y sacó el diario de Daisy y el sobre con los manuscritos de Regina—. Apenas obtuvo la información que necesitaba, me los confió para resguardarlos. Ahora se los devuelvo y, por favor, perdonen nuestra intromisión.

Ambas mujeres recibieron sus preciadas pertenencias, abrazándolas como un tesoro, se miraron de soslayo y se insinuaron una cálida sonrisa. Regina, tras la impresión inicial, admitió:

—También me desesperé. Todos los días ansiaba por una carta, hasta que llegó... Yo... yo robé la carta antes de que la señora Waters pudiera repartir la correspondencia. Dicen... dicen que ustedes las leen antes de entregarlas, y no quería que supieran... —Regina no pudo seguir hablando.

Marian entendía por qué Regina robó la carta. Sin embargo, y pese a lo contrariada que se sentía, se llevó las manos a la frente, incrédula de que hubiera semejante rumor entre las internas.

Sí, definitivamente había un problema de confianza y comunicación. ¡Qué desastre!

—Créame que la privacidad, salvo en el último caso, es algo sagrado en esta institución y jamás haríamos algo tan aberrante —garantizó Marian con vehemencia—. Es una lástima que les haya tocado vivir en un mundo en donde constantemente se violenten cosas tan esenciales para un ser humano, pero también, deben considerar que, si reciben educación gratuita y respeto en este lugar, lo mínimo que deben hacer a cambio es confiar en nosotras. —Las muchachas se encogieron ante el duro discurso de Marian. Habían cometido un error tras otro, y fueron conscientes de su inmadura impulsividad que, incluso, puso en peligro lo máspreciado y puro de sus vidas, el amor que se profesaban. Los ojos de Regina, quien había permanecido más estoica, se anegaron en lágrimas. Marian intentó suavizar su expresión y suspiró. A la postre, añadió más serena—: Daisy, Regina, después de todo lo que les sucedió, ¿pretendían volver a la academia?

—Siempre quise volver —admitió Daisy con su voz ahogada y nasal por el llanto—, pero no tenía muchas esperanzas. Mis hermanos me necesitaban, no los podía dejar solos, y Marygold no volvía... Mis hermanos me dijeron que el viejo la estaba obligando a prostituirse y que por eso ella no volvía, que los había abandonado para salvarse ella misma... Yo conozco a mi hermana, señora Witney, ella cumple sus promesas, tenía que volver...

»Y si ella volvía, yo no sabía si ustedes me admitirían después de haber escapado. Me di cuenta de mi grave error en cuanto llegué a Rotherham.

No pudo continuar, el llanto era superior a su voluntad, por lo que Regina volvió a intervenir en el relato y agregó:

—Me llevé parte de nuestros ahorros para ayudar a Daisy y su familia, y poder huir. El viejo se estaba bebiendo el poco dinero que él ganaba trabajando en la fábrica de acero... Daisy estaba ganando unos cuantos peniques en una de las tabernas para poder alimentar a sus hermanos —declaró Regina, mas su voz se fue apagando al decir—: Íbamos a esperar una semana más, a ver si volvía Marygold.

El llanto de Daisy volvió con fuerza. En un angustiante y doloroso quejido rogó:

—Quiero ver a mi hermana... por favor...

Marian ya no quiso seguir buscando más respuestas. Por lo pronto, tenía que hablar con las grandes damas, respecto a cómo abordar algunos cambios en la academia y también dilucidar qué hacer con los hermanos de Daisy, no los podían abandonar. No obstante, había algo que

hacer en primer lugar. Se levantó de su asiento y dijo:

—La llevaré al cementerio.

Joan Rivers, como todos los días, pregonaba alegre la mercancía que vendía en Hart Street a los transeúntes que estaban en busca de la mejor fruta. Ya estaba cerca del final de su jornada. Su jefe cerraba la tienda a las cinco de la tarde.

—¡Manzanas, rojas, jugosas! ¡Entre a nuestra tienda! ¡Solo la mejor calidad! —voceaba a todo pulmón a la vez que abrillantaba una manzana con su delantal. Acto seguido, la dejó en la canasta de exhibición y tomó otra para repetir el proceso.

Sin embargo, al ver a su cliente habitual, su expresión cambió. Hasta el día anterior, ansiaba sus visitas esporádicas y siempre lo recibía con una brillante sonrisa. Él era educado y encantador.

Pero ya no sabía qué pensar.

¿Y si era una coincidencia?

No pasó demasiado tiempo y él ya estaba frente a ella, se quitó el sombrero y le sonrió, tal como siempre.

—Buenos días, señorita Rivers —saludó él con una leve inclinación.

Eso era algo que a ella le gustaba. Él la trataba con respeto, no como si apestara a pocilga, y la llamaba señorita, pese a que ella no tenía ninguna clase de abolengo. Aunque decían que su abuela fue la bastarda de un barón.

En todo caso, quién no tenía a un bastardo de la aristocracia en su impreciso árbol genealógico.

Independiente de todo, el instinto de Joan le dijo que mejor no tomara en serio las atenciones de ese caballero. Los rumores nunca eran porque sí.

—Buenos días, lord Benson —respondió Joan, guardando las distancias—. ¿Va a llevar lo mismo de siempre?

El semblante de lord Benson se demudó a la máxima afectación y congoja.

—Oh, ¿por qué tan formal? Me hiere, ¿acaso no recuerda mi nombre? —interpeló con pesar.

—Lo recuerdo, milord. Eeeeeeh... —titubeó, bajó la voz fingiendo que miraba hacia otro lado—. Mi jefe me va a despedir si lo llamo por su nombre. No me puedo tomar esas atribuciones en público con un cliente como usted.

El caballero alzó las cejas y asintió.

—Oh. Entiendo. Disculpe si mis atenciones le han causado problemas... En ese caso, y perdone mi atrevimiento, pero me gustaría llevarla de paseo por los jardines de Vauxhall el día sábado. ¿Será eso posible?

—Oh, es usted muy amable, pero...

—¿Pero? —interpeló lord Benson con una ligera expresión de reproche y angustia.

—Milord, ¿usted me ha visto, acaso? Ni siquiera mi ropa de los domingos es decente para salir de paseo con su merced. No, sería una vergüenza tanto para usted como para mí —se excusó de la manera más lógica que pudo.

—No será una vergüenza, será un honor, señorita Rivers —rebatía con una seguridad avasalladora, al punto que hizo tambalear la resolución de Joan.

Mas aún no derribaba todas sus defensas. Joan no quería ser la amante de nadie, y los caballeros siempre pretendían eso de las mujeres como ella.

—No, milord. No insista, sé cuál es mi lugar.

Lord Benson forzó una sonrisa e insistió:

—¿Qué debo hacer para que usted crea que mis intenciones son honorables? Si gusta podemos llevar una carabina.

De pronto, del interior de la tienda salió un hombre joven, cuya complexión rivalizaba con la de lord Benson.

—No entretenga a los clientes, Joan —reprendió severo. Dirigió su atención hacia lord Benson—. Disculpe la torpeza de mi empleada, ¿busca algo en particular, señor? —ofreció solícito.

—Solo llevaré esas dos manzanas grandes —respondió señalándolas.

—Son ocho peniques, su señoría —respondió el hombre.

Lord Benson pagó y se las llevó, sin decir ni una palabra. El jefe de Joan se quedó mirando al hombre por largo rato. Luego su atención volvió a la joven.

—Ojalá no te moleste más. Si ese detective lo anda buscando por algo será.

—Gracias, señor —murmuró Joan, sin dejar de mirar la espalda de lord Benson. Suspiró, sintió un gran alivio. Esperaba que él no volviera.

Lord Benson caminó a paso airado entre la gente que transitaba por el lugar. Se sentía molesto, tenía la completa seguridad de que Joan estaba comiendo de la palma de su mano. ¿Por qué había cambiado de actitud tan repentinamente? Hacía un par de días ella daba todos los indicios de estar embelesada.

¿En qué había fallado?

Le quedaba poco tiempo, mejor intensificaba sus atenciones en una prostituta, ellas eran un poco más fáciles de convencer. Sin embargo, había descubierto que el placer era mayor cuando se trataba de jóvenes inexpertas y, aún mejor, si eran vírgenes.

Un borracho viejo, sucio y con dientes podridos empezó a reírse a carcajadas a costa de lord Benson. Estaba sentado sobre un saco de papas, con una botella de vino en su mano y se burlaba, irreverente:

—¡La fama de mujeriego te alcanzó, *milor*! —Escupió al suelo y siguió riendo—. En Drury Lane será más fácil...

Benson miró de reojo en ambas direcciones. Al parecer, nadie se fijaba en ellos. Las mofas del borracho se ahogaban con los cacofónicos pregones de los vendedores. Se acercó discreto, se inclinó amenazante e interpelló con la mandíbula apretada:

—¿Qué estás tratando de decir con fama de mujeriego?

—No se haga el tarado. Parece que su *mercé* ofendió un marido. Hay un detective que anda haciendo preguntas con su retrato.

—¿Y sabe cómo se llama el detective? —interrogó, intentando ignorar el pestilente hálito del hombre.

El hombre lanzó un eructo y luego, una risotada.

—¿Y perderme la recompensa? Ni loco.

Benson se esculcó los bolsillos y sacó una brillante guinea que exhibió ante el borracho, quien, al pensar en todo el vino que podría comprar con ese dinero, se le hizo agua la boca.

—El detective, todo lo que sepa. —Benson acercó la moneda hasta rozar la punta de la nariz del borracho.

Los ojos se le volvieron bizcos de tanto mirar la moneda.

—Horatio Montgomery, Temis House, Argyle Square. Muy, muy alto, pelirrojo —recitó las señas con la lengua traposa, pero sin titubear.

—Bien. Si me estás mintiendo, no vivirás para contarlo —advirtió. Al hombre no le cupo duda que el caballero no mentía.

Benson dejó caer la moneda. Los embotados reflejos del hombre no le permitieron agarrarla en el aire y, desesperado, la tuvo que recoger del suelo.

Lord Benson enfiló sus pasos hacia su casa. No le gustaba nada que alguien lo anduviera buscando. Había decenas de maridos ofendidos que debían querer su cabeza. No le sorprendía ese hecho en lo absoluto.

Sin embargo, el detective entrometido era una piedra en el zapato; lo estaba exponiendo al difundir su retrato y andar preguntando por él, y él había trabajado muy duro por pasar desapercibido; cambiando de nombre, de apariencia, de rutinas. Si no detenía pronto a ese sujeto, iba a arruinar su territorio, y en Londres no había ninguno mejor que Covent Garden. El East End y Whitechapel habían sido todo un desastre, ninguna satisfacción, ningún desafío. Demasiado fáciles, demasiado sucias, no se diferenciaban mucho de las decadentes mujeres que encontraba en los bailes de la alta sociedad.

En cambio, las prostitutas y las mujeres que trabajaban en la calle, irónicamente, tenían orgullo, instinto de supervivencia, eran fuertes, desconfiadas y costaba convencerlas.

Sentía una contradictoria emoción, las admiraba, adoraba sus cuerpos, pero las despreciaba. Necesitaba poseerlas, satisfacerse con ellas y humillar su espíritu.

No obstante, todas, sin excepción, eran simples mujerzuelas que no valían un penique. Solo buscaban dinero fácil y que un hombre las mantuviera. El único mérito que les podía atribuir a aquellas débiles y caprichosas criaturas era el placer que le proporcionaba la conquista, la caza y la consumación.

Y cuando se cansaba de ello, era el momento de otorgar su castigo. A la luz de la luna llena. Una puñalada a ese corazón que solo servía para borbotear sangre.

Sí, debía eliminar a ese detective antes de que llegara demasiado lejos.

Ya sabía dónde encontrarlo. Tenía que pensar en cómo eliminarlo sin dejar huella. Eso era fácil, nadie era capaz de descubrirlo. Todos eran estúpidos. Tal vez iba a tener que dejar de ir a Covent Garden por unos meses para que se olvidaran de él.

Y si volvía la compulsión, se conformaría con alguna mujerzuela de la alta sociedad. Alguna que estuviera desesperada por cazar un bolsillo lleno de libras.

Pero antes de pensar en cómo sortear el obstáculo que representaba el detective, debía devorarse un succulento postre de manzanas sobre el cuerpo desnudo de Leah.

Capítulo XXV

El hombre se quedó quieto, observando cómo se alejaba lord X, mientras jugueteaba con la moneda entre sus dedos. Cuando el caballero estuvo a una distancia considerable y segura, el hombre tomó el morral que traía, se levantó y empezó a seguirlo. Bebió un poco de vino y se enjuagó la boca para quitarse el carboncillo que ennegrecía sus dientes. Escupió en el suelo y se limpió la boca con el dorso de la mano, sin perder de vista a su objetivo.

A medida que lord X avanzaba, su persecutor iba modificando parte de su aspecto; enderezó su postura, lo que le hizo ganar un par de pulgadas de estatura; con un pañuelo se quitó el maquillaje teatral que avejentaba sus rasgos; la gorra y la peluca de cabellos canos desaparecieron de su cabeza y fueron reemplazadas por un sombrero; y dio vuelta la chaqueta andrajosa que vestía, para quedar a la vista como una prenda decente. Pese a aquella drástica transformación, su apariencia seguía siendo corriente. El hombre no resaltaba en medio del gentío, era tan anodino como cualquier otra persona que transitaba en Covent Garden.

Lord X caminaba tranquilo, con arrogancia, no miraba hacia atrás. Sin querer le estaba dando una inesperada ventaja a quien lo seguía como una sombra.

El hombre se encomendó a Dios para no ser descubierto. Por nada del mundo debía fallar.

Al anochecer, Horatio entró en el despacho de Andrew Witney, su futuro suegro, quien estaba acompañado de Angus Moore, conde de Corby y el primo de este, Gregory Montague, duque de Ravensworth. Todos estaban de pie, rodeando el escritorio del vizconde Rothbury, en el cual había desplegado un mapa de Londres.

—Buenas noches, caballeros —saludó Horatio, solemne y serio—. Disculpen la demora.

—Buenas noches —respondieron todos al unísono.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Horatio sin ninguna clase de preámbulo.

Andrew hizo un gesto afirmativo y lo invitó a estudiar los dos puntos que estaban señalados con pequeñas figuras de ajedrez en el mapa.

—Nuestras averiguaciones nos permitieron tener en la mira a un aristócrata y a un empresario naviero —comentó el vizconde para iniciar la reunión.

Angus apuntó a una torre negra, la cual señalaba una propiedad muy lujosa que estaba cerca del puente Blackfriars, en pleno Watling Street.

—Esta es Blue Hall —indicó el conde de Corby—, propiedad del marqués de Bardon. Posee una enorme colección de armas de la India, y es benefactor de la Escuela Real de Minas. Desde hace muchos años ha sido uno de los impulsores de estudiar y reproducir el acero de Damasco. Mañana a las cinco de la tarde vamos a hacerle una visita para que nos evalúe una espada. —Sonrió guasón—. La cual es una autentica basura, y aprovecharemos de pedirle que nos muestre su colección.

—Excelente —celebró Horatio. Sin embargo, el nombre le era familiar, y recordó al instante—. Según tengo entendido, el marqués de Bardon debe tener unos sesenta años, ¿o no? No encaja con el perfil.

—Eso es un detalle. El marqués tiene hijos que sí dan con el perfil —se apresuró a aclarar

Andrew—. Y tienen acceso a la colección, dinero y otras extravagancias.

—Entiendo —convino Horatio—. Supongo que no hay problema si los acompaño.

—No, ninguno —respondió Gregory—, pero tendrás que elegir a quién acompañarás, porque a esa misma hora las damas concertaron una entrevista con el señor Dutton, el cual es uno de los principales accionistas de la East India Company. —Señaló el caballo negro, que marcaba otra propiedad al este del puente Waterloo, a orillas del río—. Costó mucho concertar esa reunión, ni tampoco pudimos cambiar nuestra cita con Bardon, por lo que no hubo más opción que dividir nuestros esfuerzos. El señor Dutton viaja constantemente por negocios —explicó.

Horatio resopló, no podía dividirse en dos y ambas opciones eran atractivas líneas de investigación. Lo iba a dejar a la suerte, después de todo, confiaba tanto en las grandes damas como en sus esposos. Sacó una moneda de su bolsillo y sentenció:

—Si es cara, voy con los caballeros, si es sello, con las damas.

Lanzó la moneda y la atrapó en el aire. Al descubrirla, Gregory y Angus no contuvieron una risotada. Horatio los amonestó con la mirada.

—No sé por qué se ríen. No tiene nada de malo ir con las grandes damas —alegó Horatio, intentando que las carcajadas de los caballeros no le afectaran.

—Amamos a nuestras esposas —afirmó Andrew, sereno—, pero son terribles cuando están juntas. Bendito serás entre todas las mujeres.

Horatio ya sabía cómo eran, y sí, su tío tenía razón; las damas eran implacables.

—Sí, seré un hombre bendito —aseveró Horatio—. ¿Con qué excusa irán las damas a la casa de Dutton?

—Quieren buscar patrocinadores para los bailes benéficos de la próxima temporada.

—Bien. Ojalá tengamos suerte mañana.

En el silencio que colmaba la oficina de Marian, ella apoyó su cabeza en el pecho de Horatio. Le encantaba sentir los latidos del corazón de su prometido. Faltaban quince minutos para que fuera medianoche.

—Es una lástima que no podamos estar juntos esta noche —se lamentó Marian, y suspiró cansada.

—No te preocupes, querida. —Horatio se separó tan solo un poco y buscó la mirada de su futura esposa—. Tendremos toda la vida cuando nos casemos. Los hermanos de Daisy son un obstáculo por el cual hay que alegrarse.

Marian sonrió. Los niños estaban alojándose junto con Daisy y Regina en una de las estancias contiguas a la habitación de la directora, para no perturbar la rutina de las demás internas.

Horatio rio en voz baja, resignado. Él también lamentaba no poder pasar una noche más con Marian. Los días que quedaban para su boda iban a ser eternos, puesto que la señora Waters volvería en un par de días.

—Cuando nos casemos tendremos una pequeña luna de miel —prometió él—. Podremos hacer lo que nos plazca.

—Ojalá que, para ese entonces, tengamos resueltos nuestros problemas.

Y con eso, Marian se refería al asesinato de Marygold. No obstante, desde que Horatio cruzó el umbral, notó algo extraño en su actitud. Un presentimiento atenazó su tranquilidad.

¿Sería su imaginación o solo se trataba de los innumerables cambios que cada día transformaban su rutina?

Horatio, ajeno a los tumultuosos sentimientos de Marian, continuó con la conversación:

—Eso espero, querida... Y, a propósito de problemas, ¿cómo te fue en tu reunión con las grandes damas?

—Bien, estaban muy contentas por tener a Daisy y a Regina de vuelta —relató, intentando recuperar su entusiasmo—. De momento, los hermanos de Daisy empezarán a estudiar y se quedarán internados aquí. Vamos a habilitar el ala oeste para sus clases, y una de las chicas más aventajadas será su institutriz. Los mayores deben aprender lo básico antes de pensar siquiera en empezar a trabajar, y a las menores les queda mucho más camino por recorrer. También estamos empezando a entrevistar a las internas respecto a sus familias para saber si están en situaciones similares a la de Daisy. Dependiendo de ello, se decidirá abrir un internado para niños. Por lo pronto, hay dos internas que reconocieron tener hijos, quienes están al cuidado de familiares o amigas. La idea es poder darles una ayuda integral a quienes lo necesiten.

—Vas a tener mucho trabajo. Sé que darás lo mejor de ti —la animó Horatio.

—Mucho trabajo... —reconoció, mas su semblante se tornó serio y admitió—: Me encantaría poder ir mañana con ustedes a investigar. Pero aquí hay tanto que hacer y, a fin de cuentas, no servirá de mucho que yo vaya.

—Prefiero que estés aquí y que no salgas... Hasta que sea el momento adecuado —sentenció Horatio en un tono que a Marian no le agradó. Definitivamente, había algo oculto en esas crípticas palabras, y él parecía no querer revelar su significado.

Marian, harta de esa molesta sensación, no dudó en preguntar:

—¿Crees que estamos cerca de atrapar a lord X?

Horatio se debatió en si contarle o no a Marian. En su interior pugnaban dos fuerzas: su deseo de protegerla manteniéndola en la ignorancia, y no hacerle sentir infravalorada si le ocultaba información.

No quería preocuparla e involucrarla más de la cuenta, pero tampoco deseaba pecar de ingenuo. Al llegar esa mañana a Covent Garden se dio cuenta de que había cometido un error, y no sabía qué tan grave era.

No obstante, ya estaba trabajando para resarcirlo y minimizar el daño colateral. Para ello, era perentorio que mientras menos personas supieran, mejor.

Decidió entonces contarle todo a Marian, en la medida de lo posible, porque ni siquiera él tenía todas las respuestas.

—¡Horatio! —insistió Marian ante el mutismo de su prometido.

Él suspiró. Arregló ese mechón rebelde de Marian y admitió:

—Mañana me confirmarán qué tan cerca estamos.

—¿Te refieres a los sospechosos que visitarán mañana?

—No, es algo aparte, se trata de un informante —respondió—. Estoy llamando demasiado la atención en Covent Garden, y dejé a alguien de confianza apostado en el lugar.

—No me dejes al margen —pidió Marian, sintiéndose dolida. Una parte de ella intuía que la situación estaba tomando un cariz peligroso. Pero la otra, no deseaba ser relegada a cumplir un rol pasivo en una investigación en la que ya había participado activamente.

—Mi plan es que estés al margen —sentenció severo, mas suavizó su tono—... Por favor, hazme caso, lo será hasta que sea el momento adecuado.

—Horatio... no... —Marian no pudo terminar la frase. Los ojos de su prometido decían más de lo que pretendía y confirmaban sus temores.

—Marian, es imperativo que tu papel se reduzca al mínimo —reconoció—. No voy a exponerte más de lo que ya estás.

—Pero, Horatio...

—Marian —interrumpió cualquier argumento que le hiciera debilitar su propósito—, nuestro compromiso ha sido anunciado en los periódicos... No lo dimensioné en su momento, pero fue un terrible error. Ayer me di cuenta de que me están reconociendo en Covent Garden y eso significa que, si lord X sabe de mi existencia, tarde o temprano puede llegar a ti y usarte para tomar represalias.

Marian no necesitó que Horatio fuera más explícito.

—De momento, no puedo decirte más, porque ni yo mismo sé. Te juro que te mantendré informada. Lo único que te puedo pedir es que siempre estés acompañada y que confíes en mí.

Marian asintió. Abrazó fuerte a Horatio. Confiaba en él, pero se sentía impotente.

Y tenía miedo, mucho miedo.

—Te ruego que te cuides. Vuelve a mí siempre. —Lo miró a los ojos y ordenó—: No hagas nada estúpido.

—Por supuesto que no lo haré —aseveró, para luego subrayar—: Te prometo que volveré.

—Señor Dutton, las damas han llegado —anunció el mayordomo con su marcado acento hindú—. Lo esperan en el Salón Carmesí.

—Vaya puntualidad por parte de las damas, Ranjit —respondió poniéndose de pie—. Que preparen el té, y que agreguen algunos dulces, por favor.

—¿Tradicionales o los de la casa?

El señor Dutton sonrió con un tinte de malicia.

—Un poco de ambos, veremos si las damas son flexibles.

Ranjit también sonrió en complicidad con su amo.

—Como usted ordene.

El señor Dutton se dirigió al Salón Carmesí, a paso relajado. Sentía mucha curiosidad respecto al súbito interés de las damas por contactarlo con tanta urgencia.

Al entrar, cinco mujeres y un caballero lo miraron sin ocultar su sorpresa. El señor Dutton sonrió, siempre lograba el mismo impacto en sus visitas... y por eso mismo, muy pocos repetían su aventura.

En su casa solía vestir a la usanza hindú, por lo que sus pantalones eran holgados y lucía una túnica de seda con vistosos colores, que contrastaba con su piel morena, producto de largos periodos al sol y al aire marino. El cabello negro y largo hasta los hombros y la tupida barba tampoco ayudaba a atenuar su exótica apariencia.

Después del impacto inicial, las damas y el caballero se pusieron de pie. La dama de menor estatura y de cabellos castaños y entrecano saludó:

—Estamos muy agradecidas por habernos recibido con tan poco tiempo de anticipación.

—Usted debe ser lady Rothbury —se atrevió a señalar el señor Dutton y se acercó a la vizcondesa para tomar su mano y besarla.

—En efecto. —La vizcondesa hizo una leve reverencia—. Señor Dutton, tengo el agrado de presentarle a la duquesa de Hastings, la duquesa de Ravensworth, la condesa de Corby, la señora Minerva Montgomery y su hijo, el señor Horatio Montgomery.

—Es un placer conocerlos. —El señor Dutton hizo una leve reverencia—. Por favor, tomen asiento —solicitó, mientras él tomaba lugar en una poltrona.

—Pensé que usted era un hombre de más edad —comentó lady Ravensworth con desenfadado—. Unos cincuenta años, por lo bajo... Déjeme adivinar, ¿treinta?

—Tres más para ser preciso, su excelencia —respondió con un ligero ánimo de flirteo que la duquesa detectó en el acto—. Hace un par de años tomé el lugar de mi padre como cabeza de la familia. Es por ello que muchos piensan que soy más viejo.

—Se presta para confusiones —convino Minerva—. Su casa es magnífica, señor Dutton —elogió, mirando a su alrededor. Era como estar en un palacio en la remota India, donde los colores vivos, el arte y el aroma les hacía olvidar que estaban en Inglaterra.

—A diferencia de mi padre, soy un gran admirador del país que nos ha brindado nuestra riqueza y tengo un profundo respeto hacia su cultura.

—Y ese es, precisamente, el motivo de nuestra visita —adujo lady Hastings.

El té llegó de parte de los sirvientes del señor Dutton, quienes también provenían del mismo lugar donde se producía la aromática infusión que vertían en las tazas. Pronto hubo una animada conversación en que las damas elogiaron con entusiasmo los dulces, sobre todo, los «de la casa» para sorpresa del anfitrión, y le relataron acerca de la academia Hope, los objetivos y cómo la financiaban.

—Es ahí donde nos comentaron sobre usted —concluyó lady Corby—. Queríamos saber si existe la posibilidad de que nos ayude, prestándonos su magnífica propiedad para hacer un baile que esté inspirado en India. Lógicamente, será en algún momento que tenga disponible durante la próxima temporada.

—Somos conscientes de que sería muy difícil realizarla en estos momentos —añadió lady Hastings—, la temporada está llegando a su fin y sabemos que su agenda es ajustada.

—Además, considere, por favor, que solo necesitamos el espacio —terció lady Rothbury—. Del resto nos encargaremos nosotras y eso incluye la seguridad. El señor Montgomery, aquí presente, nos proveerá de personal calificado para mantener el orden en su propiedad y evitar cualquier contratiempo. Usted ha de saber que el alcohol a veces convierte en energúmeno hasta al hombre más civilizado.

El señor Dutton asintió con su cabeza. Las damas sí que habían hecho sus deberes. Sin embargo, él mantenía una relación de amor y odio con la alta sociedad; tanto en los círculos burgueses como en la aristocracia, su familia no era bienvenida gracias a la fama de su padre y de su madre. El primero, por amasar su fortuna con métodos que estaban al borde de la legalidad, por aplastar a su competencia sin piedad y por seguir con el negocio de la esclavitud, pese a que fue abolida; y la segunda, por ser abiertamente infiel, por abandonar a sus hijos cuando apenas eran unos niños y por exhibir su vida licenciosa con sus innumerables relaciones.

Esa parte de su legado no le hacía sentir orgullo precisamente, pero las damas habían llegado en un momento en el cual estaba considerando introducirse en la alta sociedad. En cierto modo, pretendía emprender la empresa más complicada de su vida: limpiar su nombre.

—Será todo un honor participar en su proyecto —accedió. Las damas sonrieron aliviadas, ese era su verdadero objetivo—. En virtud del poco tiempo que tengo, y dado que viajaré la próxima semana, las invito a recorrer la propiedad para que puedan tener una idea general del espacio con el cual podrán disponer.

—No sabe lo agradecidas que estamos, señor Dutton —dijo Olivia, domando su ansiedad por ponerse de pie y recorrer ella misma esa casa.

—Es todo un placer, milady.

El señor Dutton se puso de pie y todos lo imitaron.

Comenzaron su recorrido en el vestíbulo y, con la ayuda de cinco sirvientes, demostró que las

paredes de las habitaciones principales eran corredizas, lo que permitía abrir los espacios del enorme salón de baile, el comedor, el salón de música y el salón de juegos.

Las damas estaban maravilladas con el esplendor del lugar, que competía con los palacios más fastuosos de la aristocracia. Era un verdadero tesoro, y de verdad se ilusionaron con hacer una fiesta en ese lugar.

—También podría estar disponible el invernadero —ofreció el señor Dutton—, la galería y el jardín que da al embarcadero. Síganme, por favor.

—Su casa es un verdadero museo —elogió Horatio, quien solo se había dedicado a observar y estudiar cada rincón que exhibía el señor Dutton.

—Sí, en realidad la galería es mi gran orgullo —aseveró mientras se dirigían directo a unas enormes puertas—. Como no tengo un árbol genealógico prominente representado en retratos, tengo en su lugar una colección de espadas y puñales antiquísimos, tapices, esculturas... —Detuvo sus pasos. Dio media vuelta y miró a las damas con cautela—. ¿Qué tan sensibles son con algunas muestras de arte hindú? Algunas damas se escandalizan.

—Créame que nada nos escandaliza, señor Dutton —declaró lady Ravensworth.

El señor Dutton esbozó una sonrisa, se volteó y abrió las puertas.

Un amplio, luminoso y extenso corredor se presentó ante ellas. Tal como había anunciado el señor Dutton, había muy pocos retratos. En cambio, había interesantes muestras textiles, objetos exóticos y esculturas en poses más que sugerentes, que las damas estudiaron con descaro.

Y una infinidad de armas.

—Si no me equivoco, esto es acero de Damasco —comentó Horatio, señalando un puñal que tenía una extraña empuñadura horizontal con forma de H, el cual se encontraba montado sobre un exhibidor de reluciente ébano.

—Veo que sabe del tema. —Se aproximó el señor Dutton al lado de Horatio.

—He estudiado un poco —aseveró, e intentó capturar más la atención del señor Dutton—. Pero es la primera vez que veo uno con estas características. Las vetas que se forman son hermosas.

—Sin duda. Este puñal es un *katar*, y tiene más de cuatrocientos años —comentó orgulloso—. Es el único *katar* que tengo con ese tipo de acero en específico. También tengo un par de *khanda* y diez *parashu*. —Horatio le dedicó una expresión de no entender los dos últimos términos. El señor Dutton explicó—: espadas y hachas.

—Oh, impresionante.

De pronto, alguien se aclaró la garganta con la intención de interrumpir la conversación. Todos dirigieron su atención hacia el recién llegado.

—Ranjit me dijo que estabas aquí —declaró el hombre que se adentraba en la galería.

Cabello castaño, ojos almendrados y claros. Un poco más bajo que Horatio. Complexión que rivalizaba con la de los dioses del Partenón. Nariz recta, quizás demasiado pequeña para ese rostro jovial, inocente y encantador.

Ese rostro que Horatio había memorizado de tantas formas posibles.

Ese rostro que, al reparar en Horatio, dejó de sonreír por medio segundo y luego recompuso su expresión con maestría, mostrándose más inocente que un niño, tan inocente que podría convencer hasta al hombre más escéptico del mundo.

Para las damas ese rostro también era familiar, pero ellas eran expertas en el arte de fingir que no se daban cuenta de nada.

—John, qué sorpresa. No esperaba verte hoy —dijo el señor Dutton, contento por la inesperada visita vespertina, solía verlo en las mañanas—. Damas, les presento a mi hermano

menor, el señor John Dutton... De hecho, él posee el gemelo de este puñal —comentó orgulloso, completamente ajeno a la tormenta que se avecinaba—. John, te presento a lady Hastings, lady Ravensworth, lady Corby, lady Rothbury y la señora Minerva Montgomery. El señor es Horatio Montgomery.

John saludó a las damas con una regia inclinación.

Le ofreció la mano a Horatio y él la estrechó firme. Se desafiaron con la mirada, a ver quién de los dos hacía la primera jugada.

John le dedicó una amable sonrisa.

—Es todo un placer, señor Montgomery... —Miró de soslayo a la vizcondesa Rothbury—. Si mi memoria no me falla, su hija es la que se va a casar pronto, ¿no? —Volvió su atención hacia Horatio—. Con usted...

Capítulo XXVI

En un acto natural pero consciente, Horatio soltó la mano de John y respondió:

—Así es, pronto me casaré.

—Felicidades —replicó John. Miró al señor Dutton y dijo—: Disculpa por venir sin avisar, Edward. Preferí venir a preguntar directamente contigo en vez de mandar un mensaje.

—¿En privado? —ofreció Edward.

—Oh, no... Solo deseaba saber si alguno de los barcos de la flota partirá esta semana.

—El lunes al amanecer zarpará el Fortune —respondió Edward, sin comprender del todo el motivo de aquella pregunta.

—Excelente. Iré a pasar una temporada en Bombay.

A Edward le pareció extraña y repentina esa petición de su hermano. John había viajado solo un par de veces, y no soportaba más de tres meses en la India, prefería por lejos Londres.

Sin embargo, no iba a cuestionar a John en frente de personas que recién estaba conociendo.

—Entonces nos iremos juntos —anunció Edward—. Justamente les comentaba a las damas que la próxima semana viajaba.

—Mejor aún. Así tendré buena conversación durante el viaje.

Las damas observaban el intercambio, intentando conservar el temple. La situación se había salido de las manos. Tenían frente a ellas al más que posible asesino de Marygold, y sabían que nadie podía hacer nada.

No había pruebas concluyentes, aparte de los retratos hablados, que solo podían ser algo circunstancial.

Era imperativo vincular el arma homicida a John Dutton.

John soltó un suspiro y sonrió alegre, despreocupado.

—Bien, no los entretengo más. —Dirigió su atención hacia su hermano—. Nos vemos el lunes, Edward. Debo finiquitar algunos asuntos para poder partir.

Edward asintió. Ya conversaría con John, o haría el intento. Él y su hermano menor eran como el día y la noche.

John hizo una leve inclinación y se retiró, dejando en el ambiente un silencio denso, que nadie se atrevía a romper.

Todos estaban atados de manos. Horatio maldijo su suerte.

—Sigamos con nuestro recorrido —animó Edward.

No obstante, Horatio no era el único atado de manos.

John tampoco pudo hacer mucho, pero estaba tranquilo. Cuando su hermano se entusiasmaba con la galería, podía hablar por horas. Enfiló su rumbo hacia su residencia que quedaba muy cerca.

Se metió las manos en los bolsillos y comenzó a silbar una melodía, mientras caminaba a paso relajado. Después de haber disfrutado de los favores de Leah, él estuvo averiguando todo acerca de Horatio Montgomery. Fue una suerte que Leah fuera una aficionada a las páginas sociales de los periódicos, de ese modo pudo asestar su inesperado golpe emocional.

La suerte siempre estaba de su lado, ¿quién diría que ese mismo día conocería a su Némesis?

Estaba muy cerca de él, pisándole los talones. Sabía que no era casualidad que estuviera en la casa de Edward, mas no imaginó que llegaría a él tan pronto.

El detective era un rival digno. Desafiario era tanto o más estimulante que seducir, conquistar, usar y desechar a esas pobres desdichadas.

Fue divertido mencionar lo del compromiso, el detective no evidenció ninguna emoción. Pero si algo sabía John Dutton era que Horatio Montgomery, quisiera o no a Marian Witney, no se quedaría de brazos cruzados y tomaría medidas para protegerla.

E, inevitablemente, bajaría la guardia. Ese iba a ser el momento en el cual el señor Montgomery dejaría de respirar. En su mente, John ya estaba trazando su plan para llevarlo a cabo. Iba a ser sencillo, los hombres con sentido del honor solían ser muy predecibles.

Y en un par de días él iba a estar lejos, muy lejos.

A veces, retirarse era el mejor movimiento para ganar impulso y dar el golpe final.

Una hora después, la puerta del carruaje se cerró dejando a las damas en el interior y a Horatio afuera.

Estaban perplejas, aterradas y desorientadas.

Minerva volvió a abrir la puerta del carruaje.

—¿Qué pretendes hacer, hijo? —interpeló—. ¡No hagas ninguna estupidez! Ese hombre es peligroso.

—Sabe todo sobre Marian —respondió Horatio—. Vayan a la academia ahora. Es lo que él espera, que me vaya en picada a verla y darle la oportunidad de escapar.

—Horatio, ¿qué vas a hacer? —insistió Minerva.

—Aprovechar la leve ventaja que tengo. —Cerró la puerta del carruaje. Minerva intentó volver a abrirla, pero Horatio no se lo permitió, la miró a los ojos y ordenó severo—: Váyanse y espérenme con ella ahí. Marian sabe que no debe poner un pie fuera de la academia.

El carruaje partió.

—¡Horatio! —exclamó Minerva, sacando su mano por la ventanilla. Su hijo rozó sus dedos antes de emprender una carrera en dirección contraria.

John Dutton vivía a tan solo cinco manzanas de ese lugar.

Horatio no ostentaba el apodo de Ascaroth porque sí.

Era el demonio que protegía a los espías y delatores.

Y tenía un plan.

John entró a su casa y cerró la puerta tras de sí.

—¡Tesorito! —llamó con voz melosa, adentrándose en el lugar y, apresurado, empezó a subir las escaleras—. ¡Tesorito!

La casa estaba en silencio, mas a él aquello no le extrañaba. El servicio doméstico solo trabajaba puertas afuera un par de veces a la semana. Incluso la doncella que había contratado para atender a Leah había sido despedida esa misma mañana, por lo que no había nadie más aparte de su amante.

—¡Tesorito! —volvió a llamar.

Abrió la puerta de su habitación.
Vacía. No había un alma.
Sobre la almohada de la cama había una nota que decía:

*Estoy en el sótano.
Tu Tesorito.*

La palabra «sótano» estalló en su mente como un barril de pólvora. Nadie tenía acceso a su santuario, el que visitaba cada vez que necesitaba sentirse realizado. Leah no debía entrar a ese lugar, no hasta que la luz de la luna llena entrara por la ventanilla e iluminara el altar donde apestaba la primera y certera puñalada en el corazón.

La sensación de sentirse vulnerado colmó la poca paciencia que le quedaba y se transformó en furia.

—¡¡¡Leaaaaaaaaah!!! —vociferó.

Bajó corriendo las escaleras, llegó hasta la cocina y descendió al sótano.

El candado con el que aseguraba la puerta estaba abierto. Por la larga rendija se colaba un haz de luz que provenía del interior.

John sintió un escalofrío y abrió la puerta.

El sótano estaba iluminado por velas y lámparas. Miró directo hacia la cama de cuatro postes que usaba como parte de su ritual sangriento. Estaba vacía. Dirigió su atención hacia el lado contrario. Ahí estaba el altar de mármol blanco donde terminaba con la vida de sus mujeres. Dándole la espalda lo esperaba un hombre alto.

Un pelirrojo.

Su Némesis.

—Montgomery —gruñó John. El aludido dio media vuelta.

—Realmente usted es un hombre muy, muy... muy enfermo —aseveró mirando de soslayo una caja de madera—. Y yo que pensaba que encontrando el arma homicida iba a atraparlo. Pero su colección de mechones de cabellos y los frascos que contienen sangre, etiquetados con los nombres de sus víctimas, es de lo más elocuente. —El detective acarició la fría superficie del altar. En la parte superior central había un piquete, era el probable lugar de impacto del arma homicida—. Me encargaré de que vaya directo a la horca.

—Ha irrumpido y registrado mi casa, ¿y todavía no encuentra el arma? Pues no va a haber modo de que me lleve a la horca por eso —interpeló John con sorna—. No es tan inteligente como supuse.

—No intente provocarme de esa manera tan infantil, Dutton. No lo logrará.

Por largos segundos ninguno dijo nada más. Se miraban a los ojos, esperando a que el otro hiciera el próximo movimiento. A la postre, John cedió a la tentación y preguntó:

—¿Dónde está Leah?

—Lejos —respondió lacónico.

—No creo que tan lejos. —Sonrió con un gesto de escepticismo—. En la academia que dirige su prometida, ¿quizás?

El detective se encogió de hombros.

—Creo que deberé concederle eso de que no soy tan inteligente.

John se empezó a acercar al altar. Montgomery no se movía.

—Y por eso mismo no saldrá vivo de aquí —amenazó John, quería dejar de lado ese estúpido duelo de ingenios.

—Si no salgo vivo, usted tampoco. La policía ya está al tanto de lo que ha hecho y ha de venir en camino. En cualquier momento entrarán por esa puerta.

—Está alardeando —rechazó, incrédulo.

—Tal vez sí, tal vez no. Eso nunca lo sabremos con certeza, ¿no? ¿Qué le parece si me cuenta cómo lo hizo todo?

John empezó a rodear el altar. A cada paso que daba, Montgomery se movía en dirección contraria.

Sin mediar palabras, y con una impresionante agilidad, John se impulsó sobre el altar y se lanzó hacia el detective dando un alarido casi animal.

Todo fue demasiado rápido para evadir el ataque. Ambos hombres cayeron al polvoriento suelo de piedra. John era un rival superior; tenía más fuerza y destreza, y pronto estaba montado sobre el detective asestando potentes puñetazos en la cara. Los esfuerzos de Montgomery por evadir el incesante ataque eran infructuosos.

Dutton era implacable, certero, veloz, fuerte.

Era una máquina para matar.

En un abrir y cerrar de ojos, la hoja del puñal estaba alzada sobre su pecho. La punta quebrada amenazaba con penetrar su pecho. Con razón no la encontró, Dutton la traía consigo.

El detective no alcanzó a reaccionar a tiempo. Alzó su mano derecha para sujetar la muñeca y desviar la estocada.

Sangre.

Borboteaba caliente al compás de sus latidos y manchó la impoluta camisa de John, quien tenía una expresión de triunfo. Las primeras falanges de su dedo medio, anular y meñique ya no estaban en la mano de su Némesis.

John volvió a alzar el puñal.

—Muere —susurró.

El instinto por defenderse y vivir volvió a emerger en Montgomery. Ignorando el dolor, sus manos ensangrentadas intentaron detener la mortal estocada.

Un grito preñado de ira llenó la estancia. De súbito, John ya no estaba sobre él.

John no lograba entender cómo el detective había dado vuelta las tornas, y estaba asestándole golpes con vigor y fuerzas renovadas. Pronto se dio cuenta de que ya no sostenía el puñal, estaba fuera de su alcance.

Las manos enormes del detective tomaron su cabeza y comenzó a azotarla contra el suelo. El impacto resonaba seco y el dolor se expandía por todo su cráneo.

¿Dónde estaba la sangre?

No podía perder. Antes de que lo azotaran por tercera vez, John se retorció con todas sus fuerzas y dio un rodillazo a la entrepierna de su agresor, quien lo soltó en el acto y se ovilló de dolor.

—¡Horatio! —Escuchó John.

De inmediato, su atención se centró en el pálido hombre que resollaba. Se encontraba sentado en el suelo e intentaba detener la hemorragia de su mano, envolviéndola con una de las sábanas de la cama. Sudaba como un cerdo.

John rio como loco. Eran idénticos, incluso llevaban la misma ropa. ¡Lo habían engañado!

—¡Gemelos! ¡Son unos jodidos gemelos! —profirió exaltado.

Tomó impulso y le propinó una patada en la quijada a Horatio, quien aún no se recuperaba del agudo tormento.

John recogió el puñal. Divisó las tres falanges que estaban regadas por el suelo y las pisó con

crueldad.

Una vez más, y con más fuerza, dio media vuelta y le propinó otro puntapié a la cabeza de Horatio, quien profirió un gemido.

—¡Horatio! —exclamó Justin, impotente. Intentó ponerse de pie a duras penas. La estancia comenzaba a dar vueltas.

John reía burlón.

—Por un momento pensé que el detective era un digno rival. Pero veo que ni siquiera de a dos pueden conmigo —se jactó, excitado por su triunfo. Se acercó a Justin, quien tambaleó y apoyó su peso en el poste de la cama—. No es una casualidad que sea superior. Yo no soy un tipo ocioso... para seducir, complacer y someter a las mujeres, hay que tener fuerza, vigor. Y para no dejarse avasallar por los pares, hay que entrenar la mente y el cuerpo... hacer que cada golpe cuente. —Miró la mano de Justin envuelta en las sábanas que ya estaban rojas—. Creo que, si pasa una hora más, morirás desangrado. Haré que no sufras tanto, es un favor por haberme entretenido por unos minutos. Después me encargaré de tu hermano.

Otra vez alzó el puñal. Justin aprovechó las sábanas que tenía en las manos y enredó la muñeca de John para evitar la mortal estocada.

John dio un rugido lleno de dolor y se tambaleó.

Justin, sin entender el motivo de ese alarido, miró hacia abajo. Ahí estaba Horatio, quien se había aferrado al tobillo de John y, en ese instante, hacía palanca y quebraba la hoja del cortaplumas que había enterrado en el tendón de Aquiles.

John sintió el crujir de sus huesos al fracturarse. Volvió a gritar y cayó al suelo.

Horatio se levantó a duras penas con un solo objetivo en mente; alcanzar el *katar* que John había soltado por intentar quitarse la hoja enterrada, que le producía un inenarrable tormento con cada respiración.

Arrastrando los pies, Horatio tomó el *katar* y le devolvió el favor a John, propinándole una patada en la cabeza y otra en la herida que le había infligido, enterrando todavía más la hoja.

John gritó hasta rasgar su garganta.

Horatio y Justin sintieron que no había suficiente castigo para ese sujeto, que había hecho tanto daño sin motivos aparentes. Sintieron la tentación de hacer justicia con sus propias manos.

—¿¡Qué demonios está pasando!? —exclamó una voz masculina irrumpiendo en el lugar. Horatio y Justin alzaron la mirada.

Edward Dutton.

El hombre contemplaba horrorizado la escena; el señor Montgomery sosteniendo el puñal que era de John, el cual tenía la punta quebrada; otro hombre idéntico, malherido; y John chillaba lanzando maldiciones, intentando aplacar el intenso dolor de la parte baja de su pierna. Había tanta, tanta sangre manando... en todas partes había sangre fresca, incluso en esa suerte de altar.

Nada parecía tener una explicación coherente. Él solo había ido a visitar a John para pedir una simple explicación que justificara su imprevista decisión de viajar.

—Su hermano ha asesinado a once mujeres... —reveló Justin con su voz debilitada—... En esa caja... están sus trofeos. —Señaló con su temblorosa mano izquierda la sórdida colección. En ese momento notó que en la palma tenía un corte profundo. Empuñó la mano y siseó aguantando el dolor.

—Con este *katar* las mataba —añadió Horatio exhibiendo el arma. Se esculcó un bolsillo y sacó la punta. La hizo encajar con la hoja. No más especulaciones, era un hecho, y pudo declarar sin ninguna duda—: Esta punta estaba en el cadáver de su última víctima. Marygold Michaels era su nombre. Los restos de esa pobre muchacha fueron los que encontraron en el río la semana

pasada... Me va a perdonar, señor Dutton, pero su hermano es una bestia, y nada lo salvará de la horca.

De pronto, un tumultuoso sonido provino del primer piso y, en unos cuantos segundos, la estancia se llenó de hombres uniformados de azul. Entre ellos había un rostro familiar.

—Llega un poco tarde, Lewis —reprochó Justin—. Aquí estamos dos personas heridas. Siento que me voy a desmayar en cualquier momento.

—¡Un médico! ¡Urgente! —ordenó Lewis a uno de los cuatro policías que lo acompañaba—. El doctor Reynolds está cerca. En el King's College.

—A su orden —obedeció el oficial y salió corriendo.

La atención de Lewis se centró en John. Se había desmayado producto del intenso dolor. Negó con la cabeza y ordenó que lo esposaran mientras esperaban a que llegara la ayuda médica. Estaba seguro de que John Dutton no iba a ser capaz de moverse en lo que le restaba de vida. Pero nunca se sabía, no se iba a arriesgar a que escapara.

Edward, con los ojos desorbitados, no podía creer lo que sus ojos veían.

—Lo lamento mucho, señor Dutton. La policía estaba al tanto de todo esto —se apresuró a aclarar Horatio al señor Dutton, quien apenas asimilaba toda la información—. El señor Lewis nos ayudó con un impecable trabajo encubierto, lo ha estado siguiendo desde ayer y nos dio la ubicación de su hermano...

Edward se arrodilló al lado de su hermano que yacía inconsciente y era esposado. Sentía que no lo conocía, que nunca lo conoció. Ni siquiera podía articular una defensa hacia John, o proferir una vehemente declaración que contradijera las palabras de los hermanos Montgomery.

No tenía palabras. No salían.

Horatio estaba agotado. Se acercó a su hermano y empezó atender las heridas, tomó otra sábana e improvisó una nueva compresa para detener la hemorragia.

—Lo siento, Justin. —Horatio se sorbió la nariz—. Llegué muy tarde.

—Demostré mi capacidad de colmar la paciencia —replicó Justin, intentando quitarle hierro al asunto. Tenía que mantenerse despierto, tenía miedo de morir desangrado. Necesitaba evadir ese pensamiento a toda costa—. Creo que Dutton aguantó menos de lo esperado.

—Idiota, no bromees. Casi te mata —reprendió Horatio con cariño, entendiendo a la perfección los temores de su hermano, pues eran los propios. Se propuso seguir hablándole para mantener su mente ocupada—. Pero demostraste ser un insufrible de primera categoría.

—Sin duda. —Abrió y cerró los ojos con lentitud. Sentía mucho sueño—. Bueno, si salgo vivo de esta ya no habrá forma de que nos confundan.

—«Justin Dos Dedos», te llamarán. Tendrás una buena historia que contarles a tus hijos —añadió Horatio.

Justin rio flojo.

—Creo que esa historia se la contaré primero a mis sobrinos...

Capítulo XXVII

Dos horas antes...

El encuentro del sargento y Leah Dodwell fue casi providencial. Ella solo estaba buscando la oportunidad para huir, y esta se dio cuando John le anunció que iba a salir por un par de horas. Se dio cuenta de que en la casa no había nadie del servicio doméstico y tampoco su doncella. No podía seguir desoyendo a su instinto, algo no estaba yendo bien, y no deseaba averiguar qué era.

No obstante, no sabía a dónde ir, la desesperación la encegueció. Cuando estaba saliendo con sus pocas pertenencias, el sargento Lewis estaba a punto de golpear la puerta.

La muchacha no confiaba en los policías. Sin embargo, algo en el sargento le hizo creer que él era su mejor opción en vez de ir sin rumbo fijo.

Y no se equivocó. La llevó a la academia Hope.

Las horas pasaban y no había ninguna noticia sobre Horatio. El ambiente estaba colmado de una tensa calma. Las grandes damas habían llegado hacía una hora, mientras que sus esposos llevaban media hora acompañándolas.

Marian, por su parte, había logrado evadir la incertidumbre atendiendo a Leah Dodwell, a quien el sargento Lewis había encargado su custodia a la academia. Marian la dejó instalada en uno de los dormitorios temporales, para que la muchacha descansara unos días de la conmoción que significaba haber estado tan cerca de terminar siendo un cadáver apuñalado y abandonado en Covent Garden o el río Támesis. La sensación de haberse sentido como un objeto desechable —más desechable aún que una amante—, le provocó una profunda desazón a Leah. La vida la había tratado con tanta brutalidad, que su humanidad casi se perdió en el camino y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para tener estabilidad económica.

Marian no quiso abrumar más a Leah, y decirle que, como directora, estaba dispuesta a ofrecerle un cupo en la academia. Todo dependía de las decisiones que fuera a tomar la muchacha respecto a su futuro, mas eso era cuestión de tiempo.

Todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

La noche ya había caído sobre Londres. Marian, cansada, se dirigía a su oficina, lugar donde estaban las grandes damas con sus esposos a la espera de noticias. Ella sentía que, de pronto, la angustia empezaba a roer su cordura e imaginaba que las cosas habían salido peor de lo planeado por Horatio. Cada segundo que pasaba, ella reprimía el impulso de salir a la calle a buscar a su prometido, más aquella idea era inútil, no sabía a dónde debía ir.

De súbito, el sonido de la aldaba resonó a lo lejos y Marian detuvo sus pasos. Jadeó. Sin darse cuenta, sus piernas se movieron y ya estaba corriendo hacia la puerta.

La abrió de golpe.

Lo primero que vio fue el rostro de Horatio desfigurado; un ojo completamente cerrado por la hinchazón, el labio partido y la cabeza vendada.

—¡Por Dios, Horatio! —exclamó con su voz teñida de preocupación mezclada con alivio. Sus lágrimas cayeron sin control y lo abrazó. Él gimió de dolor y se aferró a su adorada prometida con todas las fuerzas que le quedaban. Ella ni siquiera podía preguntarle si estaba bien, era inútil,

su aspecto era elocuente.

El llanto de Marian era desgarrador.

—Estoy bien... Ya volví, mi señora —intentó consolar Horatio. Suspiró profundo e inspiró el aroma de lavanda y jazmín de Marian—. Todo terminó —reveló, hablando tan lento que casi arrastraba las palabras. El dolor que sentía en la mandíbula y la cabeza era horroroso, mas el doctor Reynolds le aseguró que no estaba fracturada.

Ninguno de los dos notó que el umbral de la puerta estaba abarrotado de sus seres queridos, quienes no se atrevían a interrumpir aquel encuentro.

No obstante, Horatio notó la presencia de los demás, y no pudo seguir siendo indiferente. Se separó levemente de Marian y, en primer lugar, buscó los ojos azules de Minerva, quien jadeó al notar las heridas de su hijo.

—Justin está en Temis House —informó Horatio y tragó saliva—. No está muy bien... Lo hirieron y le cercenaron tres... Tres falanges. Perdió mucha sangre. —Minerva se tapó la boca con las manos y August la abrazó fuerte para aplacar su propia angustia. Al ver el dolor en sus padres, Horatio se apresuró a aclarar—: El doctor Reynolds dijo que, de momento, está fuera de peligro. Solo debe descansar y procurar que sus heridas no se infecten. Elijah lo está atendiendo —añadió, aludiendo a su primo y hermano menor de Marian, el cual era alumno de la carrera de medicina del King's College, y Reynolds era uno de sus maestros—. Lo siento, mamá. Fue mi culpa... Yo...

—No te atrevas a culparte, Horatio —interrumpió Minerva con los ojos anegados en lágrimas, y declaró convencida—: Si Justin se involucró fue por su voluntad. Ustedes son inseparables, sospeché que él era parte de tu plan... Siempre están juntos... Siempre...

Minerva se separó de su esposo y se acercó a su hijo, quien ya iba a su encuentro con lentitud. Se abrazaron tan fuerte como pudieron, hasta que Horatio se quejó.

—No vuelvas a hacer algo estúpido —le ordenó Minerva, solo para sentirse un poco mejor.

—Intentaré hacerlo... Te lo prometo, mamá.

Todos estaban en un expectante pero respetuoso silencio, a la espera de la confirmación de lo que sospechaban. Tras un largo rato, Horatio, sin separarse de su madre, los miró y dijo:

—Lo atrapamos...

Justin abrió los ojos. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde la captura de John Dutton, solo sabía que era de día y que había pasado más tiempo durmiendo que despierto, y todo fue gracias al láudano que le daban para mitigar el dolor de sus extremidades y su cuerpo en general.

Sus sentidos estaban embotados. Sin embargo, cada vez que despertaba se miraba las manos. El vendaje limpio le indicaba que era cambiado con regularidad, y la ausencia de fiebre le daba la ilusión de que sus heridas no se estaban infectando.

Si tenía suerte no tendrían que cortarle las manos.

Era optimista respecto a su mano izquierda. Aunque con dolor, podía mover los dedos. Empuñar era difícil, mas no imposible.

No obstante, la mano derecha era un problema más serio. No podía ni se atrevía a mover sus dedos. Los sentía agarrotados, como si fueran de madera.

Pese a ello, no se arrepentía de nada. Si volviera a nacer, lo haría de nuevo... Quizás se prepararía más en el arte de la lucha, los últimos años se había vuelto perezoso. No era posible

que un sujeto lo hubiera reducido a un guiñapo humano como si nada.

Ya resolvería ese asunto, cuando sus manos estuvieran en condiciones. Quizás cuánto tiempo le iba a costar reaprender cosas que daba por sentadas.

Como escribir, por ejemplo...

Intentó incorporarse, pese al horrible mareo que sentía.

Tras unos minutos de lucha, Justin logró sentarse en el respaldo de la cama. Tenía sed. Miró hacia la mesa de noche y había un jarro con agua y un vaso. ¡Qué incordio! ¡Ni siquiera podía servirse una maldita bebida!

Gruñó. Bufó. Masculló. Rosas.

Un ramo de rosas rojas.

Frunció el ceño.

Su madre nunca ponía flores en su habitación.

Había una tarjeta sobre la mesa de noche, al lado del jarro. Justin se dio cuenta de que con una mano podía arrastrar aquel minúsculo papel y recibirlo con la otra.

Por fortuna, aquello no le tomó demasiado tiempo.

La caligrafía era pulcra, elegante.

Es mi más sincero deseo que tenga una rápida recuperación.

Mis pensamientos están con usted.

R.

P.S.: Recuerde que tiene una deuda conmigo.

—Rubí —susurró Justin. No podía ser otra.

Una sonrisa bobalicona surcó su rostro.

—Espero que no se meta en problemas mientras me recupero.

—El veredicto es culpable —declaró el juez con voz monocorde. Sus palabras resonaron en la concurrida pero silenciosa estancia de la corte de Old Bailey—. Que el acusado se ponga de pie.

John Dutton no obedeció. Tal como había sido la tónica del juicio, él solo se limitaba a mirar hacia un punto fijo casi sin parpadear, sin expresar ninguna emoción, ni emitir ni una sola palabra. Su actitud era desconcertante, no había arrepentimiento o pesar, pero tampoco su expresión era de triunfo o de orgullo.

Indiferencia era una palabra que podía encajar.

Indiferencia que, para su abogado, no colaboraba en lo absoluto para lograr un veredicto que fuera relativamente favorable. Su cliente era indefendible.

Un par de guardias lo obligó a ponerse de pie para que escuchara la sentencia.

El juez, ansioso por terminar de una vez con aquel trámite, dictaminó:

—John Fitzgerald Dutton, dada la gravedad de sus delitos se le sentencia a la pena máxima. Por lo tanto, se le condena a muerte. —Cumpliendo con el procedimiento, el juez se dirigió al jurado y preguntó—: ¿Los señores que componen el jurado recomiendan clemencia? —Todos negaron con la cabeza—. Muy bien, siendo hoy 20 de junio de 1841, decreto que la ejecución pública por ahorcamiento se lleve a cabo en las afueras de la prisión de New Gate, el día primero de julio del año en curso a las diez de la mañana.

El juez dio por terminada la sesión.

Horatio y Marian estaban entre los asistentes. Habían prestado su testimonio, consiguieron las pruebas y los testigos para que la fiscalía presentara un caso sólido e irrefutable. Incluso Justin declaró, aun estando convaleciente.

Tampoco podían negar que el mutismo de John Dutton solo lo sepultaba más.

El veredicto no pudo haberlos dejado más conformes. Se había hecho justicia por todas aquellas mujeres que perdieron la vida por solo cometer el pecado de haberse cruzado en el camino de John Dutton. Marian y Horatio, sin decir una palabra, se retiraron. Sin embargo, antes de cruzar el umbral de las enormes puertas de la corte, notaron la presencia de Edward Dutton. Estaba sentado al fondo de la estancia, cabizbajo. Quizás él había sido una víctima más. El escándalo de su hermano asesino tuvo consecuencias nefastas a nivel empresarial, llegando al extremo de ser presionado a vender sus acciones de la East India Company. Mas él no se dejó amedrentar. Era tan solo un traspié más en su tormentosa vida.

De pronto, Edward alzó la mirada y los vio. Marian y Horatio, a modo de saludo, asintieron con su cabeza con profundo respeto. El señor Dutton respondió del mismo modo con una sonrisa triste. No podía culparlos por buscar justicia... Ni siquiera se podía culpar a sí mismo.

Marian y Horatio abandonaron la estancia. Edward se quedó solo. Por más que transcurrieran los días, todavía se preguntaba en qué momento su hermano se había convertido en un monstruo inhumano. Intentaba elucubrar qué experiencia horrorosa debió haber vivido, para que lo afectara hasta el punto de perder todo rastro de bondad, de integridad, de honor.

Jamás obtendría una respuesta.

Capítulo XXVIII

Dos días antes de la boda, se llevó a cabo una gran cena familiar en la que todos los Herederos del Diablo asistieron. El lugar fue el de siempre, Rock Hall, residencia del duque de Hastings.

Cuando hubo terminado el postre, los hombres se reunieron a beber, fumar y conversar en la biblioteca. En determinado instante, Frank y Thomas miraron a Horatio, quien estaba del otro lado de la estancia con Elijah y William, y solo asintieron. Él respondió del mismo modo. Era la señal. Sacó su reloj de bolsillo y consultó la hora; vaya puntualidad de los demonios mayores. Ese era el momento de empezar su misión y, discreto, se dirigió al salón donde estaban las damas conversando animadas, jugando a las cartas o tocando música.

Con la mirada buscó a su prometida. Pronto la halló conversando con Emily, Grace, Laura y Florence. Ella le daba la espalda. Horatio sonrió con malicia y, sin que ella se diera cuenta, se situó en su retaguardia. Las demás, cómplices, no delataron su presencia.

No pasó ni un segundo y Marian dio una ligera media vuelta, sorprendiéndolo.

—Tu aroma te delata, querido. ¿Me extrañaste? —preguntó ella con suficiencia.

—Siempre, mi señora —respondió Horatio.

Laura, Emily, Florence y Grace lanzaron un exagerado suspiro y exclamaron:

—Ooooooooooh, qué romántico.

—Hasta dan ganas de casarse —bromeó Grace—. Oh, esperen, no nos dan ganas porque la mayoría de los hombres son unos imbéciles.

—A lo mejor tienes que buscar sin ir muy lejos —sugirió Marian—. Estamos tan acostumbradas a ver a los Herederos del Diablo que medimos a todos los hombres con la misma regla, pero la realidad es que el común no da la talla.

Grace arrugó su nariz, imaginando un matrimonio con cualquiera de esos adorables hombres.

—Siento como si estuviera pensando en casarme con uno de mis hermanos. —Fingió que la recorría un escalofrío.

—¿Y si mejor los imaginas como amigos?, que es lo que son a la postre —insistió Marian, aferrándose al brazo de Horatio.

—No todas tendremos la misma suerte que tú —terció Laura—. Falta que ellos nos miren como mujeres, no como las niñas de coletas que iban tras ellos para jugar.

—Además —intervino Emily—, hay más mujeres valiosas en todas partes, y ellos tienen mayores posibilidades de salir a conocerlas. Nosotras no tenemos oportunidad de recorrer el mundo por nuestros propios medios.

—Pero mientras tanto, creceremos más como personas para que llegue el indicado —añadió Florence—. Quién sabe...

—Ustedes son formidables, no lo olviden —dijo Horatio—. Me voy a llevar un rato a mi prometida. Hay alguien que quiere conversar con ella.

—¡Uuuuuuuuh! —exclamaron las cuatro al mismo tiempo.

Marian las amonestó abriendo sus ojos.

—Pícaros —dijo Grace—. Van a salir a besuquearse.

—Ya todo el mundo se enteró, gracias a ustedes —le reprochó Horatio.

—De nada, pobre mortal —replicó Emily.

—Vámonos, querida —zanjó Horatio, y se llevó a Marian fuera de la estancia bajo el escrutinio de todas las damas.

Rock Hall era una enorme propiedad que ocupaba toda una manzana en Trafalgar Square. En ese lugar se realizaban todos los bailes y cenas familiares, y esa noche especial iba a ocurrir un hecho sin precedentes.

—¿A dónde vamos? —preguntó Marian.

—Es un secreto, ya te enterarás, mi señora —respondió Horatio.

—¿Es algo bueno?

Él no respondió.

—¡Horatio!

—Silencio, mi señora —susurró y le guiñó el ojo.

Al salir al patio de la propiedad, Horatio tomó sendas capas negras y lámparas, que estaban colgadas a la salida de los establos. Con mucha intriga, Marian se puso la capa.

Horatio también lo hizo y encendió las lámparas. Le dio una a Marian.

—Ponte la capucha —ordenó Horatio antes de hacer lo propio.

—¿Es necesario? —interpeló Marian, más por fastidiar a Horatio que por no obedecer.

—Imperativo, mujer.

Marian puso sus ojos en blanco y se cubrió la cabeza con la capucha.

Camaron más allá del jardín y llegaron al inmenso patio trasero. La luna nueva reinaba y todo era oscuridad.

Sin embargo, tras una arboleda, Marian divisó una fogata y, a medida que se acercaba, notó que había enormes y ominosas siluetas que la rodeaban.

Cuando llegaron a ese círculo. Uno de ellos habló solemne:

—Ahora estamos todos.

Marian, al reconocer la voz, alzó las cejas y exclamó:

—¿Frank?!

—Amudiel —replicaron todos al unísono.

Marian se mordió los labios e hizo una mueca entre divertida y asombrada. Había escuchado hablar a sus hermanos acerca del ritual que hacían para iniciar a un Heredero del Diablo, pero ella pensó que eran ridículas y exageradas fantasías masculinas e infantiles.

Resultaba que era cierto. ¿Por qué estaba ella ahí? Quizás el motivo era porque se iba a casar con Horatio.

—Ascaroth —prosiguió Amudiel, aludiendo a Horatio—. ¿Esta mujer es quien debe entrar en el círculo?

—Sí —respondió solemne—. Cumple con todos los requisitos.

—¿Ha pecado?

—Más de lo que imaginas.

—¿Ha elegido un nombre?

—Dumah, el ángel del silencio y la muerte.

—¿Hay un padrino que guíe al nuevo miembro?

Minos —Justin— dio un paso al frente.

—Yo soy su padrino y seré su guía.

—Bien, comencemos —sentenció Frank—. Da un paso al frente, Dumah, y muéstrate ante nosotros.

Marian obedeció. No sabía qué otra cosa hacer. No obstante, sus movimientos eran solemnes y llenos de respeto. Para ellos era un tema serio, en el ambiente se respiraba algo más que una

especie de representación teatral.

Era una verdadera ceremonia.

—Dumah, ¿es tu deseo ser una Heredera del Diablo?

—Sí —respondió Marian sin pensarlo dos veces.

—Herederos, ¿es su deseo recibir a Dumah como camarada?

—Sí, es nuestro deseo —respondieron al unísono.

Alastor —Thomas— dio un paso al frente con un cuenco de madera y una vela. Dentro del recipiente había una aguja. Se fue situando frente a cada uno de los demonios, quienes uno a uno quemaban la punta de la aguja en la llama de la vela y, acto seguido, pinchaban uno de sus dedos, dejando una gota de su sangre en el cuenco.

Cuando llegó el turno de Justin, Horatio le ayudó a extraer una gota de su mano izquierda que ya estaba casi del todo recuperada.

Una vez que el cuenco pasó por todos los miembros, Thomas quedó al frente de Marian y empezaron a recitar a una sola voz:

—Un secreto pacto de sangre que nos hace hermanos. Uniéndonos en la adversidad, en la derrota de nuestros enemigos, auxiliándonos en cada paso que demos, aportando nuestro talento, incrementando nuestra riqueza.

Alastor quemó la punta de la aguja y preguntó:

—Dumah, ¿aceptas este pacto? —Y le ofreció la aguja.

—Acepto. —Marian se pinchó el pulgar y dejó una gota en el cuenco.

—Bien dicho —susurró Alastor y le entregó el cuenco a Amudiel.

—Que el fuego selle nuestro pacto —finalizó Amudiel y lanzó el cuenco al fuego para que se consumiera—. No hay cielo, no hay infierno. Solo la tierra y la consecuencia de nuestros actos. Dumah, que el amor y la fraternidad sean tu guía para honrar este compromiso. Bienvenida al círculo.

En ese momento lo único que se escuchaba era el crepitar de las llamas.

Marian tomó una honda inspiración, había dejado de respirar. Se sentía muy emocionada por haber sido admitida como una Heredera del Diablo, aunque no sabía el motivo por el cual ella entraba en ese pacto.

—Bienvenida, querida —susurró Horatio, se descubrió la cabeza y le dio un abrazo.

Luego, el resto de los Herederos procedieron a darle la bienvenida; algunos la abrazaron otros le dieron un beso en la coronilla, y no faltó el que pellizcó sus mejillas con cariño.

A la postre, apagaron el fuego con agua dando por concluido el ritual.

William y Elijah, hermanos de Marian, la tomaron del brazo mientras caminaban juntos hacia Rock Hall. Horatio, Justin y los demás iban tras ellos.

—Es extraño hacer esto fuera de Eton —comentó Elijah.

—¿Por qué me admitieron en su club de demonios? —preguntó Marian.

—Porque Horatio lo propuso y, tal como escuchaste en el ritual, cumplías con los requisitos —explicó.

—Me gustaría saber cuáles son exactamente.

—Eres de la familia —empezó a enumerar Elijah.

—Eres una pecadora o heredas un pecado —añadió William.

—¿Pecadora? ¿Por qué? —interpeló con curiosidad.

—Disfrazarte de hombre, ir a un burdel —añadió Horatio a sus espaldas—, emborracharte y cantar canciones obscenas son suficiente. Eres más pecadora que todos nosotros juntos, querida.

—Permítanme discrepar, ustedes han pecado mucho más que yo —rebatía Marian.

Un coro de risas masculinas colmó el ambiente.

—De adultos sí —intervino Thomas, a lo lejos—. Sin embargo, al iniciarnos a los ocho años, nuestros pecados fueron mucho menos graves que los tuyos.

—Lo más grave es ser bastardo —convino William.

—¡Will, no digas eso! —lo amonestó Marian. En su familia jamás se usaba esa palabra para referirse al origen de su hermano.

William rio.

—Pero si es verdad, Marian —replicó con ligereza—. Soy un bastardo, pero también soy el hijo que eligió nuestro padre, me dio su apellido, y de eso estoy orgulloso. Si me ofendo por eso, le otorgo un gran poder a quien me quiera hacer daño.

—Viéndolo de esa forma, tienes razón. —Sonrió—. Bien, volviendo al tema, ¿qué otro requisito hay que cumplir para ser Heredero del Diablo?

—No seguir las convenciones sociales —agregó Frank.

—No prejuzgar a las personas por ningún motivo —dijo Justin.

—¿Eso quiere decir que cualquiera de nosotras puede ser parte de su círculo exclusivo? —preguntó Marian, pensando en sus hermanas, primas y amigas que siempre miraron a los Herederos del Diablo con cierta envidia.

—Eventualmente —respondió Frank—. Lo que te dio el acceso final, fue usar un nombre demoniaco por voluntad propia y brindarle apoyo incondicional a uno de nosotros, cuando más lo necesitaba. Por eso Horatio propuso tu ingreso y Justin lo secundó.

—Entiendo. ¿Puedo decirle a las demás que pueden ser Herederas del Diablo si cumplen los requisitos?

—No veo el problema —replicó Frank esbozando una sonrisa lobuna.

Era muy probable que Marian había sido la primera, mas no la última Heredera del Diablo en ser iniciada.

Marian suspiró sobre el hombro de Horatio. Estaba cansada pero feliz. Suspiró. Era relajante el traqueteo del carruaje que los llevaba por las calles de Londres a su destino final.

Su casa.

Con una sonrisa en los labios rememoró ese día. El desayuno nupcial pasó a ser almuerzo nupcial, el té nupcial y la cena nupcial. La celebración de una boda para la aristocracia solía ser algo sencillo e íntimo, pero no podía ser de ese modo para los Herederos del Diablo. Tenía que ser una gran fiesta con música, danza, comida, juegos y apuestas. Marian cayó en la cuenta de que las fiestas familiares eran muy cercanas a lo que se vivía en El Palacio de Madame Écarlate, pero sin el lado sórdido, obsceno y sexual.

Horatio le besó la mano con suavidad, trayéndola al presente. Marian se acurrucó en su pecho.

Pasarían su noche de bodas en la casa que Horatio había recibido como regalo por parte de su hermano mayor, Frank, quien tenía en su patrimonio varias propiedades en Londres que había adquirido para ese fin. Todos sus hermanos tenían una casa asegurada para cuando sucediera ese hecho.

Horatio no tenía idea de esa disposición. Según la carta que le envió Frank semanas atrás, era un pacto que se concretaba al contraer nupcias, y debían mantenerlo en secreto. Solo August y Minerva lo sabían.

Sin embargo, ser hermano de Frank no era el único motivo por el cual él recibía ese

inesperado obsequio, sino también como un acto de gratitud por los servicios profesionales que prestó Horatio en Somerton. Gracias a la investigación que lideró el año anterior, pudieron hacer justicia para Diana, la esposa de Frank.

El carruaje dejó a los recién casados en el 241 de Baker Street, muy cerca de Regent's Park y de Argyle Square. Una ubicación inmejorable para esa casa de ladrillo de tres pisos.

Horatio abrió la puerta y, tal como dictaba la tradición, tomó a su flamante esposa en brazos y cruzó el umbral con el pie derecho.

No hallaba la hora de estar a solas con Marian. Durante esas cinco semanas de espera, no hubo tiempo ni privacidad para poder darle algo más que unos apresurados besos, que siempre sabían a poco. Entre el juicio, los preparativos de la boda, amoblar la casa y acondicionar una parte de la misma para sus labores de detective privado, los días se le fueron escurriendo como arena entre los dedos.

Horatio depositó a Marian en el vestíbulo. A medida que se adentraba en la casa, ella contemplaba todo con una sonrisa de orgullo. Había elegido el mobiliario y parte de la decoración, pero no había podido ver el resultado final. Avanzaron hasta llegar a la sala de estar; a la izquierda, se podía apreciar la escalera que daba acceso al segundo piso; y al fondo de la estancia, se podía divisar el acceso al comedor.

Estaba encantada y satisfecha.

Horatio también, pero no por la casa.

—Al fin solos. ¿Te había dicho que te ves hermosa, mi señora? —alabó Horatio—. Desde hace muchos años que no te veo usar colores tan vivos.

Marian lo miró y sonrió.

—Al final Bernie me convenció.

Bernie Croft, su prima política, a los pocos días de haberse enterado del compromiso, le escribió para proponerle a Marian la confección de su vestido de boda. Los diseños de Bernie eran creativos, originales y hermosos, y Marian dudaba si aceptar o no. Sin embargo, Bernie fue muy convincente.

«Serás la esposa de un detective, pero tus raíces están ligadas a la aristocracia; asistirán a bailes en los que establecerán conexiones para el trabajo de Horatio», le señaló Bernie a Marian en su carta. «Déjame hacerte un vestido ideal para las futuras temporadas, y que se pueda modificar con el tiempo, si no deseas abultar demasiado tu guardarropa».

Al final, Marian aceptó. La esposa de Thomas le confeccionó su vestido de novia. Ideal para futuros eventos especiales. Era un vaporoso vestido de seda color marfil, sin demasiados adornos. El suave brillo de la tela le confería reflejos dorados a la luz de las pocas velas que iluminaban la estancia en ese momento.

Horatio tomó a Marian por la cintura y la besó con hambre.

Una tosecilla femenina interrumpió el íntimo momento. Era el ama de llaves.

—Señor Montgomery, señora Montgomery, felicidades por su boda.

—Gracias, señora Adler —respondieron al mismo tiempo.

—Dejé todo listo y dispuesto. Mañana estaré a las...

—Pasado mañana —se apresuró a terminar la oración Horatio. Miró a Marian—. ¿Pasado mañana? —Ella asintió firme con la cabeza, él volvió su atención hacia el ama de llaves y confirmó—: Pasado mañana.

La señora Adler solo dio un leve asentimiento. Un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

—Como ordene. Pasado mañana, a las ocho.

—Muchas gracias, señora Adler —dijo Marian—. El carruaje de lord Rothbury está afuera

esperándola para llevarla a casa.

—Es muy amable, señora Montgomery. Gracias. Que tengan buenas noches.

—Buenas noches —dijeron los recién casados al unísono.

Cuando escucharon la puerta cerrarse, Horatio resopló.

—Ahora sí, al fin solos... —Se mordió el labio inferior de pura anticipación y atrajo a Marian con delicada brusquedad—. ¿En qué íbamos?

—En que me llevarás a la cama —respondió con picardía—. Pero tendrás que esperar diez minutos. Tengo algo especial para ti.

Horatio imaginó un millón de cosas especiales.

—Me vas a matar, mi señora —aseveró Horatio aferrando las nalgas de su esposa y la atrajo para que ella sintiera su miembro, que ya estaba tensando el pantalón.

—Te aconsejo que te pongas cómodo. Te llamaré cuando esté lista.

Marian se deshizo del agarre de Horatio, tomó una palmatoria y la encendió. Alzó levemente el faldón de su vestido y subió la escalera.

La habitación matrimonial estaba en el segundo piso, y a Horatio esa distancia se le hizo abismal.

Hurgó en su bolsillo y consultó la hora.

Decidió ponerse cómodo, se quitó el pañuelo del cuello, la chaqueta y el chaleco. Soltó los botones de su camisa y algunos de su pantalón. Por último, decidió deshacerse de sus zapatos. Se situó con las manos en los bolsillos, frente al pequeño fuego que temperaba la sala de estar.

Sintió el reloj... Volvió a consultar la hora.

Solo habían pasado cinco minutos.

Resopló y guardó el reloj. Desvió su atención hacia el decantador de *whisky*. La verdad, no le apetecía. Apenas había bebido alcohol durante el día para no hacer el ridículo en su noche de bodas. Quería hacerlo memorable para ambos.

Aunque ya con la iniciativa de Marian iba a ser inolvidable para él.

Volvió a consultar la hora. Solo había pasado un minuto.

Comenzó a inspirar y expirar para relajarse, la ansiedad se lo estaba comiendo vivo. Cerró los ojos.

Recordó lo vivido ese día. Lo mucho que le latía el corazón cuando vio a Marian entrando a la iglesia escoltada por su padre. Era una verdadera reina con su fabuloso vestido de novia. Como único adorno en su cuello llevaba el colgante que él le había regalado por su compromiso.

Él vestía de negro, como siempre, mas su chaleco era verde y los detalles de los bolsillos y las solapas también tenían ese color.

Honraron la tradición familiar de intercambiar anillos de matrimonio. Se miró el dedo anular, la ancha banda de oro tenía un hermoso labrado de florituras y una letra M en el centro. La de Marian era igual, pero con una H.

Y la fiesta... Cómo lo disfrutó Marian, ella había sido el alma de la celebración. Estaba feliz compartiendo ese momento con los suyos, sin normas, sin etiquetas, con la libertad que entregaba vivir el amor sin barreras.

Horatio volvió a consultar la hora. Ya habían pasado nueve minutos.

—Uno es ninguno —murmuró. Tomó una palmatoria y subió la escalera.

Cuando llegó a la puerta de su habitación, notó que estaba entreabierta. No quiso arruinar la sorpresa de Marian y golpeó para anunciar su presencia.

—Adelante. —Escuchó.

Marian estaba ultimando los detalles sentada frente a su tocador. La habitación estaba muy

iluminada, la cama de cuatro postes era la única excentricidad que se habían permitido, y resaltaba en medio de la austeridad que predominaba en la estancia. Su esposa se levantó.

Nada lo había preparado para el impacto de aquella visión.

Marian era una diosa pagana. Los translúcidos pliegues de la seda blanca de su sensual atuendo velaban sus femeninas curvas. Los cabellos sueltos de Marian eran como un brioso océano dorado que reposaba sobre sus pechos.

Tan solo un broche en el hombro no permitía que la prenda cayera al suelo.

Horatio tragó saliva. Se veía tan pecaminosa y pura a la vez.

Como un ángel corrompible y dispuesto a ser corrompido.

—Creo que esta noche no seré tan suave —anunció Horatio con voz grave.

—Tampoco pretendía que lo fueras —respondió Marian.

—Aférrate al poste, mi señora —ordenó.

Marian acató sin decir una palabra. Estaba ardiendo, el ritual de prepararse para su esposo la había dejado en un estado hipersensible, y podía sentir cómo la seda la acariciaba con cada movimiento. Verse como una mujer voluptuosa, sexual, le hacía sentir un gran poder y seguridad.

Lo siguiente que sintió fue el frufrú de la ropa de Horatio. Se estaba desnudando. Hizo el ademán de mirar hacia atrás.

—No —rechazó él—. Mira hacia el frente.

Acto seguido, Marian sintió el calor de las manos de él aferrándose a sus caderas. Ese mismo calor se propagó hacia su palpitante feminidad, lúbrica y ardiente.

—No sabes lo hermosa que te ves —susurró grave a su oído.

Horatio se apegó a su retaguardia haciendo que su rígido y caliente miembro reposara sobre la curva de la espalda baja de su esposa.

Marian, sin soltar el poste, siseó y se entregó a las caricias de su esposo. Sobre la suave seda y con las manos abiertas, Horatio recorría con urgencia su vientre, apretaba sus pechos, rasguñaba su espalda con gentileza y luego enterraba sus dedos en sus caderas. Marian se arqueaba para sentir más de ese sensual asalto que estaba lejos de ser tierno.

La respiración de ambos se tornó superficial en el momento en que Horatio alzó esa suerte de toga griega y dividió sus atenciones; la mano diestra se dirigió hacia el sur, abriéndose paso entre sus húmedos pliegues; la siniestra se deleitó acariciando sus pechos por debajo de la seda.

Horatio besaba su cuello, al tiempo que intentaba encontrar algo de alivio, rozando su miembro contra la tersa piel de Marian, quien, sin atreverse a soltar el poste de la cama, se contoneaba para intensificar aquel asalto a sus sentidos. Cada vez abría más las piernas y percibía su centro más húmedo, hinchado y resbaladizo.

Marian gimió en voz baja.

—Nadie nos escucha —dijo Horatio, apartándose brevemente de su esposa—. Nadie.

Marian dio un grito de placer al sentir cómo su esposo la penetraba de una sola vez, sin dejar de estimular aquel botón carnoso que parecía estar más tenso y sensible que en otras oportunidades.

Horatio empezó a embestirla con rapidez y dureza. Jadeaba y sus manos se aferraron a sus caderas. Marian comenzó a sentir una terrible sensación de insatisfacción. Necesitaba moverse para sentir aquel roce que la catapultaba al éxtasis, mas estaba en una posición en la que poco podía hacer. Gemía envuelta en esa deliciosa y sensual frustración.

De súbito, Horatio se detuvo, se quedó largos segundos en sensual tensión. Inspiró profundo, su cuerpo tembló y abandonó su interior. Resollaba agitado.

Marian observó que él se dirigía a la cama. A la postre, él se sentó y se apoyó en el respaldo. Le ofreció la mano, invitándola a que se uniera a él.

Marian se acercó y la tomó. Apoyó la rodilla en el borde para subir, mas Horatio le ordenó, sereno:

—Te quiero de pie sobre la cama, con las piernas abiertas. Sobre mí.

Con dulzura la dirigió. Marian miró hacia abajo, y entre sus piernas se encontró con los ojos de Horatio, que la contemplaba como si fuera su devoto siervo.

Marian apoyó las manos en la pared cuando sintió la primera y larga lamida en su centro.

Horatio se dio un festín solo para incrementar el deseo de Marian; lamió la cálida entrada femenina, libando su esencia; succionó gentil y castigó con su lengua aquella perla destinada al placer; mordió los hinchados labios como si fuera una exótica fruta; y penetró con sus dedos en sensual languidez.

Marian luchaba por mantener la cordura, Horatio la estaba despojando de todo rastro de decoro. Ella solo pensaba en cómo sentir más deleite; de su garganta emergían involuntarios gemidos y movía sus caderas para alcanzar ese preciado contacto, esa exquisita presión, mas esa sensación era esquiva, necesitaba a su esposo dentro de ella, necesitaba con toda su alma apresarla en su interior, y no dejarlo ir.

Y Marian decidió no retrasar más sus deseos. Era la hora de tomar lo que deseaba. Sin mediar palabras, se montó sobre Horatio, frente a frente, tomó la erección de su esposo y la guio hacia su interior.

Marian gimió de puro gusto. Se sentía dichosamente colmada, y con el ancestral apremio de alcanzar lo que anhelaba rugiendo en su interior.

—¿Mucho mejor? —preguntó él, perverso.

—Sí... Delicioso.

—Entonces toma todo lo que quieras. Soy tuyo... Siempre.

Marian probó moviéndose lento para acostumbrarse a la viril invasión, podía sentir el grosor del miembro de su esposo ensanchándola. Esa sensación impelió su excitación, y comenzó a impulsarse con más fuerza. Pronto halló el ritmo y el roce exacto que la llenaba de creciente gozo.

Horatio se limitó a seguir ese primigenio ritmo. Desenganchó el broche para soltar la seda y tener acceso al calor de la piel. Besó con profundidad a su esposa. Sus lenguas se entrelazaban, voraces, al compás de sus movimientos que, conforme pasaban los segundos, se volvían más animales.

Marian abandonó la boca de Horatio para tomar aire, era el momento. Lo sabía con cada poro de su piel. Un pulsante estremecimiento nació en el mismo centro de su cuerpo. Las manos de Horatio se anclaron a sus nalgas, separándolas levemente, lo suficiente para añadir un nuevo estímulo a ese cúmulo de sensaciones.

—¡Sí! —exclamó Marian y siseó—. ¡Sí! ¡Dios, Horatio, sí! ¡Sí, sí, sí, sí, sí! ¡Síiiiiiiiiii!

Las puertas del cielo se abrieron de golpe, y Marian se sumergió en el cálido gozo que le proporcionaba cada vaivén, cada acelerada acometida que la sometía al placer.

Horatio también estaba cerca. Sus varoniles quejidos acompañaron el cambio en sus facciones que se endurecieron. Estaba empecinado en alcanzar a su esposa, a quien la estaba abandonando el placer y se entregaba a disfrutar el cambio de roles, en el que ella era quien proporcionaba gozo.

Horatio se aferró a sus caderas y dio una última embestida gimiendo el nombre de su amada. Exacerbado y colmado de fruición expulsó su simiente, y Marian lo sintió todo.

El erotismo funcionaba de un modo tan misterioso. Para Marian, tan solo sentir a su esposo intentando llegar a lo más hondo de su ser, espoleó su deseo a una velocidad vertiginosa.

Marian se atrevió a sumergirse otra vez en la búsqueda del lascivo delirio. Tensó su interior. Su esposo, al sentirla y por mero instinto, dio una, dos, tres acometidas firmes, profundas y cargadas de pasión.

Y el fuego de Marian se avivó desde las mismas cenizas hasta transformarse en una hoguera que arrasó con todo a su paso.

Horatio sudaba y gemía sin rastro de timidez o pudor, demostrándole a su esposa que, incluso después de su propio éxtasis, también disfrutaba y gozaba entregándole todo lo que le quedaba. Marian aprovechó cada segundo, cada embestida.

Y el segundo impacto llegó tan rápido como aquella cabalgada bestial.

La voz de Marian acompañada por la de Horatio llenó la estancia con la breve melodía del áureo y súbito culmen.

Sus voces se desvanecieron, hasta que el silencio lo devoró todo a excepción de sus respiraciones agitadas.

Horatio se perdió en los ojos de Marian, tan azules como el mar. Con ternura, le arregló uno de los dorados mechones que había caído. Sonrió. El éxtasis a viva voz, sin temer a que los oyeran, era toda una experiencia.

Marian le devolvía la mirada y la sonrisa. Tenía la certeza de que, por todo lo que les quedaba de vida, intercambiarían ese cálido y tierno gesto, que reflejaba el inmenso amor que se profesaban el uno por el otro.

Y así fue... siempre.

Epílogo

Lady Rothbury subió al podio que estaba en el gran vestíbulo del nuevo Internado para Niños New Hope, que dependía de la Academia de Mujeres Hope. La estancia estaba abarrotada de gente, entre las que estaban las orgullosas familias fundadoras y los benefactores del proyecto.

—Hace más de veinte años —Olivia comenzó a relatar en voz alta y solemne—, iniciamos un ambicioso proyecto en la que cinco familias han formado parte activa para llevarlo a cabo. Hemos tenido aciertos y errores. Alegrías y tristezas. Triunfos y fracasos. Sin embargo, gracias a los obstáculos se nos da la oportunidad de mejorar. El colegio New Hope para niños y niñas es un nuevo desafío para apoyar de una manera más integral a nuestras internas de la academia. Muchas de ellas son tías, madres, primas, hermanas y, en muchos casos, de ellas depende que llegue un plato de comida, educación y seguridad a sus seres queridos que están bajo su cuidado.

»Esto último es lo que nos ha impulsado a dar este paso, brindar lo esencial a los más vulnerables y que dependen de nuestras estudiantes.

»Hemos tardado casi dos años para concretar este ambicioso proyecto, y es un placer para mí anunciar que tendremos algunos cambios en la administración de la academia. Nuestra querida directora, la señora Marian Montgomery, dejará sus funciones para tomar la dirección del colegio New Hope. En su lugar, lady Laura Martin se hará cargo de la academia como nueva directora. Por favor, brindemos un gran aplauso y el mejor de los deseos para ellas en este nuevo desafío.

El clamor no se hizo esperar. Marian y Laura se levantaron de su asiento para recibir los saludos. Horatio estaba en primera fila, pero no aplaudía. En sus brazos cargaba a su primogénita, la pequeña de casi un año a la que llamaron Scarlett, un nombre muy apropiado para sus ígneos cabellos y vivaces ojos azules.

Horatio estaba orgulloso de Marian, quien había podido seguir al mando de la academia, debido a lo flexible que era el trabajo de él, puesto que podía organizar su tiempo y compartir la crianza con ella.

Por fortuna, nadie en su familia cuestionaba esa poco convencional opción de vida. De hecho, no era la primera vez que sucedía algo así en la familia Montgomery; durante los años en que August fue viudo, se hizo cargo de él y Justin, contando apenas con la ayuda de una niñera.

La gente, por lo general, cuando lo veían paseando solo con su hija, lo miraban extraño, sobre todo los varones, quienes no concebían la idea de ver a un hombre haciendo el trabajo de una mujer. Las damas, en cambio, tenían una reacción menos prejuiciosa. Solían brindarle dos tipos de sonrisas, la divertida y la coqueta.

Por supuesto, Horatio ignoraba las sonrisas coquetas. Las de Marian nadie las superaba...

Pero no era un padre del todo perfecto. En lo único que no podía sustituir a su esposa era para amamantar a su hija y cambiar pañales. Esa tarea era algo que sobrepasaba sus límites. Las pocas veces que lo intentó, terminó vomitando por la ventana, por lo que aquella titánica misión la delegaba al adulto que estuviera más cerca; podía ser desde el ama de llaves, hasta una interna de la academia, pasando por tías o abuelas consentidoras. Horatio conocía sus límites, y no dudaba en pedir ayuda a las damas de su familia cuando necesitaba ocuparse de sus asuntos y Marian no estaba disponible.

Se sentía afortunado de ser un padre con un rol más activo, que fuera más que un proveedor.

Veía crecer a su hija todos los días y su esposa era feliz al poder hacer todo lo que se proponía.

Y una mujer feliz era la mejor compañera que podía pedir.

Sus miedos por no darle una vida holgada a Marian se desvanecieron con el paso del tiempo. Horatio gozaba de gran reputación como detective privado, y siempre tenía trabajo de toda índole. Además, no era el único que aportaba dinero al hogar. Marian, con su puesto de directora, ganaba un sueldo con el cual contribuía a la economía familiar, y la dote que recibió por su matrimonio la invirtieron con la asesoría de Thomas para que generara otra entrada de dinero.

Al terminar la ceremonia de inauguración del colegio, los asistentes fueron tras Olivia, quien inició el recorrido de las instalaciones. Marian, en cambio, fue al encuentro de su esposo, le besó la mejilla y recibió a su hija, que ya le estiraba los bracitos para llegar a ella.

—Felicitaciones, mi señora —dijo Horatio contemplando a sus mujeres, embelesado—. Sé que lo harás de maravilla.

—Gracias, vida mía... ¿Qué pasa, mi señorita? —preguntó Marian a su hija, la cual llamaba su atención tocando su pecho—. ¿Quieren ver mi oficina nueva? —propuso a ambos, ansiosa por mostrarles su nuevo lugar de trabajo.

—Por supuesto —respondió Horatio, y la tomó por la cintura—. Vamos.

No tardaron en llegar a su destino. Marian abrió la puerta y Horatio sonrió; la oficina era muy similar a la que usaba en la academia. No obstante, había una gran diferencia. Marian había acondicionado un lugar para poder cuidar a Scarlett, y contaba con un corral, juguetes y todo lo necesario para atender a su hija.

—Es perfecta —elogió Horatio.

—Sí —convino Marian—. Esta oficina es más grande. Podré hacerme cargo de Scarlett con más comodidad cuando lo necesites.

—Fabuloso. Justamente esta mañana estaba pensando en quién podría estar unas horas con la niña mañana por la mañana —comentó, observando cómo Marian se sentaba en una silla y se abría el corpiño para amamantar a Scarlett. Parpadeó y anunció—: Llegó un caso nuevo a la oficina.

—¿De qué se trata? —preguntó Marian con genuino interés. Siempre estaba al tanto del trabajo de Horatio y colaboraba cada vez que se daba la oportunidad.

La pequeña Scarlett se aferraba al pecho de su madre. Marian nunca se cansaba de contemplarla. Su sonrisa era inamovible.

Dirigió su atención a Horatio, su expresión siempre era la misma cuando sus miradas se encontraban; la más pura devoción.

Horatio volvió al momento y añadió:

—Robaron unas esculturas en miniatura de la casa de Edward Dutton.

—Oh, entonces han de ser antiquísimas.

—En efecto. Tendré que empezar averiguando con coleccionistas y casas de empeño.

—¿Tienen algo en particular esas esculturas?

Horatio sonrió con picardía y respondió.

—Una de ellas me recordó a lo que hicimos anoche.

—Interesante... —Marian le devolvió ese gesto y alzó sus cejas con la clara intención de flirtear—. ¿Y qué otra cosa me puedes contar?

—Son cinco esculturas del mismo tipo... Me gustaría describírtelas, pero Scarlett nos está escuchando y no quiero quedar en un estado incómodo frente a los invitados.

—Conversaremos a la tarde, entonces —propuso insinuando una sonrisa seductora—. Espero que seas muy detallista en tu descripción.

—Que no te quepa duda, mi señora, que me esmeraré en que te quede más que claro... que no te quepa duda.

Agradecimientos

Un nuevo proyecto a dejado de ser mío para que sea parte de sus vidas, espero que disfruten de esta entrega tanto como yo disfruté escribiéndola. Por eso mi gratitud va hacia ustedes, quienes me leen y me siguen apoyando en este largo camino que he elegido y que tanto me ha regalado.

Gracias a mi familia, por todo lo que tengo y todo lo que soy.

Gracias a lord Alfreilailo, por tu infinito amor, paciencia, buen humor y por rescatarme en el momento en que más necesité de un final digno.

Hilda Rojas Correa

Sobre la autora

Si has disfrutado de esta novela, sígueme en mis distintas redes sociales y regálame un comentario.

Página Web: www.hildarojascorrea.com

Instagram: <https://www.instagram.com/hildarojascorrea/>

TikTok: <https://www.tiktok.com/@hildarojascorrea>

Facebook: www.facebook.com/hildarojascorrea

[1] «A lusty young Smith», canción popular cuyo registro más antiguo data del siglo XVIII.

[2] Muelle de los muertos. Ubicado en Deptford en la orilla sur del Támesis.

[3] Uno de los tantos apodos que se les daba a los agentes de la Policía Metropolitana de Londres.

[4] Las cantidades a las que se refiere el párrafo son tres chelines y diez peniques.

[5] Uno de los tantos apodos que se les daba a los agentes de la Policía Metropolitana de Londres.